Cuando tú llegaste
Judith McNaught



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

1

Recostada entre muelles cojines de satén y arrugadas sábanas, Helene Devemay contemplaba con admirativa sonrisa el bronceado y musculoso torso de Stephen David Elliott Westmoreland, conde de Langford, barón de Ellingwood y quinto vizconde de Hargrove y de Ashbourne, mientras éste se vestía la camisa con chorreras que arrojó al pie de la cama la noche anterior.

-¿Iremos al teatro la próxima semana? -preguntó ella.

Stephen la miró sorprendido al tiempo que recogía su corbata.

-Desde luego -repuso.

Y se volvió hacia el espejo que estaba sobre el hogar y en el que se encontraron sus miradas mientras envolvía hábilmente la delicada seda en complicados pliegues alrededor de su cuello.

-¿Por qué me lo preguntáis? -inquirió.

-Porque la semana que viene empieza la temporada y Monica Fitzwaring llega a la ciudad. Me lo ha dicho mi peluquera, que también lo es suya.

-¿Y? -preguntó.

Stephen la miró con fijeza a través del espejo sin revelar la menor reacción en su rostro.

Helene suspiró, se volvió de costado y, apoyada en un codo, añadió en tono dolido pero sincero:

-Circulan rumores de que por fin vais a hacerle la propuesta de matrimonio que ella y su padre esperan desde hace tres años.

-¿Eso dicen los chismosos? -inquirió Stephen con aire indiferente.

Mas enarcó las cejas en un gesto que, de modo silencioso, aunque muy efectivo, consiguió transmitir su disgusto hacia la mujer por abordar un tema que, al parecer, no consideraba de su incumbencia.

Helene captó la repulsa y la advertencia implícitas, pero aprovechó la confianza que ambos compartían, fruto de la aventura notoriamente pública que mantenían desde hacía vados años, e insistió:

-Hasta ahora se han hecho múltiples comentarios acerca de que estabais a punto de pedir en matrimonio a una u otra candidata, y jamás os he pedido explicaciones -observó en tono quedo.

Stephen se volvió del espejo en silencio y recogió su elegante levita de la floreada chaise-tongue. Se metió las mangas, fue a un lado de la cama y, por último, centró su atención en la mujer que allí yacía, al tiempo que sentía mermar considerablemente su enojo. Apoyada en un codo, con la dorada cabellera que cubría su espalda y sus senos desnudos, Helene

constituía una grata visión. Era asimismo inteligente, directa y sofisticada, todo lo cual la convertía en una amante encantadora tanto fuera como dentro del lecho. Le constaba que, dado su espíritu práctico, no alimentaba secretas esperanzas de una propuesta de matrimonio por su parte -algo imposible en una mujer que se hallara en sus circunstancias-, y que era demasiado independiente para abrigar sinceros deseos de atarse a alguien para toda su vida, características que hasta entonces habían contribuido a consolidar su relación. O, por lo menos, así lo había creído.

-Pero ahora me pedís que os confirme o niegue si pretendo pedir en matrimonio a Monica Fitzwaring, ¿no es eso? -le preguntó.

Helene le dirigió aquella cálida y seductora sonrisa que solía provocarle una respuesta física.

-Así es.

Stephen apoyó las manos en sus caderas, echó atrás los faldones de su chaqueta y la miró con frialdad.

-¿Y si os dijera que sí?

-Entonces, milord, os respondería que cometéis un grave error. Acaso sintáis cariño hacia ella, pero no gran amor, ni siquiera una profunda pasión. Lo único que puede ofreceros es su belleza, su árbol genealógico y la perspectiva de un heredero. No posee vuestra fuerza de voluntad ni vuestra inteligencia y, aunque os amara, nunca os comprendería. Os aburrirá en el lecho y fuera de él, la intimidaréis y se sentirá herida y enojada.

-Gracias, Helene. Puedo considerarme afortunado de que os toméis tal interés por mi vida privada y de que estéis tan deseosa de compartir conmigo vuestras experiencias para orientarme.

La mordaz repulsa disipó en parte su sonrisa, sin extinguirla del todo.

-¿Lo veis? -inquirió con dulzura-. Yo me siento castigada y advertida por vuestro tono, pero Monica Fitzwaring estaría abrumada o mortalmente ofendida.

Advirtió cómo se endurecía la expresión de Stephen, al tiempo que su tono se volvía en extremo seco y cortés.

-Os ruego que me disculpéis, madame, si me he dirigido a vos con descortesía -dijo. E inclinó la cabeza con aire burlón.

Helene se incorporó y tiró de su chaqueta con la intención de obligarlo a sentarse en el lecho, junto a ella. Al ver fracasado su intento, le sonrió para mitigar su enojo.

-Nunca habláis a nadie en tono descortés, Stephen. En realidad, cuanto más irritado os sentís más educación mostráis... Sois tan cortés, claro y correcto que los efectos resultan muy alarmantes. Incluso podría decirse que... aterradores.

Se estremeció para demostrarlo y Stephen sonrió involuntariamente.

-Eso es lo que quiero decir -añadió Helene al tiempo que le devolvía la sonrisa-. Cuando os mostráis frío y enojado es como...

Se quedó sin aliento: él había deslizado la mano bajo las sábanas y le acariciaba un seno de modo excitante.

-Sólo deseaba calentaros -dijo al ver que le rodeaba el cuello con los brazos y lo atraía al lecho.

-Y distraerme.

-Creo que una piel sería más útil para eso.

-¿Para calentarme?

-Para distraeros -repuso.

Aplastó su boca en la de ella y reanudaron la agradable ocupación de calentarse y distraerse mutuamente.

Eran casi las cinco de la mañana cuando de nuevo estaba vestido.

-Stephen... -susurró ella soñolienta mientras él la besaba en la frente a modo de despedida.

-Hum...

-Debo confesaros algo.

-No se admiten confesiones -le recordó Stephen-. Así lo convinimos desde el principio. Sin confesiones, recriminaciones ni promesas. Eso era lo que ambos deseábamos.

Helene no lo negó, pero aquella mañana no lograba ceñirse a las normas.

-Debo informaros de que me siento incómodamente celosa de Monica Fitzwaring.

Stephen se irguió, suspiró impaciente y aguardó, pues sabía que estaba decidida a expresar su opinión, mas no le dio facilidad alguna. Se limitó a observarla y enarcó las cejas.

-Comprendo que necesitéis un heredero -comenzó ella con una forzada sonrisa en sus gordezuelos labios-, pero ¿no podríais casaros con una mujer cuyo aspecto desmereciera un poco del mío? Una persona que acaso fuera inteligente, aunque de nariz algo torcida y ojos pequeños, me convendría a la perfección.

Stephen rió ante su buen humor, mas deseoso de zanjar el tema de modo terminante, repuso:

-Monica Fitzwaring no es una amenaza para vos, Helene. No me cabe ninguna duda de que conoce nuestra relación, y no trataría de interferirse aunque se creyese capacitada para ello.

-¿Por qué estáis tan seguro?

-Ella me informó en tal sentido -repuso llanamente.

Y al ver que Helene aún parecía poco convencida, añadió:

-Como deseo dar fin a vuestras preocupaciones a este respecto, añadiré que ya cuento con un heredero muy aceptable con el hijo de mi hermano. Además, no tengo la intención, ahora ni en el futuro, de perpetuar la costumbre de atarme a una mujer con el único fin de engendrar un sucesor legal de mi propia sangre.

Cuando Stephen concluyó su categórico discurso, advirtió cómo la expresión de Helene cambiaba de sorprendida a divertida y desconcertada. Su próxima observación aclaró las razones del evidente dilema en que se encontraba.

-Y si no se trata de engendrar un descendiente, ¿cuál es la posible razón de que se case un hombre como vos?

El despreocupado encogimiento de hombros de Stephen y su breve sonrisa desechaban como triviales y absurdas las restantes motivaciones habituales que impulsaban al matrimonio.

-Para un hombre como yo no parece existir una sola razón apremiante que lo induzca a casarse -repuso algo divertido, sin disimular su sincero desdén ante la farsa de la felicidad conyugal y la santidad matrimonial, dos ilusiones que florecían incluso en el frágil y sofisticado mundo social que habitaba.

Helene lo observó muy atenta. Su rostro reflejaba curiosidad, prudencia y un asomo de comprensión.

-Siempre me he preguntado por qué no os casabais con Emily Lathrop. Amén de sus elogiados rostro y figura, es una de las pocas damas inglesas con todos los requisitos de cuna y casta que la hacen digna de unirse a la familia de Westmoreland y daros progenie. Es bien sabido que os enfrentasteis en duelo con su marido por su causa, aunque no lo matasteis, y sin embargo no la desposasteis cuando, al cabo de un año, el viejo lora Lathrop estiró por fin la pata. Stephen enarcó las cejas, divertido ante los términos tan irreverentes que utilizaba Helene para designar la muerte de Lathrop, pero su posición hacia el duelo era tan despreocupada y prosaica como la de ella.

-Lathrop se empeñó en defender el honor de Emily y dar así fin a los rumores que circulaban sobre ella, y creyó que la mejor manera de hacerlo era desafiando a uno de sus supuestos amantes. Nunca comprendí la razón de que el pobre viejo me escogiera a mí entre la legión de probables candidatos.

-Fueran cuales fuesen las razones, es evidente que la edad le obnubiló el cerebro.

Stephen la observó con curiosidad.

-¿Por qué decís eso?

-Porque son legendarias tanto vuestra habilidad en el manejo de las pistolas como vuestra pericia en el terreno del duelo.

-Hasta un niño de diez años hubiera vencido a Lathrop -repuso Stephen haciendo caso omiso de sus elogios-. Era tan viejo y tan frágil que no podía sostener la pistola ni apuntar con ella sin valerse de ambas manos.

-¿Y por eso le permitisteis retirarse ileso de Rockham Green?

Stephen asintió.

-Me pareció descortés por mi parte matarlo, dadas las circunstancias.

-Considerando, en primer lugar, que os obligó a enfrentaros en duelo provocándoos ante testigos, fuisteis muy amable al simular que errabais el tiro con el fin de dejar a salvo su orgullo.

-No pretendía errar el tiro, Helene -la informó. Y añadió, intencionadamente-: Fallé.

Aquello era un pretexto y, por consiguiente, implicaba la admisión de culpabilidad. Pensó que podía darle otra explicación por haber disparado al aire en lugar de apuntar hacia lord Lathrop cuando se hallaba a veinte pasos de su rival.

-Confesáis haber sido el amante de Emily Lathrop y que erais verdaderamente culpable? -inquirió Helene en tono pausado.

-Así es -afirmó Stephen categóricamente.

-¿Puedo formularos otra pregunta, milord?

-Podéis -especificó.

Y se esforzó por ocultar su creciente impaciencia ante aquel interés sin precedentes y no bien acogido acerca de su vida privada.

Helene, en singular muestra de inseguridad femenina, desvió primero su mirada, como si quisiera hacer acopio de valor y, acto seguido, lo miró a los ojos con una sonrisa entre seductora y avergonzada, que él hubiera encontrado irresistible si no hubiera estado seguida al punto de una serie de interrogantes, tan escandalosos que incluso violaban sus relajadas pautas del decoro aceptable entre los sexos.

-¿Qué os atraía al lecho de Emily Lathrop?

La inmediata aversión que Stephen sintió a responder aquella pregunta se vio por completo eclipsada por su reacción negativa a la que ella le formuló a continuación.

-Quiero decir, si os hacía ella algo en la intimidad que yo ignore.

-A decir verdad, había algo en Emily que me agradaba especialmente -repuso con acento cansino.

En su avidez por descubrir el secreto de otra mujer, Helene no advirtió el sarcasmo que destilaban sus palabras.

-¿Qué hacía ella para agradaros?

Stephen dirigió una insinuante mirada hacia su boca.

-¿Debo demostrároslo? -inquirió.

Y, ante su señal de asentimiento, se inclinó sobre ella y le sujetó ambos brazos a cada lado de la almohada, de modo que la cintura y las caderas de Stephen se encontraron apenas a unos centímetros por encima de su cabeza.

-¿Estáis segura de que deseáis que os lo demuestre? -inquirió en un susurro intencionado y seductor.

Helene asintió rotundamente, juguetona y tentadora, y disipó los restos del enojo de Stephen, trocando su talante entre divertido y exasperado.

-Mostradme qué os hizo ella que os agradara en especial -susurró deslizando las manos por sus antebrazos.

Y así lo hizo él: cubrió la boca de la mujer con su diestra y la sorprendió con una «demostración» que coincidió con la explicación que le dio acto seguido.

-Se abstenía de formularme preguntas como las vuestras acerca de vos o de cualquier otra persona: eso es lo que me agradaba tanto de ella -la informó Stephen con una sonrisa.

Ella le devolvió la mirada, con los ojos desorbitados a causa de la frustración y el pesar. Pero, en esta ocasión, captó la implacable advertencia de su tono engañosamente suave.

-¿Hemos llegado a comprendernos, mi inquisitiva belleza?

Helene asintió y luego intentó, audaz, inclinar la balanza a su favor lamiéndole la palma con delicadeza.

Stephen rió entre dientes ante su treta y retiró la mano. Pero ya no estaba de humor para más charlas y escarceos sexuales, por lo que le dio un breve beso en la frente y se marchó.

Una niebla húmeda y gris se extendía entre la noche, interrumpida tan sólo por el tenue y fantasmal resplandor de las farolas que se alineaban en las calles. Stephen le cogió las riendas a su cochero y les dirigió unas palabras tranquilizadoras al hermoso par de alazanes que piafaban y agitaban sus crines. Era la primera vez que circulaban por la ciudad y, cuando aflojó las riendas para que avanzaran al trote, advirtió que los animales, aún refrenados, se mostraban en extremo asustadizos por causa de la niebla. Todo los desconcertaba, desde el sonido de sus propios cascos que repiqueteaban sobre el empedrado, hasta las sombras que distinguían bajo las farolas. Sonó un portazo a su izquierda y los animales se sobresaltaron e intentaron emprender la carrera. Stephen tensó las riendas de modo instintivo y giró el carruaje hacia Middleberry Street. Los caballos avanzaban a trote rápido y parecían haberse serenado un poco. De pronto se oyó un maullido y un gato callejero surgió disparado de un carro de frutas y derribó una avalancha de manzanas que rodaron por la calzada. Y, al mismo tiempo, se abrió de improviso la puerta de un bar e inundó la calle de luz. Se produjo un terrible estrépito provocado por los ladridos de unos perros, las bestias salieron disparadas al galope y una negra figura apareció tambaleándose del bar, desapareció entre dos coches parados en la curva.., y, por último, se materializó frente al carruaje de Stephen. Su interjección de aviso llegó demasiado tarde.

2

Apoyado pesadamente en su bastón, Hodgkin, el anciano mayordomo, permanecía en el humilde salón escuchando en respetuoso silencio cómo su ilustre visitante le comunicaba el fallecimiento prematuro de su patrón. Hasta que lord Westmoreland dio fin a sus explicaciones, el criado no se permitió mostrar reacción alguna, e incluso entonces tan sólo intentó tranquilizarlo.

-Qué angustioso para el pobre lord Burleton, milord, y también para vos! Pero, en fin, los accidentes son imprevisibles, ¿no es cierto? Y nadie puede censurarse por ellos. Se trató de un hecho fortuito.

-Yo no diría que atropellar a un hombre y quitarle la vida sea un hecho «fortuito» -replicó Stephen.

Y dirigió contra sí mismo su amargura, en lugar de descargarla en el criado.

Aunque el joven barón que irrumpió en la calle ante el carruaje de Stephen había sido igualmente culpable del percance sufrido aquella mañana, era él quien sostenía las riendas, y estaba vivo e ileso, mientras que el joven había fallecido. Además, se diría que no había nadie que llorara su pérdida y, en aquel momento, aquello le parecía una terrible injusticia a Stephen.

-Vuestro señor debía de tener parientes en alguna parte, alguien a quien yo pueda explicar en persona el accidente ocurrido.

Hodgkin se limitó a negar con la cabeza, distraído, al comprender la terrible realidad de que, de repente, volvía a estar desocupado y que probablemente permanecería así durante el resto de su vida. Había conseguido el empleo porque no apareció nadie más dispuesto a trabajar como mayordomo, ayuda de cámara, lacayo y cocinero por los honorarios absurdos y ridículos que Burleton estaba en condiciones de satisfacer.

Desconcertado por aquel instantáneo lapso de autocompasión y por haber perdido unos momentos el decoro apropiado, Hodgkin se aclaró la garganta y añadió apresuradamente:

-Lord Burleton no tenía ningún pariente próximo, como ya os dije. Y puesto que sólo llevaba tres semanas al servicio del barón, apenas conozco a sus amistades... -Se interrumpió horrorizado-. Con la impresión sufrida había olvidado a su prometida. La boda debía celebrarse esta semana.

Una nueva oleada de culpabilidad invadió a Stephen, que respondió con una inclinación de cabeza, al tiempo que inquiría con energía y decisión:

-¿Quién es ella y dónde puedo encontrarla?

-Tan sólo sé que se trata de una heredera americana que el barón conoció cuando estuvo en el extranjero y que llegará mañana en un buque procedente de las colonias. Su padre estaba

enfermo y no pudo emprender el viaje, por lo que supongo que viajará acompañada de alguna parienta, o quizá de una señorita de compañía. Anoche, lord Burleton celebraba su despedida de soltero: eso es todo cuanto sé.

-Debéis conocer su nombre. ¿Cómo se refería a ella Burleton?

Desconcertado por su nerviosismo ante la concisión e impaciencia de lord Westmoreland, y avergonzado por el deterioro de su memoria, Hodgkin se puso a la defensiva.

-Como os dije, era nuevo al servicio del barón y no gozaba aún de su confianza. En mi presencia él la llamaba «mi prometida» o «mi heredera».

-¡Pensad, hombre! En alguna ocasión mencionaría su nombre.

-No... yo... ¡Aguardad, sí, creo recordar algo!... Recuerdo que su nombre me hizo pensar en cuánto había disfrutado visitando Lancashire en mi niñez. ¡Lancaster! -exclamó Hodgkin encantado-. Se apellida Lancaster y su nombre de pila es Sharon... No, no es eso, sino Charise, Charise Lancaster.

Hodgkin vio gratificados sus esfuerzos con una leve señal de aprobación acompañada de otra pregunta a bocajarro.

-¿Y cuál es el buque en que viaja?

El anciano se sentía muy orgulloso y animado. Inclinó la cabeza y golpeó regocijado el suelo con su bastón, como si hubiera surgido la respuesta en su mente.

-¡Estrella de la mañana! -exclamó con entusiasmo.

Y enrojeció al punto, avergonzado ante su tono bullicioso tan impropio.

-¿Nada más? Cualquier detalle podría serme útil cuando trate con ella.

-Recuerdo algunas insignificancias, pero no me gustaría permitirme chismorreos ociosos.

-Oigámoslas -repuso Stephen con excesiva sequedad.

-El barón decía que la dama era «una cosita linda». También comprendí que estaba muy enamorada de él y que deseaba la unión, mientras que el interés primordial del padre de la joven radicaba en el título de su prometido.

La última esperanza de Stephen de que el matrimonio fuera tan sólo de conveniencia se había disipado al enterarse de que la muchacha estaba enamorada.

-¿Y en cuanto a Burleton? -se interesó mientras se calzaba los guantes-. ¿Por qué deseaba casarse?

-Sólo me cabe especular, pero parecía compartir los sentimientos de la joven.

-¡Maravilloso! -murmuró torvamente Stephen.

Y se volvió hacia la puerta.

Hasta que lord Westmoreland salió, Hodgkin no se permitió entregarse a la desesperación ante la situación en que se encontraba. De nuevo estaba sin empleo y casi sin dinero. Hacía unos momentos casi había considerado pedir, incluso rogar, alguna recomendación a lord Westmoreland, aunque ello hubiera sido un atrevimiento imperdonable y asimismo fútil. Durante los dos años que tardó en colocarse al servicio de lord Burleton, Hodgkin había descubierto que nadie deseaba mayordomos, ayudas de cámara ni lacayos con las manos manchadas por la edad, viejos y encorvados, que no pudieran erguirse ni esforzarse por caminar con ligereza.

Desesperado, inclinó los delgados hombros: comenzaban a dolerle terriblemente las articulaciones. Se volvió y se dirigió arrastrando los pies hasta su habitación, al fondo de la destartalada vivienda. Estaba a mitad de camino cuando una llamada repentina e impaciente lo obligó a regresar poco a poco hacia la puerta principal. De nuevo se trataba de lord Westmoreland.

-¿Qué deseáis, milord? -dijo.

-Al marcharme, se me ha ocurrido que la muerte de Burleton os privará del salario que pudiera adeudaros -anunció con conciso acento de negocios-. Mi secretario, mister Wheaton, cuidará de que seáis recompensado. -Y antes de marcharse, añadió-: En mis propiedades siempre hace falta personal competente. Si no deseáis retiraros todavía, podríais considerar asimismo la posibilidad de poneros en contacto con mister Wheaton acerca de este tema. El cuidará de los detalles -concluyó.

Y seguidamente se perdió de vista.

Hodgkin cerró la puerta, se volvió y contempló, incrédulo y sorprendido, la sórdida sala, al tiempo que una nueva oleada de vigor y juventud se precipitaba por sus venas: no sólo tenía un empleo en perspectiva sino que, además, era como servidor de uno de los nobles más admirados e influyentes de Europa.

Y no le había ofrecido aquel empleo por piedad, de ello estaba casi seguro, porque era bien sabido que el conde no mimaba a nadie y menos aún a sus criados. En realidad, circulaban rumores de que Langford era más bien distante, severo y muy exigente en sus requerimientos, tanto con sus propiedades como con sus servidores.

Pese a ello, Hodgkin no podía rechazar por completo la humillante sensación de que acaso el conde le hubiera hecho aquel ofrecimiento por compasión. Hasta que, de repente, recordó un comentario suyo que lo había complacido y enorgullecido sobremanera: lord Westmoreland había sugerido con manifiesta claridad que lo consideraba competente. Había utilizado esa misma palabra. ¡Competente!

Se volvió con lentitud hacia el espejo del recibidor y, apoyado en la empuñadura del negro bastón, se contempló en él. Competente...

Enderezó la espalda con un esfuerzo algo doloroso, irguió los estrechos hombros y se alisó la parte delantera de la descolorida chaqueta negra. Decidió que no se veía tan viejo. Nadie diría que tuviera más de sesenta y tres años: lord Westmoreland, por lo menos, no lo había considerado decrépito ni inútil. Ciertamente que no. Stephen David Elliott

Westmoreland, conde de Langford, pensaba que Albert Hodgkin era digno de incorporarse a su servidumbre. Lord Westmoreland, que poseía propiedades por toda Europa, amén de nobles títulos heredados por parte materna y de dos antepasados de quienes había recibido su nombre, consideraba que Albert Hodgkin sería un estimable colaborador en alguna de sus magníficas residencias.

Ladeó la cabeza y trató de imaginar su aspecto cuando luciera la elegante librea verde y dorada de Langford, pero su visión parecía confundirse y debilitarse. Se llevó los largos y delgados dedos a los ojos y percibió en ellos una extraña humedad.

Enjugó su lágrima al tiempo que contenía el repentino e insensato impulso de agitar el bastón en el aire y dar unas zapatetas. Era muy consciente de que un hombre que estaba a punto de incorporarse a la servidumbre de lord Stephen Westmoreland debía comportarse con la mayor dignidad.

3

El sol era un disco llameante que se deslizaba por un horizonte púrpura cuando el marinero avanzó por el muelle en dirección al carruaje que aguardaba desde el amanecer.

-Ahí llega el Estrella de la mañana -anunció a Stephen, que se apoyaba en la puerta del vehículo y observaba, ocioso, una pendencia de borrachos frente a una taberna próxima.

Antes de señalarle el barco, el hombre dirigió una prudente mirada a los dos cocheros ostensiblemente armados con pistolas y, sin duda, no tan indiferentes como su amo a los peligros que acechaban en los muelles.

-Es aquél, milord -repitió.

Y le indicó un buque que se dirigía hacia el puerto, cuyas velas apenas se distinguían a la luz crepuscular.

-Viene con cierto retraso.

- Stephen se irguió e hizo señas a uno de sus sirvientes para que echase una moneda al marinero por las molestias que se había tomado. Luego avanzó con lentitud por el puerto al tiempo que lamentaba no ir acompañado de su madre o de su cuñada para recibir a la prometida de Burleton. La presencia de mujeres comprensivas hubiera contribuido a aliviar el golpe cuando le comunicara la trágica noticia a la muchacha, una noticia que daría al traste con sus ilusiones.

-¡Esto es una pesadilla! -exclamó Sheridan Bromleigh al atónito mozo que acudía por segunda vez a informarla de que la aguardaba un caballero en el muelle, un caballero que ella, naturalmente, suponía que se trataba de lord Burleton.

-¡Decidle que aguarde! ¡Decidle que he muerto! ¡No, decidle que aún seguimos indispuestas!

Cerró la puerta con brusquedad, corrió el cerrojo y se apoyó de espaldas. Acto seguido fijó su mirada en la asustada doncella que, sentada en la angosta litera del camarote que ambas habían compartido, retorcía un pañuelo entre sus gordezuelas manos.

-¡Es una pesadilla y mañana, cuando despierte, todo habrá concluido! ¿Verdad, Meg?

Meg negó enérgicamente con la cabeza, y al hacerlo las cintas de su gorrito blanco se agitaron con violencia.

-No es un sueño. Tienes que hablar con el barón y darle una explicación... Has de decirle algo que no lo irrite y a lo que pueda dar crédito.

-Lo cual, como es natural, excluye la verdad -repuso Sheridan con amargura-. Es decir, sin duda se sentirá molesto si le digo que he perdido a su prometida en algún lugar de la costa inglesa. Y ésa es la verdad: la he perdido.

-No la has perdido: se ha fugado. Miss Charise escapó con mister Morrison cuando recalamos en el último puerto.

-A pesar de todo, lo que cuenta es que ella había sido confiada a mi cuidado y que he fracasado en mis deberes con su padre y con el barón. Sólo me cabe ir a su encuentro y confesárselo.

-¡No debes hacerlo! -exclamó Meg-. ¡Ordenará que nos encierren en seguida en una mazmorra! Además, tendrás que lograr que se incline favorablemente a nuestro favor porque no tenemos a nadie más a quien recurrir, ni a donde ir. Miss Chanse se llevó consigo todo el dinero y no nos queda ni un chelín para costearnos el pasaje de retorno.

-Encontraré algún trabajo.

Pese a sus confiadas palabras, le temblaba la voz por la tensión que sufría. Paseó inconsciente la mirada en torno al angosto recinto, como si buscara un lugar donde ocultarse.

-No tienes referencias -repuso Meg con la voz preñada de lágrimas-, y tampoco sabemos dónde podremos dormir esta noche ni tenemos dinero con que pagarnos una habitación. Acabaremos en el arroyo, o algo peor.

-¿Hay algo peor? -dijo Sheridan.

Pero cuando Meg abría la boca para responder, alzó una mano y, con un rastro de su habitual ingenio y humor, exclamó:

-¡No me lo digas, te lo ruego, no pienses siquiera en la trata de blancas!

Meg palideció y se quedó boquiabierta.

-¡Trata de blancas! -susurró aturdida.

-¡Meg, por Dios! Era... una broma de mal gusto.
-Si le dices la verdad, hará que nos encierren en una mazmorra.

-¿Por qué sigues hablando de mazmorras? -estalló Sheridan, más próxima que nunca a la histeria.

-Porque aquí existen leyes que tú, que nosotras, hemos quebrantado. No de manera intencionada, desde luego, pero a ellos no les importará. Aquí la encierran a una sin formular preguntas ni aguardar respuestas. Sólo existe una clase de gente importante, que son las personas de la alta sociedad. Y si imagina que la matamos, le robamos o la vendimos, o aun algo peor que eso? Sería su palabra contra la tuya, y tú no eres nadie, de modo que la ley estaría de su parte.

Sheridan trató de decir algo tranquilizador o divertido, mas su resistencia, tanto física como emocional, se había resentido tras varias semanas de incesante tensión y nerviosismo, todo ello agravado por un prolongado brote de enfermedad sufrido durante el viaje, que e había visto coronado por la desaparición de Charise hacía dos días. Por primera vez comprendió que nunca debía haberse embarcado en aquel insensato proyecto. Había sobrevalorado su capacidad para enfrentarse a una joven necia y malcriada de diecisiete años, autoconvenciéndose de que su sentido común y su naturaleza práctica, junto con su experiencia en la enseñanza de modales en la escuela de miss Talbot para damas jóvenes, a la que Charise había asistido, le permitirían enfrentarse de modo adecuado a cualquier dificultad que surgiera durante el viaje. El austero padre de Charise se había dejado seducir hasta tal punto por la eficacia y competencia de Sheridan que, cuando un repentino ataque al corazón le impidió viajar a Inglaterra, la escogió entre varias aspirantes más maduras y experimentadas para acompañar a su hija, pese a que tan sólo era tres años mayor que ella. Sin duda, Charise tuvo mucho que ver en su decisión: había engatusado a su padre, enfurruñándose e insistiendo en que fuese ella quien la acompañase, hasta que él, por fin, accedió. Miss Bromleigh la había ayudado a redactar las cartas que escribió al barón; ella no era como otras señoritas de compañía avinagradas que había entrevistado; miss Bromleigh sería una compañera divertida y, asimismo, la advirtió con timidez, no permitiría que su nostalgia hacia el hogar la hiciese anhelar el regreso con su padre a América, en lugar de casarse con el barón.

Sheridan pensó, disgustada, que aquello era cierto. Y que miss Bromleigh sería, al parecer, la única responsable de su propia fuga con aquel hombre, casi un desconocido, un acto impulsivo que tanto se parecía al argumento de cualquiera de las románticas novelas que había compartido con ella durante el viaje. Tía Cornelia se mostraba tan contraria a ese género de lecturas y a las «necias y románticas» ideas que exponían, que Sheridan solía leerlas en secreto, con las cortinas de su lecho corridas. Allí, a solas, experimentaba la deliciosa excitación de ser amada y cortejada por gallardos y hermosos nobles, que robaban el corazón con una mirada. Después yacía sobre los almohadones, con los ojos cerrados, e imaginaba que ella era la heroína que danzaba, maravillosamente ataviada, con los rubios cabellos recogidos en lo alto, en complicado peinado, o que paseaba por el parque, apoyada la mano con delicadeza en su brazo, mientras sus rizados mechones surgían bajo el ala de un moderno sombrero. Había leído tantas veces cada novela, que podía recitar de memoria sus escenas preferidas y sustituir el nombre de la protagonista por el suyo.

«El barón cogió la mano de Sheridan y se la llevó a los labios al tiempo que le juraba lealtad eterna. "Sois mi único amor."»

«El conde estaba tan deslumbrado por la belleza de Sheridan que perdió el control y la besó en la mejilla. "Perdonadme, pero no pude evitarlo. Os adoro."»

Y luego estaba su favorita:

«El príncipe la estrechó con fuerza contra su corazón. "Si tuviera cien reinos, renunciaría a todos por ti. No era nada hasta que llegaste."»

Tendida en el lecho, alteraba los argumentos de las novelas, el diálogo e incluso las situaciones y los lugares para adaptarlas a sí misma, pero jamás cambiaba a su héroe imaginario. Él, y sólo él, seguía siendo constante, y lo conocía en todos sus detalles por ser fruto de su propia imaginación. Era fuerte, varonil y enérgico, y asimismo amable, inteligente, paciente e ingenioso. También era alto y atractivo, con una espesa cabellera negra y unos maravillosos ojos azules, que podían ser penetrantes, seductores o chispeantes. Le encantaría reír con ella, y Sheridan le contaría anécdotas divertidas para conseguirlo; le gustaría leer y sería más instruido que ella, y tal vez algo más mundano, aunque no demasiado. Y tampoco orgulloso ni sofisticado. Odiaba la arrogancia y el envaramiento y le desagradaba, en especial, sufrir órdenes arbitrarias. En la escuela se veía obligada a aceptar todo ello de los padres de sus alumnas, pero jamás permitiría una actitud de superioridad varonil en su esposo.

Porque, desde luego, su héroe imaginario se convertiría en su esposo. Pediría su mano con la rodilla apoyada en el suelo y diría cosas como: «No sabía lo que era la felicidad hasta que llegaste. Ignoraba lo que era el amor hasta que llegaste. Vivía a medias hasta que llegaste.» Le agradaba la idea de que su caballero la necesitara realmente, que la valorase por algo más que por su belleza. Cuando él se declarara con tan dulces e irresistibles palabras, ¿qué otra cosa podía hacer ella más que aceptar? Y, así, ante la sorpresa y la envidia general en Richmond, Virginia, se casarían. Después él se la llevaría en seguida, junto con su tía Cornelia, a una maravillosa mansión situada en lo alto de una colina, donde se dedicaría a hacerlas felices, y sus preocupaciones más apremiantes consistirían en pensar qué trajes debían ponerse. Y también la ayudaría a localizar a su padre, que se iría a vivir con ellos.

A solas en la oscuridad, no la preocupaba no haber suplicado por encontrar a tal hombre ni que, si por alguna extraña casualidad y pese a haber dado con tal dechado de perfecciones, éste sólo hubiera concedido a miss Sheridan Bromleigh una indiferente mirada. Por la mañana, recogía hacia atrás su densa cabellera pelirroja de modo que despejara su frente, y la sujetaba en un práctico moño en la nuca, partía hacia la escuela, y nadie podía imaginar que la recatada miss Bromleigh, ya considerada como una «solterona» por alumnos, compañeros y padres, en el fondo de su corazón era una soñadora y una romántica.

Los había engañado a todos, incluso a sí misma, al creerse la personificación del sentido práctico y de la eficacia. En aquellos momentos, como consecuencia del infinito exceso de confianza en sí misma, Charise se pasaría la vida casada con un hombre vulgar, en lugar de un caballero, un hombre que acaso la haría muy desdichada si se lo proponía. Si el padre de Charise no caía fulminado por la furia o por un ataque al corazón, sin duda tramaría, incansable, el modo más efectivo de amargar la existencia de Sheridan y la de su tía Cornelia. Y la pobre y tímida Meg, que había trabajado como doncella de Charise durante cinco largos años, a buen seguro sería despedida sin referencias, lo que destruiría de modo efectivo sus futuras perspectivas de conseguir un empleo decente.

Todas esas posibilidades estaban basadas en la suposición de que Sheridan y Meg lograran de algún modo regresar a casa. Sin embargo, si Meg no se equivocaba, y Sheridan estaba casi segura de que así era, la doncella se pasaría el resto de su vida en una mazmorra. Y Sheridan Bromleigh, la «sensible y competente» Sheridan Bromleigh, sería su compañera de reclusión.

Lágrimas de miedo y de culpabilidad le escocían en los ojos mientras pensaba en las calamidades que había causado, y ello por un ingenuo exceso de confianza en sí misma y por el necio deseo de ver la deslumbrante ciudad de Londres y la moderna aristocracia a la que tanto se aludía en las novelas debería haber escuchado los sermones de tía Cornelia, que, desde hacía años, la advertía que el anhelo de presenciar tales maravillas equivalía a querer superar el propio nivel social, que el orgullo era tan pecaminoso, a los ojos del Señor, como la avaricia y la pereza, y que la modestia femenina era más atractiva que la simple belleza para los caballeros.

Sheridan comprendía, aunque tarde, que tía Cornelia estaba en lo cierto en sus dos primeras afirmaciones, pero, pese a que había procurado tomar en consideración sus palabras, existía una notable diferencia entre ambas que hacía muy difícil aceptar sus advertencias acerca de ir a Inglaterra: su tía era una persona de reacciones previsibles, le encantaban los rituales y apreciaba la rutina cotidiana, algo que, por lo general, desesperaba a Sheridan.

4

Sherry miraba a la pobre Meg sin dedicarle la menor atención ,Y .,pensaba que hubiera deseado encontrarse de nuevo con su tía, en la casita de tres habitaciones de Richmond, disfrutando de una agradable y rutinaria taza de té tibio y considerando la perspectiva de compartir aquella infusión durante toda su tediosa existencia.

Pero si Meg no se equivocaba acerca de la legislación inglesa, Sheridan no regresaría jamás a casa ni volvería a ver a su tía, y tal pensamiento la dejaba anonadada.

Hacía seis años, cuando se fue a vivir con la hermana mayor de su madre, la posibilidad de no volver a ver a Cornelia Faraday la hubiera alegrado sinceramente, pero su padre no le había dejado otra elección. Hasta entonces le había permitido viajar con él en un carromato cargado con toda clase de mercancías, odres de piel, perfumes, botes metálicos, horcas... Artículos de lujo y de primera necesidad que vendía o trocaba en las granjas y cabañas que encontraban en su camino.

En cuanto a su «camino», era cualquier desvío que siguieran por la carretera a impulsos de su fantasía, por lo común en dirección sur, a lo largo de la costa oriental en invierno, y hacia el norte en verano. A veces marchaban hacia el oeste, cuando los atraía una magnífica puesta de sol, o se desviaban hacia mediodía siguiendo el curso de un susurrante riachuelo que discurría en tal dirección. En invierno, cuando en ocasiones la nieve dificultaba o impedía viajar, siempre se encontraban con algún granjero o tendero que precisara la ayuda de una persona servicial, y su padre, muy irlandés, ofrecía su trabajo a cambio de algunos días de alojamiento.

Como consecuencia, cuando Sheridan cumplió doce años, había dormido en infinidad de lugares, desde un pajar, cubierta con una manta, hasta en un lecho de plumas, en una casa habitada por un grupo de divertidas damas, que vestían trajes de satén de vivos colores con unos escotes tan pronunciados que sus senos parecían a punto de escapársele por encima. Pero tanto si el ama de la casa donde se hospedaban era la robusta esposa de un granjero, la severa esposa de un sacerdote o una dama vestida con satén color púrpura ribeteado de plumas negras, casi siempre acababan adorando a Patrick y mimando a Sheridan de modo maternal, encantadas por la perenne sonrisa de su padre, su cortesía inagotable y su voluntad

Librodot

de trabajar con dureza como compensación a su hospedaje y sustento. Las damas no tardaban en guisar raciones extraordinarias para él, prepararle sus postres favoritos y ofrecerse a remendarle las ropas.

Y asimismo hacían extensiva su buena voluntad a Sheridan. Bromeaban con cariño acerca de sus greñas pelirrojas y se reían cuando su padre aludía a ella como su «pequeña zanahoria». Por su parte, ella se ofrecía a ayudarlas a lavar los platos poniéndose de pie en una silla y, cuando se marchaban, le daban retales de ropa o preciosos objetos inútiles para que pudiera hacer una nueva manta o un vestido a Amanda, su muñeca. Sheridan las abrazaba y les aseguraba que ambas les estaban muy agradecidas, y ellas sonreían porque sabían que lo decía en serio. Le daban un beso de despedida y le susurraban al oído que algún día sería muy hermosa. Y la pequeña se reía porque pensaba que no lo decían en serio. Después veían partir a la niña y a su papá en el carromato, agitaban las manos a modo de despedida y les decían «Buena suerte» y «Regresad pronto».

A veces, en los hogares donde se alojaban, alguien insinuaba a su padre que se quedara y cortejase a alguna hija o vecina y, aunque él no perdía la sonrisa que iluminaba su atractivo rostro, se le ensombrecían los ojos y respondía: «Gracias, pero es imposible. Sería culpable de bigamia puesto que la madre de Sheridan aún vive en mi corazón.»

La mención de su difunta madre era lo único que lograba empañar su alegría, y la niña solía ponerse nerviosa hasta que el volvía a ser el de siempre. Cuando su madre y su hermanito fallecieron de una enfermedad llamada disentería, su padre se comportó como un desconocido durante varios meses. Permanecía sentado en silencio junto al fuego en su pequeña cabaña bebiendo whisky, desatendía las cosechas, que se agostaban en el campo, y no se molestaba en replantarlas. No hablaba ni se afeitaba, apenas comía y parecía no preocuparle que se muriesen sus mulas. Entretanto Sheridan, que a la sazón tenía seis años y estaba acostumbrada a ayudar a su madre, trataba de asumir las tareas domésticas.

Su padre no parecía advertir los esfuerzos de Sheridan, corno tampoco sus fracasos y su aflicción. Hasta que, por fin, en una jornada decisiva, la niña se quemó el brazo y la comida que guisaba para él. Sheridan se esforzó por contener el llanto producido por su dolor físico y espiritual y se fue al río a lavar la ropa sucia con la lejía y el jabón que les quedaba. Cuando se arrodillaba en la orilla y sumergía, cuidadosa, la camisa de franela de su padre en las aguas, la obsesionaban una vez más escenas felices del pasado, vividas en aquel mismo lugar. Recordaba que su madre solía tararear cancioncillas mientras lavaba y que ella supervisaba el baño del pequeño Jamie. Recordaba que el niño solía sentarse en el agua y que balbuceaba y chapoteaba con sus gordezuelas manitas, alegre y juguetón. A mamá le encantaba cantar: había enseñado a Sheridan canciones de Inglaterra y las tarareaban juntas cuando trabajaban. A veces se interrumpía y escuchaba a su hija en silencio, con la cabeza ladeada y una singular y orgullosa sonrisa. Entonces solía abrazarla con fuerza y decía algo maravilloso como «tu voz es muy dulce y muy especial, al igual que tú».

El recuerdo de aquel tiempo idílico le escocía en los ojos mientras se arrodillaba en el río. La letra de la canción favorita de su madre resonaba en su mente, junto con su sonrisa, Primero dirigida a Jamie, que reía y jugaba, y luego a Sheridan, que también solía acabar empapada. «Canta algo para nosotros! -decía-. ¡Canta para nosotros, ángel!»

Sheridan trató de obedecer la petición recordada, pero se le quebró la voz y los ojos se le inundaron de lágrimas. Se enjugó el llanto con los puños y descubrió que la camisa de su padre se iba río abajo, fuera de su alcance, y entonces dejó de esforzarse por ser valerosa y adulta. Encogió las rodillas contra su pecho, hundió el rostro en el delantal de su madre y

sollozó, afligida y aterrada. Rodeada por las flores silvestres del estío y el perfume de la hierba fresca, lloró hasta que le dolió la garganta y sus palabras se convirtieron en una cantinela ronca y susurrante.

-¡Mamá! -sollozaba-. ¡Te echo tanto de menos! ¡Y también a Jamie! ¡Por favor, regresa con papá y conmigo! ¡Regresa, por favor!

Su dolorosa letanía se vio de súbito interrumpida por la voz de su padre, no la apagada, sin vida y desconocida con la que se expresaba desde hacía meses, sino con su timbre anterior, enronquecido en aquellos momentos por la preocupación y el amor. El hombre se agachó junto a ella y la abrazó.

-Yo tampoco puedo seguir adelante solo -le dijo, y la estrechó contra su pecho-. ¡Pero apuesto a que juntos lo lograremos, cariño!

Más tarde, cuando hubo enjugado sus lágrimas, añadió:

-¿Te gustaría que nos fuésemos de aquí y viajásemos? Cada día sería una aventura. Yo solía vivir grandes aventuras: así conocí a tu madre, en una de mis escapadas por Sherwyn's Glen, en Inglaterra. Algún día iremos allí, tú y yo, pero no como cuando me marché con tu madre. En esa ocasión regresaremos por todo lo alto.

Antes de morir, su madre hablaba con gran nostalgia del pintoresco pueblecito inglés en el que había nacido, le describía su hermoso paisaje, sus senderos flanqueados de árboles y los festejos a los que asistía en la sala de actos del lugar, e incluso le puso su nombre por una clase especial de rosas que crecía en la rectoría, unas rosas rojas que brotaban en alegre profusión y cubrían la blanca verja que rodeaba el recinto.

La preocupación del padre de Sheridan por regresar a Sherwyn's Glen pareció comenzar cuando falleció su mujer. Sin embargo, ello provocó durante largo tiempo la perplejidad de Sheridan porque desconocía las razones de que él deseara regresar de modo tan perentorio, en especial cuando, al parecer, el personaje más importante del lugar era una especie de monstruo malvado y orgulloso, el señor Faraday, que trataba a todos con despotismo y que no sería en modo alguno un vecino agradable cuando su padre construyera su casa junto a la mansión de aquél, como se proponía.

Sabía que Patrick conoció al señor Faraday cuando fue a entregarle un caballo irlandés muy valioso que el terrateniente había comprado para su hija y que, puesto que su padre no tenía parientes próximos vivos en Irlanda, había decidido quedarse a trabajar para el caballero como mozo de cuadras y domador. Pero hasta que tuvo once años, no descubrió que el perverso, despiadado, odioso y arrogante señor Faraday era, en realidad, su propio abuelo.

Sherry siempre se había preguntado por qué su padre se había llevado a su madre lejos de su querido pueblo y, a continuación, la había animado a irse a América junto con su hermana mayor, la cual se instaló en Richmond y se negó a moverse de allí. Siempre le había resultado algo extraño que lo único que sus padres se hubieran llevado consigo de Inglaterra, además de sus ropas y una pequeña suma de dinero, fuera un corcel llamado Pura casta, por el que su madre sentía tanto cariño como para no separarse de él y pagarle el pasaje y que, sin embargo, tuvieron que vender poco después de llegar a América.

Las raras veces que sus padres aludían a su marcha de Inglaterra, siempre tuvo la impresión de que había sido a impulsos de una decisión triste y apresurada, cuyas causas no

podía imaginar. Por desdicha, su padre se mostraba inflexible y poco dispuesto a informarla a ese respecto, por lo que no le quedó otra elección que contener su curiosidad y aguardar a que construyeran su mansión en Sherwyn's Glen para poder descubrirlo por sí misma. Una vez allí, se proponía lograr su objetivo a base de formular toda clase de preguntas que velaría con sumo cuidado. Por cuanto podía aventurar, su padre proponía alcanzar tales fines jugándose a las cartas y a los dados -con la mayor frecuencia posible cuando se le presentaba la ocasión- todos sus ahorros. Era evidente para ambos que no lo acompañaba la suerte, pero él pensaba que algún d1a le sonreiría la fortuna.

-Sólo necesito una buena racha en la mesa adecuada ,-decía con una sonrisa-. En otros tiempos la tuve y volverá, querida. Lo presiento.

Puesto que nunca le había mentido, Sheridan también lo Creía así. Y juntos viajaban y charlaban de temas tan triviales como las costumbres de las hormigas, y tan vastos como la creación del universo. A algunos debía resultarles extraño su errabundo estilo de vida. Al principio, a Sherry también le pareció extraño y aterrador, mas en breve llegó a entusiasmarla.

Antes de dejar la granja, ella estaba convencida de que cualquier parte del mundo sería igual que aquella pequeña extensión de pradera, y que apenas existirían otros seres más allá de sus límites; ahora descubría nuevas perspectivas en cada recodo de la carretera y la venturosa expectativa de encontrarse con personajes interesantes que seguían la misma dirección, viajeros que se dirigían o procedían de lugares tan distantes y exóticos como Mississippi, Ohio ¡e incluso México!

Ellos le explicaban maravillosas historias de lugares lejanos, costumbres sorprendentes y extraños modos de vida. Y como, al igual que su padre, los trataba con afabilidad, cortesía e interés, muchos decidían adaptar su paso al carromato de los Bromleigh durante días o, a veces, incluso semanas. Por el camino, Sheridan se enteraba de más novedades. Ezekiel y Mary, una pareja de negros con la piel tersa y brillante como el carbón, espesos y ensortijados cabellos negros y tímidas sonrisas, le hablaron de un lugar llamado África, donde tenían diferentes nombres, y le enseñaron un canto extraño y rítmico que, aunque no era exactamente una canción, exaltaba y estimulaba los ánimos.

Un año después de que Mary y Ezekiel se separaron de ellos, un día gris de invierno apareció por un recodo del camino un indio de cabellos blancos y cutis curtido y apergaminado como cuero viejo, montado en un hermoso corcel moteado, tan joven y enérgico como viejo y cansado era su jinete. El padre de Sheridan tuvo que insistir considerablemente para que el hombre atase su caballo detrás del carromato y subiese con ellos y, cuando Sheridan le preguntó cómo se llamaba, dijo que su nombre era «Durmiendo con perros». Aquella noche, sentados en torno al fuego del campamento y, ante la curiosidad de la muchacha sobre las canciones indias, le hizo una extraña demostración, que a ella le pareció que consistía en sonidos guturales acompañados de un palmoteo en las rodillas. Era tan extraño y poco melódico que Sheridan tuvo que esforzarse por contener una sonrisa ante el temor de herir los sentimientos del indio. Pero, aun así, él pareció advertir su divertido asombro. Se interrumpió de repente, entornó los ojos y le dijo en tono brusco y autoritario:

-Ahora canta tú.

A la sazón, Sheridan ya estaba acostumbrada a cantar y a hablar con desconocidos cuando se reunían ante el fuego, durante las veladas. En aquella ocasión interpretó una canción irlandesa, que su padre le había enseñado, que trataba de un t joven que perdió a su amada. Cuando llegó a la parte en que el joven lloraba acongojado a su adorada, «Durmiendo

con perros» profirió un sonido estrangulado en su garganta que recordaba un ronquido o una carcajada. Sheridan le dirigió una rápida mirada y, al advertir su asombrada expresión, comprendió que sus sospechas eran fundadas. En esta ocasión fue ella quien se interrumpió.

-Llorar es propio de mujeres -la informó el indio con arrogante- superioridad al tiempo que la señalaba con el dedo.

-¡Oh! -repuso decepcionada-. Me temo que los irlandeses son muy diferentes, porque la canción dice que lloran, y papá me la enseñó así y él también es irlandés.

Miró a su padre en espera de su confirmación e inquirió, indecisa:

-Los hombres del viejo continente lloran, ¿verdad, papá?

Ella miró divertido mientras echaba los posos del café en el fuego.

-Verás, querida -respondió--, si digo que sí, mister «Durmiendo con perros» se marchará creyendo que Irlanda es un lugar triste, lleno de muchachos apenados que lloran de congoja y con el corazón destrozado, y eso no sería conveniente, ¿verdad? Sin embargo, si aseguro que no lloran, entonces tú podrías pensar que la canción y yo mentimos, y eso tampoco sería conveniente. -Con un guiño de complicidad, concluyó-: ¿Y si te dijera que me equivoqué al recordar la canción y que, en realidad, son los italianos quienes lloran?

Se expresaba como si todo aquello formase parte de su juego favorito del «y si?», un pasatiempo que habían inventado y al que solían jugar para entretenerse durante los tres años que Viajaban juntos. A veces se planteaban en él serias posibilidades, tales como «y si el caballo cojeara?». Otras se trataba de alguna tontería como «y si apareciera un hada y nos concediera un deseo?». Pero, sin tener en cuenta las premisas, el objetivo siempre consistía en hallar la mejor solución posible en el mínimo espacio de tiempo. Sheridan se había vuelto tan hábil en ello que su padre confesaba, orgulloso, tener que esforzarse para ponerse a su nivel.

La niña frunció el entrecejo y se concentró durante unos breves momentos. Luego anunció su solución con una risita.

-Creo que será mejor simular que tienes algo urgente que hacer para no responder a la pregunta. Si no dices nada, es probable que el tema quede olvidado.

-Tienes razón -repuso él.

Y, acto seguido, siguió su consejo y dio las buenas noches a «Durmiendo con perros». La jovial despedida no mereció siquiera el esbozo de una sonrisa del estoico indio, que, desde el otro lado del fuego, dirigió una larga e intensa mirada a Sheridan, se puso en pie y, sin decir palabra, desapareció por el bosque durante toda la noche.

A la mañana siguiente, «Durmiendo con perros» ofreció a la muchacha montar en su caballo, un honor que Sheridan sospechó que respondía a su deseo de cabalgar con más comodidad en el carromato, aunque no lo admitiera y, por consiguiente, de salvar las apariencias. La niña, que sólo había montado el viejo rocín de oscilantes lomos que arrastraba su carromato, contempló el hermoso y vigoroso alazán con cierta excitación y enorme pánico, y se disponía a negarse cuando captó la desafiante expresión del indio. En tono apesadumbrado le señaló que no tenía montura. «Durmiendo con perros» le devolvió una de

sus altaneras miradas de superioridad y la informó de que las doncellas indias cabalgaban a pelo y a horcajadas.

Aquella expresión, junto con la sensación de que él comprendía su temor, fue algo insoportable para Sheridan, por lo que decidió arriesgar su vida y sus extremidades antes de darle motivos para que se formara una opinión desfavorable de ella y de los niños irlandeses. Se adelantó hacia él y cogió las riendas de su mano. Como «Durmiendo con perros» no se ofreció para ayudarla a montar, condujo al animal junto al carromato, se subió en él y, a continuación, pasó varios minutos tratando de aproximar al alazán para pasarle la pierna por el lomo.

En cuanto hubo montado se arrepintió de ello. Desde lo alto, el suelo se veía muy lejano y parecía muy duro. Aquel día se cayó cinco veces y le parecía oí- cómo el indio y su obstinado caballo se reían de ella cuando se disponía a montar por sexta vez. Estaba tan furiosa y dolorida que tiró bruscamente de la cuerda, asió a la bestia por la oreja y lo llamó «diablo» en alemán, palabra que había aprendido de un matrimonio germano que se dirigía a Pennsylvania. Luego se subió en él, enojada, y trató de dominarlo. Tardó pocos minutos en darse cuenta de que, al parecer, los caballos indios respondían mejor a los modales bruscos que a la timidez, porque el animal dejó de mostrarse esquivo y de huir disparado y emprendió un trote estimulante.

Aquella noche, cuando se sentaba ante el fuego y observaba cómo guisaba la cena su padre, cambió de posición para aliviar la presión de su dolorida espalda y, de modo inadvertido, su mirada coincidió con la de «Durmiendo con perros», algo que había evitado desde que volvió a asegurar el caballo al carromato, a primeras horas del día. En lugar de hacer alguna observación francamente molesta por su escasa habilidad como amazona en comparación con las muchachas indias, el indio la miró fijamente a la movediza luz de las llamas y le formuló una pregunta, al parecer intrascendente.

-¿Qué significa tu nombre?

-¿Qué significa mi nombre? -repitió tras pensar un momento.

El respondió con una señal afirmativa y entonces Sheridan le explicó que se lo habían puesto por una flor que crecía en Inglaterra, la patria de su madre, un lugar que se encontraba al otro lado del mar. El indio gruñó en señal de desaprobación y Sheridan se quedó tan sorprendida que respondió:

-¿Cómo debería llamarme entonces?

-Tú no flor -dijo. Y examinó su rostro pecoso y sus cabellos indomables-. Tú fuego, llama ardiente.

-¿Cómo? ¡Ah! -exclamó. Y rió a medida que comprendía-. ¿Quieres decir que mis cabellos tienen el color del fuego?

Pese al talante reservado, brusca expresión y el caballo mal educado de «Durmiendo con perros», Sheridan, de naturaleza afable y curiosa, era incapaz de guardar rencor durante más de una hora.

-Mi padre me llama «zanahoria» por el color de mi pelo -repuso con una sonrisa-. La zanahoria es un vegetal de color naranja... El maíz también lo es. Por eso me llama zanahoria.

-Los indios dan nombres mejor que hombres blancos.

Se abstuvo, cortés, de observar que ser aludido como un perro no era preferible a responder al nombre de un vegetal.

-¿Qué clase de nombre me daría un indio? -se limitó a responderle.

-«Cabello en llamas» -anunció-. Y si fueras chico, «Sabio por años».

-¿Cómo? -preguntó Sheridan perpleja.

-Ya eres sabia -aclaró con torpeza-. Sabia, pero no mayor. Tú, joven.

-¡Oh, me gustaría llamarme «Sabia»! -exclamó Sheridan.

Pero al momento mudó su primera impresión y decidió que, en realidad, «Durmiendo con perros» le caía muy bien.

-«Sabia por años» -repitió al tiempo que dirigía una mirada de satisfacción a su divertido padre.

-Pero tú, chica -la contradijo el indio, amortiguando su alegría con su actitud de superioridad masculina-. Chicas no sabias. Tú llamarte «Cabello en llamas'>.

Sheridan decidió que, de todos modos, simpatizaba con él, y contuvo la indignada respuesta de que, en contra de su opinión, su padre la consideraba muy inteligente.

-«Cabello en llamas» es muy bonito -dijo.

Entonces él sonrió por primera vez, con una sonrisa astuta que se prolongó de manera indefinida y que demostraba que había advertido cómo se contenía ante su provocación.

-Tú «Sabia por años» -declaró con amplia sonrisa mientras miraba a su padre y asentía.

Patrick, a su vez, dio también su conformidad. Y Sheridan, como de costumbre, decidió que la vida era maravillosa y divertida y que, por muy distinta que la gente pareciera, en su interior era muy semejante. A todos les gustaba reír, hablar y soñar, y aparentaban ser muy valientes, no verse afectados por los sufrimientos y que la tristeza tan sólo era un cambio de humor que superaban con facilidad. Como solía suceder.

5

A la mañana siguiente, cuando desayunaban, su padre elogió el hermoso cinturón trenzado y con abalorios que sujetaba los pantalones de gamuza de «Durmiendo con perros», y éste lo informó de que lo había hecho él mismo. Al cabo de unos momentos cerraban un trato comercial por el que el indio accedía a confeccionar cinturones y pulseras para que su padre los vendiera por el camino.

Autorizada por su nuevo «socio», Sheridan bautizó al caballo El que corre veloz y, durante los siguientes días, cabalgó constantemente en él. Mientras su padre y «Durmiendo con perros» viajaban con dignidad en el carromato, ella se adelantaba y regresaba al galope junto a ellos, inclinada sobre el cuello del animal, con los cabellos despeinados al viento que se confundían con sus crines, y entre el eco de sus risas, bajo un cielo azul y radiante. El mismo día que superó su temor a galopar, le preguntó orgullosa a «Durmiendo con perros» si lo hacía tan bien como un muchacho indio y él la miró de un modo como si semejante posibilidad fuese absurda e imposible. Acto seguido arrojó en la hierba, junto a la carretera, el corazón de una manzana que estaba comiendo.

-¿Puede «Sabia por años» recogerlo desde los lomos de un caballo al galope? -repuso, y señaló el corazón de la manzana.

-¡Desde luego que no! -exclamó Sheridan frustrada.

-Un muchacho indio lo haría.

Durante los tres años siguientes, Sheridan consiguió superar aquella y muchas otras hazañas, algunas de las cuales suscitaban preocupadas advertencias por parte de su padre. «Durmiendo con perros» premiaba cada uno de sus logros con un seco gruñido de aprobación, seguido de un nuevo y, al parecer, imposible desafío, que, antes o después, Sheridan superaba. Los ingresos del grupo aumentaron, gracias a las extraordinarias habilidades del indio en la caza y la pesca. Si a la gente le parecía un trío peculiar -el viejo indio, la niña vestida con pantalones de gamuza, que no sólo cabalgaba a pelo y a horcajadas sino hacia atrás a pleno galope, y el afable irlandés de voz suave que jugaba con regularidad, pero controlándose con prudencia-, Sheridan no lo advertía. En realidad, más bien pensaba que la gente que vivía en ciudades bulliciosas y ajetreadas como Baltimore, Augusta y Charlotte llevaban vidas muy extrañas y agobiantes comparadas con la suya. La verdad era que no le importaba que a su padre le costara tanto reunir el dinero necesario para construir su mansión en el pueblo de Sherwyn's Glen.

Y así se lo dijo a Rafael Benavente, un atractivo latinoamericano de veintitantos años y ojos azules procedente de St. Agustine, pocos días después de que él decidió viajar en su compañía hacia Savannah.

-Cara mia -repuso él con risa cordial-, me parece muy bien que. no tengas prisa, porque tu papá es muy mal jugador. Anoche estuve un rato sentado delante de él en el tugurio de madame Gertrude, y allí se hacían muchas trampas.

-¡Mi padre nunca haría trampas! -protestó. Y se puso en pie indignada.

-No, me consta que es así -se apresuró a decirle para tranquilizarla, al tiempo que la retenía por la muñeca cuando se volvía, enojada-. Pero no se daba cuenta de que las hacían los demás.

-¡Deberías...!

En aquel momento distinguió la pistola que llevaba Rafael en la cadera y se enfureció aún más ante la idea de que alguien engañara a su padre y le quitara el dinero que con tantas dificultades ganaba.

-¡Matarlos! ¡Sí, matarlos! ¡Eso deberías haber hecho!

-Imposible, querida -manifestó, de nuevo divertido-. Porque, verás, yo era uno de los tramposos.

Sheridan liberó con brusquedad su muñeca.

-¿Tú has engañado a mi padre?

-¡No, no! -exclamó, en un inútil intento de exhibir una expresión grave-. Sólo hago trampas cuando es absolutamente necesario... Como cuando los demás las hacen, y tan sólo a quienes tratan de hacérmelas a mí.

Según se enteraría más tarde, Rafael era algo parecido a un tahúr y, como él mismo confesaba, había sido expulsado de la enorme hacienda familiar de México en castigo a lo que él calificaba como sus «pésimas costumbres».

Sheridan, que valoraba mucho a su pequeña familia, se consternó al descubrir que había padres capaces de echar a sus hijos de casa y, asimismo, ante la perspectiva de que Rafael pudiera haber cometido alguna acción en especial injustificable que lo hiciera merecedor de tal castigo. Cuando, con toda prudencia, abordó el tema con su padre, él le pasó el brazo por los hombros y le dijo que Rafael le había explicado que la verdadera razón de haber sido despedido de su casa había tenido algo que ver con su excesivo interés hacia una dama que, por desdicha, estaba casada.

Sheridan aceptó su explicación sin formular preguntas, no sólo porque su padre era siempre muy precavido con quienes permitía viajar en su compañía durante un tiempo prolongado sino, también, porque deseaba pensar lo mejor de Rafael. Aunque Sheridan sólo tenía doce años, le parecía el hombre más atractivo y encantador del mundo, con excepción, naturalmente, de su padre.

El mexicano le contaba maravillosas historias, bromeaba acerca de sus modales rufianescos y le decía que algún día sería una mujer muy hermosa, que sus ojos eran fríos como nubes grises de tormenta y que Dios se los había dado para que contrastaran con el fuego de sus cabellos. Hasta entonces, Sheridan no se había preocupado en absoluto por su aspecto, pero confiaba sinceramente en que Rafael no se equivocara en sus pronósticos y que aguardase para descubrirlo. Hasta entonces, se conformaría con disfrutar de su compañía y ser tratada como una niña.

A diferencia de la mayoría de los viajeros que encontraban, Rafael parecía disponer siempre de mucho dinero y no haberse fijado destino ni objetivo en particular. Jugaba con mayor frecuencia que su padre y gastaba sus ganancias como le placía. En una ocasión, tras haber instalado su carromato en los límites dé Savannah, en Georgia, desapareció durante cuatro días. Al quinto, cuando reapareció, apestaba a perfume y a whisky. Según retazos de conversaciones captados el año anterior de unas casadas que se dirigían a Missouri con sus esposos en una pequeña caravana, Sheridan llegó a la conclusión de que el estado de Rafael demostraba que había estado en compañía de alguna «prostituta". Por aquella misma conversación se había enterado de que las «prostitutas» eran mujeres no respetables que poseían una especie de poder maligno para «apartar a los hombres del sendero de la rectitud». Aunque ella no sabía con exactitud qué hacía una mujer para dejar de ser respetable, reaccionó de modo instintivo.

El día que Rafael regresó, sin afeitar y oliendo a prostitutas, Sheridan había permanecido de rodillas formulando una torpe plegaria para su salvación y esforzándose por no llorar de miedo. Al cabo de unos momentos superó su temor y, presa de celos e indignación, se mantuvo distante y enojada durante un día entero. Al ver que no lograba engatusarla ni ablandarla, Rafa se encogió de hombros y pareció despreocuparse, pero la noche siguiente se presentó en el campamento con su guitarra y una pícara sonrisa. Se sentó frente a ella, aunque simuló ignorar su presencia, y comenzó a tocar.

Sheridan había oído tañer la guitarra en otras ocasiones, pero no de aquel modo. Bajo sus ágiles dedos, las cuerdas vibraban con un palpitante y extraño compás que aceleraba los latidos de su corazón y hacía hormiguear sus pies al son de la melodía. De repente, el ritmo cambió, y la música se volvió tan triste y melancólica que el propio instrumento parecía llorar. La tercera melodía que él interpretó era alegre y ligera. Rafael la miró, le guiñó un ojo y empezó a murmurar la letra de la canción como si se la estuviera diciendo. Se trataba de la historia de un necio que no valoraba lo que tenía ni la mujer que amaba hasta que lo perdió todo. Sin dar tiempo a Sheridan a reaccionar de su impresión ni de las posibilidades que ello implicaba, inició otra melodía, dulce y encantadora, que ella conocía.

-Cántala conmigo, querida -la invitó con dulzura.

Cantar era el pasatiempo favorito de muchos viajeros, incluido el grupo formado por los Bromleigh, pero aquella noche Sheridan se sintió infinitamente tímida y torpe. Cerró los ojos y se esforzó por pensar tan sólo en la música, el cielo y la noche. Cantaron juntos, la profunda voz de barítono de Rafael como contrapunto a sus notas más agudas.

Al cabo de unos minutos abrió los ojos ante el sonido de unos aplausos y se quedó sorprendida ante la presencia de un pequeño grupo de campistas que habían acudido a escucharla desde el otro lado de la carretera.

Aquélla fue la primera de muchas noches en que ella cantó acompañada por Rafa ante una multitud que se congregaba para escucharlos. A veces, cuando estaban en una ciudad o en un pueblo, la gente les expresaba su gratitud obsequiándolos con alimentos e, incluso, con dinero. Durante los meses siguientes, Rafa le enseñó a tocar la guitarra, aunque nunca lo hizo tan bien como él, y también español, en el que llegó a expresarse con suma corrección, y luego, italiano, que ninguno de los dos dominó del todo. A petición de Sherry, él vigilaba a la gente que jugaba con su padre, de modo que comenzaron a aumentar las ganancias de éste, e incluso propuso a Patrick asociarse en toda clase de aventuras que a Sheridan le parecían muy emocionantes e improbables, pero que su padre escuchaba siempre con gran interés.

El único que no se mostraba complacido con la presencia de Rafael era «Durmiendo con penos», que lo observaba con evidente desaprobación y se limitaba a responderle con gruñidos, y ello tan sólo cuando le formulaba alguna pregunta pertinente y directa. Respecto a Sheridan, se comportaba con bastantes reservas y cuando ella, desdichada por tal situación, consultó la cuestión con su padre, él le respondió que acaso «Durmiendo con perros» estuviera disgustado porque ella ya no pasaba tanto tiempo hablando con él como antes de que se les uniera Rafael. Acto seguido, Sheridan se esforzó por consultar con más asiduidad al indio y por cabalgar junto a él en el carromato en lugar de hacerlo con Rafael.

La cordialidad y la concordia retornaron a su pequeña caravana y todo parecía perfecto y permanente... hasta que Patrick decidió visitar a la hermana soltera de su madre, que vivía en la ciudad de Richmond, en Virginia.

6

Sheridan estaba muy ilusionada por conocer a su única parienta viva, pero se sintió fuera de lugar en la pequeña y atestada vivienda de tía Cornelia, pues temía romper alguna de sus frágiles baratijas o ensuciar la especie de pañuelos de encaje que cubrían toda superficie visible. Pese a sus infinitas precauciones, tenía la terrible sensación de que no agradaba a su tía en absoluto y de que ella desaprobaba por completo cuanto hacía y decía. Sospecha que se confirmó en una conversación mortificante que sostuvieron su tía y su padre a los pocos días de su llegada y que ella oyó por casualidad. Sheridan contemplaba la calle sentada en un escabel cuando, sorprendida y curiosa, la sobresalió distinguir su nombre entre un murmullo de voces procedente de la habitación próxima.

Se levantó y encaminó hacia allí sus pasos sorteando el mobiliario, pegó el oído a la puerta y, al cabo de unos momentos, confirmó sus sospechas. Tía Cornelia, que enseñaba modales en una escuela para jovencitas de familias pudientes, no estaba en absoluto complacida con ella y sometía a su padre a una furiosa reprimenda por aquel mismo tema.

-¡Deberías ser azotado por el modo en que has criado a esa niña! -exclamaba tía Cornelia en un tono despectivo e irrespetuoso que el padre de Sheridan jamás hubiera tolerado a nadie, y menos soportado en silencio como parecía estar haciendo-. ¡No sabe leer ni escribir y, cuando le pregunté si rezaba sus oraciones, me respondió que «no resistía mucho rato arrodillada»! Luego me informó, y cito textualmente sus palabras, que es probable que al «buen Dios le agraden tan poco los sacerdotes que vociferan mensajes bíblicos como las prostitutas que apartan a los hombres del sendero de la bondad y la rectitud».

-¡Vamos, Cornelia! -comenzó su padre en un tono que parecía sofocar la risa.

Sin duda Cornelia Faraday también lo creyó así, porque comenzó a despotricar contra él con lo que Rafa calificaría de una «furia endemoniada».

-¡No trates de manipularme con tu falso encanto..., canalla! Engatusaste a mi hermana con tus charlas estrafalarias para que se casara contigo y recorriera medio mundo, y le prometiste una nueva vida en América. Nunca me perdonaré no haber tratado de detenerla, peor aún, haberla acompañado. Pero esta vez no permaneceré con los brazos cruzados y en silencio viendo cómo conviertes a la única hija de mi hermana en un... ¡payaso! Esa niña, casi en edad de contraer matrimonio, no se comporta de un modo femenino. Ni siquiera parece una mujer, y dudo que sepa que lo es. Sólo viste pantalones y botas masculinas, está curtida como una salvaje y maldice como un pagano. Sus modales son deplorables, es escandalosa y atrevida, va desgreñada y desconoce el significado de la palabra feminidad. Me anunció, con el mayor descaro, que en estos momentos no desea casarse, pero que le gusta un tal Rafael Benavente y que a buen seguro que más adelante le pedirá que se case con ella. Esa joven dama, y utilizo la palabra de modo genérico, pretende con toda sinceridad ofrecerse en matrimonio y, por añadidura, su elegido es un vagabundo hispanoamericano que, según me informó orgullosa, sabe las cosas más importantes: incluso hacer trampas en las cartas. Pues bien -concluyó tía Cornelia con creciente irritación y enojo-, ¡te desafío a que defiendas todo esto!

Sheridan contuvo el aliento y aguardó, con regocijo anticipado, a que su padre arremetiera en una extensa diatriba contra la odiosa y arisca mujer que la había embaucado para ganarse su confianza y que utilizaba sus sinceras confesiones para atacarla de modo implacable.

-¡Sheridan no jura! -replicó su padre con escasa convicción, aunque a ella le pareció que comenzaba a exaltarse de forma peligrosa.

Tía Cornelia no se intimidó como otros al ver que Patrick Bromleigh parecía enfadarse.

-¡Oh, sí! -contestó ella-. Esta mañana se golpeó en el codo y juró en dos idiomas: yo misma la oí.

-¿De verdad? -repuso secamente su padre-. Y cómo sabías lo que estaba diciendo?

-Sé bastante latín para comprender que *Dios mío*[1] es una blasfemia.

-Eso significa tan sólo «Dios mío» -defendió Patrick.

Pero, de pronto, su voz sonó culpable y muy poco convencida.

-Es evidente que se trataba de un intento de oración, algo que según tú no hace -añadió.

Sherry se inclinó y miró por la cerradura. Su padre estaba sofocado, ya fuera de vergüenza o de ira, y apretaba los puños a sus costados, pero tía Cornelia permanecía erguida frente a e!, fría e inconmovible como una roca.

-Eso demuestra lo poco que sabéis de rezos tu hija y tú -replicó, despectiva-. Me estremezco al pensar en la gente con la que se habrá relacionado, pero me hago una idea bastante clara de que ha estado expuesta al juego y a las palabrotas y que has permitido que borrachos y tahúres, como ese tal Rafael, la vieran vestida de un modo indecente. ¡Sólo Dios sabe qué malos pensamientos habrá despertado en él y en los restantes hombres que la hayan,, visto con los rojos cabellos flotando voluptuosos! ¡Y eso sin mencionar a su otro compañero, un indio que duerme con perros, un salvaje que...!

Sheridan observó que su padre apretaba la mandíbula con furia un instante antes de que tía Cornelia mencionara a «Durmiendo con perros>' y, por una décima de segundo, temió, y esperó, que le diese un puñetazo en un ojo por decir cosas tan perversas. Pero en lugar de ello, Patrick se expresó en un tono impregnado de amargo desdén.

-Te has vuelto una solterona malévola y de mente retorcida, Cornelia, de las que pretenden que todos los hombres son bestias que desean a cuantas mujeres ven, cuando lo cierto es que estás irritada porque ninguno te ha deseado jamás. Y, además -añadió, e intensificó su acento irlandés al tiempo que perdía por un instante el control y la razón-, Sheridan acaso tenga catorce años, pero es lisa como un palo y con un pecho tan plano como tú. En realidad, Nelly -concluyó triunfa!-, la pobre Sheridan da muestras de convertirse en tu retrato, y no hay bastante licor en este mundo que consiga hacer que un hombre te desee, de modo que imagina si está bastante a salvo.

[1] En castellano en el original (N. de la t.).

Sheridan, que seguía espiando por el agujero de la cerradura, sólo comprendió que «la malévola solterona, de mente retorcida» había recibido un merecido insulto y se cubrió la boca con la mano para sofocar una exclamación de entusiasmo.

Por desdicha, tía Cornelia no estaba tan abrumada por los insultos de su cuñado como ella hubiera deseado. Alzó la barbilla, lo miró a los ojos y replicó con helado desdén:

-Hubo un tiempo en que tú no hubieras necesitado emborracharte, ¿no es cierto, Patrick?

Sheridan no tenía la menor idea de lo que tía Cornelia quería decir. Por un instante le pareció que su padre palidecía, a continuación se enfurecía y por fin se quedaba... extrañamente tranquilo.

-Muy logrado -dijo con suavidad-. Te has expresado como corresponde a la primogénita del señor de Faraday. Llegué a creer que habías cambiado, pero no es así, ¿verdad?

Los últimos vestigios de su ira desaparecieron mientras paseaba la mirada por la sobria salita y cabeceaba con amarga sonrisa.

-No importa que vivas en una casa apenas mayor que las destinadas al servicio de los Faraday ni que tengas que ganarte la vida enseñando modales a las hijas de los demás. Sigues siendo la heredera del terrateniente, orgullosa y altanera como siempre.

-Entonces acaso también recuerdes que la madre de Sheridan era mi única hermana -repuso Cornelia en tono más tranquilo, aunque inflexible-. Y te aseguro, Patrick, que si ella viviera para ver el hazmerreír... el mamarracho... en que has convertido a Sheridan, se horrorizaría. ¡No! -añadió con decisión-. ¡Se avergonzaría de ella!

Sheridan se quedó tensa al otro lado de la puerta, alarmada y sorprendida. ¿Avergonzarse de ella? ¡Sin duda que su madre no se avergonzaría de ella, de su querida hija! En su mente surgieron vertiginosas imágenes de su madre en la granja: su madre, cuando servía la comida a la mesa, con un delantal limpio y almidonado y el cabello recogido en la nuca; su madre, que le cepillaba el cabello con esmero, hasta que crujía; su madre, que junto a una lámpara confeccionaba un «traje especial» para Sheridan con retales de encajes y algodón que alguien había permutado con ellos.

Con el recuerdo de su madre, vestida y peinada con pulcritud, Sheridan extendió los brazos y se contemplo de arriba abajo. Calzaba botas masculinas, rayadas y polvorientas, para no tener que atarse cordones; sus manchados pantalones de gamuza, además de raídos, estaban desgastados por el trasero, y llevaba un cinturón que «Durmiendo con perros» había trenzado para ella, con la doble finalidad de sujetarse los pantalones y mantener cruzada su chaqueta. Avergonzada...

Se aproximó al espejito del lavabo para examinar su rostro y su cabello. La imagen que le devolvió el espejo la hizo retroceder alarmada. Se detuvo, parpadeó y sacudió la cabeza para alejar aquella visión. Por un momento se quedó como petrificada, sin saber qué hacer para solucionar las cosas. A continuación se llevó las manos a la cabeza y trató de pasarse los dedos por la enmarañada cabellera, pero se detuvo, incapaz de introducirlos entre sus rizos. Con la intención de remediarlo, apretó las palmas a ambos lados de las sienes. Se acercó de nuevo al espejo, cautelosa, y retiró las manos con suma prudencia: sus cabellos se liberaron de nuevo. No se parecía en lo más mínimo a su madre, ni a ninguna de las mujeres que había

visto, un hecho del que era consciente desde hacía algún tiempo, pero que hasta aquel momento no la había preocupado.

Tía Cornelia había dicho que parecía un mamarracho y, ahora que se detenía a pensar en ello, recordó que, últimamente, la gente reaccionaba de un modo extraño al verla, en especial los hombres. La miraban de una manera peculiar, ¿quizá con lascivia? Aunque su padre sin duda no se había dado cuenta, durante el último año sus senos se habían desarrollado de una forma muy embarazosa, algo que a veces se advertía por mucho que se esforzara en ajustarse la chaqueta.

Tía Cornelia decía que parecía voluptuosa. Sheridan frunció el entrecejo tratando de recordar cuándo y cómo había oído aquella palabra. Voluptuosa parecía guardar cierta relación con una prostituta, con una ramera... ¡Una «voluptuosa» ramera! ¡Eso mismo! ¿Lo sería ella acaso?

Se le formó un extraño nudo de lágrimas en la garganta al comprender que, probablemente, tía Cornelia tenía razón en eso y en todo lo demás... Y lo peor de todo era pensar que su madre se hubiera avergonzado de ella.

Estaba tan afligida que se quedó inmóvil, como petrificada. Al cabo de unos momentos oyó cómo su tía le pedía a su padre que la dejara con ella para que tuviera un hogar y recibiera una educación decente. Patrick apenas formulaba débiles protestas y cuando Sheridan comprendió que estaba a punto de acceder, se precipitó hacia la habitación, tropezó con el escabel de su tía en su apresuramiento y abrió la puerta con brusquedad.

-¡No, papá, no lo hagas! ¡No me dejes, por favor!

El hombre parecía atormentado y hundido y Sherry aprovechó su indecisión para arrojarse en sus brazos.

-¡Por favor, llevaré botas femeninas, peinaré mis voluptuosos cabellos y haré cuanto sea necesario, pero no me dejes aquí!

-¡Por favor, querida! -se limitó a responderle.

Y ella comprendió que había perdido la batalla.

-¡Deseo ir contigo, con Rafa y con «Durmiendo con perros»! ¡Ahí es donde pertenezco, pese a lo que ella diga!

Y se lo seguía diciendo a la mañana siguiente, cuando él se preparaba para marcharse.

-Regresaré antes de que te des cuenta -repuso Patrick con firmeza-. Rafa tiene unas ideas excelentes con las que ganaremos un montón de dinero. Volveremos por ti dentro de un año, dos como máximo, y entonces ya serás una mujer. Iremos a Sherwyn's Glen y construiré una casa grande, tal como te prometí, querida. Ya lo verás.

-¡No quiero una casa grande! -gritó Sherry.

Miró primero a Rafael, que aguardaba en la calle, tan atractivo como siempre, pero imperturbable, y luego al indio, también inexpresivo.

Librodot

-Sólo deseo ir con vosotros -insistió.

-Regresaré antes de lo que imaginas -prometió.

Hacía caso omiso de sus sollozos y la obsequiaba con su cálida sonrisa, siempre tan atractiva para las damas. En un acceso de inspiración, trató de convencerla:

-Piensa en cómo sorprenderás a Rafa cuando volvamos a buscarte y te hayas convertido en una joven encantadora, con faldas y con el comportamiento que tu tía te habrá enseñado.

Sin darle tiempo a protestar, se liberó de los brazos de su hija, se puso el sombrero y, tras retroceder unos pasos, se volvió hacia Cornelia.

-En cuanto pueda te enviaré dinero.

La mujer asintió, muy digna, como si aceptara limosnas de un palurdo, pero su aspecto no se alteró lo más mínimo.

-¿Quién sabe? -añadió Patrick con traviesa sonrisa-. Quizá incluso te lleve a Inglaterra con nosotros. ¿Te gustaría vivir en las mismas narices del señor Faraday y recibir a tus pretendientes en una casa mayor que la suya, Nelly? Recuerdo que el salón de tu casa siempre estaba lleno de admiradores -añadió burlón-. Sin embargo, ninguno era bastante bueno para ti, ¿verdad? Pero acaso hayan mejorado con la edad.

Sheridan, que contenía la respiración para no echarse a llorar como una niña, observó cómo su padre se encogía de hombros con profunda indiferencia ante el inflexible silencio de su tía. Luego fue hacia él y le dio un fuerte y rápido abrazo.

-¡Escríbeme! -le rogó Sherry.

-Lo haré -prometió él.

Cuando se hubo marchado, la niña se volvió lentamente y contempló el rostro inexpresivo de aquella que había destruido su felicidad y que era su única parienta viva.

-¡Ojalá no hubiéramos venido nunca! ¡Ojalá no te hubiera visto jamás! ¡Te odio! -le dijo, con los ojos grises rebosantes de lágrimas.

En lugar de abofetearla, como le constaba que se merecía, tía Cornelia la miró desafiante.

-Estoy segura de que así es, Sheridan -le respondió-. Aunque imagino que me odiarás mucho más antes de que esto concluya. Sin embargo, yo no te odio lo más mínimo. Y si tomamos un poco de té antes de comenzar tus lecciones?

-También odio el té -la informó la muchacha con la barbilla erguida en gesto altivo.

Y devolvió una mirada glacial a su tía, en una postura no sólo instintiva sino idéntica a la de Cornelia, que ella no dejó de advertir.

-No intentes desconcertarme con esa expresión, chiquilla. La perfeccioné hace tiempo y soy inmune a ella. En Inglaterra te habría sido muy útil si te hubieran reconocido como nieta

del señor Faraday. Sin embargo, esto es América y, aquí, no somos las parientas de un orgulloso caballero, Sheridan. Aquí, como mucho, somos unas damas refinadas venidas a menos. En este país enseño buenos modales a las hijas de aquellos que en otros tiempos hubiera considerado mis inferiores, y me siento satisfecha con este trabajo. Doy gracias a Dios por mi hogar confortable y no pienso en el pasado. Una Faraday no se lamenta, recuérdalo, y no me arrepiento en absoluto de las decisiones que he tomado en mi vida. Ante todo, ya no soy un títere, al despertarme no me pregunto qué desastre sucederá, y llevo una vida ordenada, tranquila y respetable.

Retrocedió unos pasos mientras concluía su discurso y, con un aire que podría calificarse de divertido, observó a su impasible sobrina.

-Si deseas utilizar del modo más ventajoso esa mirada de glacial superioridad, te recomiendo que inclines levemente la nariz... Sí, eso es. Así es como yo lo hubiera hecho.

Si Sheridan no se hubiera sentido tan desesperada y amargada, se hubiera echado a reír. Con el tiempo, volvió a reírse, y también aprendió latín y a comportarse como una dama. Aunque su tía era una instructora implacable, y estaba decidida a enseñarle cuanto sabía, Sheridan no tardó en comprender que, bajo su convencional rigidez, sentía una profunda preocupación, e incluso afecto, por su incorregible sobrina. Una vez superado su resentimiento, la muchacha fue una aventajada estudiante. Descubrió que la lectura contribuía a aliviar el tedio de una vida que ya no comprendía frenéticas cabalgadas a lomos de caballos semisalvajes, ni canciones a los acordes de guitarras ni risas bajo las estrellas; que cruzar una simple mirada con un hombre denotaba poseer una virtud relajada y, por consiguiente, estaba prohibido; que trabar conversación con un desconocido lindaba en lo criminal, y que tan sólo se cantaba en la iglesia y nunca -jamás!- se debía aceptar remuneración por ello. En lugar de las actividades estimulantes con que solía disfrutar, se enfrentaba al dudoso desafío de servir el té sosteniendo la jarra en la posición adecuada y de colocar los cubiertos de modo correcto después de comer, cosas triviales, desde luego, pero, como tía Cornelia decía: «Saber comportarse será tu cualidad más importante, la única, en nuestras circunstancias.»

Su razonamiento se hizo evidente cuando Sheridan cumplió diecisiete años. Ataviada con un sencillo vestido de color marrón, con el cabello pulcramente recogido en un moño sujeto con un gorro tejido por ella misma a ganchillo, miss Sheridan Bromleigh fue presentada a mistress Adley Raeburn, directora de la escuela donde enseñaba tía Cornelia. Mistress Raeburn, que había acudido a visitarlas invitada por su tía, se quedó unos instantes sorprendida al contemplar el rostro y los cabellos de Sheridan, una reacción peculiar de la gente de ciudad, que se había intensificado en los últimos tiempos.

Si ello hubiera sucedido unos años atrás, y Sheridan Bromleigh hubiera sido más joven, menos educada y no tan serena, hubiera mirado cohibida sus botas, se habría echado el sombrero adelante, sobre el rostro, o le habría preguntado a aquella desconocida qué miraba.

Pero, a la sazón, era una nueva Sheridan, una joven muy consciente de que había sido una carga financiera, y que estaba decidida a convertirse en asalariada, no sólo por consideración a su tía ni tan sólo por el presente, sino por sí misma y para siempre. En la ciudad había visto imágenes de intensa pobreza y de hambre, algo poco frecuente en el campo. Sheridan residía ahora en una ciudad y probablemente permanecería en ella durante el resto de su vida. En los dos últimos años las cartas de su padre, frecuentes al principio, habían cesado del todo. El no la había olvidado, de eso estaba segura, y la posibilidad de que hubiera muerto le resultaba tan insoportable como irresistible. De manera que no le quedaba otra elección que encontrar el modo de cuidar de sí misma, y se decía que sólo sería hasta que su

padre y Rafa regresaran en su busca. Tales eran sus pensamientos mientras mistress Raeburn le decía con gran cortesía:

-Su tía me ha hablado muy bien de usted, miss Bromleigh.

Y Sheridan, que en otros tiempos habría hundido las manos en los bolsillos de sus pantalones y habría replicado con brusquedad y timidez que no imaginaba qué podía haber dicho su tía en favor de ella, le tendió la mano y repuso con igual gentileza:

-Y a mí de usted, mistress Raeburn.

Ahora, bajo la cubierta del Estrella de la mañana, Sheridan comprendía, de repente, cuántas posibilidades había de que no volviera a ver a quienes compartían su existencia anterior: tía Cornelia, las alumnas de la escuela, las restantes profesoras, que se habían convertido en sus amigas y que se reunían en casa los sábados por la tarde para tomar té y charlar... Acaso nunca volviera a contemplar sus sonrientes rostros, y tampoco el de Rafa ni el de su padre.

Sentía la boca seca y, al mismo tiempo, amargas lágrimas le escocían en los ojos al pensar que acaso no vería jamás a su padre. Cuando por fin él apareciese en casa de Cornelia, deseoso de encontrarla y explicarle las razones de su largo silencio, ella no estaría. Y tal vez nunca llegara a enterarse de lo que le había ocurrido.

Cerró los ojos y le pareció ver a Rafa, a «Durmiendo con perros» y a su padre en el salón de su tía, aguardándola. Ella sola se lo había buscado por obstinarse en acompañar a Charise en su viaje, y no había sido tan sólo por el dinero, no. Había soñado despierta con Inglaterra desde que comenzó a leer novelas románticas, que despertaban su afán de aventura y encendían la vena imprudente y soñadora que, pese a los diligentes esfuerzos de su tía, y los suyos propios, no había sido capaz de dominar.

Porque estaba segura de que correría una aventura. En lugar de encontrarse en un aula, rodeada de caritas alegres que la escuchaban absortas y ensimismadas mientras les leía alguna historia o las enseñaba a andar con decoro, desembarcaría en un país desconocido y hostil, y se sentía atrapada, indefensa y desprovista del ingenio y el valor que la enorgullecían para enfrentarse a un noble que, según Meg, no se vería obligado por la legislación inglesa a dominar su justificada ira o aplacar su venganza cuando ella le explicase lo sucedido. Y todo había ocurrido por causa del orgullo de Sheridan.

El miedo, debilidad que Sheridan despreciaba por encima de todas, la dominó por completo, y se sintió sin ánimos para superarlo. Temblaba sin poder contenerse al pensar en la desgracia que había causado a todos cuantos confiaban en ella y la querían. Tras una existencia de resuelto optimismo y excelente salud, de pronto se sentía débil, frenética y mareada de un modo alarmante. Le pareció que la cabeza le daba vueltas, y se asió al respaldo de una silla en busca de apoyo. A continuación se esforzó por abrir los ojos, aspiró con intensidad, se alisó hacia atrás los cabellos, que sujetaba en firme moño y, tras coger su capa, dirigió una tranquilizadora sonrisa a la aterrada doncella.

-Ha llegado el momento de que me reúna con ese atroz barón y me enfrente a mi destino -comentó con fingida despreocupación.

Luego, con expresión más grave, pero en un intento de simular que no había necesidad de alarmarse, añadió:

-Quédate aquí y procura no sor vista. Si no regreso en seguida por ti, aguarda unas horas y vete con la mayor discreción posible. Mejor aún, quédate a bordo. Si hay suerte, nadie te descubrirá hasta mañana por la mañana, cuando zarpe el buque. No es necesario que ambas seamos arrestadas y castigadas, si es tal su decisión.

7

Tras la relativa tranquilidad de su pequeño y oscuro camarote, el estrépito y la agitación de la cubierta iluminada con antorchas resultaba irritante. Estibadores cargados con baúles y cajas en los hombros deambulaban arriba y abajo de la pasarela, descargaban mercancías y acarreaban nuevas provisiones para emprender el viaje de retorno al día siguiente. Las grúas rechinaban en lo alto y conducían las redes de carga por el costado del buque para depositarlas en el muelle. Sheridan se abrió camino con precaución por la pasarela y buscó entre la multitud a un hombre que se asemejara a un infame noble inglés, un tipo delgado, pálido, ostentoso y presumido, con atisbos de crueldad en su rostro y que, a buen seguro, vestiría calzones de satén hasta la rodilla y se arreglaría con cintas y galones para impresionar a su prometida.

De pronto distinguió a un individuo alto y moreno que golpeaba impaciente sus guantes contra el muslo y comprendió al instante que era él, pese a que llevaba pantalones negros en lugar de calzones y que, cuando el viento abría su capa, no aparecían a la vista cintas ni cordones dorados sino que, por el contrario, todo en él lo distinguía de modo especial y lo identificaba como un ser «privilegiado». El hombre apretaba la firme mandíbula con fría decisión y de cada centímetro de su varonil complexión, hasta las puntas de sus relucientes botas, irradiaba fortaleza y seguridad en sí mismo. Al verla aproximarse frunció el entrecejo, y los temores de Sheridan se intensificaron y se convirtieron en pánico. Durante los dos últimos días había confiado en que sería capaz de tranquilizar y embaucar al afrentado novio y hacerle entrar en razón, pero el hombre que fruncía las negras cejas con torvo desagrado parecía tan poco maleable como el granito. Sin duda se estaría preguntando dónde diablos se encontraba su prometida y por qué bajaba por la pasarela Sheridan Bromleigh en lugar de Charise Lancaster. Y era evidente que estaba enojado.

En realidad, Stephen no estaba enojado, sino sorprendido. Esperaba que Charise Lancaster fuese una atolondrada jovencita de diecisiete o dieciocho años, con rizos saltarines, mejillas sonrosadas y ataviada con volantes y encajes. Y, en lugar de eso, a las fluctuantes luces de las antorchas, se encontraba con una joven pálida, serena, de pronunciados pómulos y grandes ojos claros, realzados por unas delicadas cejas rojizas y orlados por unas luminosas y largas pestañas. Su cabello, de un color indeterminado, despejaba con severidad la frente y se ocultaba bajo una capucha. Lucía una práctica, aunque poco atractiva, capa de color marrón, y su primer pensamiento mientras le tendía la mano para estrechar la suya fue que Burleton debía de haber estado loco o ciego para describirla como «una cosita linda'>.

Pese a su aparente compostura, parecía en extremo tensa y asustada, como si presintiera que había sucedido algo malo, de modo que Stephen cambió de idea y decidió que la mejor solución para ambos sería, sin duda, la más directa.

-Miss Lancaster -dijo tras una rápida presentación-, lamento comunicaros que se ha producido un accidente.

Abrumado por la culpabilidad anunció:

-Lord Burleton falleció ayer.

Por un momento, ella se limitó a mirarlo, sorprendida,, como si no comprendiera.

-¿Fallecido? ¿No está aquí?

Stephen había esperado que ella se deshiciera en llanto, como mínimo, o, incluso, que sufriera un ataque de histeria. Pero jamás habría imaginado que retiraría la fría mano de la suya y le diría, aturdida:

-¡Cuánto lo siento! Por favor, transmitid mis condolencias a su familia.

La joven se volvió y se alejó unos pasos por el muelle, lo que le hizo comprender que se hallaba bajo los efectos de una terrible impresión.

-¡Miss Lancaster! -la llamó.

Pero su voz quedó ahogada por un grito asustado procedente de lo alto mientras una red cargada de cajas se balanceaba de forma peligrosa en la grúa.

-¡Echaos a un lado! ¡Cuidado!

Stephen advirtió el peligro que corría y se abalanzó hacia ella, pero no llegó a tiempo. La red -oscilo en el aire, la golpeó en el cuello y la derribó de bruces en el suelo. El conde llamó a voces a sus criados y se agachó a cogerla entre sus brazos. La cabeza de la muchacha cayó atrás con languidez y la sangre comenzó a deslizarse de la enorme brecha que aparecía en la nuca.

8

-¿Cómo está hoy nuestra paciente? -inquirió el doctor Whitticomb al mayordomo de Westmoreland, que lo acompañaba al estudio del conde.

Pese a su animada expresión, el doctor se sentía tan pesimista acerca de sus posibilidades de recuperación como el propio Stephen Westmoreland, que se hallaba sentado junto al hogar, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos.

-No hay variación -dijo el conde con aspecto cansado al tiempo que se frotaba el rostro con las manos y alzaba la mirada-. Continúa inmóvil, como si estuviera muerta. Como sugeristeis, las doncellas que la atienden tienen instrucciones de seguir hablándole. Incluso yo mismo lo hice así hace unos momentos, mas no respondió. Ya hace tres días que se halla en este estado -señaló con cierta frustración e impaciencia-. ¿No podríais hacer algo?

El doctor Whitticomb apartó su mirada del demacrado rostro del conde, contuvo el impulso de insistir en que descansara un rato al comprender que sería inútil y, en lugar de ello, respondió:

-Está en manos de Dios. No obstante, subiré a visitarla.

-¡Cómo si sirviera de algo! -murmuró su señoría cuando él se marchaba.

Hugh Whitticomb ignoró aquel arranque de noble enojo, subió la gran escalinata y, una vez arriba, tomó el pasillo de la izquierda.

Más tarde, cuando regresó al estudio, Stephen seguía sentado donde lo dejó, pero la expresión del doctor era mucho más animada.

-Es evidente que, después de todo, mi visita sirvió de algo -comentó con sequedad-. O quizá mi voz le agradó más que la de las doncellas.

El conde alzó con brusquedad la cabeza y fijó su atención en el médico.

-¿Está consciente?

-Ahora descansa, pero ha vuelto en sí e incluso ha logrado decirme unas palabras. Ayer no hubiera dado un penique por sus posibilidades, mas es joven y fuerte, y creo que podrá recuperarse.

Tras manifestar su opinión sobre el tema, el doctor Whitticomb observó las profundas huellas de cansancio y tensión en los ojos y la boca de Stephen y se embarcó en la segunda de sus principales preocupaciones.

-Sin embargo, vos tenéis un aspecto espantoso, milord -exclamó, con la franca familiaridad propia de un antiguo amigo de la familia-. Me disponía a sugeriros que subiéramos a verla juntos después de cenar, desde luego, si me invitáis a quedarme. Pero si os ve de este modo, podríais asustarla y provocarle una recaída, así que primero deberíais descansar un poco y afeitaros.

-No necesito descansar -repuso Stephen, aliviado y lleno de energías.

Se levantó, fue hacia una bandeja de plata y destapó una botella de licor.

-Sin embargo, no discutiremos acerca del afeitado -añadió con una leve sonrisa mientras preparaba dos copas de coñac y le ofrecía una al médico.

Alzó la suya a modo de brindis y propuso:

-Por vuestra pericia en lograr su recuperación.

-No ha sido mi pericia, sino más bien un milagro -repuso el doctor, que dudaba en aceptar el brindis.

-Entonces, por las recuperaciones milagrosas -dijo Stephen.

Se llevaba la copa a los labios, pero se detuvo de nuevo al ver que Whitticomb rechazaba el segundo brindis con un movimiento de cabeza.

-No he dicho que esté recuperada. He dicho que está consciente y que puede hablar.

El conde captó su tono vacilante, entornó los penetrantes ojos azules y fijó en él la mirada exigiendo una explicación.

Con un suspiro de desagrado, Whitticomb accedió a complacerlo.

-Aguardaba a decíroslo cuando ya hubierais descansado un poco. Lo cierto es que, aunque se ha recuperado físicamente, no puedo aseguraros que ella... Aún existe un problema, una complicación. Desde luego, acaso sea provisional. O tal vez no.

-¿Qué diablos queréis decir?

-No tiene memoria, Stephen.

-¿Cómo? -se sorprendió.

-No recuerda nada de lo que sucedió antes de abrir los ojos en la cámara que ocupa. No sabe quién es, ni cómo se llama, ni por qué se halla en Inglaterra.

9

Con la mano apoyada en el adornado pomo de latón, el doctor Whitticomb se detuvo un instante antes de entrar en los aposentos de su paciente. Se volvió a Stephen y, en voz baja, le transmitió sus últimas instrucciones y advertencias:

-Las heridas en la cabeza son muy imprevisibles. No os alarméis si ella no recuerda haberme hablado hace unas horas. Por otra parte, acaso ya haya recuperado por completo la memoria. Ayer consulté con un colega experto en heridas craneales graves y ambos consideramos que sería un error administrarle láudano por muy intensas que sean sus jaquecas. Aunque le aliviase el dolor, el láudano le provocaría sueño, y ambos consideramos imperativo mantenerla consciente y hacerla conversar.

Stephen asintió impaciente, pero Whitticomb aún no había concluido.

-Esta mañana la asustaba y preocupaba su ausencia de recuerdos, de modo que, bajo ninguna circunstancia, digáis ni hagáis algo que aumente su ansiedad. Cuando entréis, tratad de conseguir que se sienta serena y tranquila, y aseguraos de que las sirvientas que acuden a sus aposentos siguen las mismas instrucciones. Como os dije, las heridas en la cabeza son muy peligrosas e imprevisibles y no queremos perderla.

Convencido de haberlo previsto todo, giró la manecilla de la puerta.

Sheridan presintió la presencia de alguien entre la oscuridad que la rodeaba mientras flotaba en una consoladora niebla gris, semiadormecida la mente, sin registrar miedos ni preocupaciones, sólo una leve confusión. Se aferró a aquel estado maravilloso porque la permitía huir de los temores ignorados y de las persistentes preguntas que la obsesionaban.

-Miss Lancaster...

Librodot

Alguien le hablaba muy próximo, una voz amable, pero de un modo insistente y familiar:

-Miss Lancaster...

La voz se dirigía a ella. Se esforzó por abrir los ojos y parpadeó para enfocar su visión, mas las imágenes eran confusas y percibía los objetos duplicados, superpuestos.

-Miss Lancaster...

Parpadeó de nuevo y, por fin, su perspectiva se definió en dos personajes, uno, de mediana edad y cabellos grises, con anteojos de montura metálica y recortado bigote, que parecía amable y seguro de sus actos; el otro era mucho más joven, atractivo, no tan amable ni seguro de sí mismo, y con aspecto preocupado.

-¿Me recordáis, miss Lancaster? -le decía sonriente el hombre de más edad.

Sheridan se disponía a asentir, pero el movimiento le provocó tal dolor de cabeza que le escocieron las lágrimas en los ojos de un modo instintivo.

-¿Me recordáis, miss Lancaster? ¿Sabéis quién soy?

-Doctor... -respondió, y procuró no mover la cabeza.

Tenía los labios resecos y agrietados, mas el hecho de hablar no parecía intensificar su jaqueca. Comprobó que comenzaban a precipitarse en su mente sus propias preguntas:

-¿Dónde estoy?

-A salvo.

-¿Dónde? -insistió.

-En Inglaterra. Llegasteis procedente de América.

Sin saber por qué, aquello la hizo sentirse incómoda, depresiva.

-¿Por qué?

Sus visitantes cambiaron una mirada.

-Lo recordaréis todo a su debido tiempo. Ahora no debéis preocuparos por nada -la tranquilizó el doctor.

-Deseo saber... -insistió en un susurro ronco y tenso.

-Muy bien, niña -accedió Whitticomb al punto dándole unos golpecitos afectuosos en el brazo.

Tras una breve vacilación, le sonrió como si fuera a darle buenas noticias y añadió:

-Vinisteis a reuniros con vuestro novio.

Un novio. Sin duda estaba prometida... Al otro personaje, decidió, porque parecía más preocupado por ella. Preocupado y agotado. Desvió su mirada hacia el hombre más joven y le dirigió una triste y tranquilizadora sonrisa, pero él miraba al doctor con el entrecejo fruncido y éste le hacía señas con la cabeza, a modo de advertencia. Aquellas señales la molestaron, aunque no sabía por qué. Resultaba incongruente, mas en aquellos momentos no sabía quién era, dónde estaba ni cómo había llegado hasta allí. De lo único que parecía estar segura era de que una siempre debe disculparse por causar incomodidades a los demás. Se sentía muy consciente de esa norma de cortesía, como si estuviera profundamente arraigada en ella, de un modo instintivo, imperativo y apremiante.

Sheridan cedió a aquel impulso, aguardó a que su prometido la mirara y, con voz tenue y débil, murmuró:

-Lo siento.

Él hizo una mueca de consternación, como si sus palabras lo hubieran herido y, luego, por primera vez según recordaba, oyó su voz profunda, segura y muy tranquilizadora.

-No os disculpéis. Todo irá bien: sólo necesitáis algo de tiempo y descanso.

El acto ¿le hablar comenzaba a exigirle un esfuerzo excesivo. Agotada y desconcertada, cerró los ojos. A continuación oyó moverse a sus visitantes, como si se dispusieran a marcharse.

-Aguardad! -logró articular.

De pronto la alteraba de manera irracional la perspectiva de quedarse sola, de hundirse de nuevo en el negro vacío que la arrastraba y del que era incapaz de salir a la superficie. Miró a ambos y, por último, fijó una implorante mirada en su prometido. Era el más fuerte de los dos, más joven y más vital: él mantendría a raya a los demonios de su cerebro con su enorme fuerza de voluntad, si regresaban a atormentarla.

-¡Quedaos! -rogó, en un débil susurro que agotó sus últimas energías-. ¡Por favor!

Al ver que Stephen dudaba y miraba al doctor, Sheridan se humedeció los agrietados labios, suspiró y con una sola palabra expresó todos los pensamientos y emociones que pugnaban en su interior:

-¡Miedo!

Sintió que los párpados le pesaban como plomo, que se le cerraban contra su voluntad, y pensó que aquello la alejaría del mundo de los vivos. La invadía el pánico y se precipitaba por una profunda sima, en la que le faltaba la respiración. De pronto, percibió el roce de las patas de una silla que alguien arrastraba junto a su lecho, sobre el pulido entarimado.

-No hay nada que temer -le aseguró su prometido. Sheridan movió la mano unos centímetros sobre la colcha, tratando de hallar la seguridad de alguien que ni siquiera lograba recordar, y los largos dedos masculinos se cerraron en su palma tranquilizadores.

-Odio sentir miedo -murmuro.

-No os dejaré: os lo prometo.

Sheridan se aferró a su mano, a su voz y a su promesa, y se quedó profundamente dormida.

Stephen la observaba con una opresión en el pecho, fruto de la sensación de culpabilidad y de miedo. La joven tenía la cabeza vendada y su rostro era pálido y fantasmal, pero le sorprendió vivamente lo pequeña que parecía en aquel lecho, hundida entre las colchas y las almohadas.

La joven se había disculpado cuando él era el único culpable, no sólo de la muerte de su prometido y de sus ilusiones, sino asimismo de aquel desastre. Era consciente de los peligros que existían en los muelles y, sin embargo, la había expuesto, y se había expuesto él mismo, en la trayectoria de una grúa. Y ella, conmocionada por la pérdida de Burleton, no había visto cómo se desviaba de repente hacia ella la red cargada ni había reaccionado a tiempo ante el grito de aviso del estibador. Stephen estaba convencido de que si ella no hubiera estado tan impresionada por lo que acababa de decirle y por su brusquedad y falta de tacto, habría podido apartarse a tiempo y salvarse.

En resumen, la había expuesto al peligro, no la había protegido y tampoco había hecho todo lo posible para que ella pudiera resguardarse. De manera que si moría, sería totalmente por su culpa y comprendía que nunca sería capaz de superar aquel cargo de conciencia. Bastante le pesaba la pérdida del joven, que atormentaba sus noches y lo obsesionaba desde hacía días.

De pronto se alteró la respiración de la muchacha y el miedo lo atenazó. Stephen contuvo el aliento mientras observaba la oscilación de su pecho en un ritmo que le pareció regular. Suspiró y contempló la mano que descansaba, confiada, en la suya. Sus dedos eran largos, graciosos y finos, pero llevaba las uñas muy cortas, por lo que decidió que era una mano aristocrática, que pertenecía, sin duda, a una joven refinada y educada, inclinada a la pulcritud y dotada de gran sentido práctico.

Centró la mirada en su rostro y, si no hubiera estado semienloquecido por el temor y rendido de agotamiento, se habría preguntado qué pensaría ella de su aspecto, dadas sus tendencias moderadas y prácticas, pues, desde luego, no había nada de comedido en sus suaves y generosos labios ni en sus pestañas, largas y curvadas, que formaban sombras arqueadas en sus mejillas. No podía imaginar el color de sus cabellos ni de sus ojos, mas sus pómulos estaban modelados con delicadeza y su cutis era marfileño, casi translúcido. En contraste con aquellos rasgos tan frágiles, su barbilla reflejaba una firmeza que insinuaba fuerza de voluntad. No, rectificó, probablemente valor. No había llorado de temor ni dolor, y había manifestado que le resultaba odioso sentir miedo, lo que implicaba que prefería combatir aquellos sentimientos debilitadores en lugar de sucumbir a ellos.

Llegó a la conclusión de que, sin duda, era valerosa y también amable, hasta el punto de tratar de disculparse por haberlo preocupado. Valor y dulzura, una notable combinación en cualquier mujer, pero de modo especial en alguien tan joven.

Y tan «vulnerable», comprendió, con una nueva oleada de pánico, al ver cómo se agitaba su pecho en breves e intermitentes jadeos. Stephen le estrechó la mano con fuerza y sintió que se le formaba un nudo de auténtico terror en la garganta cuando advirtió que la joven parecía esforzarse por respirar. ¡Por Dios! ¡Se estaba muriendo!

-¡No, por favor! -susurró-. ¡No os muráis!

10

Cuando Sheridan abrió de nuevo los ojos, luminosos rayos de sol asomaban entre los verdes cortinajes del extremo opuesto de la sala. Su prometido seguía sentado junto al lecho y toda vía sostenía su mano. En algún momento, durante la noche, se había quitado la chaqueta y la corbata y se había abierto el Y cuello de la camisa. Estaba profundamente dormido, con la cabeza apoyada en los brazos cruzados, sobre la cama. Ladeaba el rostro hacia ella, y Sheridan volvió con prudencia la cabeza en la almohada y suspiró aliviada al advertir que aquel leve movimiento no desencadenaba martillazos en su cerebro. Entre el apacible aturdimiento que sucede a un intenso sueño, examinó detenidamente a su prometido. Comprobó que estaba bronceado, como si pasara mucho tiempo al aire libre, y que su densa y morena cabellera le caía con lasitud a los lados, sin apenas rozar el cuello de la camisa. En aquellos momentos estaba despeinado y había en él algo deliciosamente infantil, así como en el modo en que sus espesas y negras pestañas ensombrecían su rostro. Sin embargo, nada tenía de infantil el resto de su persona, descubrimiento que le inspiró una mezcla de fascinación e inexplicable incomodidad.

El sombreado despuntar de la negra barba que aparecía en su firme mandíbula sugería dureza y decisión, incluso dormido. Sus oscuras y rectas cejas estaban casi unidas y formaban un ceño que presagiaba sueños desagradables. El blanco y delicado tejido de su camisa aparecía tenso en los fornidos hombros y en sus musculosos brazos. Por el profundo ángulo de la abierta camisa asomaba un vello negro y rizado, que cubría asimismo de modo leve sus antebrazos. Era muy anguloso, parecía cincelado en planos recortados, y desde la nariz y la mandíbula, modeladas de forma varonil, a los largos dedos, decidió que daba sensación de firmeza e inflexibilidad. Y era muy atractivo.

¡Dios, qué guapo era!

Apartó de mala gana la mirada de su rostro y por primera vez observó su entorno. Se le desorbitaron los ojos de asombro y temor ante el brillo y la opulencia de la estancia, decorada en verdes y dorados.

Las paredes y las ventanas estaban tapizadas con seda de un tono verde manzana pálido, que flotaba asimismo del baldaquino del lecho, sujeta por brillantes cordones y borlas doradas. El hueco de la chimenea, en el extremo opuesto de la habitación, era de mármol también verde, y estaba adornado con áureos pájaros que se posaban en las esquinas y diversos accesorios de cobre. Ante el hogar había dos sofás curvados, tapizados en seda tornasolada, uno frente al otro, separados por una mesita ovalada.

Centró su atención en la negra cabeza que descansaba junto a su costado y se sintió más animada. Pensó que podía considerarse muy afortunada, porque su prometido no sólo era en extremo atractivo sino, al parecer, también muy rico. Además, le había hecho compañía toda la noche en aquella posición tan incómoda y ni siquiera le había soltado la mano. Por consiguiente, debía de estar muy enamorado de ella.

Sin duda la habría cortejado y la habría pedido en matrimonio. Apretó los ojos con fuerza y trató de evocar algún recuerdo de él o de su propio pasado, pero tropezó con un negro vacío. Era imposible que una mujer pudiera olvidar haber sido cortejada y amada por un hombre como aquél, ¡imposible! Contuvo una oleada de pánico tan intensa que le provocó náuseas y se dijo con energía que en cualquier momento lo recordaría todo. Se repetía en su mente lo que él debía de haberle dicho: «Me hacéis el honor de convertiros en mi esposa, miss...?)> ¿Miss... qué? ¿Miss... qué?

A pesar de que estaba completamente desesperada, se advirtió a sí misma que debía tranquilizarse y concentrarse en otras cosas... En las dulces cosas que él debía de haberle dicho.

Su respiración se había acelerado de modo inconsciente y se aferró con tanta fuerza a la mano del hombre que le clavó las uñas. Trató de pensar, de recordar algunos momentos que hubieran pasado juntos. El debía de haberla tratado con mucha delicadeza, como correspondía a un pretendiente tan selecto. Debía de haberle enviado flores y haberle dicho que era inteligente, hermosa y encantadora. Y ella debía de haber sido todas aquellas cosas para poder conquistar a un partido tan ventajoso...

Trató de pensar en algo inteligente, pero tenía la mente en blanco.

Su memoria también se resistía cuando intentó imaginar una frase agradable. Se esforzó por mantenerse tranquila, y se concentró en recordar cómo sería su rostro.

¡Ella no tenía rostro!

El terror comenzó a agitarla de pies a cabeza. No lograba recordar su nombre ni el de su prometido y, además, ¡no conseguía representarse su propio rostro!

De repente Stephen sintió que se le aferraban a la mano con tal fuerza que atenazaban sus dedos e interrumpían la circulación de la sangre, e intentó inútilmente liberarse de aquella dolorosa sujeción. Llevaba tres noches sin dormir y tuvo que realizar un esfuerzo supremo para mantener los ojos abiertos y distinguir bajo sus pesados párpados lo que le entumecía los dedos. En lugar de encontrarse una horca clavada en la mano, descubrió a una mujer tendida en el lecho, junto a él. Puesto que tal situación no era insólita para sobresaltarlo de su aturdida somnolencia, se limitó a retorcer la mano para aliviar un poco la presión y seguir durmiendo, pero por la cortesía que desde su infancia le habían inculcado hacia el sexo opuesto, y puesto que la mujer le parecía muy frenética, consiguió formular un comentario cortés acerca de su problema mientras se le cerraban los ojos y comenzaba a sumirse en profundo sueño.

-¿Sucede algo?

-¡No sé cuál es mi aspecto! -repuso ella presa de agitación.

Stephen había conocido a muchas mujeres obsesionadas por su apariencia, así que la preocupación de aquella mujer no hizo que se sintiera obligado siquiera a abrir los ojos cuando ella le apretó de nuevo la mano y le imploró frenética:

-¿Qué aspecto tengo?

-Encantador -manifestó con voz apagada.

Le dolía todo el cuerpo y, aunque con retraso, comprendió que era porque ella estaba en la cama y él no. Intentó hacer acopio de fuerzas para pedirle que le dejara sitio cuando percibió el inconfundible rumor de sollozos sofocados. Desvió la cabeza, irritado ante aquel sonido, preguntándose qué habría podido hacer para provocar semejante acceso. Debía haber sido algo más importante que olvidarse tan sólo de elogiar su vestido o de cancelar un compromiso para asistir al teatro: aquello, por lo menos, le costaría un collar de diamantes.

Un sollozo convulsivo estremeció á la mujer de pies a cabeza bajo las ropas del lecho. Stephen pensó que debería añadir una pulsera que hiciera juego.

Agotado física y mentalmente, se sumió en un sueño profundo. Pero algo que ella había dicho persistía de modo latente y obsesivo en sus pensamientos: «No sé cómo soy... No lo sé... No lo sé.»

De pronto, abrió los ojos e irguió la cabeza para observarla. La joven volvió el rostro y se cubrió la boca con la mano en un intento de silenciar su llanto, pero sin dejar de estremecerse. Aunque tenía los ojos cerrados, las lágrimas escapaban fluidas bajo sus largas pestañas y se deslizaban por sus pálidas mejillas. Lloraba con todo su corazón, pero estaba muy consciente y lúcida, lo que le produjo alivio y mitigó la sensación de culpabilidad que le inspiraban sus lágrimas.

-Antes no estaba despierto del todo para comprender vuestra pregunta -se apresuró a decirle-. Disculpadme.

La joven se puso tensa ante el sonido de su voz y Stephen advirtió el gran esfuerzo que realizaba para controlarse y cómo volvía la cabeza en la almohada para mirarlo.

-¿Qué sucede? -inquirió cauteloso, dulcificando su voz en un tono que imaginaba conciliador.

Sheridan tragó saliva, sorprendida ante lo agotado y aliviado que parecía al mismo tiempo. Comprendió que debía haber pasado muchos días preocupado por ella y se sintió necia y desagradecida al llorar como una criatura por lo que, en realidad, no era más que un inconveniente transitorio. Un singular y terrible inconveniente, desde luego, pero no tan grave como si estuviera tullida o mutilada o le hubieran diagnosticado una enfermedad incurable. Guiada por el deseo instintivo de aliviar una situación difícil, respiró con intensidad para dominar su agitación y le sonrió disculpándose.

-Parecerá absurdo, pero ignoro cuál es mi aspecto y... -Se interrumpió, pues no quería angustiarlo al explicarle lo asustada que se sentía por algo tan trivial-. Puesto que ya estáis despierto, podríais describirme cómo soy.

Stephen reconoció sus intentos de controlar sus temores, así como .de tranquilizarlo, y lo impresionó su notable y conmovedora valentía.

-Describiros... -comenzó vacilante, para ganar tiempo.

Ignoraba de qué color eran sus cabellos y temía su reacción si ella se veía en un espejo, de modo que trató de bromear para eludir la cuestión.

-En estos momentos tenéis los ojos hinchados y rojos -dijo con una sonrisa, mientras le dirigía una rápida mirada para conseguir información adicional-, pero son muy grandes y grises -concluyó, algo sorprendido.

En efecto, sus ojos eran sorprendentes, grises plateados, claros en el centro, bordeados por una leve franja negra y realzados por hermosas y sedosas pestañas.

-¿Grises? -repuso Sheridan descontenta-. No creo que me gusten.

-Precisamente ahora que están húmedos parecen plata líquida.

-Tal vez no estén tan mal. ¿Y en cuanto al resto?

-Bien. Vuestro rostro está pálido y sucio de lágrimas; no obstante resulta bastante agradable.

Sheridan se debatía entre horrorizarse o echarse a reír. Ante el alivio y sorpresa de Stephen, decidió sonreírle.

-¿De qué color son mis cabellos?

-Vuestros cabellos están ocultos por un gran... turbante blanco -eludió hábilmente la respuesta-. Como sabréis, lucir turbante en el lecho es la última moda.

El día en que la joven sufrió el accidente, la luz era escasa y se cubría la cabeza con una capucha y, luego, se manchó de sangre. Aun así, sus pestañas eran castañas, de modo que parecía razonable imaginar que también lo serían sus cabellos.

-Castaños -anunció en tono concluyente-, castaños oscuros.

-Os ha costado mucho decidirlo -repuso, asombrada aunque no suspicaz, mirándolo con atención.

-No soy muy observador.., en algunas cosas -replicó, pero en seguida le pareció una respuesta necia.

-¿Puedo yerme en un espejo?

Stephen no estaba muy seguro de cuál sería su reacción si no se reconocía al contemplarse en un espejo, y también temía que se asustara si se veía la cabeza vendada por completo y el negro cardenal que tenía en la sien. Sin embargo, estaba convencido de que cuando llegara el momento, preferiría que Whitticomb estuviera presente por si precisaba auxilio médico.

-Otro día -repuso-. Tal vez mañana o cuando os retiren los vendajes.

Sheridan comprendió por qué se negaba a sus deseos y, puesto que no se sentía con ánimos para soportar otro acceso de terror y no quería hacerle las cosas más difíciles de lo que ya habían sido, decidió retornar a sus antiguas observaciones:

-Supongo que los turbantes son muy prácticos. Evitan la molestia de usar cepillos, peines y todo eso.

-Eso es -asintió Stephen, maravillado ante su gracia y los ánimos que mostraba en una situación de extrema tensión.

Estaba tan contento de que conversara con normalidad, y tan impresionado por su actitud, que le pareció muy natural y correcto poner su mano en la de ella, contemplar sonriente aquellos ojos tan plateados y preguntarle con ternura:

-¿Os duele mucho? ¿Cómo os sentís?

-Tengo un poco de jaqueca, eso es todo -reconoció, al tiempo que le devolvía la sonrisa-. No debéis preocuparos de que me disguste mi aspecto.

Aunque su voz era suave y dulce y se expresaba de un modo franco y directo, había demostrado, ante todo, que se sentía inquieta por su apariencia, luego había aceptado con serenidad que no estaba en su mejor momento y, por último, había bromeado incluso acerca de la cuestión. Todo ello hacía que Stephen tuviera la clara impresión de que la joven era del todo ajena a presunciones y pretensiones, muy singular en tales aspectos y a buen seguro en otros muchos.

Por desdicha, aquel descubrimiento disipó su complacencia y lo indujo a retirar de modo repentino la mano de la suya. Stephen sabía que no había nada natural, nada correcto en lo que él hacía ni en el modo en que pensaba de ella. No eras prometido, como la joven creía, sino el responsable de la muerte de aquél. Por decencia y respeto al joven cuya desgracia había causado y por los principios más elementales, comprendió que debía guardar las distancias de un modo físico y mental. Era el último hombre de la tierra que tenía derecho a tocarla o pensar en ella de modo personal.

Stephen se levantó, giró los doloridos hombros para aliviar su envaramiento, y retornó al último comentario sobre su aspecto con la esperanza de concluir su visita con una observación ligera.

-En resumen -dijo-, si tuviera que describiros en este momento, diría que parecéis una momia elegante.

Ella rió débilmente al oírlo, pero Stephen advirtió que estaba fatigada.

-Os enviaré el desayuno con una doncella. Prometedme que comeréis algo.

Ante una señal de asentimiento de la joven, Stephen se volvió, dispuesto a marcharse.

-Gracias -dijo ella en tono quedo a sus espaldas.

Stephen se volvió sorprendido.

-¿Por qué?

La joven fijaba sus cándidos ojos, penetrantes e inquisitivos en los suyos, y Stephen tuvo la fugaz impresión de que, con el tiempo, llegaría a descubrir su vil naturaleza. Sin embargo era evidente que aún no adivinaba su auténtica personalidad porque, al responderle, se le iluminó el rostro en cálida sonrisa.

-Por quedaros conmigo toda la noche.

Su gratitud contribuyó a que se sintiera más culpable que nunca, un indigno farsante a quien ella creía un caballero andante en lugar de un canalla. Inclinó la cabeza en burlona reverencia y le dirigió una sonrisa atrevida en la que insinuaba su verdadera reputación.

-Es la primera vez que una mujer hermosa me agradece que haya pasado la noche con ella.

La joven pareció confundida, no escandalizada, mas ello no disminuyó la sensación de alivio de Stephen. No había hecho tan sutil «confesión» de su auténtica naturaleza porque necesitara o deseara su absolución o pretendiera mostrar arrepentimiento. Lo más importante para él era que, por lo menos en aquella ocasión, había sido sincero con ella, lo que lo redimía un poco ante sus propios ojos.

Cruzó el amplio vestíbulo en dirección a sus aposentos, y por primera vez desde hacía semanas, más aún, meses, se sentía muy eufórico: Charise Lancaster se hallaba en vías de rápida recuperación, estaba seguro de ello. Sanaría, lo que significaba que podría notificar a su padre el accidente y, al mismo tiempo, tranquilizarlo acerca de su definitivo restablecimiento. Primero tendría que localizarlo, pero para ello, y para la entrega de su carta, confiaba en Matthew Bennett y sus ayudantes.

11

Stephen alzó la mirada de la correspondencia que estaba leyendo y saludó con una \inclinación de cabeza al caballero treintañero y de rubios cabellos que se dirigía hacia él.

-Disculpadme por haber interrumpido vuestras vacaciones en París -dijo a Matthew Bennett-, pero se trata de un asunto urgente y bastante delicado que requiere vuestra atención personal.

-Me satisface serviros de ayuda en todo cuanto me sea posible -repuso el abogado sin vacilar.

El conde le señaló un asiento frente a su escritorio que Matthew ocupó sin sentirse afrentado ni sorprendido de que aquel hombre, que lo había obligado a suspender sus tan merecidas vacaciones, lo hiciera aguardar mientras concluía de leer su correo. La familia de Matthew había tenido el privilegio de actuar como letrados de los Westmoreland durante varias generaciones, y tal honor y las importantes compensaciones económicas que implicaba comportaban la obligación de hallarse disponibles siempre y dondequiera que ellos desearan.

Aunque Matthew era el miembro más joven de la empresa familiar, estaba muy versado en los negocios de los Westmoreland e incluso, años atrás, le había sido confiado un encargo personal muy insólito del duque de Claymore, hermano del conde. En aquella ocasión se había sentido algo intimidado e inseguro cuando acudió a la llamada del duque y había perdido, incómodo, la compostura cuando aquél le explicó la naturaleza de su encargo. Pero, a la sazón, era más maduro, más prudente y estaba muy seguro de sí mismo y de poder encargarse de cualquier asunto «delicado» del conde que requiriera su atención, sin parpadear sorprendido.

Librodot

De modo que aguardaba con perfecta ecuanimidad para enterarse de qué «urgente» detalle requería su especial atención, dispuesto a aconsejar acerca de las condiciones de un contrato o, quizá, de alguna variación testamentaria. Dado el uso de la palabra «delicado», Matthew se sentía inclinado a pensar que acaso se tratara de algo más personal, tal vez de asignar una suma de dinero o algún obsequio a la amante de turno del conde o de gestionar un donativo benéfico de carácter confidencial.

Para que Bennett no aguardara más tiempo, Stephen dejó a un lado la carta del administrador de su finca de Northumberland, apoyó la cabeza en el respaldo de su asiento, contemplo distraído las artísticas yeserías del alto techo, cubierto de frescos, y pasó mentalmente de la carta del administrador al problema más complicado de Charise Lancaster. Se disponía a comenzar cuando el segundo mayordomo, un anciano en el que Stephen reconoció más tarde al antiguo sirviente de Burleton, lo interrumpió con una tosecilla cortés al tiempo que le decía con expresión preocupada:

-Miss Lancaster insiste en levantarse, milord, ¿qué debemos decirle?

Sin desviar la cabeza, Stephen dirigió su sonriente mirada al mayordomo porque aquello significaba que ella se sentía mucho mejor.

-Decidle que no intente abandonar el lecho durante una semana y que la visitaré después de cenar.

Sin advertir la impresión, admiración y espanto que alteraba los rasgos, por lo general afables, de Matthew Bennett y las erróneas conclusiones que su abogado podía extraer de tan despreocupada observación, Stephen decidió abordar en seguida su problema.

-Al parecer, he conseguido una prometida -comenzó.

-Mis más sinceras felicitaciones -dijo Matthew.

-No es mi prometida, sino la de Arthur Burleton.

Se produjo una breve pausa, durante la cual el abogado se esforzó por hallar alguna respuesta adecuada para tal revelación.

-En tal caso, hacedme el favor de transmitir mis... felicitaciones a ese caballero.

-No puedo: Burleton ha muerto.

-Una verdadera lástima.

-Yo lo maté.

-Eso es mucho peor -repuso Matthew de forma instintiva.

La legislación vigente prohibía el duelo y, en los últimos tiempos, los tribunales tomaban disposiciones muy duras para reprimirlo. Por añadidura, la evidente presencia de la prometida del difunto en casa del conde tampoco favorecería su caso. El abogado comenzó a imaginar el mejor argumento posible para su defensa.

Librodot

-¿Fue con espada o pistola? -inquirió.

-No, con un carruaje.

-Perdón, no comprendo.

-Lo atropellé.

-Eso no es tan directo como la espada o la pistola -repuso Matthew con aire ausente-, pero mucho más fácil de defender.

Se hallaba tan absorto en sus meditaciones que no advirtió la extraña mirada que el conde le dirigía.

-Podríamos convencer a los tribunales para que aceptaran el punto de vista de que si de verdad hubierais querido matarlo, habríais escogido el duelo -prosiguió pensativo-. Después de todo, es bien conocida vuestra pericia con las armas de fuego. Podemos apelar a numerosos testigos para que declaren tal hecho. El propio Theodor Kittering sería un excelente recurso en ese sentido, ya que era campeón de tiro cuando vos le heristeis en el hombro. ¡Pero, no! Mejor será dejarlo al margen porque no simpatiza con vos y, durante el juicio, resultaría forzoso aludir a vuestro enfrentamiento. Pero aun sin el testimonio de Kittering podríamos convencer a los tribunales de que la muerte de Burleton no fue intencionada por vuestra parte, que se trató de un hecho imprevisible y, por lo tanto, en líneas generales, lo considerarían un accidente.

Muy complacido con su lógica, Matthew desvió su mirada del extremo opuesto de la habitación y, por último, miró al conde.

-A riesgo de parecer muy obtuso, ¿puedo preguntaros qué diablos estáis diciendo? -repuso el conde sorprendido.

-¿Cómo, señor?

-¿Debo entender que creéis que lo atropellé intencionadamente?

-Sí, señor, ésa es la impresión que me ha dado.

-¿Podríais explicarme qué razones podría haber tenido yo para cometer semejante acción? -murmuró su señoría tono afable.

-Entiendo que tendría algo que ver..., que estaría en relación directa con... la presencia de cierta joven dama a la que no se permite abandonar vuestros.., aposentos.

El conde sufrió un súbito acceso de risa que sonó ronca, como si fuese ajena a él.

-Desde luego -repuso-. ¡Cuán necio he sido! No podíais haber deducido otra cosa.

Se irguió en su silla y, en tono práctico y con viveza, se decidió a explicarse:

-La semana pasada, Charise Lancaster, la joven que se encuentra arriba, llegó a Inglaterra procedente de América. Estaha prometida a Burleton y su matrimonio debía celebrarse al día siguiente, merced a una dispensa especial. Puesto que yo era el responsable

del fallecimiento de su prometido y el único que podía explicarle lo sucedido, acudí a recibirla al muelle para darle la noticia. Mientras hablábamos, algún idiota perdió el control de una red cargada de mercancías que la golpeó en la cabeza. Dado que su única compañera de viaje era una doncella y que miss Lancaster está demasiado grave para abandonar Inglaterra durante un tiempo, deberé contar con vos para que informéis a su familia y para que acompañéis a Inglaterra a algún pariente suyo que decida venir a buscarla. Además, deseo zanjar los asuntos pendientes de Burleton. Preparad un informe lo más completo posible sobre él para que yo decida por dónde debemos comenzar. Lo menos que puedo hacer es asegurarme de salvaguardar su buen nombre y liquidar las deudas que hubiera contraído antes de morir.

-¡Ah; comprendo! -repuso Matthew con una sonrisa de alivio, satisfecho ante las explicaciones del conde.

-Bien.

El abogado cogió pluma y papel del escritorio y, ya preparado, inquirió:

-¿Dónde reside la familia de la joven y cómo se llaman sus parientes?

-Lo ignoro.

-¿No lo sabéis?

-No.

-Tal vez podríamos consultar a la dama -sugirió, con toda prudencia y respeto.

-Podríamos -replicó Stephen con sequedad-, pero poco nos dirá. -Decidió apiadarse del abogado y añadió-: La joven sufrió una herida de gravedad en la cabeza que le ha provocado amnesia. El doctor Whitticomb cree que será una afección pasajera. Por desdicha, aunque se halla muy restablecida, no ha recuperado la memoria.

-Lo lamento -dijo Matthew con sinceridad.

El abogado pensó que la preocupación del conde por la joven había mermado en parte su natural perspicacia, y le sugirió en tono diplomático:

-Quizá su doncella pueda ayudarnos.

-Así lo creo, si supiera dónde se halla.

Stephen observó, irónico, los esfuerzos del abogado por no reflejar en su rostro emoción alguna.

-Envié a un mozo a su camarote poco después de producirse el accidente -le explicó-, pero la doncella no pudo ser localizada en lugar alguno. Un miembro de la tripulación comentó que acaso fuese inglesa y hubiera ido a reunirse con su familia.

-Comprendo -repuso Matthew, aunque aún no estaba muy preocupado-. Entonces comenzaremos nuestras indagaciones en el barco.

-Zarpó a la mañana siguiente.

-¡Ah, bien! ¿Y en cuanto a su equipaje? ¿Había algo en sus baúles que nos facilite algún indicio acerca del domicilio familiar?

-Tal vez. Por desdicha, zarparon con el barco.

-¿Estáis seguro?

-Por completo. En cuanto se produjo el accidente, mi única preocupación consistió en conseguir atención médica para ella. A la mañana siguiente hice que fueran a recoger sus baúles, pero el Estrella de la mañana ya había zarpado.

-Entonces comenzaremos nuestra investigación en las oficinas de la compañía naviera. Tiene que existir alguna relación de pasajeros y de carga y podrán decirnos en qué puertos hizo escala en América.

-Comenzad con la oficina naviera -convino Stephen.

Y se levantó dando por concluida la entrevista.

Matthew siguió al punto su ejemplo, concentrada ya la mente en las pesquisas que se disponía a emprender.

-Sólo he estado una vez en las colonias -dijo-. No me importará visitarlas de nuevo.

-Lamento haber interrumpido vuestras vacaciones -repitió Stephen-. Sin embargo existen otras razones apremiantes aparte de la más evidente. A Whitticomb le preocupa muchísimo que miss Lancaster no muestre el menor indicio de recobrar la memoria. Confío en que la presencia de personajes que forman parte de su pasado pueda servirle de ayuda.

12

Aquella noche, Stephen subió a verla como le había prometido. Había cogido la costumbre de visitarla dos veces al día y, aunque sus visitas eran muy breves e impersonales, descubrió que también él las esperaba. Llamó a la puerta y, al comprobar que no contestaba nadie, vaciló y volvió a llamar, insistente, pero esta vez tampoco obtuvo respuesta. Era evidente que o bien no se habían seguido sus instrucciones de mantener a una doncella en todo momento junto a ella o la criada que estaba de servicio se había quedado dormida. Ambas posibilidades lo irritaban, pero su primer sentimiento fue de alarma hacia su huésped. Ella había mostrado deseos de levantarse del lecho. Si, pese a sus instrucciones, había decidido intentarlo y se había caído cuando no había nadie presente para ayudarla o avisar a los demás... Y si hubiera vuelto a sumirse en la inconsciencia...

Abrió con brusquedad e irrumpió en los aposentos. La estancia estaba vacía. Desconcertado e irritado, contemplo la cama, que estaba pulcramente hecha. Sin duda la pobre idiota no había considerado oportuno seguir sus órdenes y tampoco la doncella.

Un leve sonido le hizo girar en redondo. Se quedó como petrificado.

-No os oí entrar -dijo su invitada, que salía del vestidor.

Se cubría con una bata blanca, demasiado grande para ella, llevaba un cepillo en la mano y se envolvía la cabeza de modo descuidado con una toalla. Iba descalza, y no parecía avergonzada ni arrepentida por haber hecho caso omiso de sus instrucciones.

Tras haberse visto sometido innecesariamente a tales momentos de terror, la primera reacción de Stephen fue enojarse, pero a continuación se sintió aliviado y, por fin, divertido. La joven se había atado un cordón dorado de algún cortinaje en la cintura para sujetarse la bata y, con los pies descalzos que asomaban bajo la larga prenda y su toalla azul en la cabeza a modo de velo, le recordaba a la Madonna. Sin embargo, su sonrisa dulce y serena había desaparecido y en su lugar mostraba una expresión entre desconcertada, acusadora y muy descontenta. No tardó en revelarle la causa:

-O sois muy poco observador o acaso vuestra visión sea defectuosa, milord.

-Ignoro qué queréis decir -repuso Stephen prudente, pues lo había cogido por sorpresa.

-Me refiero a mis cabellos -repuso ella con aire desdichado.

Y se señaló, acusadora, la cabeza envuelta con la toalla.

Recordaba haber visto su cabeza manchada de sangre y supuso que la herida del cuero cabelludo aún habría sangrado después de suturarla el doctor Whitticomb.

-Cuando los lavéis, se solucionará.

-No lo creo así -repuso ella con acento sombrío-. Ya lo he intentado.

-No comprendo... -comenzó.

-¡Mis cabellos no son castaños! -lo informó mientras se arrancaba la toalla y cogía unos mechones para demostrarle su problema-. ¡Mirad, son rojos!

Parecía indignada, pero Stephen se había quedado enmudecido, paralizado ante la densa masa de aquella llameante cabellera que le caía, ondulante y rizada, por los hombros, el busto y la espalda. La joven soltó los mechones que sostenía y se deslizaron entre sus dedos como fuego líquido.

-¡Jesús! -murmuró.

-¡Es tan... escandalosa! -comentó la joven con tristeza.

Aunque demasiado tarde, Stephen comprendió que su verdadero prometido no podía quedarse contemplando algo que ya debía conocer y, de mala gana, apartó la mirada de la más hermosa e insólita cabellera que había visto en su vida.

-¿Escandalosa? -repitió conteniendo la risa.

Ella asintió y aparto a un lado, impaciente, una radiante mecha cobriza que se había deslizado desde el centro de su cabeza y le cubría la frente y el ojo izquierdo.

-No os agrada -resumió Stephen.

-Desde luego. ¿Era ésa la razón de que no me confesarais su verdadero color?

Stephen aprovechó el pretexto que ella le facilitaba de modo inconsciente y volvió a contemplar aquellos exóticos cabellos, marco perfecto que realzaba sus delicados rasgos y su cutis de porcelana.

Sheridan comenzaba a comprender que la expresión de su rostro no era repulsiva y que, en realidad, casi parecía admirativa.

-¿Os gusta? -inquirió.

A Stephen le gustaba. Le gustaba todo en ella.

-Sí -repuso sin darle importancia-. ¿Acaso las pelirrojas no están de moda en América?

Sheridan abrió la boca dispuesta a contestarle y comprendió que desconocía la respuesta.

-Yo... ignoro si es así. Y también si lo es en Inglaterra.

-¿Qué os hace pensar eso?

-Porque la doncella que me ha ayudado reconoció, ante mi insistencia, no haber visto cabellos de este color en toda su vida. Parecía muy asombrada.

-¿Qué opinión os importa más? -replicó en tono meloso.

-Bien, silo planteáis de ese modo... -comenzó Sheridan, tímida y sonrojada ante su cálida sonrisa.

Era tan atractivo y tenía un aspecto tan varonil que resultaba difícil no quedarse absorta mirándolo y, aún más, imaginar que la había escogido entre todas las mujeres de su propio país. Le encantaba disfrutar de su compañía y su humor y, sobre todo, de la amabilidad con que la trataba. Contaba las horas que faltaban para recibir sus visitas, y las aguardaba ansiosa, pero habían sido muy breves y carentes de información. Por consiguiente, prácticamente no sabía nada sobre sí misma, sobre él ni acerca de su anterior relación. No quería seguir ignorándolo todo ni aguardar a que su caprichosa memoria retornara en cualquier momento para facilitarle las respuestas.

Había comprendido el criterio de lord Westmoreland en el sentido de que no debía arriesgar su salud por abrumar en exceso su mente, pero en el aspecto físico ya se había recuperado. Había conseguido levantarse, bañarse, lavarse el cabello y, por último, vestirse con una bata a fin de demostrarle que estaba bastante bien para formular preguntas y recibir respuestas. Le constaba que le flaqueaban las piernas, pero ello acaso se debiera a la debilidad persistente a causa de la prueba sufrida o tal vez fuera síntoma de la agitación y el nerviosismo que le producía su presencia.

Le señaló unos sofás tapizados de seda dorada que estaban junto a la chimenea.

-¿Os importaría que nos sentáramos? Me temo que se me han debilitado las piernas por estar demasiado tiempo en el lecho o por la falta de ejercicio.

-¿Por qué no lo dijisteis antes? -repuso Stephen, y se aparto a un lado para que ella le precediera.

-No estaba segura de poder permitírmelo.

Se acurrucó en el sofá, escondió los pies descalzos debajo de su cuerpo y ordenó la bata en torno a ella. Stephen advirtió que sin duda había olvidado que las jóvenes bien educadas no recibían a caballeros que no fueran sus esposos en su gabinete. Por otra parte, era más consciente de ello por ser él quien transgredía las normas al encontrarse allí. Decidió ignorar ambas cuestiones en pro de sus deseos personales.

-¿Por qué dijisteis que no estabais segura de que os permitiera que os sentarais?

Sheridan dirigió una mirada de desconcierto a la chimenea y Stephen lamentó verse privado de contemplar su delicioso rostro y se sintió extrañamente complacido cuando ella se volvió a mirarlo.

-Constance, la doncella, me ha informado de que sois un conde...

Y se lo quedó mirando, como si confiara en que él lo negara, lo que le hizo pensar que era la mujer más insólita que había conocido.

-¿Y pues? -inquirió al ver que se interrumpía.

-Por ello creí que debía dirigirme a vos como milord. -Al advertir que Stephen se limitaba a enarcar las cejas y aguardar, prosiguió-: Me parece recordar que en presencia de un rey nadie debe sentarse a menos que se le invite a hacerlo.

Stephen contuvo el impulso de prorrumpir en carcajadas.

-Sin embargo, no soy rey, tan sólo conde.

-Sí, pero no estaba segura de si se aplicaba el mismo protocolo.

-No es así. Y, a propósito de la doncella, ¿dónde diablos está? Le ordené específicamente que no os dejara sola en ningún momento.

-La he despedido.

-¿Por su reacción ante vuestro cabello? -supuso-. Comprendo que...

-No, porque estaba conmigo desde el amanecer y parecía agotada. Ya había recogido la habitación y no deseo que me bañen como si fuera una criatura.

Stephen la escuchaba estupefacto porque lo sorprendía a cada momento. Como también lo sorprendió su siguiente manifestación, que formuló con determinación y un leve temblor, fruto de la inseguridad.

-Hoy he tomado algunas decisiones.

-¿Es eso cierto? -repuso sonriendo ante su enérgica expresión.

Pensó que ella no estaba en situación de tomar decisiones, mas no vio la necesidad de hacérselo observar.

-Sí, he decidido que el mejor modo de enfrentarme a mi pérdida de memoria es convencerme de que se trata de una indisposición transitoria y que debemos considerarla como tal.

-Me parece una excelente idea.

-Sin embargo desearía preguntaros algunas cosas.

-¿Qué queréis saber?

-¡Oh, lo normal! -dijo, y sofocó una risa-. Cuál es mi edad, si tengo un segundo nombre...

Las defensas de Stephen se desmoronaron mientras se debatía entre el impulso de echarse a reír ante su animoso sentido del humor y el aún más apremiante de arrancarla del sofá, hundir sus manos en aquella masa de llameantes cabellos y aplastar los labios en su boca. Era muy dulce y atractiva, y estaba más sugestiva con la bata ceñida con un cordón que cualquier dama vestida con elegancia -o desnuda- que hubiera conocido.

Pensó que Burleton debía haber estado ansioso de llevársela a la cama. No era de sorprender que intentase casarse con ella al día siguiente de su llegada.

El sentimiento de culpabilidad extinguió de repente su grata contemplación de los encantos de la joven, y la vergüenza lo corroyó como un ácido. Era Burleton, y no él, quien debería estar sentado con ella; Burleton quien debería disfrutar de su grata compañía y contemplarla acurrucada en el sofá; Burleton quien tenía derecho a desvestirla en su mente y pensar en acostarse con ella. Sin duda no debía imaginar otra cosa mientras aguardaba a que llegara el barco.

Y, en lugar de ello, el ardiente y joven amante yacía en un ataúd y su asesino disfrutaba de aquella velada con su prometida. No, rectificó Stephen irritado consigo mismo, no sólo disfrutaba de una grata velada, sino que la deseaba.

La atracción que experimentaba hacia ella era indecente, demencial. Si deseaba diversiones de cualquier índole, podía escoger entre las mujeres más hermosas de Europa. Sofisticadas, ingenuas, ingeniosas, serias, decididas, tímidas, rubias, morenas y pelirrojas aguardaban sus propuestas. No existía razón alguna que justificara tan ciega atracción hacia aquella mujer, ni sus reacciones ante ella como un ardiente adolescente o un viejo lascivo.

La serena voz de la joven lo sobresaltó y lo obligó a interrumpir sus furiosos autorreproches, aunque persistieran sus sentimientos de repulsión.

-Sea lo que fuere -bromeó ella-, no creo que le quede mucho tiempo de vida.

Stephen se volvió a contemplar su rostro.

-Perdón, ¿qué decíais?

-Lo que se haya posado en mi hombro izquierdo durante estos últimos momentos. Confío en que tenga piernas y pueda huir con rapidez.

El le dirigió una breve sonrisa, carente de humor.

-Disculpadme. Me distraje unos momentos.

-¡Oh, por favor, no os excuséis! -repuso ella con una risa nerviosa-. Me siento muy aliviada al enterarme de que pensabais en algo diferente de mis preguntas con una expresión tan grave.

-Me temo que he olvidado por completo vuestras preguntas.

-Deseaba conocer mi edad -repitió en tono amable al tiempo que enarcaba sus delicadas cejas-. Y si tengo un segundo nombre.

Pese a la ligereza de su acento, Stephen comprendió que lo observaba con gran atención. Desconcertado por su inquisitiva mirada, vaciló todavía un segundo mientras se esforzaba por desviar su atención hacia algún otro tópico. Pero ella interrumpió su silencio, sin darle tiempo a conseguirlo, con un. grande y cómico suspiro de desaliento y advirtiendo con acento exagerado y terrible:

-El doctor Whitticomb me ha informado de que mi enfermedad se llama amnesia y que no es contagiosa. Por consiguiente, me sentiré muy agraviada si pretendéis simular que también la padecéis y, de ese modo, queréis hacerme creer que es algo muy corriente. Bien, ¿y si comenzásemos por algo más sencillo? ¿Os importaría decirme vuestro nombre completo y vuestra edad? Tomaos el tiempo necesario para pensar las respuestas.

Stephen se hubiera echado a reír si no se odiara a sí mismo tanto por desearla así.

-Tengo treinta y tres años -repuso-. Y mi nombre completo es Stephen David Elliott Westmoreland.

-Bien, eso lo explica todo -bromeó ella-. Con tamos nombres, no me sorprende que tardéis cierto tiempo en recordarlos.

Stephen forzó una sonrisa, trató de negarlo y la reprendió con la mayor gravedad posible.

-Sois bastante impertinente. Os agradecería que mostrarais algo más de respeto hacia mí.

La joven ladeó la cabeza, imperturbable.

-¿Porque sois un conde? inquirió, curiosa.

-No, porque soy mayor que vos. Las carcajadas femeninas eran musicales como el tintineo de las campanas y tan contagiosas que a Stephen le dolía el rostro al esforzarse por mantener su inexpresividad.

Librodot

-Puesto que ya hemos comprobado que soy importante y vos más que yo -prosiguió ella, con una inocente y afable mirada tras sus entornadas pestañas-, ¿sería asimismo correcto suponer que sois también más viejo que yo?

Stephen movió la cabeza en señal de asentimiento, pues le era imposible confiar en su voz.

-¿Cuántos años? -se apresuró a interrogarlo.

-¡Sois una criatura insistente! -dijo mientras se debatía entre sentirse divertido o admirar la habilidad con que daba un giro a la conversación y retornaba a sus preguntas. Ella fijó en Stephen la serena mirada de sus ojos grises, infinitamente atractivos.

-Por favor, decidme mi edad. Decidme si tengo un segundo nombre. ¿O no lo sabéis?

Lo ignoraba. Por otra parte, también desconocía los nombres completos de la mayoría de mujeres que habían pasado por su cama. Puesto que ella había estado muy poco tiempo con su prometido, confiarle la verdad parecía prudente e incluso razonable.

-Lo cierto es que esos temas jamás se suscitaron entre nosotros.

-Y en cuanto a mi familia, ¿cómo es?

-Vuestro padre es viudo -respondió Stephen, pues recordaba lo que le había dicho el mayordomo de Burleton, y por fin se sentía capaz de llevar adelante la conversación-. Sois hija única.

Ella asintió y asimiló sus palabras.

-¿Cómo nos conocimos? prosiguió sonriente.

-Imagino que vuestra madre os presentó a él poco después de vuestro nacimiento.

La joven se echó a reír al comprender que bromeaba. Stephen frunció el entrecejo porque no había previsto preguntas como aquéllas y no se sentía capaz de responderlas ni eludirlas, y, por mucho que se esforzara, seguiría siendo un impostor.

-Quería saber cómo nos conocimos nosotros dos.

-Del modo más corriente -dijo lacónico.

-¿Cómo fue?

-Nos presentaron.

Se levantó, para evitar el desconcierto que expresaba su inquisitiva mirada, y fue hacia una alacena donde se guardaban licores.

-Milord...

-¿Sí?

Volvió la cabeza para mirarla y destapó una botella dispuesto a servirse una copa.

-¿Estamos muy enamorados?

La mitad del coñac se deslizó por su pulgar y resbaló por el cristal hasta la áurea bandeja. Juró para sí, pues comprendía que, dijera lo que dijese, ella se sentiría engañada cuando recobrara la memoria. Eso y el hecho de ser el responsable de la muerte de su amado harían que llegase a odiarlo profundamente cuando se aclarase aquella situación, aunque no tanto como se odiaba a sí mismo por todo, incluido lo que se proponía llevar a cabo. Acto seguido, alzó la copa, apuró el escaso coñac que había conseguido verter n su interior, y se volvió, dispuesto a enfrentarse con ella. Puesto que no le quedaba otra elección, respondió de un modo que destruiría la opinión que tuviera de él.

-Estamos en Inglaterra, no en América -comenzó.

-Lo sé. El doctor Whitticomb me lo dijo.

Acuso en su fuero interno la impresión de que hubieran tenido que decirle dónde se encontraba, y también por culpa suya.

-Estamos en Inglaterra -replicó con sequedad-. En este país, entre las clases selectas, las parejas se unen por múltiples razones, casi todas de tipo práctico. A diferencia de los americanos, no esperamos ni deseamos ir con el corazón en la mano, ni empleamos una prosa elevada acerca de esa sutil emoción llamada amor, que relegamos a los campesinos y a los poetas.

Lo miró como si la hubiese abofeteado. Stephen depositó el vaso en la bandeja con cierta violencia.

-Confío en que mi brusquedad no os haya afectado -añadió, sintiéndose un redomado canalla-. Se me hace tarde y necesitáis descansar.

La saludó con una ligera inclinación de cabeza, de un modo que daba por concluida la conversación, y aguardó a que la joven se levantara. Se sintió obligado a desviar la mirada cuando la bata, al abrirse, mostró un asomo de su bien torneada pantorrilla. Apoyaba ya la mano en el pomo de la puerta cuando por fin habló ella.

-¡Milord! -exclamó en el instante en que él se disponía a salir.

-¿Sí? -repuso sin volverse.

-Pero ¿lo tenéis o no?

-¿Qué?

-Corazón.

-¡Miss Lancaster!

Estaba furioso consigo mismo y con el destino, que lo colocaba en una situación insostenible. Se volvió y la vio de pie junto al lecho, con la mano apoyada en uno de los postes, muy seductora.

-Mi nombre es... -comenzó vacilante.

Y él sintió otro aguijonazo de insoportable culpabilidad al ver cómo tenía que esforzarse por recordar su propio nombre.

-Charise. Me gustaría que me llamarais así.

-Desde luego -respondió, decidido a no hacer nada semejante-. Y ahora, si me disculpáis, tengo cosas que hacer.

Sheridan aguardó hasta que él hubo cerrado la puerta para asirse con fuerza al poste, invadida por una sensación de vértigo y náuseas. Se sentó con cuidado sobre la colcha de satén, entre los tumultuosos latidos de su corazón, causados por el miedo y la debilidad.

Se preguntaba qué clase de persona sería ella para desear casarse con un hombre que pensaba de tal modo y cómo sería él. Se le revolvía el estómago al recordar la fría mirada de Stephen y su dureza cuando aludió al amor.

Pensaba con amargura cómo y por qué habría podido comprometerse con un ser así. Aunque ya sospechaba cuál sería la respuesta: por la maravillosa sensación que experimentaba ante su sonrisa.

Pero, al dejarla, su expresión era hosca. Lo había disgustado con sus comentarios sobre el amor. Cuando él volviese a visitarla, por la mañana, se disculparía, omitiría por completo el asunto y procuraría comportarse de un modo alegre y divertido.

Se tendió en el lecho y se cubrió hasta la barbilla con la colcha. Despierta, y con la garganta dolorida por el llanto reprimido, contempló en lo alto el dosel y se dijo a sí misma que no lloraría. A buen seguro que lo sucedido no causaría un daño irreparable en su relación. A fin de cuentas, estaban comprometidos y él, sin duda, pasaría por alto su pequeño error acerca de sus diferentes criterios. De repente recordó que le había preguntado si tenía corazón, y el nudo que atenazaba su garganta amenazó con asfixiarla.

Se dijo que, al día siguiente, todo parecería menos sombrío. Aún se sentía débil y cansada por el esfuerzo realizado al bañarse, lavarse el cabello y vestirse.

Al día siguiente, él volvería a verla y todo se solucionaría.

13

Tres días después, cuando Whitticomb acudía de visita, encontró a Stephen dictándole la correspondencia a su secretario. El conde advirtió que el médico llegaba sonriente mientras el mayordomo lo precedía a su paso ante la doble puerta que daba acceso a su estudio. Media hora después, cuando bajaba la escalera tras visitar a su paciente, no parecía tan complacido.

-Me gustaría hablaros en privado, si podéis concederme unos minutos -dijo.

E hizo señas de que se retirase el abrumado mayordomo que aguardaba en la puerta para anunciarlo.

Stephen, que presentía lo que iba a escuchar, despidió a su secretario con un suspiro de irritación. Apartó a un lado su correspondencia y se recostó en su asiento.

-Recuerdo haberos dicho con claridad que era imperativo evitar todo trastorno a miss Lancaster comenzó Hugh Whitticomb en cuanto el secretario hubo salido y cerrado las puertas-. El especialista en amnesia que consulté así me lo advirtió y yo, a mi vez, os lo hice saber a vos. ¿Recordáis la conversación que sostuvimos?

Stephen tuvo que contenerse para no responder con brusquedad ante el tono empleado por el médico.

-Sí -le respondió en tono cortante.

-¿Queréis explicarme entonces, por favor, por qué no habéis acudido a verla desde hace tres días? prosiguió Whitticomb. Había advertido el talante admonitorio del conde y moderó su tono-: Os expliqué cuán importante era que se distrajera para aliviarla de sus preocupaciones.

-Me lo dijisteis, y por ello me aseguré de que dispusiera de toda clase de distracciones femeninas imaginables: libros, ilustraciones de moda, bastidores para bordar, acuarelas...

-Pero existe un entretenimiento femenino que no le habéis brindado y que tiene derecho a esperar.

-¿Y cuál es? -repuso Stephen, aunque ya conocía la respuesta.

-No le habéis ofrecido siquiera una mínima conversación con su prometido.

-No soy su prometido.

-No, aunque de modo involuntario sois responsable de que no lo tenga. Me sorprende que lo hayáis olvidado.

-Pasaré por alto vuestro insulto porque ha sido formulado por un amigo de la familia, anciano y muy excitado -le advirtió Stephen con frialdad.

El doctor Whitticomb comprendió que había seguido una táctica equivocada con el conde y había llegado demasiado lejos con él. Había olvidado que aquel frío e inflexible noble sentado tras su escritorio ya no era el travieso muchachito que se introducía sigiloso en los establos a medianoche para montar un nuevo semental, y que luego contenía las lágrimas cuando le curaba un brazo roto y lo sermoneaba por sus locuras al exponerse a tales peligros.

-Tenéis razón -reconoció en tono quedo-. Estoy trastornado. ¿Puedo sentarme?

Stephen aceptó sus disculpas con una señal ambigua.

-Desde luego.

-Los «ancianos muy excitados» tendemos a fatigarnos con facilidad -añadió con una sonrisa.

Advirtió, aliviado, que una huella divertida suavizaba los rasgos de su interlocutor. Para ganar tiempo, señaló la cigarrera de latón que estaba en la mesita de marquetería que había junto a su silla.

-De vez en cuando siento la repentina necesidad de saborear un buen cigarro. ¿Puedo permitírmelo?

-Desde luego.

Cuando lo encendió, Whitticomb ya había decidido el mejor modo posible de convencer a Stephen de la grave situación de Charise Lancaster y se sentía satisfecho de haber dejado transcurrir un tiempo prudencial para disipar cualquier resto de hostilidad que Stephen pudiera abrigar por su última y poco afortunada interpelación.

-Cuando he subido hace unos momentos descubrí a nuestra paciente revolviéndose en el lecho entre gemidos -comenzó mientras observaba la tenue espiral de blanco humo del cigarro que sostenía en la mano.

Stephen, alarmado, intentó levantarse de repente, pero Whitticomb lo contuvo con un ademán.

-Dormía, Stephen, y soñaba, al parecer algo febril -añadió con una mentira para alcanzar su objetivo-. También me han informado de que no come bien y que se siente muy sola, y está tan desesperada por conseguir respuestas que interroga a las doncellas, a los lacayos y a todos cuantos cree que pueden darle alguna explicación acerca de esta casa, de sí misma o de vos, su prometido.

La sensación de culpabilidad de Stephen se acrecentó ante aquella vívida descripción de los sufrimientos de Charise Lancaster. Pero ello sólo le hizo mostrarse más inflexible.

-No soy su prometido, sino el responsable de su muerte. Primero lo maté y, luego, he ocupado su lugar -concluyó con amargura-. Es una situación inmoral.

-No lo matasteis -repuso Hugh, asombrado por la profunda tristeza que destilaba Stephen-. El estaba desconcertado y se precipitó ante vos. Fue un accidente: son cosas que ocurren.

-No os parecería tan sencillo si hubierais estado allí -replicó irritado-. Vos no tuvisteis que sacarlo de debajo de vuestros caballos. Estaba desnucado, tenía los ojos desorbitados y respiraba con dificultad. ¡Dios, era tan joven que aún parecía imberbe! Murmuraba, incansable, unas palabras confusas. Creí que me pedía que tratara de localizar a alguien. Hasta el día siguiente no se me ocurrió que hasta en su último suspiro pensaba en casarse. ¡Si hubierais estado presente y visto y oído todo eso no os resultaría tan fácil disculparme por atropellarlo primero y desear después a su prometida!

Hugh había aguardado a que Stephen concluyese su diatriba autoinculpatoria para señalarle que Burleton manifestaba cierta inclinación al juego y a la embriaguez, condiciones que no le hubieran convertido en digno esposo de miss Lancaster. Pero la última frase de

Stephen disipó cualquier pensamiento de su mente. Aquello explicaba la poco característica crueldad del conde al permitir que ella se resintiera de su soledad.

Aferró el olvidado cigarro entre sus dientes, se recostó en su asiento y contempló al enojado conde con divertida fascinación.

-Así pues, ¿os atrae ella de ese modo?

-Eso es -replicó mordaz.

-Ahora comprendo por qué la habéis evitado.

Entornó los párpados para protegerse del humo y reconsideró la situación durante unos momentos.

-La verdad, no es de sorprender que os parezca irresistible, Stephen: a mí también me resulta agradable y encantadora -dijo por último.

-¡Excelente! -repuso Stephen cáustico-. Confesadle entonces que vos sois en realidad Burleton y os casáis con ella. Eso lo solucionaría todo, ¿no es cierto?

Las palabras de Stephen eran tan reveladoras e interesantes que Hugh apartó precavido la mirada de su rostro. Retiró el cigarro de su boca y lo sostuvo en las puntas de los dedos absorto, al parecer, en su contemplación.

-Ese es un razonamiento muy interesante, en especial por tratarse de vos -observó.

-¿De qué estáis hablando?

-Me refiero a vuestra afirmación de que si alguien llegara a casarse con ella, «lo solucionaría todo». -Sin aguardar respuesta, prosiguió-: Os consideráis responsable de la muerte de Burleton y de la amnesia de la joven y, además, os sentís físicamente atraído por ella. Pese a todo, o por esa causa, os oponéis de modo inexorable a algo tan sencillo y terapéutico como simular ser su prometido, ¿me equivoco?

-Si deseáis expresarlo así, estáis en lo cierto.

-Eso es todo, entonces -dijo Hugh, y se dio un manotazo en la rodilla a la vez que mostraba una sonrisa de satisfacción-. He aquí el rompecabezas perfectamente ordenado.

Sin aguardar a que su enojado interlocutor le exigiera una explicación, Whitticomb se la facilitó:

-Miss Lancaster ha perdido a su prometido por causa de un accidente del cual fuisteis responsable involuntariamente, pero responsable al fin. Ahora bien, si simularais ser su prometido y si ella llegara a profesaros profundo afecto cuando aún fingís serlo, en tales circunstancias ella podría esperar, incluso tendría derecho a ello, que convirtierais el engaño en realidad.

»Si nos basamos en vuestra previa actitud hacia el sexo femenino, que, a propósito, desespera a vuestra madre, pues teme no veros casado, no habría posibilidad alguna de que miss Lancaster satisficiera los requisitos necesarios, pero no os resulta tan fácil desecharla

como a las demás. Aunque físicamente os parece apetecible, teméis que se convierta en algo irresistible si la tratáis más a fondo. De otro modo no permitiríais que su presencia os indujera a ocultaros en vuestra propia casa ni evitaríais, inflexible, a alguien que necesita vuestra compañía y atenciones.

»Si no tuvierais nada que temer, no la esquivaríais: es así de sencillo. Pero por primera vez en vuestra vida existen razones para temer la pérdida de vuestra querida soltería.

-¿Habéis concluido? -inquirió Stephen en tono amable.

-Por completo. ¿Qué opináis de mi resumen de la situación?

-Creo que es la combinación más impresionante de posibilidades improbables y lógica defectuosa que he oído en mi vida.

-De ser así, milord, ¿por qué le negáis el consuelo de vuestra presencia? -dijo el doctor Whitticomb con afable sonrisa, al tiempo que lo observaba sobre la montura de sus gafas.

-No puedo responder a eso por el momento. A diferencia de vos, no me he detenido a analizar todas mis inquietudes.

-Permitidme, entonces, facilitaros una motivación adicional para superar cualquier inquietud que podáis tener o inventar -dijo Hugh con más animación y firmeza-. He leído artículos especializados sobre el terna de la amnesia y he consultado con los escasos colegas que tienen alguna experiencia en su tratamiento. Al parecer, puede ser provocada no sólo por una herida producida en la cabeza sino por histeria o, en el peor de los casos, por una combinación de ambas. Según las informaciones recibidas, cuanto más desesperada esté miss Lancaster por recobrar su memoria, más trastornada, deprimida e histérica se pondrá ante su impotencia. Y, a medida que aumente su agitación, más difícil le resultará recordar nada. -Observó, satisfecho, que el joven fruncía el entrecejo con aire preocupado-. Por el contrario, si conseguimos que se sienta segura y feliz, parece razonable esperar que retorne su memoria mucho antes, es decir, si alguna vez retorna.

Stephen unió las cejas con una expresión de alarma en los ojos.

-¿Qué queréis decir con eso de «si alguna vez retorna»?

-Precisamente lo que he dicho. Existen casos de amnesia perdurable. En una ocasión, a un pobre diablo tuvieron que enseñarlo a hablar, leer y alimentarse.

-¡Dios mío!

El doctor Whitticomb asintió para reforzar su afirmación. -Si tenéis alguna duda acerca de cuanto os he sugerido, consideradlo como un incentivo adicional: la joven dama es consciente de que ha pasado escaso tiempo con su prometido antes de venir aquí, porque así se lo dije, y también le consta que no ha estado en esta casa ni en este país con anterioridad, porque también se lo aseguré. Como sabe que se halla entre desconocidos y en ambientes extraños, aún no ha enfermado de ansiedad al no reconocer a nadie ni nada de cuanto la rodea. Pero eso no seguirá así mucho tiempo como no recupere la memoria antes de que se presente su familia. Si no logra recordar a los suyos cuando los vea, comenzará a desmoronarse física y mentalmente. Por consiguiente, ¿qué estáis dispuesto a arriesgar para salvarla de ese destino?

-Cuanto sea preciso -repuso Stephen tajante.

-Sabía que responderíais de este modo en cuanto comprendierais la verdadera gravedad de la situación. A propósito, le dije a miss Lancaster que no necesitaba permanecer en el lecho por más tiempo si durante otra semana no intentaba realizar esfuerzos.

Sacó su reloj, levantó la tapa y se levantó.

-Debo irme. He recibido una nota de vuestra encantadora madre en la que me comunica que, dentro de una semana, piensa venir a pasar la temporada con vuestro hermano y su esposa. Tengo muchas ganas de verlos a todos.

-Yo también -afirmó Stephen con aire ausente.

Cuando Whitticomb se disponía a salir, a Stephen se le ocurrió de pronto que, por añadidura, tendría que comprometer a su familia en el engaño que se proponía llevar a cabo. Y por si ello no bastara, mientras guardaba unos documentos en el cajón de su escritorio comprendió que, además de su familia, el resto de la alta sociedad también llegaría a Londres dentro de una semana, y que comenzarían a recibir en la casa centenares de invitaciones para bailes y toda clase de diversiones, amén de un raudal diario de visitantes.

Introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar. Luego se recostó en su asiento mientras reconsideraba sus alternativas. Si declinaba todas las invitaciones, como se proponía, no solucionaría el problema. Sus amigos y conocidos comenzarían a inquietarse hasta que consiguieran verlo y tener la oportunidad de descubrir por qué había ido a Londres a pasar la temporada y se mantenía recluido.

Reconoció que su única elección era hacer desaparecer a miss Lancaster de la ciudad y llevársela a una de sus propiedades, la más remota posible. Ello significaría, en primer lugar, tener que disculparse con su cuñada y su madre, ante cuyos insistentes ruegos había ido a Londres para la ocasión. Ambas argumentarían, de modo muy amable y persuasivo, que durante los dos últimos años apenas lo habían visto, pese a que disfrutaban enormemente con su compañía -lo cual le constaba que era cierto-, aunque no mencionarían su tercera razón, que, como era bien sabido, consistía en casarlo, a ser posible con Monica Fitzwaring, campaña que habían emprendido con divertida y creciente perseverancia en los últimos tiempos. Una vez que su madre y Whitney comprendieran sus razones para dejar Londres en seguida, lo perdonarían por desbaratar sus planes, pero se quedarían muy decepcionadas.

14

Puesto que comprendía la importancia de las razones de Whitticomb para interpretar su papel de prometido, Stephen estaba decidido a enmendar la situación. Se detuvo un instante ante la puerta de los aposentos de miss Lancaster, preparado para el inevitable acceso de lágrimas y recriminaciones que recibiría en el momento en que ella lo viese, y anunció que deseaba verla.

Sheridan se sobresaltó cuando oyó su voz, pero en seguida volvió a concentrar su atención en las informaciones que copiaba de un periódico londinense.

Librodot

-Por favor, decidle a su señoría que estoy indispuesta -ordenó con firmeza a la doncella que se apresuraba a abrirle la puerta.

Cuando la doncella le hubo transmitido tal información, Stephen se quedó muy preocupado al imaginar que pudiera haber empeorado por causa de su abandono.

-Decidle que he venido a verla y que regresaré dentro de una hora -anunció.

Sheridan no experimentó ninguna sensación de complacencia ni de alivio al ver que pretendía volver. Había comprendido que no debía depender de él en absoluto. El doctor Whitticomb se había mostrado tan afligido por el estado en que la había encontrado aquella mañana que le había transmitido su alarma con el fin de liberarla de su aturdimiento y su aflicción. Le había advertido que si quería recuperarse por completo tendría que cuidar de sí misma y mantener la mente activa.

Intentó justificar de manera apresurada, y según ella sospechó poco sincera, el abandono de su prometido, con manifestaciones tales como que estaba <(absorbido por apremiantes asuntos de negocios y obligaciones propias de su posición socia!», y que debía resolver problemas relacionados con «la administración de una de sus propiedades». Incluso le insinuó que el conde no se había sentido muy bien durante los últimos días. Por desdicha para el amable médico, cuanto más trataba de justificar el imperdonable desinterés de Stephen, más evidente resultaba para Sheridan que, al parecer, su presencia y su enfermedad eran menos importantes para él que los más nimios detalles de sus negocios y su vida social. Además, tenía motivos de sobra para creer que, en realidad, trataba de castigarla o darle una cruel lección por haber tenido la insolencia de suscitar el tópico amoroso.

Había pasado los días atormentada por esa razón y se había arrepentido de los reproches que le había dirigido. Pero cuando Whitticomb la sermoneó acerca de su salud y descubrió la pesimista expresión de su rostro, su culpabilidad y su dolor se transformaron en justa indignación. Aunque no era su prometido, él sí que se preocupaba por ella e incluso se molestaba hasta el extremo de desplazarse cierta distancia por verla. Si el amor era algo ridículo, un sentimiento prohibido para los sofisticados nobles ingleses, el conde podía haber hecho algunas concesiones en consideración a su amnesia.

En cuanto a casarse con Langford, Sheridan no imaginaba qué locura podía haberla inducido a tomar tal decisión. Hasta el momento, el único atributo que había demostrado poseer era su notable apostura, lo que, desde luego, no justificaba su posible unión. Además, si cuando recobrara la memoria sus recuerdos no modificaban por completo la opinión que él le merecía, estaba muy decidida a romper su compromiso matrimonial para que pudiera casarse con otra que se mostrara tan fría e impersonal hacia el matrimonio como él mismo.

Le resultaba casi imposible creer que ella, en pleno uso de sus facultades, hubiera pensado de otro modo respecto a los lazos conyugales. Tal vez su padre, engañado, hubiera creído que el conde podía ser un buen esposo y hubiera insistido en aquel compromiso. De ser así, hablaría cuanto antes con él y le explicaría por qué había decidido no hacerlo. Durante los últimos días, siempre que se esforzaba por pensar en su padre, experimentaba una tenue conmoción, acompañada de una cálida y entrañable sensación de proximidad y de ausencia, como silo echara muchísimo de menos, pero por más que lo intentaba no podía imaginar su rostro. A buen seguro que un padre que suscitaba semejantes sentimientos no sería de los que obligan a su hija a unirse a un hombre al que no admira.

Una hora después, Stephen llamaba de nuevo a su puerta.

Sheridan consultó el reloj que estaba sobre la repisa de la chimenea y comprobó, enojada, que por lo menos era puntual, mas ello no influyó en su decisión. Siguió examinando el periódico que tenía extendido sobre su escritorio, junto a la ventana.

-Por favor, decide a su señoría que estoy descansando -ordenó a la doncella.

Mientras ésta le transmitía el mensaje, sintió una oleada de satisfacción personal. Aunque no conocía nada concreto acerca de Charise Lancaster, al menos le constaba que no carecía de arrestos ni decisión.

Desde el otro lado de la puerta, los sentimientos de culpabilidad de Stephen se vieron sustituidos por un asomo de preocupación.

-¿Está enferma? -inquirió a la doncella.

La sirvienta miró implorante a Sheridan, que negó con la cabeza, y acto seguido transmitió su negativa al conde.

Una hora más tarde, cuando Stephen llamaba de nuevo a su puerta, lo informaron de que miss Charise «tomaba un baño».

Al cabo de otra hora, ya no estaba preocupado, sino irritado. Llamó con energía y, en aquella ocasión, le dijeron que «la señorita descansaba».

-Decidle a la señorita -ordenó en tono tajante- que regresaré exactamente dentro de una hora y que espero encontrarla aseada, descansada y dispuesta para bajar al comedor. Cenamos a las nueve.

Cuando el conde llamó a la puerta, Sheridan experimentó cierta jubilosa satisfacción. Sonrió para sí y se sumió en las cálidas burbujas que amenazaban con desbordar la bañera de mármol.

-Decidle a su señoría que esta noche prefiero cenar en mi habitación -indicó a la doncella.

La muchacha le inspiraba compasión, pues parecía que hubiera preferido ser azotada, o acaso lo temiera.

Stephen abrió la puerta de repente, sin dar tiempo a la sirvienta para que concluyese su frase, y entró con aire majestuoso en el dormitorio.

-¿Dónde está? -exclamó con brusquedad.

-Está... en el baño..., milord.

Cuando se dirigía hacia la puerta que conducía al magnífico cuarto de baño contiguo al dormitorio, captó la horrorizada expresión de la doncella, mudó de intención. Fue hacia la mesa que estaba junto a la ventana, examinó el periódico allí desplegado y distinguió una hoja de papel junto a él.

-Miss Lancaster -exclamó. Había alzado el tono de voz y utilizado una inflexión que hizo palidecer a la pobre doncella-. Si no estáis abajo dentro de diez minutos exactamente, subiré y os conduciré a rastras yo mismo, sea cual fuere el estado en que os encontréis, vestida o desnuda, ¿está claro?

Ante su incredulidad, la joven ni siquiera se dignó responder a su ultimátum. Cogió el papel con la intención de averiguar a quién escribía. Mientras comprobaba lo que ella había redactado con sus rasgos elegantes y claros, pensó con sarcasmo que sin duda era mejor que el pobre Burleton hubiera pasado a mejor vida, porque Charise Lancaster habría convertido su existencia en un infierno con su tremenda obstinación y su genio vivo. Reparó en que había reproducido notas del Post matutino, datos que debía conocer anteriormente, pero que se veía obligada a aprender de nuevo por su culpa.

Rey de Inglaterra: Jorge IV, nacido en 1762.

Su padre fue Jorge III. Falleció hace dos años.

Llamado «Jorge el Granjero» por los británicos.

El soberano es aficionado a las damas, a vestir con elegancia y a los buenos vinos.

Tras cada grupo de anotaciones había tratado de relacionar otras similares sobre sí misma, pero en el lugar donde deberían haber aparecido fáciles respuestas sólo se veían espacios en blanco.

Nací en 18...?

Mi padre se llama...?

Soy aficionada a...?

Stephen se sintió tan abrumado por la culpabilidad que se vio obligado a cerrar los ojos. Ella ignoraba su propio nombre, el de su padre y el año de su nacimiento. Y lo que era peor aún, cuando recuperase la memoria, recibiría el golpe más duro de todos: la tragedia del fallecimiento de su prometido. Y todo... por su causa.

Las palabras escritas en el papel parecían quemarle la mano. Lo dejó caer en el escritorio, respiró inseguro y se volvió, dispuesto a marcharse. Se prometió que no volvería a perder la paciencia con ella, fuera lo que fuese lo que hiciera o dijese. No tenía derecho alguno a experimentar ira ni frustración; sólo podía permitirse sentimientos de culpabilidad y responsabilidad.

Stephen se dirigió a la puerta decidido a hacer cuanto estuviera en su mano para expiar la herida que le había infligido con su descuido, y que le infligiría cuando por fin se enterara de que su verdadero prometido estaba muerto. No obstante, puesto que no podía excusarse hasta que ella saliera del baño, volvió a advertirle con más cortesía, aunque con gran firmeza:

-Os quedan ocho minutos.

El sonido del agua que corría por el baño lo hizo sonreír satisfecho. Salió de la estancia y, al cruzar el pasillo hacia la escalera, comprendió que tendría que encontrar algún medio para disculparse por haberla abandonado, hallar una explicación aceptable para ella. Antes de

perder la memoria, Charise Lancaster debía haber abrigado juveniles ideales sobre el amor y el matrimonio, puesto que le había preguntado con toda franqueza si estaban muy enamorados. Stephen rechazaba, en su fuero interno, la simple mención de aquella palabra. Como había descubierto con el tiempo, escaseaban las mujeres realmente capaces de experimentar tales sentimientos, o de comportarse de un modo que reflejara siquiera un tierno afecto, aunque todas se expresaban como si fuese algo innato en ellas, como respirar. Por su parte, desconfiaba de modo instintivo de aquella palabra y de las mujeres que la mencionaban.

Helene compartía sus sentimientos en ese sentido, razón adicional por la que disfrutaba de su compañía. Además le era fiel, mucho más de lo que podía decirse de las esposas de sus conocidos. Por ese motivo la mantenía en una situación que podía haber convenido a la legítima esposa de un noble, con una hermosa casa en Londres, gran número de criados, armarios repletos de vestidos y de pieles y una espléndida carroza lacada de plata y con cojines de terciopelo de color lavanda, combinación «distintiva» de Helene Devernay. Pocas mujeres hubieran podido lucirla como ella, y las que lo intentaron no habían salido airosas en su empeño ni resultaban tan encantadoras como ella. Su amante era sofisticada y sensual, comprendía las reglas y no confundía la pasión carnal con el sentimiento amoroso.

Y, a propósito de ello, ninguna mujer, incluidas aquellas que había frecuentado algún tiempo, dando así pábulo a que circularan rumores de compromiso, había presumido jamás de tratar de comprometerlo en charlas sobre temas amorosos y mucho menos esperado que él les profesara tal auténtico sentimiento.

Sin embargo, Charise Lancaster no debía ser tan práctica y sí muy sensible. Sin duda esperaba que su prometido le hablase de ello, al parecer con frecuencia, algo que él trataría de evitar por el bien de ambos. Una vez recobrada la memoria, ella lo odiaría por todos sus engaños, pero mucho más por humillarla con falsas promesas de un afecto eterno que no sentía.

En cuanto llegó al salón, dos lacayos se apresuraron a abrirle las puertas. Stephen pasó por su lado ensimismado y se dirigió al aparador, donde se sirvió una copa de jerez. Las puertas se cerraron en silencio a su espalda mientras concentraba su atención en el problema más acuciante al que debería enfrentarse. Dentro de unos momentos tendría que darle una explicación plausible a miss Lancaster para justificar su frío comportamiento durante la última entrevista que celebraron y por haberla evitado desde entonces. La primera vez que subió a verla se proponía disculparse y apaciguarla con vagos tópicos. Puesto que se había formado una idea más consistente acerca de su temperamento, tenía la incómoda convicción de que no se conformaría con ello.

15

Sheridan, rabiosa y agitada, cruzó la parte delantera de su largo vestido color lavanda y salió de sus aposentos para precipitarse por el pasillo, dejando atrás a los sorprendidos lacayos que volvían la cabeza al unísono, boquiabiertos, a su paso. Cuando creía haber llegado a las zonas de estar de la casa, se encontró en una especie de balcón con barandilla de mármol blanco que se prolongaba hacia abajo en una vasta y graciosa escalera en espiral, que concluía en un amplio vestíbulo en la planta baja.

Librodot

Se recogió el borde de la falda y bajó corriendo los peldaños pasando, veloz, junto a los retratos enmarcados de lo que debían constituir dieciséis generaciones de arrogantes antepasados del conde. No tenía la menor idea de dónde estaba ni de cómo esperaba encontrarlo: sólo tenía por cierto que, además de su desagradable carácter, la había tratado como si fuese una pieza más de su mobiliario y que, con toda seguridad, estaría disfrutando ante la perspectiva de bajarla a rastras por la escalera, como si fuese un saco de harina.

Estaba dispuesta a hacer lo imposible para privarlo de aquel placer. Le parecía inimaginable haber accedido a comprometerse para toda la vida con un ser así. En cuanto hablase con su padre, rompería el compromiso y le pediría que se la llevara a casa cuanto antes.

No le agradaba el conde y estaba convencida de que tampoco tendría nada en común con su madre. Según le había informado la doncella, el vestido que llevaba era de ella. Era horroroso imaginar a una viuda anciana y rica como ella, ni a cualquier dama respetable, haciendo cabriolas por los salones de baile ni recibiendo visitas con aquella prenda frívola y ligera de color azul lavanda, que tan sólo sujetaba el corpiño con unas cintas plateadas, y evitar al mismo tiempo que se abriera el vestido por delante. Estaba tan enojada y tan absorta en sus pensamientos que ni siquiera advirtió, a su paso, el esplendor del gran salón con cuatro arañas inmensas que resplandecían como gigantescas sartas de brillantes, ni reparó en los exquisitos frescos de las paredes y en los complicados trabajos de yesería del techo.

Cuando llegaba al último peldaño, observó que un anciano vestido de negro y con camisa blanca se apresuraba hacia una habitación situada a la izquierda.

-¿Llamabais, milord? -dijo, y se asomó a la puerta.

Al cabo de unos momentos el hombre retrocedió, se inclinó ceremonioso y cerró.

-Disculpadme... -comenzó Sheridan, que tropezó torpemente con el borde de su vestido y tuvo que apoyarse en la pared para no caerse.

El hombre se volvió a mirarla y se quedó pasmado, sus rasgos se contrajeron y estremecieron como por efecto de un impacto paralizador.

-Me siento muy bien -se apresuró a tranquilizarlo Sheridan al tiempo que se erguía y apartaba el pie del borde de su saje.

Aunque le seguía pareciendo un tipo extraño, le tendió la mano.

-El doctor Whitticomb ha dicho que estoy en condiciones de salir de mi habitación. Pero no hemos sido presentados, soy Charise... Lancaster -recordó tras una torpe pausa.

El hombre alzó la mano hacia la suya, y como parecía inseguro acerca de lo que debía hacer, ella se la cogió y lo animó con amable sonrisa.

-¿Y vos sois...?

-Hodgkin -respondió con dificultad, como si tuviera un nudo en la garganta. Tosió para aclarársela y repitió-: Hodgkin.

-Encantada de conoceros, mister Hodgkin.

-No, simplemente Hodgkin, señorita.

-No podría dirigirme a vos por vuestro nombre. Sería una falta de respeto imperdonable -respondió Sheridan paciente.

-Es norma de la casa -repuso, al parecer agobiado.

Sheridan se aferró, indignada, a la parte delantera de su vestido.

-Es muy propio de esa bestia arrogante negar a un anciano la dignidad del trato debido.

Los rasgos del hombre volvieron a contraerse y sufrió un estremecimiento, como si le faltara el aire.

-Disculpadme, pero ignoro a quién os referís, señorita.

-Me refiero a...

Tuvo que esforzarse por recordar la respuesta de la doncella cuando le había preguntado. Le parecía que la mujer había formulado una extensa letanía de nombres, pero el apellido familiar era... ¡Westmoreland! Eso mismo.

-Me refiero a Westmoreland -dijo, sin dignarse realzarlo Con el tratamiento adecuado-. Deberían darle unos azotes en el trasero y enseñarle un mínimo de cortesía.

En el balcón superior, un lacayo que flirteaba con una doncella se volvió en redondo y se quedó boquiabierto ante el espectáculo del vestíbulo, mientras la doncella chocaba contra él, ansiosa de obtener una mejor perspectiva apoyada en la barandilla. A escasa distancia de Sheridan, cuatro lacayos que marchaban en fila india hacia el comedor, portadores de sen-das bandejas, tropezaron de pronto unos contra otros porque, el que iba al frente, se detuvo bruscamente en su camino. Otro sirviente de cabellos blancos, más joven que Hodgkin pero que vestía igual que él, surgió de repente del comedor con expresión terrible, al tiempo que una tapadera de plata de las bandejas caía al suelo y rodaba hacia sus piernas.

-¿Quién es el responsable de...? -exigió.

También él descubrió al punto a Sheridan y, al reparar en sus cabellos, su atavío y sus pies descalzos, mudó de repente de expresión.

Sheridan sonrió a Hodgkin sin advertir la conmoción que causaba a su alrededor.

-¿Sabéis? -le dijo en tono amable-. Nunca es demasiado tarde para que comprendamos nuestros errores, si se nos indican. En el momento apropiado indicaré al conde que debe dar el tratamiento adecuado a una persona de vuestra edad. Puedo sugerirle que se ponga a sí mismo en vuestra situación y se imagine con la misma edad...

Se interrumpió, asombrada, al observar que las blancas cejas del anciano se confundían en el nacimiento de sus cabellos y que sus claros ojos parecían desorbitarse. La irritación que sentía contra Stephen la había dominado durante aquellos momentos, pero por fin comprendió que el pobre hombre sin duda temía perder su empleo con su interferencia.

-Ha sido una tontería por mi parte, mister Hodgkin -dijo-. No diré una palabra de esto: os lo prometo.

Los sirvientes que estaban en el balcón y en el vestíbulo profirieron un suspiro colectivo de alivio, que se interrumpió en seguida cuando Hodgkin abrió las puertas que daban al salón y la americana, en tono altanero y ausente de servilismo, interpeló a su señor.

-¿Llamasteis, milord?

Stephen se volvió sorprendido ante aquellas palabras y se quedó enmudecido. Tuvo que contenerse para reprimir una carcajada, en parte horrorizado y en parte admirativo, mientras ella permanecía ante él, erguida la nariz con impertinencia y chispeantes como pedernales sus grises ojos. En brusco contraste con la fría altivez de su porte y su expresión, vestía un salto de cama suave y ondulante, compuesto de varias capas de seda de color lavanda que descubrían sus hombros y los exhibía, seductores, y se veía obligada a sujetarse la parte delantera para mantenerla cerrada y a levantar el borde del suelo, de modo que mostraba los pies descalzos. Su cabellera pelirroja, aún húmeda, se desparramaba por la espalda y los senos como un desnudo de Botticelli.

La pálida tonalidad lavanda debería haber desentonado con sus cabellos, pero su cutis cremoso reflejaba tal luminosidad que, en conjunto, el efecto resultaba en cierto modo más espectacular que desagradable. En realidad, era tan sorprendente y efectivo que Stephen tardó unos instantes en comprender que ella no había escogido de manera intencionada la bata de Helene como un desafío ni con el intento de burlarse de lo establecido o de enojarlo, sino porque no tenía otra cosa que ponerse. Había olvidado que sus baúles regresaron con el barco, pero si la horrible capa que vestía la primera vez que la vio demostraba sus aficiones indumentarias, prefería verla con aquella bata. Aunque acaso los criados no compartieran su liberal punto de vista sobre su vestuario. Tomó nota en su mente de remediar aquel problema a primera hora de la mañana. Por el momento, no podía hacer más que mostrarse reconocido de que la prenda cubriera lo necesario para ajustarse a los límites de la decencia.

Contuvo una sonrisa admirativa al advertir cómo se esforzaba la joven por mantener un porte glacial ante su silencioso examen y se maravilló de que pudiera transmitir tantas cosas, aunque permaneciera muda e inmóvil. Irradiaba una inocencia infantil que lindaba con feminidad, una flagrante osadía no exenta de sabiduría ni obstaculizada por la prudencia. Por un momento cruzó por su mente una visión de sus resplandecientes cabellos extendidos sobre su propio pecho, que rechazo con brusquedad.

-¿Habéis concluido de mirarme? -interrumpió ella sus pensamientos.

-En realidad, os estoy admirando.

Sheridan había acudido muy dispuesta y deseosa del enfrentamiento. Lo cierto era que la contrariaba ver cómo la contemplaba con una peculiar expresión lisonjera en sus atrevidos ojos azules y, aún más, ante su reciente elogio. Se recordó a sí misma que era un ser insensible y dictatorial con el que no iba a casarse, aunque la mirara o le hablase con dulzura.

-Supongo que tendríais alguna razón para convocarme ante vuestra augusta presencia, señoría.

Ante su sorpresa, él no montó en cólera. En realidad, le respondió con una ligera inclinación y, al parecer, bastante divertido.

-Por supuesto, tengo varias razones.

-¿Y cuáles son? -inquirió, glacial.

-En primer lugar, deseo disculparme -repuso Stephen.

-¿De verdad? -dijo Sheridan con un encogimiento de hombros-. ¿Por qué?

A Stephen le fue imposible tratar de contener la sonrisa. Debía reconocer que la muchacha tenía mucha determinación y una enorme cantidad de orgullo. No recordaba que nadie, hombre o mujer, se hubiera atrevido a enfrentarse a él sañuda y verbalmente como ella lo hacía.

-Por la brusquedad con que concluí nuestra conversación la otra noche y por no haber vuelto a visitaros desde entonces.

-Acepto vuestras disculpas. ¿Puedo entonces retirarme?

-No -repuso Stephen. De repente prefirió que ella fuese menos animosa-. Necesito... no, deseo explicaros por qué obré de ese modo.

Ella le dirigió una mirada desdeñosa.

-Me gustaría que lo intentaseis.

Decidió que, aunque el valor era un rasgo admirable en un hombre, en la mujer constituía un incordio.

-Lo estoy intentando -le advirtió.

Sheridan se sintió mucho mejor al intuir que él perdía parte de su compostura.

-Adelante -lo invitó-, os estoy escuchando.

-¿Queréis sentaros?

-Tal vez. Depende de lo que tengáis que decirme.

Observó que el conde enarcaba las cejas y entornaba los ojos, pero, cuando comenzó a explicarse, mantuvo cuidadosamente controlada la voz.

-La otra noche parecíais consciente de que yo... de que las cosas entre nosotros no eran... como esperabais de vuestro prometido.

Sheridan reconoció aquella evidencia con una leve y majestuosa inclinación de cabeza que tan sólo implicaba un leve interés.

-Existe una explicación para ello -repuso Stephen, desconcertado por su comportamiento.

Y a continuación le expuso la única razón que había sido capaz de inventar y que parecía lógica y aceptable.

-La última vez que estuvimos juntos discutimos. Lo había olvidado mientras estuvisteis enferma, pero la otra noche, cuando comenzasteis a recuperaros, descubrí que la cuestión no se había disipado de mi mente. Esa es la razón de que hubiera podido parecer...

-¿Frío e insensible? -le insinuó ella, aunque más asombrada y herida que enojada.

-Exactamente -convino Stephen.

Sheridan se sentó y él respiró aliviado en su interior al pensar que la escaramuza y las mentiras se habían superado. Pero su alivio fue breve.

-¿Acerca de qué discutimos?

Debía haber imaginado que una pelirroja americana, provocadora, de reacciones imprevisibles y sin consideración alguna hacia los títulos nobiliarios ni a las normas indumentarias, insistiría en prolongar un altercado en lugar de aceptar sus disculpas y olvidar el asunto con elegancia.

-Discutimos por causa de vuestras inclinaciones -repuso Stephen suavemente.

La joven lo observó desconcertada.

-¿Mis inclinaciones? ¿Qué había de malo en ellas?

-Yo las encontraba... irritantes.

-Comprendo.

A Stephen casi le parecía oírla preguntarse si él sería tan mezquino para seguir abrigando resentimiento por una discusión cuando ella había estado tan enferma. La joven se contempló las manos, que cruzaba con delicadeza en su regazo, como si de repente no se atreviera a mirarlo.

-¿Acaso soy una arpía? -le preguntó, vacilante y disgustada.

Stephen la observó con la cabeza inclinada y los hombros abatidos y sintió resurgir aquella especie de ternura que despertaba en él en ocasiones inesperadas.

-No diría eso exactamente -repuso, a pesar suyo, en tono afable.

-He advertido que mis inclinaciones han sido algo... inseguras durante estos últimos días -reconoció ella con docilidad.

Whitticomb le había dicho que él la encontraba muy encantadora y tenía la impresión de que aquél era un enorme eufemismo.

-Es muy comprensible en estas circunstancias.

Ella ladeó la cabeza para fijar su mirada en Stephen, como si, a su vez, tratara de volver a examinarlo.

-¿Queréis decirme con exactitud por qué discutimos la última vez que estuvimos juntos?

Stephen, atrapado, se volvió hacia la bandeja de las bebidas y tomó la botella de jerez buscando con rapidez una respuesta que la apaciguara y aplacase.

-Pensé que dedicabais demasiadas atenciones a otro hombre -repuso en un acceso de inspiración-. Y me sentí celoso.

Los celos eran un sentimiento que jamás había experimentado, pero a las mujeres las complacía en extremo despertarlos en un hombre. La miró de reojo y se sintió aliviado al descubrir que, al menos en ese respecto, Chanse era como todas sus congéneres, porque pareció divertida y halagada. Disimuló una sonrisa y se sirvió una copa. Cuando se volvió a ofrecérsela, ella seguía con la mirada fija en sus manos.

-¿Queréis jerez[2]? -la invitó.

Sheridan alzó con brusquedad la cabeza, inexplicablemente encantada.

-¿Sí?

Stephen le tendió una copa mientras ella lo miraba expectante, aunque sin reparar en su intención.

-¿Queréis un poco de vino? -le aclaró Stephen.

-No, gracias -negó con la cabeza-. Pensé que me estabais hablando y... ¡Sherry! -exclamó poniéndose en pie, con expresión radiante-. Creí que os referíais a mí, es decir, soy yo. Bueno, algún apelativo que me daban, que...

-Comprendo -repuso Stephen, al tiempo que experimentaba una sensación de alivio casi tan intensa como ella.

Estaban muy próximos y se sonreían, compartiendo un momento de triunfo que parecía unirlos y dirigir sus pensamientos en similar dirección. De pronto, Stephen comprendió que Burleton podría haber estado «locamente enamorado» de ella, como Hodgkin pretendía. Y mientras la joven observaba su expresión sonriente, advirtió en ella un calor y un encanto que le hizo comprender por qué debía haberse comprometido con él. Extrañas frases comenzaron a revolotear por su mente vacía, sugerentes de lo que debería suceder a continuación:

«El barón le cogió la mano y se la llevó a los labios al tiempo que le juraba lealtad eterna. "Sois mi único amor."»

«El príncipe la estrechó con fuerza contra su corazón. "Si tuviera cien reinos, renunciaría a todos por ti. No era nada hasta que llegaste."»

«El conde estaba tan deslumbrado por su belleza que perdió el control y la besó en la mejilla. "Perdonadme, pero no pude evitarlo. Os adoro."»

[2] Sherry, en inglés, es jerez. (N. de la t.)

Stephen leyó la dulce invitación en sus ojos y en aquel instante, de modo imprevisto y de mutuo acuerdo, le pareció correcto responder. Le cogió la barbilla, rozó sus labios y sintió cómo ella contenía el aliento al tiempo que su cuerpo parecía tensarse. Sorprendido por su reacción excepcional, alzó la cabeza y aguardó un rato que le pareció larguísimo a que ella abriese los ojos. Cuando Sheridan agitó, por fin, las pestañas parecía confusa, expectante e incluso algo decepcionada.

-¿Sucede algo inconveniente?

-No, en absoluto -repuso ella con cortesía.

Pero parecía como si fuese al contrario.

Stephen la observó en silencio con gran interés, táctica que solía impulsar a los demás a seguir hablando y que, pensó, tendría un éxito previsible con su «prometida».

-Sólo que parece como si hubiera esperado algo distinto -explicó ella.

Se dijo a sí mismo que sólo trataba de ayudarla a refrescar la memoria.

-¿Qué era lo que esperabais? -dijo.

Ella negó con la cabeza y frunció el entrecejo sin apartar la mirada de él.

-No lo sé.

Sus palabras vacilantes y su firme mirada le confirmaron lo que ya sospechaba: que su verdadero prometido a buen seguro habría dado rienda suelta a sus pasiones. En el instante en que contemplaba aquellos seductores ojos grises, decidió que estaba prácticamente «obligado» a reavivar sus recuerdos de Burleton. Su conciencia le reprochaba que otras razones más egoístas guiaran sus propósitos, pero Stephen hizo caso omiso de ello. Después de todo, había prometido a Whitticomb que la haría sentirse segura y querida.

-Tal vez esperabais... algo como esto -dijo con voz queda mientras le pasaba el brazo por la cintura y le rozaba la oreja con los labios.

Aquel cálido aliento en su cuello le provocó un estremecimiento en la garganta que la impulsó a apartar el rostro, de modo que su boca entró en contacto directo con la de él. Stephen se proponía besarla como lo hubiera hecho Burleton, pero cuando sus labios se entreabrieron en agitada respiración, se borraron tales intenciones de su mente.

En el momento en que le ceñía la cintura con el brazo y apretaba insistente su boca en la de ella, Sheridan comprendió que no podía haber esperado algo semejante: ni la tempestuosa avalancha de sensaciones que la hacían jadear y aferrarse a él, ni la enorme atracción de rendir su boca a aquella lengua penetrante, ni los frenéticos latidos de su corazón cuando él hundió los dedos en sus cabellos y su nuca, y la besó cada vez con más fuerza mientras sus cuerpos parecían apunto de fundirse.

Stephen advirtió su entrega al abrazo y la sintió víctima indefensa. Cuando por fin consiguió apartar su boca de la de la joven, irguió la cabeza y contempló su sonrojado rostro, sorprendido ante su propia reacción sin precedentes a unos besos virginales de muchacha

inexperta que no parecía tener la menor idea de cómo debía corresponderle. La joven abrió los párpados y observó su soñolienta mirada, algo enojado consigo mismo por haber perdido el control y divertido por el hecho de que fuese responsable de ello una ingenua jovencita.

A los treinta y tres años prefería a las mujeres apasionadas, expertas y sofisticadas, que sabían dar y recibir placer. Imaginar que podía haberlo excitado tanto una joven vestida con un salto de cama improcedente que pertenecía a su actual amante era casi cómico. Por otra parte, durante aquellos momentos que la tuvo entre sus brazos había demostrado ser una apasionada y dispuesta aprendiza, y no había advertido muestras de inocente timidez en ella, ni siquiera en aquellos momentos en que seguía entre sus brazos y sostenía con firmeza su mirada.

Si se consideraban todos los extremos, era probable que Chanse Lancaster no careciese de experiencia, pero no había sido instruida correctamente por Burleton y sus predecesores. Al comprender cuán ingenuo había sido él mismo, no pudo contener una sonrisa.

-¿Era eso algo más de lo que esperabais? -comentó secamente al tiempo que enarcaba las cejas.

-No -repuso.

Acentuó su negativa con enérgicos movimientos de cabeza, de modo que su radiante cabellera se extendió por el hombro izquierdo.

-Sé que nunca habría olvidado algo que me hiciera sentir así -le confesó en tono quedo, con voz temblorosa y sin apartar los ojos de él.

El malévolo regocijo de Stephen se disipó y experimentó una extraña opresión en el pecho. Sin comprender lo que hacía, le acarició la mejilla y advirtió su increíble suavidad.

-Me pregunto si seréis tan dulce como parecéis -murmuró pensativo.

Había expresado su pensamiento de manera involuntaria, sin aguardar respuesta, y menos aún tan sorprendente como la que ella le dio.

-No creo ser en absoluto dulce, milord, tal vez no lo hayáis advertido, pero pienso que soy de naturaleza rebelde -repuso, como si le confiara un terrible secreto.

Stephen sofocó una sonora carcajada y se esforzó por mantener una expresión grave, mas ella confundió su silencio con disconformidad.

-¿Acaso he sido capaz de ocultároslo cuando estaba bien? -repuso agitada, y bajó la mirada con aire de culpabilidad y la fijó en su pecho.

Al ver que Stephen no le respondía se quedó mirando los botones de rubíes que destellaban en la blanca pechera y saboreó la sensación de sentir que rodeaba su cintura un fuerte brazo masculino. Sin embargo tenía la impresión de que hacía algo incorrecto. Se concentró en aquel sentimiento tratando de esforzarse por concretarlo para que se le revelase con claridad, pero fue inútil. Era tan poco fiable como sus propias reacciones ante su prometido y ante todo en general. Tan pronto odiaba la ropa que vestía, a Stephen y su amnesia y deseaba liberarse de todo ello como, de repente, él lograba que todo cambiase con una cálida sonrisa, una mirada admirativa.., o un beso. Con una simple sonrisa, él podía lograr

que se sintiera como si su vestido fuese digno de una princesa, que la encontraba hermosa y que era preferible que hubiese perdido la memoria. No lograba comprender nada de ello, en especial la razón de que en fugaces ocasiones intuía que no deseaba recordar. ¡Y cómo la había besado! Le había parecido como si fuese a derretirse y a consumirse ardiendo y, al mismo tiempo, le encantaba aquella sensación que la hacía sentirse incómoda, culpable e insegura. Trató de explicárselo todo y pedirle consejo.

-Ignoro qué clase de persona me creéis, pero me temo que poseo un genio.., terrible -le confesó con un profundo suspiro y sin levantar la mirada--. Incluso podría deciros que me creo capaz de tener reacciones totalmente imprevisibles.

Incapaz de resistir su encantador atractivo, Stephen le alzó la barbilla con los dedos y la obligó a fijar en él su mirada.

-Lo he advertido -dijo con voz ronca.

-¿Y no os molesta?

Había varias cosas que «molestaban» a Stephen en aquel momento y que nada tenían que ver con su carácter. Sus firmes senos, aplastados contra su pecho, su densa cabellera que se deslizaba por su mano en su espalda y aquella suave boca que invitaba al beso. El apelativo de Sherry le convenía a la perfección: al igual que el vino, era peligrosa y sutilmente embriagadora. Pero él no era su prometido y ella tampoco era su amante: merecía su respeto y protección, no su lujuria. En su interior era consciente de ello, pero parecía hipnotizado por su sonrisa y su voz, y se veía dominado por una erección casi dolorosa. O ella no había comprendido la causa de su rigidez o no le importaba, pero, fuese cual fuese la razón, se contentaba con los resultados.

-Me «molestáis» muchísimo -dijo.

-¿De qué modo...? -preguntó Sherry.

Observó cómo contemplaba él sus labios y sintió multiplicarse los latidos de su corazón.

-Os lo demostraré -murmuro con voz queda, y posó sus labios en los de ella con violencia y ternura.

La besaba con lentitud y, en esta ocasión, la incitaba a participar, no únicamente a ceder, y Sheridan percibió la sutil invitación. Stephen la asió por la nuca y la acarició con suavidad mientras recorría su espalda arriba y abajo con la otra mano. Sus labios retrocedían y avanzaban sobre los suyos y la instaban a entreabrirlos. Sheridan respondió indecisa e insegura a las caricias de Stephen y sintió que sus labios se entreabrían aún más. Los rozó con su lengua, explorando los contornos de la cálida boca masculina, y advirtió que él ceñía aún más su cintura.

La joven se puso de puntillas y deslizó las manos por sus firmes músculos pectorales y por sus hombros, arqueando su cuerpo mientras lo atraía más hacia sí... Y, de repente, los brazos de Stephen la rodearon como si fuesen de acero y su beso se volvió ardiente, enérgico y apremiante. Le acarició la lengua con la suya y la introdujo en su boca de un modo que provocó estremecimientos y sensaciones primitivas en su tembloroso cuerpo al tiempo que se aferraba aún más a él para devolverle el beso. Stephen deslizó las manos por su cintura, las aproximó a sus senos y comenzó a acariciarlos...

A impulsos de un instinto que no comprendía ni se atrevía a rechazar, Sheridan se liberó de su boca, sacudió la cabeza y se separó de él casi presa de pánico, aunque ansiaba de un modo desesperado que volviera a besarla.

Stephen la soltó de mala gana y dejó caer los brazos. Con una mezcla de incredulidad y regocijo observó a la joven de exquisita belleza que acababa de obnubilar no sólo sus sentidos sino también su mente. La muchacha estaba sonrojada, con el pecho suavemente agitado, y en sus ojos, de espesas pestañas, se leía con claridad la confusión y el deseo, en una mirada que reflejaba la inseguridad de sus anhelos.

-Creo que ha llegado el momento de hacer algo distinto -comentó él, tomando la decisión en nombre de los dos.

-¿En qué pensáis? -inquirió Sheridan con voz temblorosa.

-Lo que pienso y lo que vamos a hacer son cosas muy distintas -repuso Stephen secamente.

Había decidido enseñarle los rudimentos del ajedrez. Sin duda fue un error, ya que lo ganó dos veces seguidas porque él no podía concentrar su atención en el juego.

16

Al día siguiente Stephen se esforzó todo lo posible por no pensar en ella, pero cuando su ayuda de cámara le preparaba las ropas que debía ponerse aquella noche, descubrió que aguar daba con la mayor expectación su cita para cenar con Sherry. Encargó algunos vestidos para ella a la modista de Helene, e insistió en que por lo menos uno le fuera entregado aquel mismo día y, el resto, a medida que estuvieran concluidos. La modista le recordó, histérica, que la temporada estaba a punto de comenzar y que sus costureras trabajaban a pleno ritmo noche y día y Stephen le pidió con toda cortesía que hiciera cuanto pudiera. Dado que las compras de Helene en aquel selecto establecimiento alcanzaban cifras astronómicas, confiaba en que la modista conseguiría elaborar un guardarropa discreto, aunque a un precio exorbitante por la velocidad exigida.

Al cabo de unas horas se presentaban en la casa tres costureras y, aunque no era tan ingenuo para suponer que en tan breve espacio de tiempo su compañera de cena acudiría ataviada a la última moda, estaba ansioso por ver su aspecto con un vestido apropiado. Echó hacia atrás la cabeza para que su ayuda de cámara pudiera enjabonarle la barbilla y decidió que, vistiera lo que vistiese, Charise Lancaster lo luciría con una gracia especial, lo sujetase con el cordón de unos cortinajes o se tratase de un magnífico traje de baile.

No se vio defraudado con ello, como tampoco con su velada. La joven entró en el comedor, con los rojizos cabellos extendidos sobre los hombros y enmarcando su expresivo rostro. Su aspecto era el de una ingenua exótica, ataviada con un vestido de lanilla de suave tonalidad, de escote cuadrado y corpiño ajustado que atraía la atención hacia los senos que se insinuaban sobre el amplio escote, ponía de relieve su estrecha cintura y caía hasta el suelo en

Librodot

sencillos pliegues. Sherry evitó con timidez la mirada de franca admiración de Stephen, saludó con una inclinación de cabeza a los lacayos que permanecían atentos junto a la alacena, elogió los ramos de blancas rosas de los jarrones de plata y los candelabros de delicada orfebrería de la mesa y, por último, se acomodó graciosamente en la silla situada frente a la de Stephen. A continuación, levantó la cabeza y le sonrió de un modo cálido que expresaba generosidad e inconscientes promesas, y Stephen tardó unos instantes en comprender que le mostraba su agradecimiento por el vestido.

-...aunque habéis gastado demasiado -concluyó con gran aplomo.

-El vestido no es caro ni mucho menos tan encantador como la mujer que lo luce -repuso Stephen.

Y al ver que ella desviaba la mirada, muy desconcertada por su observación, se recordó a sí mismo con firmeza que Sherry no pretendía seducirlo con aquella sonrisa enternecedora, con el gracioso balanceo de sus caderas ni con la suave ondulación de sus senos, y que aquél. era un momento, lugar y mujer muy poco apropiados para despertar pensamientos de almohadones satinados bajo su reluciente cabellera y de pletóricos senos entre sus manos. En vista de lo cual, desvió su mente hacia tópicos más prudentes y le preguntó cómo había pasado el día.

-He leído los periódicos -repuso.

Con la luz de los candelabros reflejada en sus cabellos y en sus sonrientes ojos, comenzó a obsequiarlo con jocosos comentarios sobre las profusas informaciones que había descubierto en los ejemplares atrasados de los diarios acerca de las actividades de la alta sociedad durante la temporada londinense. Según le explicó, su intención había sido enterarse de cuanto concernía a sus amistades y a los restantes miembros de la alta sociedad antes de ser presentada a ellos. A Stephen le remordió la conciencia por permitirle hacer tal cosa cuando le constaba que ella no iba a conocer a nadie, pero comprendió que aquel intento parecía haberla animado y entretenido y se interesó por lo que ella sabía hasta el momento.

Sus respuestas y las expresiones de su rostro lo divirtieron y estimularon durante la cena, que consistió en diez platos. Cuando le comentaba algunas de las escandalosas frivolidades y excesos que había conocido, tenía un modo impertinente de fruncir la nariz que provocaba de modo constante su risa. Y si se esforzaba por ocultar su regocijo, se tornaba pensativa y formulaba alguna pregunta discreta que lo cogía por completo desprevenido. Su deteriorada memoria parecía tener fortuitos vacíos cuando se trataba de comprender cómo y por qué la gente del estamento social del conde -o del suyo en América- hacía las cosas de un modo especial y por ello formulaba también intencionadas preguntas que lo obligaban a ponderar de pronto las costumbres que siempre había aceptado.

-Según la Gazette -lo informó con jocosidad mientras los lacayos les servían un suculento pato-, el traje que la condesa de Evandale lució en la corte estaba adornado con tres mil perlas. ¿Lo creéis un cálculo correcto?

-La integridad informativa de los ecos sociales me merece plena confianza -bromeó Stephen.

-Si fuera cierto -repuso la joven con contagiosa sonrisa-, se trataría de perlas diminutas o de una dama muy grande.

-¿Por qué?

-Porque si las perlas fuesen grandes y ella no, a buen seguro que hubiese precisado una grúa para levantarla al arrodillarse ante el monarca.

Stephen aún seguía sonriendo imaginando a la solemne, digna y corpulenta condesa viéndose izada y apartada del camino del trono, cuando Sheridan mudó con viveza de la parte frívola a otra más grave. Apoyó la barbilla en los dedos entrelazados y lo observó desde el extremo opuesto de la mesa.

-En abril, cuando las personas importantes se reúnen en Londres para pasar la temporada y permanecen hasta junio, ¿qué hacen con sus hijos? -se interesó.

-Permanecen en el campo con sus niñeras, institutrices y tutores.

-¿Y sucede lo mismo en otoño, durante la temporada menor?

Ante su señal de asentimiento Sheridan ladeó la cabeza y declaró gravemente:

-¡Qué solos deben de sentirse los niños ingleses durante esos largos meses!

-No están solos -subrayó, paciente, Stephen.

-La soledad nada tiene que ver con ello, ni entre los niños ni con los adultos.

Stephen desesperaba por desechar un tópico que temía que los condujera a una intolerable discusión acerca de «sus» hijos, por lo que no advirtió que, dada la frialdad de su tono y el estado vulnerable en que ella se encontraba, sus observaciones podrían herirla como dagas.

-¿Habláis por experiencia?

-No... no lo sé -respondió.

-Me temo que mañana por la noche también vos lo estaréis.

-¿Sola?

Ante su confirmación, la joven fijó su mirada en el delicado pastelillo relleno de paté que tenía en su plato y respiró con intensidad, como si hiciera acopio de valor.

-¿Pensáis iros por lo que acabo de decir? -lo abordó de modo directo.

Stephen se sintió como un bruto por provocar aquella situación.

-Tengo contraído un compromiso previo que me ha sido imposible cancelar -anunció con gran energía.

Y luego, como si su necesidad de disculparse ante sus ojos no rayara en lo absurdo, prosiguió:

Librodot

-Acaso os tranquilice saber que mis padres nos hacían venir a mi hermano y a mí cada quince días durante la temporada. Mi hermano y su esposa y algunos de sus amigos traen a sus hijos y un séquito de institutrices durante esos meses.

-¡Oh, es maravilloso! -exclamó ella esbozando una radiante sonrisa-. Me siento muy aliviada al saber que entre la clase social elevada existen padres con tanta dedicación.

-La mayoría de la alta sociedad se distingue en gran manera por su idéntico amor filial -la informó con sequedad.

-Creo que las opiniones ajenas no deben influir en nuestros actos. ¿Y vos? -le preguntó frunciendo con levedad el entrecejo.

De pronto tres cosas sorprendieron a Stephen y se debatió entre la risa, la compasión y la pena. De manera consciente o instintiva, Charise Lancaster lo «entrevistaba», ponderaba sus méritos, no sólo como futuro esposo sino como posible padre de sus hijos..., dos funciones que él no iba a representar. Y ello era algo muy efectivo, en primer lugar porque ella no parecía tener una opinión demasiado positiva de él y, en segundo lugar, porque dado el desinterés de la joven por las consideraciones ajenas, a buen seguro que la gente educada la proscribiría en breve si llegaba a introducirse entre ella. A Stephen nunca le habían importado los criterios de los demás, pero él era un hombre, y sus riquezas e ilustre nombre lo autorizaban a obrar como le viniese en gana y con plena impunidad. Por desdicha, las mismas rectas matronas de la sociedad, ansiosas de unirlo a alguna de sus hijas y muy dispuestas a pasar por alto todos sus vicios y excesos, pondrían en la picota a Charise Lancaster por idénticas infracciones sociales, sobre todo por algo tan trivial como cenar a solas con él, como hacía en aquellos momentos.

-¿Creéis que debemos permitir que las opiniones ajenas influyan en nuestras acciones? -repitió.

-No, de ningún modo -afirmó solemne.

-Me alegra oíros decir eso.

-Me temía que fuera así -repuso, y contuvo una sonrisa. Mantuvo su buen humor durante toda la cena y más tarde, en el salón, pero cuando llegó la hora de darle las buenas noches, comprendió que no podía confiar en sí mismo y darle un simple beso fraternal en la mejilla.

17

-Hicierais lo que hicierais, solucionasteis el problema -anunció Hugh Whitticomb al día siguiente asomando la cabeza en el salón donde Stephen aguardaba a que Sheridan se reuniese con él a cenar.

-¿Está bien, entonces? -quiso saber el conde.

Librodot

Se sintió complacido y aliviado de que su apasionada y espontánea «prometida» no se hubiera permitido un acceso de virginal arrepentimiento por las breves libertades que él se había tomado la noche anterior y se lo hubiera confesado al doctor.

Había permanecido todo el día recluido, primero con uno de sus administradores y luego con el arquitecto que preparaba los planos para renovar una de sus propiedades, y por ello no la había visto ni un instante, aunque los servidores lo habían mantenido informado de su paradero por la enorme mansión y le habían comunicado que parecía encontrarse de excelente humor.

Se disponía a pasar una velada muy agradable, primero con Sheridan y luego con Helene. Aunque no se había detenido a considerar qué parte de la noche aguardaba con mayor expectación.

-Se siente más que bien -observó el médico-. Diría que está radiante. Me rogó que os anunciara que bajaría dentro de un momento.

La grata perspectiva de la velada que esperaba a Stephen se vio enturbiada en gran manera por el hecho de que el doctor se introdujera en la sala sin ser invitado, ni decírselo, y que lo examinara con manifiesto e intenso interés, muy preocupante por tratarse de alguien tan astuto.

-¿Qué hicisteis para conseguir tan milagrosa transformación?

-Lo que vos sugeristeis -repuso Stephen, melifluo, volviéndose hacia la chimenea donde había dejado su copa de jerez-. Conseguí que se sintiera.., tranquila y segura.

-¿Podríais ser más específico? A mis colegas, a quienes he consultado sobre la amnesia de miss Lancaster, seguro que les interesará conocer vuestro método de tratamiento que tan efectivo ha resultado.

A modo de respuesta, Stephen apoyó un codo en la repisa y enarcó burlón la ceja ante la mirada inquisitiva de Whitticomb.

-No me gustaría reteneros y que llegarais tarde a vuestra próxima reunión -comentó con sequedad.

Su clara insinuación permitió deducir a Whitticomb que Stephen deseaba pasar la noche a solas con ella. Eso o tan sólo que no quería contar con testigos para la interpretación que se había impuesto llevar a cabo como su amante prometido.

-Precisamente esta noche estoy libre -repuso, afable, con la esperanza de descubrir de qué se trataba-. Tal vez podría acompañaros a cenar y comprobar de modo directo vuestros métodos con miss Lancaster.

Stephen dirigió al médico una mirada amable, pero se expresó de modo muy intencionado:

-No tenéis ninguna probabilidad.

-Imaginaba que diríais algo así -repuso Whitticomb con una sonrisa.

Librodot

-¿Tal vez un vaso de madeira a cambio? -sugirió el conde, con expresión y tono inescrutables.

-Sí, gracias, creo que sí -repuso Whitticomb.

Ya no se sentía tan seguro de cuáles eran los motivos por los que Stephen deseaba que él se esfumase. El conde hizo señas al lacayo que estaba junto a la vitrina destinada a las bebidas y la cristalería, y al instante le tendía una copa llena.

El doctor preguntó a Stephen qué se proponía hacer con su invitada la semana siguiente, cuando la alta sociedad se precipitara en masa en Londres para pasar la temporada, pero éste centró de repente su mirada en la puerta y se irguió abandonando su cómodo apoyo en la chimenea. Whitticomb se volvió, siguió la dirección de su mirada y vio que miss Lancaster entraba en la estancia luciendo un atractivo vestido amarillo, que combinaba con la amplia cinta que se enroscaba en su coronilla, entre sus abundantes rizos. Ella también lo vio y fue hacia él, como le inspiraba su edad y los buenos modales.

-¡Doctor Whitticomb! -exclamó con una sonrisa-. ¡No me dijisteis que estaríais aquí cuando yo bajase!

Le tendió las manos en un ademán que, en una muchacha inglesa de buena familia, hubiera sido en exceso cordial por tratarse de un conocido tan reciente. Hugh las tomó entre las suyas y decidió que le encantaba su cordialidad sin afectaciones y su espontaneidad y que podían irse al diablo las costumbres. Lo cierto era que le parecía maravillosa.

-Estáis preciosa -le dijo con sinceridad, y retrocedió unos pasos para observar su vestido-. En realidad, parecéis una hermosa flor -añadió, aunque el elogio sonaba poco halagüeño.

Sheridan se sentía tan nerviosa por tener que enfrentarse a su prometido que prolongó aquel instante antes de mirarlo.

-Pues tengo el mismo aspecto que hace unos momentos, cuando me visitasteis. Aunque, desde luego, entonces no llevaba vestido -añadió. Y se sintió abrumada ante la risa sofocada de su prometido-. Quería decir -se apresuró a rectificar contemplando el rostro atractivo y sonriente de lord Westmoreland- que no llevaba este vestido.

-Sabía lo que queríais decir -respondió Stephen al tiempo que admiraba el sonrosado rubor que coloreaba sus mejillas y su cutis de porcelana enmarcado por el escote cuadrado del vestido, mientras sentía como si fuera a sumergirse en las profundidades de sus ojos.

-Confieso que me sentí mucho más aliviada cuando llegaron.

-¿De verdad? -bromeó Stephen.

Le sonrió de un modo instintivo, por el extraño placer que experimentaba al verla entrar en una sala o mirarlo con aquella expresión tan dulce por algo tan trivial como unos sencillos vestidos confeccionados a toda prisa.

-¿Por qué os sentisteis aliviada? -inquirió al advertir que no le tendía las manos como a Whitticomb

-Me preguntaba lo mismo -intervino el doctor.

Sheridan se liberó de la hipnótica mirada de Westmoreland con una mezcla de confusión y desgana.

-Me temía que pudieran ser como el que vestí hace dos noches -explicó al doctor-. Quiero decir que era encantador pero..., en fin..., muy ventilado.

-¿Ventilado? -repuso el doctor con aire inexpresivo.

-Sí, ya sabéis..., era algo... Flotaba a mi alrededor y me sentía como si me cubriera un velo de color lavanda en lugar de una prenda consistente. Temía en todo momento que algún tirante plateado de los hombros se soltara y me encontrase... -Se interrumpió al ver que el doctor desviaba su atención hacia el conde.

-Habéis dicho que era de color lavanda y ligero? -le preguntó sin apartar la mirada de su prometido.

-Sí, pero muy adecuado para llevarlo en Inglaterra -intervino con rapidez al percibir una creciente censura en la mirada que el anciano dirigía al conde.

-¿Quién os dijo eso, querida?

-Constance... la doncella.

Decidida a que no juzgara de forma equivocada a su prometido, que parecía algo divertido pese al persistente y detenido examen al que lo sometía el doctor, añadió con firmeza:

-La doncella me aseguró que era el vestido adecuado para una comida de campanillas[3], doctor Whitticomb Esas fueron sus palabras: «para una comida de campanillas»

Por alguna razón su declaración hizo efecto en los dos hombres, quienes se sostenían la mirada de manera amenazadora. Los ojos de ambos se centraron en ella.

-¿Qué? -dijeron al unísono.

Arrepentida de haber suscitado semejante expectación con sus palabras, Sheridan respiró hondo y explicó de nuevo:

-Me dijo que el color lavanda era adecuado sólo para una «comida de campanillas». Yo no sabía que avisaran con una campanilla y comprendí que bajaba a cenar y no a comer, pero como no tenía otra cosa que ponerme y aún no lo había llevado en una ocasión semejante... -Se interrumpió al ver cómo se iluminaba el rostro del conde a medida que comprendía sus palabras y cómo se esforzaba por mantener una expresión grave-. ¿He dicho algo divertido?

El doctor Whitticomb miró a Stephen e inquirió algo malhumorado:

-¿Qué quiere decir con eso?

[3] La errónea pronunciación de la expresión francesa en déshabilé lleva ala confusión con la expresión inglesa one dinner bell (N. de la t.).

-Quiere decir en déshabillé. La mala pronunciación de la doncella ha sido la causa del tal confusión.

El doctor asintió en señal de haber comprendido, pero sin demostrar que la explicación le hubiera parecido en absoluto divertida.

-Debí haberlo sospechado por la descripción del vestido de color lavanda. Confío en que encontraréis cuanto antes una doncella más competente para miss Lancaster y que solucionaréis por completo el problema de su vestuario a fin de que no vuelvan a suceder tales malentendidos.

Apuró el contenido de su copa y se la entregó a un lacayo que apareció junto a él con una bandeja de plata antes de que su anfitrión hubiera respondido. Se volvió, con el pretexto de obtener una respuesta, y descubrió que era evidente que el conde había olvidado su pregunta, además de su presencia, y que sonreía a Charise Lancaster al tiempo que le decía en tono admonitorio:

-Aún no me habéis saludado, mademoiselle. Comienzo a sentirme desolado.

-¡Oh, sí, comprendo que lo estéis! -repuso Sheridan, y rió ante la escandalosa, pero halagadora, exageración.

Stephen, apoyado con aire informal en la repisa de la chimenea, la miraba sonriente con sus ojos azules y una indolente y luminosa sonrisa en su hermoso rostro. Stephen Westmoreland personificaba la confianza y potencia masculinas y, a pesar de su burlona galantería y la cordialidad de su mirada, producía efectos estimulantes. Y ella también le sonreía cálidamente, al tiempo que admitía con cierta sequedad:

-Pretendía saludaros en seguida, pero olvidé cómo debía hacerlo y me proponía preguntároslo.

-¿Qué queréis decir?

-Me refiero a si debo haceros una reverencia -explicó con una expresión de impotencia que Stephen consideró muy atractiva.

Ella conseguía enfrentarse a su enorme problema y a todos los obstáculos con una honradez y una simpatía que resultaba sorprendente e increíblemente animosa. En cuanto a cómo deseaba Stephen que lo saludase, hubiese preferido que le tendiese las manos como había hecho con Hugh Whitticomb o, mejor aún, que le ofreciera su boca para besarla como, de repente, deseaba. Pero, puesto que en aquellos momentos ninguna de las dos cosas era factible, asintió en respuesta a su pregunta y repuso en tono casual:

-Es lo acostumbrado.

-Lo imaginaba -asintió, y se inclinó con gracia y soltura-. ¿Ha sido aceptable? -inquirió al tiempo que posaba la mano sobre la palma que él le tendía para ayudarla a levantarse.

-Más que aceptable -repuso él sonriente-. ¿Cómo habéis pasado el día?

Whitticomb observó con disimulo cuán cálida era la expresión del conde, lo absorto que aguardaba su respuesta y la excesiva proximidad que mantenía con ella, de un modo innecesario e incluso indecoroso. Si se limitaba a interpretar un papel, sin duda que disfrutaba con él. Y si no estaba actuando...

Para verificar esta última posibilidad, se dirigió a sus anfitriones en tono despreocupado y bromista.

-Gustosamente me dejaría coaccionar para quedarme a cenar... si me invitaseis.

Charise se volvió a mirarlo, pero Stephen ni siquiera se molestó en hacerlo.

-No tenéis posibilidad alguna -repuso con sequedad-. Marchaos.

-Nunca se dijo que fuese incapaz de captar una indirecta -dijo el doctor Whitticomb, tan satisfecho y encantado con la situación, comprendida la falta de hospitalidad sin precedentes de Stephen, que estuvo a punto de estrecharle la mano al mayordomo cuando éste le entregaba su sombrero y su bastón-. Observe a la joven en mi lugar -le dijo con un guiño de conspiración-. Será nuestro pequeño secreto.

Estaba a mitad de la escalera cuando se dio cuenta de que el mayordomo no era Colfax, sino otra persona de más edad.

No importaba. En aquel momento, nada podía haber apagado su entusiasmo.

Su coche lo aguardaba en la esquina, pero la noche era tan espléndida y sus esperanzas tan grandes que decidió pasear e hizo señas a su cochero para que lo siguiera. Durante años, él y la familia Westmoreland habían presenciado, indefensos y consternados, cómo se lanzaban las mujeres en los brazos de Stephen, ansiosas de entregársele a cambio de sus títulos y sus riquezas y de ingresar en la familia Westmoreland, y Stephen, que en otros tiempos había sido la personificación del encanto, la elegancia y la cordialidad, se había convertido en un cínico consumado.

Lo perseguían todas las madres de jóvenes casaderas de Inglaterra, quienes lo trataban con la deferencia y el respeto que su inmensa riqueza y poderosa familia merecía entre la alta sociedad, y era deseado desesperadamente, no sólo por ser quien era, sino por lo que representaba y poseía.

A medida que se prolongaba su soltería, se convertía en un desafío para casadas y solteras por igual, hasta llegar al extremo de que no podía entrar en un salón sin provocar un auténtico frenesí entre las mujeres allí presentes. Stephen no dejaba de advertir lo que sucedía, comprendía las razones, y su opinión sobre las mujeres degeneraba en proporción directa al incremento de su popularidad. De resultas de ello, tenía un concepto tan desdeñoso y despectivo del sexo femenino que, en público, prefería la compañía de su amante a la de cualquier mujer respetable de su clase. Incluso cuando se instalaba en Londres para pasar la temporada, lo que no había hecho durante dos años, no se dignaba aparecer en los actos sociales más importantes y prefería pasar la velada con los amigos en las mesas de juego, o en el teatro o la ópera con Helene Devernay. La exhibía con tanto descaro ante la ofendida alta sociedad, que escandalizaba y angustiaba profundamente a su madre y a su cuñada.

Hasta hacía uno o dos años había tolerado, por lo menos, a las mujeres que se derretían por él. Hasta entonces, las había tratado con divertida condescendencia, pero últimamente su

Librodot

paciencia parecía haber tocado a su fin. En la actualidad, era muy dado a responder con abrumadores desplantes o mordaces descortesías, con las que sumía en llanto y vergüenza a las damas y escandalizaba a sus parientes cuando llegaba a su conocimiento.

Y, sin embargo, aquella noche había sonreído a Charise Lancaster con su antigua efusión. Sin duda que su actitud se debía, en parte, al hecho de sentirse responsable de la grave situación que ella atravesaba... Como así era: la joven lo necesitaba de un modo desesperado en aquellos momentos. Pero al doctor Whitticomb le parecía que también a él le era muy necesaria. Al conde le era indispensable sentirse rodeado de ternura y afecto. Y, por encima de todo, tenía que llegar a comprender que había solteras en el mundo que deseaban algo más de él que su título, su dinero y sus propiedades.

Pese a su vulnerable estado mental, Charise Lancaster no parecía conceder importancia a su título ni a las proporciones y elegancia de su mansión. No se dejaba intimidar por él ni por sus posesiones y tampoco la impresionaban sus atenciones. Aquella noche había saludado a Hugh de un modo irresistible, con innata cordialidad, y luego se había reído espontáneamente ante las galanterías de Stephen. Era franca y no se cohibía con facilidad y, al mismo tiempo, también era dulce y cariñosa. Lo suficiente para haberse sentido abrumada por el abandono de Stephen. Pertenecía a esa clase especial de jóvenes que piensan en las necesidades ajenas antes que en las propias y que perdonan las ofensas con gracia y generosidad. Durante los primeros días de su recuperación, cuando aún se hallaba confinada en el lecho, rogaba insistentemente a Hugh que tranquilizara «al conde» y le asegurara que recuperaría la memoria y la salud, por lo que no debía preocuparse de forma innecesaria. Además, había sido bastante considerada, y astuta, para comprender que él se sentiría responsable de su accidente. Hugh estaba encantado de su amable cordialidad, libre de afectaciones, hacia todos, desde los sirvientes a él mismo y con su prometido.

Monica Fitzwaring era una joven magnífica, de carácter y cuna excelentes y que le agradaba muchísimo, pero no como esposa de Stephen. Era encantadora, graciosa y serena, como le habían enseñado. Mas por causa de esa misma educación, no tenía deseos ni habilidad de despertar profundas emociones en un esposo, y en especial en Stephen. Ni siquiera en una sola ocasión en que Hugh los había visto juntos, él la había mirado con el afecto que había mostrado hacia miss Lancaster hacía unos momentos. Monica Fitzwaring sería una excelente anfitriona y una encantadora compañera, pero nunca lograría llegarle al corazón.

Hasta hacía poco, Stephen había preocupado a toda su familia al anunciar que no tenía intención alguna de casarse con Monica ni con nadie tan sólo para engendrar un heredero. A Hugh aquello le parecía más tranquilizador que alarmante. No aprobaba en lo más mínimo los modernos matrimonios de conveniencia, tan de rigueur entre la alta sociedad, por lo menos para alguien que le importase realmente, como era el caso de los Westmoreland. Para Stephen deseaba nada menos que la clase de matrimonio que había hecho Clayton Westmoreland, el mismo que él hizo con su añorada Margaret.

¡Su Margaret...!

Aun entonces, al pasar junto a las señoriales mansiones que se alineaban en Upper Brook Street, sonreía recordándola. Pensó que Charise Lancaster se parecía bastante a su Margaret. No por su aspecto, desde luego, sino por su amabilidad y su energía.

Considerando todos los extremos, Hugh estaba plenamente convencido de que el destino había dado, por fin, a Stephen Westmoreland la bendición que merecía. Desde luego

que él no deseaba tales bendiciones y que no era probable que Charise Lancaster se sintiera muy «bendecida» cuando descubriera que había sido engañada por su «prometido» y su propio médico. No obstante, el destino contaba con él como aliado, y Whitticomb se imaginaba a sí mismo como una especie de fuerza poderosa, si fuera necesario.

-Maggie, pequeña -dijo en voz alta, porque, aunque hacía diez años que ella había fallecido, la sentía aún muy próxima y le agradaba que siguiera así-, creo que vamos a conseguir la mejor pareja desde hace años. ¿Qué opinas?

Volteó su bastón, ladeó la cabeza y escuchó. Luego profirió una risita porque casi creía oír la familiar respuesta.

«Pienso que deberías llamarme Margaret en lugar de Maggie, Hugh.»

-¡Ah, Maggie, pequeña! -susurró sonriente, pues siempre respondía lo mismo-. Has sido mi Maggie desde el día en que caíste de aquel caballo y fuiste a parar a mis brazos.

«No caí, desmonté, aunque con cierta torpeza!»

-Maggie -musitó Hugh-, ¡ojalá estuvieras aquí!

«Estoy ahí, querido.»

18

Stephen se había propuesto pasar la velada con Helene, primero en el teatro y luego en su lecho, pero tres horas después de haber salido se encontraba de nuevo ante la puerta de su casa, con el entrecejo fruncido porque nadie respondía a su llamada. Ya en el vestíbulo, buscó inútilmente a un mayordomo o lacayo, pero, pese a lo temprano de la hora, el lugar aparecía desierto. Tiró los guantes en una mesita y pasó al salón principal sin que acudiera ningún sirviente para ayudarlo a despojarse del gabán, por lo que se lo quitó él mismo y lo echó también en el brazo de un sillón. A continuación consultó su reloj preguntándose si estaría parado.

Las manecillas señalaban las nueve y media y Stephen se volvió a comprobar si el reloj de bronce dorado de la repisa de la chimenea marcaba la misma hora. Cuando salía con Helene o asistía a los clubs no solía regresar hasta el amanecer y, sin embargo, siempre encontraba a un soñoliento lacayo aguardándolo en el vestíbulo.

Centró sus pensamientos en la velada que acababa de pasar con su amante y se frotó de modo instintivo la nuca, como si de aquel modo pudiera borrar el descontento y el hastío que lo habían abrumado toda la noche. Sentado junto a ella en su palco del teatro, había prestado escaso interés a la representación que se daba en el escenario y, cuando lo hizo, encontró fallos en la actuación, en la música y en los decorados, y hasta en el perfume que llevaba la anciana viuda del palco contiguo. En su inquieto estado, todo le parecía aburrido o irritante.

El insólito buen humor que había disfrutado antes, cuando Sheridan compartió con él una temprana cena y lo obsequió con sus divertidas y, con frecuencia, ingeniosas

Librodot

observaciones sobre los recientes descubrimientos realizados en los periódicos, comenzó a desvanecerse en cuanto salió de la casa.

Al finalizar el primer acto, Helene había advertido su descontento y, con tentadora sonrisa, le susurró tras su abanico:

-¿Preferís que nos marchemos a crear nuestro segundo acto en un entorno más agradable?

Stephen accedió en seguida a su sugerencia de llevársela a la cama, pero su representación había sido tan poco satisfactoria como la que habían presenciado en el teatro. En cuanto se desnudó, descubrió que no deseaba entregarse a los tranquilos preliminares sexuales con los que solía disfrutar y que deseaba acabar cuanto antes. Buscaba alivio físico, no placer sensual; conseguir lo primero sin entregar lo segundo.

Así lo advirtió Helene y, cuando él apartaba las sábanas para levantarse, se incorporó, se apoyó en un codo y lo observó mientras se vestía.

-¿Qué ocupa vuestros pensamientos esta noche?

Culpable y frustrado, Stephen se inclinó a besarla en la frente al tiempo que respondía:

-Una situación demasiado complicada y enojosa para molestaros con ella.

La explicación era una evasiva, y ambos lo sabían, al igual que les constaba que una amante no estaba autorizada para recabar explicaciones ni permitirse recriminaciones. Pero Helene Devernay no era en modo alguno una persona corriente. Estaba muy solicitada y era admirada, por derecho propio, como una de las bellezas más elogiadas de la alta sociedad. Escogía a sus amantes a su gusto y tenía amplio campo donde elegir entre los nobles acaudalados, que esperaban la oportunidad de ofrecerle su «protección», como Stephen había hecho, a cambio del derecho exclusivo de compartir su lecho y disfrutar de su compañía.

La mujer sonrió ante su evasiva y le pasó el dedo por la gran abertura de la camisa entreabierta.

-Una costurera de madame LaSalle me ha informado de que habéis encargado varios vestidos que debían ser entregados con la mayor celeridad en vuestra casa a una huésped. ¿Es ésa la... situación? concluyó con delicadeza y fingida inocencia.

Stephen se irguió y la contempló con una mezcla de irritación, regocijo y admiración ante su perspicacia.

-La situación es «enojosa» y «complicada» -reconoció sin rodeos.

-Así lo había imaginado -repuso ella con una sonrisa de complicidad, aunque Stephen captó una nota subyacente de pesar en su voz.

A buen seguro que la preocupaba la presencia de otra mujer, algo desconcertante para Stephen. En su distinguido entorno social, ni siquiera la presencia de una esposa influía si un hombre decidía tomar una amante. Los matrimonios de la alta sociedad solían concertarse entre personas agradables, unos desconocidos que esperaban permanecer como tales en cuanto se engendrara el heredero deseado. No se esperaba que ninguno de ellos alterase su

Librodot

estilo de vida para complacer al otro, y las aventuras eran tan desenfrenadas por parte de las mujeres como de los hombres. La discreción, no la moral, era lo que importaba a ambos cónyuges en un matrimonio de aquel estatus social. Y puesto que ambos, Helene y él, así lo habían comprendido, y como quiera que no estaba casado, se sorprendía de que ella concediera siquiera un pensamiento pasajero a su huésped femenina. Se inclinó a besarla en la boca mientras acariciaba con familiaridad su muslo desnudo.

-Concedéis excesiva importancia al asunto. Sólo es una niña abandonada y sin hogar que se recupera en mi casa de una lesión mientras esperamos la llegada de su familia.

Pero en cuanto Stephen salió de la casa que mantenía para Helene, se enfrentó de mala gana al hecho de que Charise Lancaster en nada se parecía a una niña abandonada. En realidad era animosa, inteligente, espontánea, divertida y de naturaleza sensual, y su compañía le resultaba muy entretenida. Y la sorprendente e irritante realidad era que aquella noche había disfrutado mucho más con ella que llevando a Helene al teatro o a la cama. En cuanto a Sheridan, ella también disfrutaba con su compañía. Le gustaba hablar con él y estar en sus brazos...

Aquellos pensamientos le inspiraron una posibilidad poco práctica sobre la que se permitió reflexionar mientras su carruaje se aproximaba a su casa de Upper Brook Street. Burleton sólo hubiera podido ofrecerle un título nobiliario inferior y la respetabilidad del matrimonio, pero ella y su padre se habían conformado con ello. Pocas horas después de la muerte de Burleton, Stephen había organizado su funeral y había comenzado a indagar en los asuntos del joven para comprobar si era precisa alguna otra disposición de última hora, y se había enterado de que el barón era demasiado aficionado al juego. Cuando la firma de Matthew Bennett le facilitó un expediente completo, Stephen se enteró de que la pequeña fortuna heredada por Burleton había mermado considerablemente. Aparte de cierto número de deudas de juego que Stephen se proponía saldar, el barón no dejaba nada tras de sí, ninguna propiedad, joyas, familia ni siquiera un carruaje. Con su excesiva afición al juego ya había agotado la dote que hubiese recibido por su compromiso matrimonial con Charise Lancaster.

Dentro de uno o dos años, Sheridan hubiera vivido en refinada pobreza, como Burleton hasta el momento de su muerte, sin obtener otros beneficios de su matrimonio que un título nobiliario, que no podía equipararse al de menor importancia ostentado por él. Stephen no tenía intención de casarse con ella, pero estaba en condiciones, incluso deseoso, de ofrecerle el mundo, mientras siguieran disfrutando mutuamente, durante el próximo futuro y en tanto que ella comprendiera con claridad el acuerdo y sus condiciones...

De pronto descubrió cuán repugnantes eran sus intenciones. Chanse Lancaster no era una cortesana, sino una joven ingenua. Aunque tuviese nociones y experiencia para comprender lo que implicaba tal relación, que no seria el caso, era demasiado joven para él que, por añadidura, se comportaba como un degenerado.

Por fortuna, aún no lo era hasta tal punto, como tampoco se consideraba un depravado, ni estaba aburrido para ofrecerle un acuerdo que la privaría de su virtud y de la oportunidad de llevar una vida respetable. Le parecía increíble su absoluta falta de moralidad, ser capaz de tanta infamia para quitar la vida a un joven que estaba a punto de casarse y después, antes de las dos semanas, acariciar la idea de convertir a la prometida del joven en su amante. Francamente era una idea absurda y repugnante. Reconocía haber perdido sus ideales en el transcurso de los años, pero hasta el momento jamás hubiese imaginado que también podía perder la cabeza.

Librodot

Con la sensación de ser un depravado, Stephen decidió, a partir de aquel momento, desempeñar el papel de guardián provisional de Sherry y pensar en ella solamente del modo más impersonal. Para tal fin, en lo sucesivo no sólo procuraría que estuviera distraída y se sintiese segura, sino que evitaría cualquier insinuación física por su parte.

Acaso ella creyera que estaban prometidos, pero a él le constaba perfectamente cuál era la situación real y, en el futuro, la recordaría. Con una amnésica ya había bastante.

Deseaba con toda sinceridad que Sherry se recuperara cuanto antes, pero comenzaba a sentirse menos culpable por haberla privado de su verdadero prometido. Se merecía algo mejor que el joven Burleton, que no hubiera sido bastante digno para ella. Era desconsiderado, irresponsable y pobre. Sherry necesitaba, merecía, verse cubierta de pieles y rodeada de lujos y comodidades.

En su interior le constaba que, sin duda, era responsable de encontrarle a alguien adecuado, pero por el momento no deseaba reflexionar acerca de aquella cuestión, porque menguaba su placer y Stephen deseaba aprovechar el resto de la velada y disfrutarla con ella.

Se preguntaba cómo habría contraído tal debilidad hacia las muchachas en apuros -y tan singular afición por las doncellas pelirrojas y afligidas, en particular- mientras se detenía en el salón vacío, dispuesto a cumplir con sus deberes de guardián y a distraer a su huésped.

Pero la casa estaba tan silenciosa y desierta como una tumba vacía.

Al ver que no aparecía nadie, se adelantó, indeciso todavía en cuanto a acostarse o despertar a sus servidores, de habitual tan eficaces y que, de repente, se habían convertido en imperdonables holgazanes en el cumplimiento de sus obligaciones. Justo cuando iba a hacer sonar la campanilla distinguió un leve rumor de voces procedentes de algún lugar del fondo de la casa y que se extinguió en breve.

Stephen se dirigió asombrado en aquella dirección, entre el eco de sus fuertes pisadas. Atravesó el vestíbulo columnado y, a continuación, rodeó un largo pasillo que conducía al fondo del edificio. Al llegar al final se detuvo de nuevo y ladeó la cabeza tratando de percibir algún sonido entre el silencio. Pensaba que, sin duda, Sherry se habría retirado hacía horas y cada vez se sentía más enojado consigo mismo por escapar de los tentadores brazos de su amante para consagrarse a ella, como un enfermero en exceso abnegado.

Se volvía ya, disgustado, pero se detuvo de repente al distinguir la alegre voz de Sherry que resonaba en el vestíbulo, desde la cocina.

-De acuerdo, todos a una, intentémoslo de nuevo... Mister Hodgkin debe permanecer cerca de mí y cantar con más fuerza para que no vuelvan a escapárseme las palabras. ¿Preparados? -decía.

De pronto, un coro de voces formado por los criados estalló en un animado villancico que los niños ingleses aprendían desde la Edad Media. Stephen fue en aquella dirección, sintiendo aumentar su enojo al pensar que sus holgazanes sirvientes estaban en la cocina con Sherry en lugar de aguardarlo. Se detuvo bruscamente en la puerta del gran recinto alicatado y contempló con divertida incredulidad el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

Cincuenta servidores ataviados con sus diversos uniformes formaban filas perfectas, y Sherry y el viejo Hodgkin se sentaban frente a ellos. Los miembros del servicio se ceñían a

una rígida jerarquía establecida desde hacía siglos, con el mayordomo principal y el ama de llaves en la cumbre, pero era evidente que Sherry no los había organizado según su escalafón ni las normas que establecía el decoro, sino que se había atenido a su habilidad para el canto. El pobre Colfax, arrogante mayordomo jefe de Stephen, había quedado relegado a la fila posterior, entre una camarera y una lavandera, mientras su principal rival en la supremacía doméstica, Damson, ayuda de cámara de Stephen, había obtenido un lugar más privilegiado, en primera fila. Damson, caballero entre caballeros, que se comportaba con altiva superioridad y raras veces se dignaba hablar con alguien que no fuese Stephen, pasaba un brazo por los hombros de un lacayo y ambos armonizaban en compartido deleite, con las miradas dirigidas al techo y casi rozando sus cabezas.

La estampa era tan sin precedentes, tan distante de sus más fantásticas suposiciones, que Stephen permaneció inmóvil unos momentos mientras observaba y escuchaba a los mozos, ujieres y lacayos con librea, que cantaban en democrática armonía entre las doncellas, lavanderas y rollizas fregaplatos con sus ya sucios delantales, y todos ellos seguían las instrucciones del encorvado y anciano mayordomo, que agitaba las manos como si dirigiera una coral sinfónica.

Stephen estaba tan fascinado con la escena que se representaba ante él que tardó unos momentos en comprender que Damson, el lacayo y otros muchos tenían voces agradables y, más aún, en ocurrírsele que prefería aquella actuación de aficionados de su cocina que la profesional del teatro.

Se preguntaba por qué cantarían villancicos en plena primavera cuando, de pronto, se unió Sherry al coro, y el sonido de su voz, que se elevó con dulzura entre los aspirantes a tenores y a barítonos, casi lo dejó sin aliento. Si las notas eran bajas, las cantaba con deliciosa profundidad logrando que su improvisado coro la siguiera en la melodía y, cuando ésta se remontaba, la acompañaba con facilidad, sin esforzarse, hasta que en todos los rincones de la amplia estancia pareció resonar la intensa belleza de su voz.

Cuando la canción llegaba a su apoteosis final, un lacayo de unos siete años se adelanto hacia Sherry y le tendió su brazo vendado con tímida sonrisa.

-Me dolería mucho menos si pudiera oír otra canción tan alegre, señora -le dijo.

Stephen, que aún estaba en la puerta, se irguió dispuesto a ordenar al muchacho que no la importunase, pero Damson se apresuró a intervenir con la que supuso idéntica orden. Aunque, en realidad, el ayuda de cámara había dicho:

-Creo expresarme en nombre de todos si os digo que nos habéis obsequiado con una magnífica velada al compartir vuestra compañía y vuestra.., me atrevería a decir, vuestra exquisita voz con nosotros, señora.

Aquel largo y florido discurso mereció una vacilante y confusa sonrisa por parte de Sherry, que se había inclinado a componer el abultado vendaje del pequeño.

-Lo que mister Damson quiere decir -le tradujo Colfax, el mayordomo, con una mirada de desaprobación- es que hemos disfrutado mucho con esta velada y que os agradeceríamos que la prolongarais un poco más.

El pequeño pasó su mirada del mayordomo al ayuda de cámara y, por fin, sonrió a Sherry, que se había agachado junto a él con expresión preocupada.

-Os ruegan que nos cantéis otra canción, por favor, señorita.

-¡Oh! -rió Sherry.

Y Stephen la vio cambiar un guiño de complicidad con el mayordomo y el ayuda de cámara al tiempo que se levantaba y les decía:

-¿Es eso lo que queríais decir?

-Desde luego -repuso Damson, que miró ofendido al mayordomo.

-Sé lo que quería decir -replicó éste.

-Bien, ¿es posible? -insistió el niño.

-Sí -respondió ella. Se sentó a la mesa de la cocina y cogió al pequeño en su regazo-. Pero esta vez os escucharé para poder aprender otra de vuestras canciones.

Miró a Hodgkin, que le sonreía, y aguardo alguna sugerencia.

-¿Qué os parece la primera canción, mister Hodgkin, la que cantasteis a coro para mí acerca de «una noche nevada de Navidad con un leño ardiendo en el hogar?».

Hodgkin asintió, alzó su delgada mano para recabar silencio, agitó los brazos con teatralidad y, al momento, los criados iniciaron la alegre melodía. Pero Stephen apenas reparaba en ello. Observaba a Sherry, que sonreía al pequeño y le decía algo en un susurro. Luego le acarició las mejillas y lo atrajo con dulzura junto a su seno. El cuadro que ambos formaban expresaba tal ternura maternal que Stephen salió de pronto de su abstracción y se adelanto hacia ellos con el inexplicable deseo de disipar aquella imagen de su mente.

-¿Ya estamos en Navidad? -dijo al tiempo que se introducía en aquel escenario entrañable.

Si hubiese irrumpido con sendas pistolas cargadas, su presencia no habría producido efectos más devastadores entre los alegres ocupantes de la estancia. Los cincuenta criados interrumpieron su canto y comenzaron a retroceder por la sala, chocando entre sí en su apremio por desperdigarse. Incluso el pequeño que estaba en las rodillas de Sherry se escabulló sin que le diera tiempo a retenerlo. Sólo Colfax, Damson y Hodgkin iniciaron una más digna aunque prudente retirada, con reiteradas inclinaciones mientras salían de la estancia.

-Los tenéis aterrorizados, ¿verdad? -preguntó Sherry con una sonrisa radiante, muy satisfecha de que hubiese regresado.

-Al parecer no tanto como para que permanecieran en sus puestos -replicó, aunque sonriendo a pesar suyo porque ella parecía sentirse muy culpable.

-Ha sido cosa mía.

-Lo supuse.

-¿Cómo pudisteis saberlo?

-Mis magníficas dotes deductivas -repuso con una inclinación exagerada-. Es la primera vez que los oigo cantar y que, al llegar a casa, la encuentro tan vacía.

-Me sentía inactiva y decidí explorar un poco. Cuando pasé por aquí, Ernest, el pequeño, acababa de acercar el brazo a una tetera y se había quemado.

-¿Y entonces, para animarlo, decidisteis organizar una coral con todos los sirvientes?

-No, lo hice porque todos parecían necesitar tanto como yo un poco de alegría.

-¿Estáis enferma? -preguntó alarmado, y observó su rostro.

Tenía un aspecto magnífico. Se veía animada, vibrante y...avergonzada.

-No. Estaba...

-¿Sí? -la apremió al ver que vacilaba.

-Triste porque os habíais ido.

Ante su sorpresa, la inocente respuesta aceleró los latidos de su corazón y le produjo algo más, una sensación que no lograba identificar ni se proponía intentarlo. Por otra parte, de momento, ella era su prometida, y por ello le pareció grato y conveniente inclinarse a besar su sonrojada mejilla, a pesar de que hacía unos instantes había decidido que en lo sucesivo mantendría una relación estrictamente platónica con ella. Y, asimismo, también le pareció inofensivo deslizar el beso hasta sus labios y asirla por los hombros para atraerla hacia sí. Pero ni conveniente ni inofensiva fue la instantánea respuesta de su cuerpo cuando ella se estrechó ligeramente contra él y le puso una mano en el pecho, ni los tiernos pensamientos que, de pronto, surgieron en su mente: «Esta noche te echaba de menos.»

La soltó como si le quemaran las manos y retrocedió unos pasos, aunque mantuvo su dulce expresión para no reflejar el enojo y la confusión que sentía. Estaba tan preocupado que cuando ella sugirió que aguardase a que preparara algo para beber, accedió de modo automático.

Una vez que Sherry hubo dispuesto las tazas y una jarra en una bandeja, volvió a la mesa y se sentó frente a él. Apoyó la barbilla en las manos y se lo quedó mirando con una tenue sonrisa, mientras Stephen observaba el reflejo de las llamas en sus cabellos y en sus mejillas.

-Debe de ser agotador ser conde -observó-. ¿Cómo llegasteis a serlo?

-¿Conde?

Ella asintió, miró la jarra y se levantó de súbito.

-La otra noche, después de cenar, mencionasteis que teníais un hermano mayor que es duque y luego dijisteis que heredasteis vuestros títulos «por ausencia».

-Estaba muy parlanchín -repuso Stephen en tono ocioso, y fijó de modo involuntario su atención en los rápidos y graciosos movimientos con que finalizaba sus preparativos-. Mi hermano heredó el título ducal y varios más por parte de nuestro padre. Los míos proceden de un tío. Según las condiciones de cierto privilegio y una heredad concedida a uno de mis antepasados hace varias generaciones, a los condes de Langford se les permitía designar heredero de sus títulos en el caso de no tener descendencia.

Ella afirmó en silencio y sonrió distraída, y Stephen comprendió, con un sobresalto, que no le interesaba en especial aquel tópico que solía despertar ávida fascinación en sus interlocutoras femeninas.

-El chocolate está preparado -anunció la joven.

Y cogió la bandeja cargada con una jarra, tazas, cucharas y delicados pastelillos, que a buen seguro había descubierto en alguna alacena.

-Confío en que os guste. Al parecer, sé hacerlo -dijo

Y depositó la bandeja en sus manos, como si fuese muy natural que él la llevase.

-Sólo que ignoro si me habrá salido bien.

Se mostraba muy complacida por acordarse de preparar el chocolate, pero a Stephen le pareció algo extraño que supiera realizar una tarea que solía quedar relegada a los criados. Aunque, por otra parte, era americana, y tal vez las damas de aquel país estaban más familiarizadas con la cocina que las inglesas.

-Confío en que os agrade -repitió dubitativa mientras se dirigían hacia la parte delantera de la casa.

-Estoy seguro de que será así -repuso Stephen hipócrita. La última vez que tomó chocolate caliente había sido por puro compromiso; a aquellas horas prefería una copa de coñac añejo. Mas temió que ella pudiera de algún modo leer sus pensamientos y añadió con entusiasmo: •

-Huele de un modo delicioso. Esos villancicos sobre Pascua nevada y troncos ardiendo deben haber despertado mi deseo por él.

19

Stephen transportó la pesada bandeja de plata por el pasillo hasta el salón ante tres boquiabiertos lacayos. Colfax, que se encontraba en su puesto habitual, junto a la puerta principal, se precipitó hacia él con evidente intención de aligerarlo de su peso, pero Stephen lo detuvo con una burlona observación, en el sentido de que ya se habían valido por sí mismos, sin necesidad de ayuda, y no comprendía que hubiera razones para cambiar, puesto que casi todo el trabajo estaba hecho.

Se hallaban a medio camino del salón cuando la aldaba de la puerta sonó de modo rotundo e insistente. Stephen había dado instrucciones de comunicar a los visitantes que se

hallaba ausente, por lo que hizo caso omiso de la llamada, pero al cabo de unos instantes distinguió un coro de alegres voces que lo hicieron maldecir en su fuero interno.

-Sin duda alguna está en casa, Colfax -decía su madre al mayordomo-. Hace dos horas, cuando llegamos a Londres, encontramos una nota en la que nos anunciaba su intención de trasladarse al campo. Si no hubiésemos llegado con varios días de antelación, se habría marchado. ¡Vamos! ¿Dónde se esconde?

Jurando entre dientes, Stephen se volvió en el preciso instante en que su madre, su hermano, su cuñada y un amigo de ésta entraban en el salón, con el decidido avance de los navíos de una flota, dispuestos a enfrentarse contra lo que percibían como un comportamiento antisocial.

-No pienso admitirlo, querido -anuncio su madre aproximándose a besarle en las mejillas-. Estás demasiado... -se quedó fascinada al ver a Sherry y concluyó con aire desmayado-: Solo.

-Demasiado solo -anuncio Whitney Westmoreland de espaldas al salón mientras Colfax la ayudaba a despojarse de su capa-. Clayton y yo nos proponemos obligarte a asistir a todas las fiestas y actos importantes que se celebren durante las próximas seis semanas -prosiguió a la vez que enlazaba su brazo con el de su esposo y avanzaba hacia él.

Al cabo de unos momentos, ambos se detuvieron en seco.

Stephen lanzó una mirada de disculpa a Sherry, que parecía absolutamente desorientada y presa de pánico, y le susurró:

-No os preocupéis. En cuanto se recuperen de la sorpresa, les agradaréis.

Tras unos instantes de tensión, Stephen había ponderado con rapidez todos los modos plausibles de enfrentarse a lo que parecía un inminente desastre, pero, a menos que ordenase a Sherry que se retirase para poder dar una explicación -lo que resultaría humillante y angustioso para ella-, no tenía otra elección que improvisar y representar una farsa en presencia de su familia y explicarles después la verdad, cuando ella se retirase.

De acuerdo con ese plan, Stephen dirigió una mirada de advertencia a su hermano, con la que le imploraba su colaboración incondicional, pero Clayton también fijaba, divertido, su atención en Sherry y en la olvidada bandeja que seguía en las manos de Stephen.

-Pareces muy doméstico, Stephen -observó con sequedad.

Este depositó, impaciente, su carga en una mesita e hizo señas a Colfax, que aguardaba instrucciones para servir algún refrigerio, de que se apresurara. Luego se volvió al expectante grupo

-Os presento a miss Charise Lancaster, madre.

Sherry miró a su futura suegra, comprendió que se encontraba ante la duquesa viuda y se sintió presa de pánico porque no se le ocurría qué decir. Dirigió una angustiada mirada a Stephen y, en un susurro que sonó estridente entre la silenciosa y expectante concurrencia, dijo:

-¿Basará una simple reverencia?

Stephen la cogió por el codo, en parte para sostenerla y también para instarla a adelantarse, y le dirigió una tranquilizadora sonrisa.

-Sí -repuso.

Sherry saludó a la dama con un temblor de rodillas y luego, haciendo gala de un valor que ignoraba poseer, se irguió. Sus ojos se cruzaron con la mirada penetrante de la anciana.

-Me siento muy dichosa de haberos conocido, madame; es decir, vuestra gracia -saludó con cortesía.

Se volvió y aguardó a que Stephen la presentara a su cuñada, una imponente morena a la que aludió como Whitney, cuyos verdes ojos la contemplaban con velada perplejidad. ¡Otra duquesa!, pensó frenética, algo mayor que ella, pero no demasiado. ¿Debía o no hacer otra reverencia? Como si ella advirtiera su inseguridad, le tendió una mano y le dirigió una indecisa sonrisa.

-¿Cómo estáis, miss Lancaster? -la saludó.

A Sherry le agradó la insinuación y, tras estrechar la mano a la joven, se volvió hacia el duque, un hombre muy alto, moreno y de anchos hombros, cuyos rasgos eran muy parecidos a los de su prometido.

-Vuestra gracia -murmuró, con una nueva genuflexión.

El cuarto miembro del grupo, un hombre atractivo de treinta y tantos años y que se llamaba Nicholas DuVille, le besó, galante, la mano y le dijo que estaba encantado de conocerla. Luego la miró sonriendo de un modo que le produjo la sensación que acababa de recibir un grandísimo cumplido.

Concluidas las presentaciones, aguardo a que alguno de los parientes de Stephen le diera la bienvenida entre su familia, o por lo menos le deseara felicidad, pero ninguno parecía en condiciones de hacerlo.

-Miss Lancaster ha estado enferma -explicó su prometido.

Tres pares de ojos se volvieron hacia ella como si les preocupara que pudiera desintegrarse, como le parecía que iba a suceder.

-En realidad, no ha sido así -rectificó Sherry-, fue un accidente, recibí un golpe en la cabeza.

-¿Por qué no nos sentamos? -sugirió Stephen.

Maldecía a su ingrato destino por convertir la que ya era una situación difícil en algo destinado a empeorar. Sin duda, Sherry no comprendía qué pensaba su familia, pero él sí. Lo habían sorprendido en su propia casa, con una mujer a la que no acompañaba ninguna dama respetable, lo que significaba que su moralidad era muy dudosa, amén de que quedaba en evidencia su propio criterio al tener en su hogar a alguien así, en especial a unas horas en que

Librodot

podían presentarse visitas. Además, si era una querida con la que estaba amancebado, había infringido con suma imprudencia las normas del decoro al presentarla a sus parientes.

Antes de decidir que pudiera haber caído tan bajo, aguardaban pacientes algún tipo de explicación en cuanto a qué era..., dónde se encontraba su acompañanta... o dónde tenía él la cabeza. Con el fin de ganar tiempo, Stephen se levantó ante la llegada del mayordomo con una bandeja repleta de botellas y copas.

-¡Ah, aquí está Colfax! -dijo con lúgubre desesperación-. ¿Qué deseáis tomar, madre?

Su tono mereció una sorprendida mirada de la duquesa, pero la mujer percibió el ruego implícito de que colaborara con él de modo incondicional y accedió al punto. Sonrió cortés, negó con la cabeza ante la bandeja que colocaba el mayordomo en la mesita, frente al sofá y, en lugar de ello, observó la que Stephen había colocado allí.

-¿Acaso es eso chocolate? -preguntó con gran animación.

Y, sin aguardar respuesta, dijo al mayordomo:

-Creo que prefiero chocolate.

-Yo, en vuestro lugar, tomaría jerez -le aconsejó Stephen lleno de inquietud.

-No, prefiero chocolate -repuso su madre con firmeza.

Acto seguido hizo gala de su legendaria gracia en situaciones tensas y se volvió hacia Sherry cortésmente.

-Por vuestro acento parecéis americana, miss Lancaster -le dijo-. ¿Cuánto tiempo lleváis en Inglaterra?

-Poco más de quince días -repuso con voz tensa por la confusión y la inseguridad.

Pese a estar comprometida con un miembro de su propia familia, en aquella habitación nadie parecía saber nada de ella. Había algo extraño en todo aquello.

-¿Es ésta vuestra primera visita?

-Sí -logró articular.

Y miró desesperada a Stephen, con una opresión en el pecho, fruto de la ansiedad y de un temor irracional.

-¿Y qué os ha traído aquí?

-Miss Lancaster ha venido a Inglaterra porque está prometida a un inglés -intervino Stephen para acudir en auxilio de Sherry.

Y rogó porque el corazón de su madre fuera resistente.

La duquesa viuda pareció haberse relajado y su expresión se hizo más afectuosa.

Librodot

-¡Magnífico! -exclamó.

Se había interrumpido para observar con aire adusto al mayordomo, que le ofrecía una copa de jerez, pese a que ella había manifestado su preferencia por el chocolate.

-¡Dejad de agitar ese vino ante mis ojos, Colfax! ¡He dicho que quiero chocolate caliente'

Sonrió a Sherry mientras que Colfax distribuía las bebidas entre los presentes.

-¿Y a quién estáis prometida, miss Lancaster? -inquirió con animación al tiempo que se adelantaba para servirse el chocolate.

-Está prometida conmigo -anunció Stephen rotundamente.

El silencio invadió la sala. Si la situación no hubiera sido tan grave, Stephen se habría echado a reír ante las múltiples reacciones que su manifestación había producido.

-¿Contigo? -preguntó su madre aturdida.

Depositó la taza de chocolate en la mesa sin añadir palabra y tomó una copa de vino de la bandeja que llevaba el mayordomo. A la derecha de Stephen, su hermano lo contemplaba fascinado e incrédulo, y su cuñada se había quedado paralizada y sostenía inconsciente una copa en la mano extendida, como si se dispusiera a ofrecer un brindis. Colfax repartía angustiado sus simpatías entre la madre de Stephen y Sherry, mientras que Nicholas DuVille examinaba el reborde de su manga deseando, a buen seguro, encontrarse en cualquier otro lugar.

Stephen ignoró por el momento la apurada situación en que se encontraba y miró a Sherry, que, con los ojos fijos en su regazo y la cabeza inclinada, parecía avergonzada ante aquella lastimosa e insultante falta de entusiasmo por parte de sus futuros parientes políticos. Su prometido le cogió la mano y se la estrechó para tranquilizarla, al tiempo que le daba la primera explicación factible que cruzó por su mente.

-Queríais aguardar a que mi familia os conociera para anunciarles nuestro compromiso -mintió, con la esperanza de que su sonrisa fuera del todo convincente-. Por ello parecen tan sorprendidos.

-Parecemos sorprendidos porque lo estamos -repuso su madre en tono reprobador, mirándolo como si estuviera desvariando-. ¿Cuándo os conocisteis? ¿Dónde? ¡No habéis estado...!

-Responderé a todas vuestras preguntas dentro de unos momentos -la interrumpió Stephen, con tal sequedad que la obligó a guardar silencio antes de que le espetara que hacía años que estuvo en América.

Se volvió hacia Sherry y le dijo amab1enente:

-Estáis muy pálida. ¿Por qué no subís a acostaros?

La joven ansiaba huir de aquella reunión en la que se percibían tantas tensiones y sentimientos reprimidos, pero al mismo tiempo temía ausentarse porque todo aquello le parecía muy raro.

-No... Creo que prefiero quedarme.

Stephen observó la expresión herida de sus ojos y pensó cuán distinto habría sido aquel momento para ella si su verdadero prometido no hubiese muerto. Burleton realmente no era un gran partido, pero se querían, y ella en modo alguno se habría visto sometida a tan humillante falta de entusiasmo por la familia de Burleton, si él la hubiese tenido.

-Si preferís quedaros -bromeó-, subiré yo a acostarme y vos os quedaréis aquí y explicaréis a mi familia que fui... un necio sentimental.., y que me dejé seducir hasta tal punto por vos que me convencisteis para no comunicar nuestro compromiso hasta que os presentase y tuvieran ocasión de conoceros.

Sherry sintió como si acabasen de liberarla de un enorme peso.

-¡Oh! -exclamó, riendo avergonzada mientras miraba a los presentes-. ¿Fue eso lo que sucedió?

-¿No lo sabéis? -estalló la duquesa viuda, con lo que, según Stephen recordaba, era la primera falta de compostura de su vida.

-No... Veréis, perdí la memoria -repuso Sherry con tal dulzura y valor que Stephen sintió una profunda admiración-. En estos momentos es un espantoso inconveniente, pero al menos puedo aseguraros que no se trata de una afección hereditaria. Tan sólo es el resultado de un estúpido accidente que me sucedió en el muelle, al desembarcar...

Se interrumpió, y Stephen se anticipó a otro enojoso aluvión de preguntas asumiendo el control de la situación. Se levantó y la obligó a seguir su ejemplo.

-Estáis cansada y el doctor Whitticomb pedirá mi cabeza si no os encuentra fresca y saludable cuando venga a visitaros por la mañana -le dijo en tono amable-. Permitidme que os acompañe a vuestra habitación. Insisto en que os despidáis de todos.

-Buenas noches. -Sherry le obedeció, desconcertada y sonriente-. Como ya sabréis, lord Westmoreland se muestra muy protector.

Al volverse advirtió que, aunque todos parecían encontrarla muy extraña, Nicholas DuVille la observaba con desmayada sonrisa, como si le pareciese más interesante que peculiar. Sherry se aferró al estimulante recuerdo de su mirada cuando cerraba la puerta de su habitación tras de sí y se sentaba en el lecho, confundida su mente entre espantosas dudas y terribles interrogantes.

20

Librodot

Cuando Stephen regresó al salón, cuatro pares de ojos siguieron sus pasos por la sala, pero sus parientes aguardaron a que se sentara para abordarlo. En aquel mismo instante, ambas mujeres lo interrogaron de modo simultáneo.

-¿A qué accidente se refería? -dijo su madre.

-¿De qué barco se trata? -exclamó su cuñada.

Stephen miró a su hermano como si aguardara también sus preguntas, pero Clayton se limitó a mirarlo enarcando las cejas.

-No creo poder superar el asombroso descubrimiento de que no sólo eres un «necio sentimental» sino también «muy protector» -comentó en tono burlón.

En cuanto a DuVille, se abstuvo cortésmente de pronunciarse, aunque Stephen tuvo la clara sensación de que al francés le divertía su apurada situación. Consideró poner a su disposición un carruaje para que pudiera marcharse, pero hubiera sido una descortesía puesto que se trataba de un antiguo amigo de Whitney y, por otra parte, su presencia acaso disuadiría a su digna madre de permitirse su primer ataque de histeria.

Satisfecho de que el grupo, como siempre, estuviera dispuesto para aceptar la verdad, Stephen apoyó la cabeza en el respaldo de su asiento e inició sus explicaciones con serenidad.

-La escena que acabáis de presenciar entre Charise Lancaster y yo es, en realidad, una enorme farsa. Todo este desastre se originó por un accidente que sufrí con mi carruaje hace más de una semana, un accidente del que fui responsable y que dio como resultado una sucesión de acontecimientos que me dispongo a describiros. Esta joven que acabáis de conocer es tan víctima de tales hechos como su difunto prometido, un joven barón llamado Arthur Burleton.

-Arthur Burleton es..., era, un redomado pícaro -exclamó Whitney, horrorizada, desde el extremo opuesto del salón.

-Sea como fuere -repuso Stephen con un suspiro-, ellos se amaban y se disponían a casarse. Acaso habréis sospechado que Charise Lancaster es una redomada pájara o una astuta cazafortunas que me ha convencido para pedirla en matrimonio, pero como iréis descubriendo, en realidad es inocente y digna de compasión, una víctima de mi negligencia y falta de honradez...

En cuanto Stephen concluyó de explicarse y respondió al interrogatorio general, se extendió un prolongado silencio entre los presentes, en el que cada uno trató de sacar sus conclusiones. El conde alzó su copa y dio un largo trago, como si, de algún modo, el vino pudiera disipar la amargura y pesar que sentía.

-Si Burleton estaba tan ebrio para dejarse atropellar por un tiro de caballos en la vía pública y entre la niebla, sin duda es responsable de su propia muerte.

El primer comentario correspondió a su hermano.

Librodot

-Soy yo el responsable -repuso Stephen con sequedad, rechazando las buenas intenciones de Clayton de disculparlo-. Yo conducía unos corceles inexpertos y debería haberlos controlado.

-Y, según esa lógica, entiendo que te sientes por igual responsable de que la red de carga hiriese a Charise Lancaster, ¿no es eso?

-Desde luego -replicó Stephen-. Si ella no hubiera estado en un lugar peligroso, ni yo se lo hubiera permitido, si ambos no hubiésemos estado preocupados por el fallecimiento de Burieton, por causa de mi reiterada ligereza, Charise Lancaster en estos momentos sería la feliz esposa de un barón inglés y tendría una feliz expectativa de futuro.

-Puesto que tú mismo te has condenado -replicó Clayton, olvidando por un instante la presencia de DuVille-, ¿has decidido ya cuál es tu castigo?

Los presentes comprendieron que Clayton se expresaba a impulsos de la alarma y la frustración ante los amargos autorreproches que impregnaban la voz de Stephen, pero fue Nicholas DuVille quien alivió la cargada atmósfera con una intervención humorística:

-Con el fin de evitar un desagradable altercado entre ambos al despuntar el alba, lo que me obligaría a levantarme a hora muy inconveniente y poco civilizada para actuar como padrino, me permito sugeriros que dirijáis vuestros dotados cerebros hacia posibles soluciones del problema en lugar de porfiar en las causas.

-Nicholas tiene razón -intervino la duquesa, obstinada y preocupada, y contempló su taza vacía-. Aunque no es justo involucraros en nuestros problemas familiares -añadió al tiempo que dirigía hacia él su mirada-, es evidente que veréis las cosas con mayor claridad puesto que no estáis tan implicado en ellas.

-Os estoy muy agradecido, vuestra gracia. ¿Se me permite, en tal caso, expresar mi opinión al respecto?

Ante el rotundo asentimiento de ambas mujeres y sin que los hombres formularan objeción alguna, Nicki continuó:

-Si creo haber entendido bien, parece ser que miss Lancaster estaba prometida a un pobre inútil hacia el que abrigaba tiernos sentimientos, pero que sólo podía ofrecerle un título nobiliario de menor importancia. ¿Es esto correcto de momento?

Stephen asintió con una expresión que pretendía ser neutral.

-Y, por causa de sendos accidentes de los que Stephen se siente responsable, ahora miss Lancaster no tiene prometido ni memoria, ¿cierto? -prosiguió.

-Cierto -afirmó el conde.

-Según me parece entender, el doctor que la asiste opina que la joven se recobrará en el momento oportuno, ¿es asimismo exacto?

Ante una nueva señal de asentimiento de Stephen, Nicholas siguió:

-Por consiguiente, la única pérdida permanente que ha sufrido, y de la que vos acaso podáis sentiros responsable, es la de su prometido, que poseía un título insignificante y ciertas costumbres desagradables. En cuyo caso -alzó su copa en un brindis burlón ante su propia facilidad de razonamiento considero que podríais saldar vuestra deuda con ella buscándole simplemente otro candidato que ocupe el lugar de Burleton. Y si el pretendiente que escogéis resulta ser un tipo decente, capaz de mantenerla de modo respetable, entonces no sólo podréis mitigar vuestro sentimiento de culpabilidad sino también sentiros aliviado, porque la habréis salvado de una existencia atormentada y degradante.

Miró a Whitney y luego a Stephen.

-¿Qué tal lo estoy haciendo por ahora? -inquirió.

-Diría que bastante bien -repuso el conde con una leve sonrisa-. He estado pensando en algo semejante -añadió.-, pero es mucho más fácil considerar la idea que ponerla en práctica.

-¡Oh, me consta que podremos conseguirlo si nos concentramos en ello! -exclamó Whitney, deseosa de buscar una solución que disipara la sensación de culpabilidad de su cuñado y les ofreciera a todos una orientación-. Tan sólo bastará con que procuremos presentarle a algunos de los centenares de candidatos adecuados que vendrán aquí a pasar la temporada.

Miró a su suegra en busca de apoyo y recibió de ella una sonrisa radiante que eliminaba implícitas preocupaciones.

-Lo cierto es que existen algunos problemas menores relacionados con el plan -dijo Stephen secamente, aunque no pretendía amortiguar su entusiasmo.

Además, el proyecto le parecía mucho más factible que en días anteriores, puesto que las mujeres de su familia estaban dispuestas a prestar su entusiasmo y colaboración.

-¿Por qué no consideráis con más detenimiento todo el proyecto y discutimos sus diversos aspectos mañana a la una en este mismo lugar? -sugirió.

Y ante la aceptación general, advirtió:

-En cuanto a Charise, es importante que preveamos los problemas y los evitemos con antelación. Recordad que mientras pensáis en todo esto, enviaré una nota a Hugh Whitticomb rogándole que se incorpore a la reunión para estar seguros de que no hacemos peligrar su recuperación en modo alguno.

Mientras el grupo se levantaba, se dirigió a su madre y a Whitney:

-Si no me equivoco, Charise seguirá despierta y se estará atormentando con preguntas que, sin duda, no podrá responder sobre las reacciones que habéis tenido con ella esta noche.

No tuvo que concretar su petición. Ambas se dirigieron hacia la puerta, deseosas de reparar cualquier aflicción que hubieran podido causar a su provisional prometida.

21

Ante las ventanas de su habitación, con la mirada perdida en una noche tan negra y vacía como sus pensamientos, Sherry se volvió al oír un suave golpe en la puerta e invitó a pasar a sus visitantes.

-Venimos a rogaros que nos disculpéis -dijo la madre de Stephen adelantándose hacia ella-. No comprendíamos todo lo referente a vuestro compromiso, vuestro accidente y demás... hasta que Stephen nos lo explicó.

-Me alegro de que aún estéis despierta -prosiguió la hermosa cuñada de Stephen, y fijó en ella sus verdes ojos, rebosantes de una singular expresión de pesar-. Pensé que no podríais dormir por el modo en que nos hemos comportado con vos.

Momentáneamente aturdida por los formulismos sociales acerca del modo apropiado en que debía responder a las disculpas de dos auténticas duquesas, Sherry dejó de preocuparse por el protocolo y se esforzó por aliviar la evidente inquietud de ambas.

-¡No os preocupéis, por favor! -protestó amable y sincera-. No sé qué me impulsaría a mantener en secreto nuestro compromiso, pero a veces me pregunto si cuando actúo de modo espontáneo no resulto algo... excéntrica.

-Creo que sois muy valiente, miss Lancaster -repuso Whitney, al tiempo que se esforzaba por sonreír cuando, en realidad, se sentía triste.

Y como si se le hubiera ocurrido de improviso, le tendió las manos con animada sonrisa.

-¡Ah! ¡Bien venida a la familia! ¡Siempre había deseado tener una hermana!

En aquella forzada y despreocupada alegría de su voz, Sheridan percibió algo que despertó la alarma en su cerebro, y sintió que le temblaban las manos que tendía a su futura cuñada.

-Gracias -dijo tras una torpe pausa.

Aquello parecía tan inadecuado que Sheridan sofocó una histérica risa al tiempo que le explicaba:

-No tengo la menor idea de haber deseado una hermana... Pero estoy muy segura que así debió ser y que me hubiera gustado que fuese tan encantadora como vos.

-Es muy amable por vuestra parte -intervino la duquesa viuda quebrándosele la voz mientras abrazaba a Sherry con aire protector.

Y a continuación le ordenó que se acostara en seguida, como si fuera una criatura.

Se marcharon y prometieron acudir a verla al día siguiente.

Sherry contempló estupefacta la puerta que se cerraba a sus espaldas. Las parientas de su futuro esposo eran tan imprevisibles como él mismo: tan pronto se mostraban frías, distantes e inaccesibles como cálidas, afectuosas y amables. Se dejó caer en el lecho con el

entrecejo fruncido por el asombro, mientras trataba de encontrar la explicación de un comportamiento tan mudable.

Según diversas manifestaciones recogidas durante las pasadas semanas del Post y del Times, los ingleses solían considerar de modo muy poco halagüeño a los americanos, ora como colonos divertidamente maleducados, bárbaros o groseros. Sin duda, las duquesas se habrían preguntado qué debió impulsar a lord Westmoreland a casarse con una de ellos, lo que justificaría su reacción negativa al conocerla. A buen seguro que lord Westmoreland les habría dicho algo para tranquilizarlas, aunque ignoraba qué podía haber sido. Agotada por los infinitos interrogantes que se barajaban sin descanso en su mente, Sherry se apartó los cabellos de la frente y se desplomó en el lecho contemplando el dosel que tenía sobre su cabeza.

La duquesa de Claymore se volvió a un lado y examinó los atractivos rasgos de su marido a la luz de una simple vela que tenían junto al lecho, aunque sus preocupados pensamientos giraban en torno a la «prometida» de Stephen.

-¡Clayfor! -susurró. Y le pasó el dedo por el brazo con aire ausente-. ¿Estás despierto?

Su esposo, con los ojos aún cerrados, frunció los labios en perezosa semisonrisa mientras ella seguía su recorrido hasta el hombro.

-¿Deseas que lo esté?

-Creo que sí.

-Infórmame cuando estés segura de ello -murmuró.

-Advertiste algo raro en Stephen esta noche? Me refiero acerca del modo en que trató a miss Lancaster, su compromiso y todo eso.

El hombre abrió los ojos bastante para dirigirle una irónica mirada de reojo.

-¿Qué puede considerarse extraño en el comportamiento de un hombre que está comprometido provisionalmente a una mujer que no conoce, no ama y con la que no piensa casarse... y que lo cree alguien muy distinto?

Whitney rió brevemente ante aquel compendio de la situación y volvió a sumirse en sus pensamientos.

-Quiero decir que percibí en él un modo de actuar más amable que desde hace muchos años.

Al comprobar que no le respondía, siguió exponiéndole sus razonamientos de modo pausado.

-¿No te parece que miss Lancaster es muy atractiva?

-Diría lo que fuera preciso si te induce a permitirme hacerte el amor o a dejarme dormir.

Se inclinó a besarlo dulcemente en la boca, pero cuando Clayton se disponía a volverse hacia ella, lo contuvo con la mano apoyada en su pecho.

-¿Dirías que miss Lancaster es en extremo atractiva.., de un modo algo inconveniente?

-¿Si respondo de modo afirmativo me permitirás besarte? -bromeó.

Y la cogió por la barbilla dispuesto a hacerlo así.

Cuando hubo terminado, Whitney profirió un profundo suspiro decidida a expresar sus pensamientos antes de sumirse de modo inevitable en el hechizo sensual que con tanta facilidad despertaba en ella.

-¿No te parece que Stephen comienza a experimentar un especial cariño hacia ella? -susurró.

-Creo que te haces vanas ilusiones -bromeó mientras le acariciaba los senos-. Es más probable que se interese por ella DuVille que Stephen, lo que me complacería muchísimo.

-¿Por qué?

-Porque si DuVille estuviera casado, dejaría de pensar en mi esposa -repuso. Se apoyó en el codo y la obligó a reclinarse en los almohadones.

-¡Nicki ya no piensa en mí lo más mínimo! El...

Whitney interrumpió sus protestas porque los labios de su esposo enmudecían sus palabras y sus pensamientos.

22

Sherry alcanzó de puntillas un libro que trataba de América de las estanterías de la biblioteca y se instalo con él en una mesa de caoba. Ojeo las páginas tratando de encontrar en ellas algo que refrescara su memoria o cualquier información que pudiera identificar. Descubrió recargadas ilustraciones de puertos pululantes de barcos y de espaciosas avenidas urbanas atestadas de carruajes, pero nada de ello le resultaba familiar. Puesto que el pesado volumen estaba dispuesto por orden alfabético y que parecía lógico que las imágenes estimularan mejor su memoria que la palabra impresa, se remontó al comienzo de la obra y comenzó a pasar las páginas con lentitud y a detenerse en alguna ilustración. Entre las voces de la letra a encontró información sobre agricultura, con una imagen de verdes campos de trigo y un trasfondo de suaves colinas. Se disponía a pasar la página cuando otra imagen despertó en su mente la fugaz visión de unos campos cultivados, con crecidas y repletas espigas. La imagen se disipó al momento, pero hizo temblar su mano mientras pasaba a sucesivas páginas. La ilustración de una mina de carbón no le sugirió nada, como tampoco otras muchas, hasta que se encontró con la que reproducía a un hombre de rostro anguloso, nariz prominente y largos y negros cabellos. «Indio americano», se leía al pie de la ilustración, y Sherry sintió que la sangre palpitaba en sus sienes al contemplar con fijeza aquel rostro. Se preguntó si sería familiar para ella. Apretó con fuerza los ojos y trató de

concentrarse en las imágenes que revoloteaban y se desvanecían en su mente. Campos... carromatos... y un anciano al que faltaba un diente. Un hombre poco atractivo que le sonreía.

-¿Charise?

Sofocó un grito, se volvió en redondo en su asiento y se encontró con aquel cuya voz solía tranquilizarla o excitarla.

-¿Qué sucede? -inquirió Stephen.

Y fue hacia ella, alarmado al advertir palidez y alteración.

-Nada, milord... -mintió al tiempo que se levantaba y profería una risita nerviosa-. Me habéis sobresaltado.

Stephen frunció el entrecejo y le puso las manos en los hombros examinando con detenimiento sus rasgos y su palidez.

-¿Eso es todo? ¿Qué estabais leyendo?

-Un libro sobre América -dijo.

La deleitaba sentir sus firmes manos en los hombros.

A veces le parecía que Stephen se interesaba sinceramente por ella. Una visión cruzó por su mente, mucho más confusa que otras... pero aliviadora y dulcísima: arrodillado a sus pies y con un ramo de flores en la mano, un hombre, hermoso y moreno, que debía ser el conde, declaraba: «No era nada hasta que llegaste a mi vida..., nada hasta que me diste tu amor..., nada hasta que..., hasta que... »

-¿Queréis que avise a Whitticomb? -inquirió Stephen elevando su tono de voz y sacudiéndola levemente.

Sus palabras la sacaron de su abstracción. Se echó a reír y negó con la cabeza.

-No, desde luego que no. Recordaba algo o quizá tan sólo imaginaba que había sucedido.

-¿De qué se trataba? -se interesó él. Y retiró las manos de sus hombros, aunque mantuvo fija en ella su mirada.

-Prefiero no decirlo -manifestó al tiempo que se ruborizaba.

-¿Qué era? -insistió.

-Os reirías de mí.

-Intentadlo -la apremió en tono cortante.

Sherry puso los ojos en blanco, impotente y consternada, retrocedió y se apoyó en la mesa de la biblioteca, junto al libro abierto.

-Preferiría que no insistierais en ello.

-Pues insisto -la instó Stephen, sin dejarse persuadir por la contagiosa sonrisa que temblaba en sus suaves labios-. Tal vez fuese un auténtico recuerdo y no sólo fruto de vuestra imaginación.

-Debéis ser el único que se entere de esto -admitió ella mientras parecía examinar muy preocupada la cutícula de su pulgar. Ocultó la mirada bajo sus largas pestañas y le preguntó-: ¿Por casualidad cuando me pedisteis en matrimonio mencionasteis que no erais nada hasta que me conocisteis?

-¿Cómo decís?

-Por mucho que parezca repugnaros la idea -añadió Sherry sin rencor-, no imagino que os arrodillarais cuando me propusisteis en matrimonio, ¿verdad?

-En absoluto -repuso Stephen con sequedad.

Se sentía tan ofendido al imaginarse a sí mismo en aquella ridícula posición como para olvidar que nunca le había hecho tal proposición.

La decepción de Sherry ante sus respuestas se vio superada por su creciente desconcierto ante las sucesivas preguntas que le formuló.

-¿Y flores? ¿Me ofrecisteis un ramo cuando me dijisteis «No era nada hasta que me entregasteis vuestro amor, Charise. Nada hasta que entrasteis en mi triste vida»?

Stephen comprendió que ella disfrutaba realmente ante su incomodidad y la cogió por la barbilla.

-Pequeña -dijo con suavidad, advirtiendo que nunca parecía intimidada por él-. Sólo vine a invitaros a que os reunáis conmigo en mi estudio. Mi familia se encontrará también allí dentro de unos momentos para celebrar una conferencia.

-¿Qué clase de conferencia? -preguntó Sherry mientras se detenía a cerrar el libro y devolverlo a la estantería.

-Sobre vos, acerca del mejor modo de introduciros en sociedad -repuso Stephen distraído.

La observaba cómo se ponía de puntillas y se esforzaba por no concentrarse en lo atractiva que estaba con un vestido engañosamente sencillo de color melocotón, con alto cuello mandarín y corpiño muy ajustado, que atraía de forma ingeniosa la atención hacia las tentadoras curvas de su cuerpo, aunque sin exhibir el menor atisbo de él.

Tras una noche de feliz descanso, Stephen había despertado más optimista acerca de su situación desde que ella se desplomara a sus pies en el muelle. Con la ayuda que su familia le había ofrecido, con su colaboración y asistencia, la idea de encontrar un esposo adecuado para ella durante la temporada no sólo parecía una solución ideal sino factible. Estaba tan entusiasmado con ello que les había enviado sendas notas a todos a primera hora de la mañana rogándoles que prepararan dos listas, una de posibles candidatos y otra en la que detallaran todo cuanto tendría que llevarse a cabo a fin de presentarla de modo adecuado.

Puesto que ya contaba con un objetivo específico, Stephen no veía motivo alguno para no llevarlo a cabo con la misma resolución, eficacia y determinación con que solfa triunfar en sus restantes empresas. Al igual que su hermano y algunos nobles, prefería dirigir la mayor parte de sus negocios y asuntos financieros, y se había granjeado merecida fama de realizarlo con brillantez y audacia. A diferencia de la mayoría de sus congéneres, que se sumían cada vez más en deudas por considerar los negocios competencia de la «clase de comerciantes» y, por consiguiente, algo inferior a ellos, Stephen aumentaba cada vez más sus ya vastas propiedades. Y lo conseguía merced a su sentido práctico, pero, ante todo, porque disfrutaba enormemente ante el desafío de poner a prueba su criterio y su sentido de la oportunidad. Lo complacía el estímulo que recibía con el aumento y feliz disposición de sus bienes.

Y se proponía tratar a Sheridan como cualquier otro «bien» apetecible que poseyera y del que se proponía disponer. El hecho de que se tratara de una mujer, no de un artefacto extraño ni de un almacén atiborrado de preciosas mercancías, no influía en su mentalidad ni en su estrategia, salvo en el sentido de que pretendía asegurarse de que su comprador fuera digno y responsable. La única dificultad a que debería enfrentarse consistiría en obtener la colaboración de Sherry para permitirle «disponer de ella».

Había considerado previamente tan delicado problema mientras se bañaba. Cuando Damson hubo sacado de sus armarios una delicada chaqueta de color beige que le mostró para su aprobación, Stephen había llegado a la mejor y única solución. En lugar de sumar otra mentira a las que ya le había contado a Sherry, le diría una verdad parcial. Pero ello sería después de reunirse con su familia.

Sherry recogió los restantes libros que se proponía examinar, así como la pluma y el papel que había encontrado en un cajón del escritorio, y acto seguido se volvió y se cogió del brazo que él le ofrecía. El gesto era tan galante y la expresión de los ojos de Stephen tan cálida que la invadió una incontenible oleada de dicha y orgullo. Ataviado con su chaqueta beige claro, con las largas piernas enfundadas en pantalones de color tostado oscuro y sus relucientes y altas botas, Stephen Westmoreland era tal como los galanes que ella se representaba en sueños: alto, atlético y de impresionante atractivo.

Mientras bajaban la escalera, observó de nuevo con aire furtivo su bien modelado perfil y se maravilló ante la fortaleza y altivez que despedían los rasgos de su bronceado y hermoso rostro. Con la indolente expresión que lo caracterizaba y sus ojos de intenso azul y penetrante mirada, debía apresurar los latidos de los corazones femeninos de toda Europa desde hacía años. Sin duda habría besado a muchas mujeres, porque era evidente que sabía cómo hacerlo y no parecía vacilar lo más mínimo cuando se lo proponía. Miles de mujeres del continente lo habrían considerado tan irresistible como ella y, sin embargo, por alguna razón inexplicable, la había escogido entre todas. Aquello le parecía tan inconcebible que se sintió incómoda. Para no entregarse a dudas e inseguridades, Sherry reanudó la ligera conversación que habían iniciado en la biblioteca.

Ya próximos a las puertas abiertas del estudio, se le dirigió con viva y burlona sonrisa:

-Puesto que no puedo recordar cómo os declarasteis, por lo menos podríais simular que lo hicisteis como es debido, de rodillas. Considerando mi débil estado, sería lo más caballeroso por vuestra parte.

-No soy caballeroso -repuso Stephen con impenitente sonrisa.

-Entonces confío en que, por lo menos, yo tendría el sentido común de haceros aguardar un tiempo prudencial antes de aceptar vuestra poco galante propuesta -replicó con severidad mientras se detenía en la puerta.

Vaciló un instante y luego rió, impotente, ante su incapacidad de recordar.

-¿Os hice esperar, milord? -insistió.

Profundamente cautivado por aquel nuevo cariz frívolo y burlón de la joven, Stephen le siguió de modo instintivo la comente.

-Desde luego que no, miss Lancaster. Lo cierto es que os arrojasteis a mis pies y llorasteis de gratitud ante mi espléndida propuesta.

-¡Sois arrogante y falaz!... -exclamó ella. Y sofocó una carcajada, horrorizada-. ¡No pude hacer tal cosa!

En busca de alguna especie de confirmación miró a Colfax, que montaba guardia junto a la puerta abierta del estudio y que, aunque trataba de simular que no prestaba atención, disfrutaba con aquellas jactancias. Su prometido parecía tan pagado de sí mismo, su expresión era tan afable y complacida, que la joven tuvo la espantosa sensación de que no mentía.

-No es cierto que yo hiciera eso... -dijo en tono débil-, ¿verdad?

Stephen se encogió de hombros para contener su regocijo ante la abrumada expresión de Sherry y, por fin, negó con la cabeza y la liberó de su angustia.

-No -repuso.

No había reparado en que flirteaba con ella y que no se mostraba tan feliz desde hacía muchos años en presencia de sus hipnotizados servidores y de sus fascinados parientes y amigos, que ya se habían reunido mientras ambos estaban en la biblioteca.

-Cuando los hayáis saludado pasearéis un poco por el parque para admirar el paisaje y tomar el aire fresco mientras discutimos los preparativos…

Se interrumpió al percibir un ligero movimiento en el interior del estudio y, al volverse, lo sorprendió encontrarse con una sala repleta de gente que centraba su atención en ellos y que apenas habían proferido un simple sonido para prevenir los de su presencia.

Atribuyó su silencio a la incomodidad que les inspiraba el tópico a debatir en breve y la acompañó al interior de la sala, aguardando mientras ella los saludaba con la efusión y la espontánea cordialidad que mostraba hacia todos, desde los criados hasta su médico. Deseoso de entrar en materia respecto al objeto que los reunía, interrumpió la entusiasta descripción de las facultades de recuperación y del valor de Sherry que Hugh Whitticomb se proponía llevar a cabo.

-Puesto que estamos todos presentes, ¿por qué no comenzáis a discutir el modo de facilitar la entrada de Charise en sociedad mientras la conduzco al coche?

Y a continuación se dirigió a ella:

-Aguardaré a que recojáis un chal ligero y os acompañaré para indicar el itinerario al cochero.

Sherry sentía que la sostenía con firmeza y la alejaba de aquellas personas con las que le hubiera gustado pasar más tiempo, pero le obedeció y se despidió de ellos.

En cuanto salieron, el doctor Whitticomb hizo señas a Colfax de que cerrara las puertas y, acto seguido, observó a la familia de Stephen y advirtió sus expresiones ausentes y pensativas. La escena que habían presenciado hacía unos momentos, mientras Stephen y Chanse Lancaster permanecían junto a la puerta, había bastado para confirmar sus suposiciones, y estaba casi convencido de que el resto de los presentes también había advertido la sutil transformación de Stephen.

Vaciló un instante y, por fin, decidió aventurarse a comprobar si coincidían en su criterio.

-Una joven encantadora, ¿verdad? -comentó con la duquesa, aunque se esforzó por mostrar indiferencia.

-Realmente encantadora -convino la dama sin vacilar-. He advertido que Stephen se muestra muy protector con ella. Jamás lo había visto tratar así a ninguna mujer -prosiguió con melancólica sonrisa-. Y a ella también parece agradarle. Lamento que esté tan obsesionado por buscarle esposo. Tal vez con el tiempo podría...

-Opino exactamente lo mismo -dijo Hugh, con tal rotundidad que ella lo miró con extrañeza y sorpresa.

Satisfecho al comprender que contaba con su apoyo, Hugh se volvió hacia la cuñada de Stephen.

-¿Qué opina vuestra gracia?

Whitney le dirigió una sonrisa de complicidad, muy reconfortante, con la que le prometía su plena colaboración.

-Su compañía me resulta muy agradable y creo que lo mismo le sucede a Stephen, aunque dudo que se resigne a admitirlo.

Hugh contuvo el absurdo instinto de guiñarle un ojo y miró Nicholas DuVille. Hasta entonces, el doctor había sido el único personaje ajeno a la familia que los Westmoreland consideraban como su confidente. DuVille tampoco formaba parte de la familia, ni siquiera era un amigo íntimo. En realidad, había rivalizado con Clayton para conseguir la mano de Whitney y, aunque ella lo tenía en gran estima, Hugh dudaba que su esposo abrigara idéntico afecto hacia él. Tampoco podía adivinar las razones por las que lo habían invitado a asistir a aquella discusión familiar, de carácter privado.

-Encantadora -dijo el francés con serena, sonrisa-. Y sospecho que única. Si nos basamos en cuanto he presenciado, no puedo creer que Stephen sea inmune a sus encantos.

Satisfecho de haber conseguido el apoyo que esperaba, el doctor miró a Clayton Westmoreland, único miembro del grupo que podía dar fin a cualquier clase de intervención si no estaba de acuerdo con ella.

-¿Y vuestra gracia? -inquirió.

El duque lo miró con firmeza y pronunció una sola palabra, muy clara y concreta:

-¡No!

-¿No?

-Sea lo que fuere lo que estáis pensando, olvidadlo. Stephen no acogerá de buen grado ninguna intromisión en su vida privada.

Indiferente a su esposa, que se disponía a polemizar con él, añadió:

-Además, la situación en que se encuentra con miss Lancaster ya está bastante complicada y cargada de engaños.

-Pero ella os agrada, ¿no es cierto? -intervino Whitney con cierta impaciencia.

-Si nos basamos en lo poco que la conozco -recalcó Clayton-, me agrada muchísimo. Sin embargo, también considero lo más conveniente para ella. Sería prudente recordar que cuando recobre la memoria y comprenda que Stephen ha sido el responsable de la muerte de su prometido y que le ha estado mintiendo desde entonces, no le agradará tanto. En realidad, es improbable que nos tenga en gran consideración a ninguno de nosotros cuando llegue ese momento.

-Acaso se sienta avergonzada e irritada al comprender que hasta hace una semana no conocía a Stephen -admitió el doctor Whitticomb-. Sin embargo, aun antes de hallarse fuera de peligro, mostró gran interés por él. Entre otras cosas, me rogaba en todo momento que no le permitiera que se preocupase por ella. Creo que demuestra una gran comprensión, que le permitirá percibir en seguida por qué hemos tenido que mentirle.

-Como he dicho antes -insistió Clayton con firmeza-, Stephen no consentirá que nos entrometamos en su vida privada. Si algún miembro de la familia cree necesario tratar de disuadirlo de que le busque un esposo, o de influir en él a su favor de algún modo, deberá hacerlo abiertamente. Después de eso, habrá que confiar el resultado a Stephen, a miss Lancaster y al destino.

Sorprendido al no encontrar objeciones por parte de su esposa, Clayton se volvió hacia ella para bromear sobre tan poco característico asentimiento, pero observó que ella miraba a DuVille con el entrecejo fruncido y que éste, a su vez, parecía muy divertido. Mientras se preguntaba a qué correspondería aquella silenciosa comunicación, Stephen entró, apresurado, en el estudio.

23

Librodot

-Charise está ausente y no puede escucharnos -anunció mientras cerraba las puertas con cuidado a sus espaldas-. Lamento haberos hecho esperar, pero habéis sido más puntuales de lo que esperaba.

Se dirigió a su escritorio, se sentó tras él y, tras echar un vistazo a sus cómplices, sentados frente a él en semicírculo, entró con rapidez en materia.

-Antes de adentramos en las complicaciones y en los detalles más insignificantes de introducir a Chanse en sociedad -dijo en tono cordial, pero práctico-, abordemos la cuestión de los posibles maridos. ¿Habéis traído vuestras listas de conocidos que puedan ser apropiados para tal fin?

Se oyeron crujir papeles mientras las mujeres rebuscaban en sus bolsitos de mano y Whitticomb hurgaba en su bolsillo para extraer las listas que habían preparado aquella mañana según sus instrucciones. Su madre se adelantó y le tendió una hoja de papel doblada en la que figuraban sus anotaciones, aunque le destacó un importante obstáculo:

-Sin una dote adecuada, miss Lancaster se halla en terrible desventaja, por muy deseable que pueda ser. Si su padre no es un hombre de medios, como sospechas...

-La dotaré con generosidad -repuso Stephen. Y desplegó la nota.

Inspeccionó los primeros nombres de la lista y su reacción osciló del horror a la hilaridad..

-¿Lord Gilbert Reeves? -exclamó, y la miró-. ¿Sir Frances Baker? ¿Sir John Teasdale? ¡Madre, Reeves y Baker deben de tener cincuenta años más que Sherry, y el nieto de Teasdale fue a la universidad conmigo! ¡Esos hombres son ancianos!

-Bien, yo también lo soy -protestó ella a la defensiva-. Dijiste que debíamos confeccionar una lista de solteros conocidos de quienes pudiéramos responder personalmente, y eso es lo que hice.

-Comprendo vuestro punto de vista -repuso Stephen, que se esforzaba por mantener una expresión serena-. Tal vez mientras examino las restantes listas podríais concentraros en algunos hombres más jóvenes que gocen de buena reputación, aunque no estéis tan bien relacionada con ellos.

Ante su señal de asentimiento, Stephen se dirigió a su cuñada y recogió, sonriente, su lista.

Sin embargo, su sonrisa se desvaneció cuando contempló la larga lista de nombres.

-¿John Marchmann? -comentó con el entrecejo fruncido-. Marchmann es un deportista contumaz. Si Charise desea verlo alguna vez, tendrá que recorrer todas las vías fluviales de Escocia e Inglaterra y pasarse el resto de su vida de caza.

Whitney exhibió una expresión de confusa inocencia.

-Sin embargo es muy atractivo y también muy divertido.

-¿Marchmann? -repitió Stephen incrédulo-. ¡Lo aterran las mujeres! ¡Es casi cuarentón y aún se sonroja ante una mujer bella!

-Pero es muy cortés y agradable.

Stephen asintió con aire ausente y examinó el siguiente nombre y, luego, a ella:

-El marqués DeSaile no es adecuado. Es un mujeriego empedernido y, por añadidura, un absoluto hedonista.

-Tal vez -admitió graciosamente Whitney-, pero posee encanto, riqueza y excelentes modales.

-Crowley y Whiltshire son demasiado inmaduros y temperamentales para ella -prosiguió después de examinar los dos nombres siguientes-. Crowley no es muy brillante, pero su amigo Whiltshire tiene un cerebro de mosquito. Se enfrentaron en duelo hace unos años y Crowley se disparó a sí mismo en el pie. -Hizo caso omiso de la divertida risita de su cuñada y añadió asqueado-: Al cabo de un año decidieron zanjar otra discusión en el campo del honor y Whiltshire disparó contra un árbol.

Dirigió una mirada reprobadora a Whitney, que seguía riéndose.

-No fue divertido -concluyó---. La bala de Crowley rebotó en un árbol y acertó a Jason Fielding, que se había reunido a toda prisa con ellos para tratar de detenerlos. De no haber herido a Jason en el brazo derecho, es probable que Crowley no hubiera salido ileso del lance. Si Charise se casara con cualquiera de ellos, conseguirían hacerla, enviudar por sus propios méritos: te doy mi palabra de ello.

Observó otros dos nombres y la miró con severidad.

-Warren es un petimetre remilgado; Serangley, un absoluto pelmazo. No puedo creer que consideres a esos hombres pretendientes adecuados para nadie, y mucho menos para una joven inteligente y sensible.

Durante otros diez minutos Stephen desdeñó a todos los candidatos de las listas por diversas razones que tan sólo a él le parecían consistentes, pero experimentaba la enojosa sensación de que al grupo reunido a su alrededor parecía divertirle su rechazo.

Ante el último nombre de la lista de Whitney, frunció el entrecejo y se ensombreció su semblante.

-¡Roddy Castairs! -exclamó con desagrado-. ¡No permitiría en modo alguno que ese enano se acercase a Charise! Es un figurín y un egoísta de lengua viperina. No se ha casado porque aún no ha encontrado una mujer que considere digna de él.

-Roddy no es pequeño -protestó Whitney con firmeza-, aunque admitiré que tampoco es demasiado alto, pero es un buen amigo mío. -Se mordió el labio inferior para disimular su sonrisa y añadió-: Te muestras en exceso exigente.

-Trato de ser práctico.

Librodot

Descartó la lista, recogió la de Hugh Whitticomb y, tras observarla, la tiró a un lado con expresión ceñuda.

-Al parecer, mi madre y vos tenéis muchos amigos en común.

Con un suspiro de irritación se levantó, rodeó con impaciencia la mesa y, apoyando la cadera en el borde, cruzó los brazos en el pecho y contempló a su hermano con frustración y esperanza.

-Aunque veo que no traes listas, debes conocer a alguien que resulte conveniente para Charise.

-Así es -repuso su hermano con entonación divertida-. He meditado en ello mientras te oía rechazar a todos los aspirantes.

-Y he comprendido que conozco a alguien que, aunque no reúne los más exigentes criterios es, sin duda, el más adecuado para ella.

-¡Gracias a Dios! ¿Quién es?

-Tú mismo.

El eco de las palabras persistieron en el aire mientras Stephen contenía un extraño e irracional resentimiento.

-¡Yo no soy un candidato! -replicó con frialdad.

-¡Excelente!

La divertida exclamación de Nicholas DuVille atrajo al punto la atención de todos mientras extraía de su bolsillo una hoja de papel escrito con el membrete de su blasón familiar.

-En ese caso no perderé el tiempo en preparar mi propia lista. Porque supongo que, si he sido invitado a comparecer, también debía traerla -añadió al ver que Stephen se disponía a recoger su papel.

-Ha sido muy amable por vuestra parte tomaros tantas molestias -dijo Stephen.

Se preguntaba por qué había permitido que los absurdos celos que su hermano sentía hacia DuVille empañaran sus impresiones personales sobre él. Nicholas DuVille no sólo era atractivo, culto y bien educado, sino también ingenioso y muy agradable. Desplegó la lista y descubrió un único nombre escrito en ella. Alzó la mirada y lo observó con los ojos entornados.

-¿Es ésta vuestra manera de bromear?

-No esperaba que la idea os pareciese ridícula -repuso DuVille sin alterarse.

Stephen lo observó, incrédulo, entre un frío silencio y, por primera vez, advirtió su exasperante arrogancia, incluso en el modo de sentarse, con los guantes de montar que

colgaban con descuido de una mano. Al advertir que ninguno de los presentes comprendía de qué hablaban, trató de aclarar el asunto y poner en tela de juicio la integridad de DuVille.

-¿Deseáis sinceramente ser incluido entre los pretendientes de Charise Lancaster?

-¿Por qué no? -replicó Nicki, que disfrutaba de modo muy visible ante el desconcierto de su interlocutor-. No soy demasiado viejo, enano ni me he disparado jamás en el pie. No me agrada la pesca, no soy un gran aficionado a la caza y, aunque tengo algunos vicios, nadie me ha acusado jamás de ser un figurín ni de tener lengua viperina.

«... pero sí os han tachado de egoísta! -pensó Stephen, con una nueva oleada de hostilidad-. Y de ser un tipo fastidioso.»

Imaginó que el delicado francés abrazaba con pasión a Charise mientras su espléndida melena caía como ondas de fuego sobre el brazo de DuVille y su hostilidad creció hasta transformarse en indignación. Todo el calor e inocencia de aquel espíritu rebelde y vital, su valor y su consideración entregados a aquel tipo, que pretendía... ¡casarse con ella!

La injustificada ira de Stephen cedió, de pronto, y dio paso al sentido común y a la comprensión de que el destino acababa de facilitarle la solución ideal a sus problemas. DuVille era perfecto. En realidad, estaba considerado como un magnífico partido entre la alta sociedad.

-¿Debo interpretar vuestro silencio como que estáis de acuerdo? -inquirió su interlocutor, al parecer muy seguro de que Stephen no podía formular objeción alguna a su propuesta.

Stephen recuperó sus modales, aunque no su actitud cordial hacia él y, tras una señal de asentimiento, repuso con absoluta cortesía:

-Desde luego. Contáis con mis bendiciones como su... -Se disponía a decir «tutor», mas se interrumpió porque no lo era con carácter legal.

-¿Como su prometido a la fuerza? -sugirió Nicki-. ¿Un prometido que desea verse aliviado de la obligación de casarse con ella para prolongar su soltería sin la pesada carga de una conciencia culpable en su situación de célibe?

Whitney observó cómo apretaba su cuñado la mandíbula y distinguió un brillo amenazador en sus ojos azules. En semejante estado de ánimo le constaba que podía desollar vivo a Nicki sin considerar el hecho de que fuera su amigo ni un invitado de su casa. Sus temores se confirmaron cuando Stephen volvió a cruzar los brazos y sometió a Nicki a una despectiva y penetrante mirada que resbaló desde su cabeza hasta sus pies. Abrió la boca y aguardó a comprobar si su cuñado se tragaba de algún modo el anzuelo que Nicki le había esperado, diciendo que él mismo se casaría con Charise pero, en lugar de ello, Stephen manifestó en tono insultante:

-Pienso que deberíamos discutir vuestras aptitudes o falta de ellas de modo más extenso, DuVille. Al rechazar a uno de los restantes rivales creo que se mencionó la palabra «lujuria»...

-¡No, de ningún modo! -estalló Whitney desesperada.

Stephen se volvió a mirarla y cuando ella comprendió que perdía parte de su ímpetu, lo increpó, furiosa:

-¡Por favor, Stephen, no descargues tus frustraciones en Nicki, que sólo desea ayudar!

Y dirigió una rápida mirada a DuVille, que había permanecido muy tranquilo mientras Stephen lanzaba su diatriba y que más bien parecía considerar un crimen que un matrimonio. En cuanto a su exasperante esposo, aunque contemplaba sentado la escena como si disfrutara ante la tensión de los dos hombres, intervino en respuesta a su silenciosa petición.

-La verdad, Stephen, éste no es modo de tratar a tu futuro yerno -dijo con sequedad, en un recuso humorístico para disipar la tensión.

-¿Mi qué? -inquirió Stephen indignado.

-Dado que prometiste facilitar una dote <generosa», diría que eso te sitúa en el papel de padre repuso Clayton con burlona sonrisa-. Ahora bien, puesto que DuVille tan sólo se ha ofrecido como posible pretendiente, no como esposo, mi consejo es que guardes las hostilidades contra él hasta después de la boda.

No pasó inadvertido lo absurdo de la escena a ambos contendientes que se relajaron de modo visible, pero Whitney no logró respirar tranquila hasta que Stephen tendió por fin la mano a Nicki en ademán conciliatorio.

-Bien venido a la familia -lo saludó irónico.

-Gracias -repuso Nicki, que se adelantó, a su vez, a estrechársela. Y bromeó-: ¿Cuán importante es la dote que puedo esperar?

-Puesto que hemos superado el primer problema -prosiguió Stephen al tiempo que rodeaba de nuevo el escritorio y volvía a sentarse-, consideremos los posibles inconvenientes a que nos enfrentaremos al introducir a Charise en sociedad.

Whitney lo sorprendió al instante con una objeción:

-No será necesario. Nicki ya se ha ofrecido como candidato.

Stephen le lanzó una mirada asesina mientras recogía una hoja de papel de su escritorio.

-Quiero que Charise tenga más de un aspirante donde escoger, lo que significa que tendrá que relacionarse en sociedad. También me gustaría que, si es posible, depositara su afecto en alguien cuando recobre la memoria. Ello contribuirá a mitigar el dolor que pueda sentir cuando se entere de la muerte de Burleton.

-Eso es esperar demasiado en tan breve espacio de tiempo -objetó al punto DuVille.

Stephen desechó sus palabras con un gesto negativo.

-En este caso no es así. Apenas conocía a Burleton. No creo que se convirtiera en centro de su universo durante el breve espacio de tiempo que estuvo con ella en América.

Nadie le rebatió la lógica de tal argumento, pero a partir de aquel instante, todo lo concerniente a la introducción de Charise en sociedad degeneró en un interminable debate. Stephen escuchaba y sentía crecer su frustración a medida que se sugerían los diversos obstáculos y problemas, de lo posible a lo absurdo, con que podrían encontrarse si presentaban a Charise durante la temporada.

24

Al cabo de una hora, cuando Stephen comenzaba, impaciente, a rechazar las objeciones que los demás formulaban a su plan, Hugh Whitticomb decidió, de pronto, expresar su opinión profesional como doctor de Charise.

-Lo siento, pero no puedo permitirlo -dijo rotundo.

-¿Os importaría informarme de vuestras razones? -repuso Stephen, mordaz, al ver que el médico parecía dar por zanjada la cuestión, como si no hubiese más que decir.

-Vuestra argumentación de que la buena sociedad disculparía la falta de modales de miss Lancaster por ser americana acaso, en parte, fuese cierta. Sin embargo, la joven es bastante sensible para advertir en seguida que carece de ciertas dotes sociales y es probable que se convirtiera en su crítica más dura. Esto se sumaría a la extrema tensión a que ya se halla sometida, y no puedo consentirlo. La temporada comienza dentro de pocos días, un plazo demasiado breve para que aprenda todo lo necesario y se inicie de pleno derecho, por inteligente que sea.

-Y, aunque ello no constituyera un obstáculo -añadió Whitney-, tampoco podremos equiparla en tan poco tiempo.

Serán precisas muchas presiones para conseguir que madame LaSalle o cualquier otra modista aceptable se dedique al guardarropa de miss Lancaster, cuando ya están agobiadas con sus dientas habituales.

Stephen prescindió por el momento de aquel problema y dirigió sus observaciones a Whitticomb.

-No podemos mantenerla aislada de todos. De ese modo no logrará conocer a sus potenciales pretendientes y, por añadidura, la gente empezará a murmurar y a preguntarse por qué la escondemos. Y, lo que es más importante, causará extrañeza a la propia Charise, y sospecho que la conclusión que extraerá es que nos avergonzamos de ella.

-No había pensado en eso -reconoció Whitticomb, que se mostró muy preocupado ante tal posibilidad.

-Sugiero que nos comprometamos -dijo Stephen al tiempo que se preguntaba por qué todos parecían más inclinados a descubrir inconvenientes que a encontrar soluciones-. Procuraremos que aparezca lo mínimo en público. En tanto que uno de nosotros permanezca a su lado cuando asista a un acto social, podremos protegerla de preguntas molestas.

Librodot

-No lo conseguiréis por completo -argumentó Whitticomb-. ¿Quién dirás a la gente que es y cómo explicarás su pérdida de memoria?

-Contaremos la verdad, pero sin entrar en muchos detalles. Diremos que sufrió un accidente y que, aunque todos respondemos de su identidad así como de que posee cuna y personalidad elevadas, no puede responder a preguntas durante algún tiempo.

-¡No imagináis cuán cruel es la gente! Su falta de conocimientos acaso sea interpretada como estupidez.

-¿Estupidez? -Stephen sofocó una seca carcajada-. ¿Cuánto tiempo hace que no asistís a un baile de debutantes y tratáis de mantener una conversación sensata con alguna de las jóvenes que asisten por primera vez? -Sin aguardar respuesta, prosiguió-: Aún recuerdo la última ocasión que lo hice. La mitad de ellas eran incapaces de tratar de un tema ajeno a la última moda y al tiempo; el resto no sabía hacer otra cosa que sonrojarse y sonreír bobamente. Charise posee una gran inteligencia, lo que resultará evidente a cualquiera con bastante agudeza para reconocer tal virtud.

-No creo que le parezca estúpida a nadie -intervino Whitney-. Es más probable que la encuentren misteriosa; en especial los galanes jóvenes.

-Entonces estamos de acuerdo -decidió Stephen con acento irrevocable que prevenía contra lo inútil de cualquier nueva argumentación-. Whitney, madre y tú haréis lo necesario para que vista de modo adecuado. La presentaremos en sociedad bajo nuestro patrocinio y, a continuación, nos aseguraremos de que uno de nosotros esté siempre con ella. Comenzaremos por llevarla a la ópera, para que pueda ser vista, pero difícil abordarla y, después, a algún concierto y a sesiones de té. Su aspecto es tan extraordinario que sin duda despertará considerable atención y, si ven que no aparece en seguida en los bailes, aumentará el misterio que la rodea y, como Whitney ha observado, eso redundará en nuestro beneficio.

Satisfecho al pensar que se habían resuelto los problemas más importantes, paseó su mirada por toda la habitación.

-¿Creéis que debe discutirse algo más? -añadió.

-Una cosa -señaló su madre en tono rotundo-. No puede quedarse bajo tu techo un día más. Si se sabe que ha permanecido sola en esta casa, sin una acompañante femenina, no podremos hacer nada para salvar su reputación y no le será posible encontrar un partido conveniente. Será un milagro que los sirvientes no hayan chismorreado ya por ahí.

-Los sirvientes la adoran: no dirían una palabra que la perjudicara.

-Aunque así sea, acaso hayan hablado con los criados de otras casas, sin ánimo de criticarla. Y en el momento en que hayan circulado rumores por la ciudad, se habrá convertido en tu querida, y no podemos arriesgarnos a esa clase de chismorreos.

-Podríamos invitarla a nuestra casa -propuso Whitney.

Lo hacía de mala gana, porque intuía que Stephen esperaba aquella oferta, pero no la complacía en absoluto tal solución. Le disgustaba apartar a Charise de la esfera inmediata de su cuñado. En cuanto comenzara la ronda de actividades sociales, con las aglomeraciones de

gente que se concentrarían en todas ellas, acaso Stephen y ella pasarían días sin encontrarse, o sólo se verían durante breves instantes en cada ocasión.

-Estupendo -convino su cuñado con enojosa satisfacción-. Se alojará en vuestra casa.

Hugh Whitticomb se quitó las gafas con bordes metálicos y se limpió los cristales con el pañuelo.

-Me temo que no estoy de acuerdo con ello.

-¿Qué queréis decir? -repuso Stephen, en un esfuerzo sobrehumano por contener su impaciencia hacia el recalcitrante médico.

-Que no puedo permitir que sea trasladada a un entorno desconocido, entre personas extrañas.

Observó que Stephen enarcaba las cejas dispuesto a discutir. Whitticomb miró a los presentes y, en tono grave y admonitorio, añadió:

-Miss Lancaster se cree prometida a Stephen, y eso es muy importante para ella. El fue quien permaneció a su lado cuando se debatía entre la vida y la muerte, y confía en él.

-Le explicaré lo inapropiado que es que siga aquí -se apresuró a responder Stephen-, y seguro que lo comprenderá.

-Ella no tiene ningún concepto acerca de la importancia de lo adecuado, Stephen -lo contradijo Whitticomb sin alterarse-. Si así fuera, no se habría presentado con un salto de cama de color lavanda la noche que vine a visitarla.

-¡Stephen! -exclamó su madre.

-Estaba totalmente vestida -repuso éste con un despectivo encogimiento de hombros-. Y no tenía otra cosa que ponerse.

Nicholas DuVille se incorporó a la discusión.

-No puede quedarse aquí sin una señorita de compañía. No lo permitiré.

-No tenéis nada que ver en esto -replicó Stephen.

-No opino de igual modo: me niego a ver mancillada la reputación de mi futura esposa. También debe aceptarla mi familia.

Stephen se recostó en su asiento, formó un triángulo con la punta de los dedos y se lo quedó mirando unos momentos sin disimular su desagrado.

-No recuerdo haber oído vuestra propuesta, DuVille -observó con voz tan fría como su mirada.

Nicki enarcó una ceja con aire desafiante.

-¿Queréis que la formule ahora mismo?

Librodot

-Os dije que deseo que escoja entre sus pretendientes -repuso en tono amenazador al tiempo que se preguntaba cómo podía permitir su hermano que tan arrogante bastardo estuviera siempre a pocos pasos de su esposa-. En estos momentos, vos sólo sois un posible aspirante a su mano. Si deseáis mantener ese estatus durante otros sesenta segundos, os sugiero que…

-Podría quedarme aquí con miss Lancaster -intervino, desesperada, la duquesa viuda.

Los dos hombres interrumpieron con renuencia su enfrentamiento visual y contemplaron a Hugh Whitticomb en espera de su decisión. En lugar de responder en seguida, el doctor siguió limpiándose las gafas mientras consideraba el efecto amortiguador que sin duda produciría la presencia de la duquesa viuda en un romance floreciente, una mujer imponente y majestuosa que rondaba los sesenta y demasiado severa para permitir la clase de intimidad que Hugh deseaba mantener entre Stephen y Charise Lancaster. Además, sin duda intimidaría a la joven, por mucho que se esforzase en conseguir lo contrario. Consideró a toda prisa el argumento más convincente para rebatir su propuesta.

-En pro de vuestra salud, vuestra gracia, no creo que debáis imponeros la responsabilidad de convertiros en carabina constante -dijo-. No me agradaría que se os reprodujese el problema del año pasado.

-¡Pero dijisteis que no era serio, Hugh!... -protestó ella.

-Prefiero que os conservéis así.

-Tiene razón, madre -dijo Stephen, pues comprendía que ya había abrumado en exceso a su familia con sus propios problemas-. Necesitamos encontrar a alguien que pueda estar con ella en todo momento -propuso, secundando la propuesta. Y añadió-: Una acompañanta de reputación y personalidad impecables, que haga asimismo las veces de una señorita d compañía.

-Acaso Lucinda Throckmorton-Jones -propuso la duquesa viuda tras meditar unos momentos-. Nadie se atrevería a poner en duda la reputación y honorabilidad de una joven que haya sido confiada a ella.

-¡No, por Dios! -exclamó Hugh con tal energía que dejó a todos sorprendidos-. ¡Esa arpía de afilado rostro acaso sea la dueña preferida entre nuestras mejores familias, pero devolvería a miss Lancaster a su lecho de enferma! Se negó a moverse de mi lado cuando aplicaba un ungüento en un dedo a una de sus pupilas. Parecía temer que intentase seducir a la necia criatura.

-Bien, ¿qué sugerís entonces? -replicó Stephen, perdido todo rastro de paciencia con el obstinado médico.

-Confiadme el asunto -le respondió, ante su sorpresa-. Acaso conozca a la persona adecuada, si su salud responde a esa tarea. En estos momentos, ella se siente muy sola e incluso inútil.

La duquesa madre lo contempló con interés:

-¿A quién os referís?

Para no arriesgarse a que la astuta dama vetase al punto a su candidata, Hugh decidió encargarse del asunto personalmente y presentarlo a posteriori como un hecho consumado.

-Dejad que lo piense con más detenimiento antes de decidirme por alguien en particular. Mañana mismo puedo traerla. Aunque Charise pase otra noche bajo el mismo techo que Stephen, no se verá más perjudicada.

Los interrumpió el anuncio de Colfax de que miss Lancaster regresaba de su paseo.

-Creo que con esto queda todo resuelto comentó Stephen. Y se levantó dando por concluida la reunión.

-Salvo dos pequeños detalles observó Clayton-. ¿Cómo pretendes ganarte la colaboración de tu prometida en tu proyecto de encontrarle otro esposo sin humillarla ni anonadarla? Y qué pretendes hacer cuando ella diga que estáis prometidos? Todo Londres se reirá de ella.

Stephen abrió la boca dispuesto a manifestar una vez más que no era su prometido, pero guardó silencio.

-Lo solucionaré esta noche o mañana -repuso.

-Actuad con discreción -le aconsejó Hugh-. No la disgustéis.

Whitney se levantó y comenzó a calzarse los guantes.

-Creo que será conveniente que visite cuanto antes a madame LaSalle. Convencerla para que deje cuanto tenga entre manos y se disponga a elaborar ahora mismo todo un guardarropa, cuando la estación está en plena efervescencia, exigirá un milagro.

-Exigirá una gran suma de dinero de Stephen, no un milagro -repuso su marido con una risita-. Te dejaré en casa de LaSalle, pues me viene de paso a White's.

-White's se halla en dirección contraria, Claymore observó Nicki-. Si me lo permitís, acompañaré a vuestra esposa a la modista. Quizá por el camino ella podrá sugerirme el mejor medio de ganarme la confianza de miss Lancaster.

Clayton asintió secamente, pues no podía objetar nada en contra, y DuVille ofreció su brazo a Whitney, que se detuvo a besar a su -esposo en la mejilla. En cuanto se ausentaron los cuatro, los dos hermanos observaron la retirada de DuVille con idéntico desagrado.

-¿Cuántas veces deseas hacerle tragar los dientes a DuVilie? -preguntó Stephen en tono cínico.

-No tantas como sospecho que lo desearás tú en lo sucesivo -repuso Clayton con ironía.

-¿En qué pensáis, Nicki? -preguntó Whitney tras volverse hacia atrás para asegurarse de que el mayordomo de Stephen cerraba la puerta y no los oía.

Librodot

Ella miró de reojo con una sonrisa y señaló hacia su carruaje.

-Pienso que, en estos momentos, vuestro marido y vuestro cuñado imaginan cualquier pretexto para eliminarme.

Whitney sofocó la risa mientras el lacayo se precipitaba a disponer la escalera y ella subía al carruaje.

-Creo que Stephen es quien más lo desea.

-Un pensamiento alarmante, puesto que es de temperamento más violento y con la reputación de un tirador de primera -repuso él riendo.

Ella adoptó una grave expresión.

-Nicki, mi esposo se mostró muy específico acerca de que no nos entrometiéramos. Pensé que habíais comprendido la advertencia que trataba de daros de que no os ofrecierais como pretendiente de miss Lancaster. Tendréis que retirar vuestra candidatura en la primera ocasión. Clayton raras veces me prohíbe algo, y no me enfrentaría a él silo hiciera.

-No lo desafiáis vos, chérie, sino yo. Además, sólo dijo que la «familia» no debía entrometerse. Y yo no formo parte de ella, ante mi eterno pesar.

Sonrió para restar solemnidad a sus palabras y Whitney comprendió que tan sólo flirteaba.

-Nicki...

-¿Sí, querida?

-No me llaméis así.

-¿Sí, vuestra gracia? -bromeó.

-¿Recordáis lo ingenua y torpe que me sentí cuando para contribuir a «lanzarme» en sociedad asististeis a mi debut y me dedicasteis especial atención?

-Nunca fuisteis torpe, chérie. Erais deliciosa, inocente y poco convencional.

-Charise Lancaster es tan inexperta como lo era yo. Más aún -insistió-. No permitáis que confunda vuestras atenciones por auténtica devoción. Quiero decir que no consintáis que os cobre excesivo afecto. No podría soportar que fuésemos responsables de herirla más de lo debido.

Nicki estiró las largas piernas, las miró pensativo un instante y, luego, le dirigió una sonrisa.

-Cuando asistía vuestro debut recuerdo haberos advertido que no confundieseis un inocente flirteo por algo más significativo. Lo hice así para que no os sintieseis herida. ¿Recordáis aquella ocasión?

-Sí.

-Y, al final, fuisteis vos quien me rechazasteis.

-Después de lo cual aliviasteis vuestro «destrozado corazón» con una infinita serie de damas complacientes.

-Charise Lancaster me recordó a vos desde el primer momento en que la vi-repuso, en lugar de negar sus afirmaciones-. No puedo explicar si porque se aparta tanto de lo corriente o por el extraordinario parecido que guarda con vos, aunque no desespero en descubrirlo.

-La quiero para Stephen, Nicki. Es perfecta para él y me consta que el doctor Whitticomb opina igual que yo. Lo único que se supone que debéis hacer es dedicarle bastantes atenciones para poner algo celoso a mi cuñado...

-Creo que lo conseguiré sin esforzarme -rió entre dientes.

-…para que Stephen comprenda cuán deseable es y el riesgo que corre de que se la quiten.

-Si os proponéis respetar los dictados de vuestro esposo acerca de no implicaros, me temo que vais a tener que confiar en mis métodos, ¿de acuerdo?

-De acuerdo.

25

Advertida por un lacayo de que el conde la aguardaba en su estudio, Sheridan cruzó el pasillo de la planta superior saludando alegremente a los criados, se detuvo ante un espejo de marco dorado para asegurarse de que iba bien peinada, se alisó a continuación la falda de su vestido nuevo de color lima y se presentó ante Hodgkin, que, apostado frente a las puertas abiertas del estudio, observaba a los lacayos mientras aplicaban cera a las graciosas mesitas y pulían los candelabros de plata.

-Buenos días, Hodgkin. Tenéis un aspecto espléndido. ¿Es nuevo ese traje?

-Sí, miss Lancaster. Gracias, miss Lancaster -dijo el segundo mayordomo.

Se esforzó en vano por disimular su complacencia al ver que ella también advertía su buen aspecto con el nuevo uniforme que le correspondía cada seis meses como gajes de su empleo. Irguió los hombros con gran rigidez y le confió:

-Lo recibí ayer mismo del sastre.

-Yo también llevo un vestido nuevo -le confesó ella a su vez.

Stephen había levantado la mirada al oír su voz y observaba cómo se recogía las faldas y realizaba una lenta pirueta en honor de Hodgkin.

-¿Verdad que es precioso? -la oyó decir.

La escena era tan espontánea y encantadora que Stephen se anticipó a su servidor.

-Realmente precioso -se apresuró a responderle.

Lo que hizo que Hodgkin se sobresaltase nervioso y que Sheridan se soltase la falda, pero le sonrió, muy atractiva, al tiempo que se acercaba a su escritorio con un suave balanceo de caderas. Las mujeres que Stephen conocía habían aprendido a andar y a comportarse con la experta precisión de seres ejercitados, pero Sheridan se desenvolvía con gracia natural, como si andar fuera lo que debería ser, un acto característico y netamente femenino.

-Buenos días -lo saludó. Señaló el montón de documentos y correspondencia que tenía sobre el escritorio y añadió-: Espero no interrumpiros. Pensé que deseabais yerme en seguida.

-No me interrumpís -la tranquilizó Stephen-. En realidad, he despedido a mi secretario para que pudiésemos estar a solas. Sentaos, por favor.

Y dirigió una mirada a Hodgkin señalando con brevedad las puertas en muda indicación de que las cerrase. Mientras los batientes de roble se entornaban en silencio, Stephen advirtió cómo ordenaba ella sus faldas, se alisaba las arrugas y observaba sus pies para asegurarse de que no se pisaba el borde. Satisfecha de que todo estuviera en perfecto orden, lo miró, expectante, con inquisitiva mirada. -

Comprendió que confiaba en él de un modo implícito y, a cambio, él se proponía abusar de aquella confianza y manipularla. A medida que se prolongaba el silencio de manera incómoda, Stephen descubrió que había temido aquel instante más de lo que imaginaba, lo suficiente para haberlo aplazado la noche anterior a fin de poder disfrutar de la velada en su compañía. Sin embargo, no había razones para retardar el momento. Y, no obstante, descubrió que aquello era exactamente lo que estaba haciendo.

Trató de encontrar en seguida un tópico y, al no conseguirlo, rompió el incómodo silencio con la primera observación que se le ocurrió:

-¿Qué tal pasáis la mañana?

-Es un poco pronto para decidirlo -repuso ella, serena, pero con los ojos iluminados por el regocijo-. Sólo hace una hora que desayunamos.

-¿Sólo una hora? Pensaba que había transcurrido más tiempo -dijo Stephen.

Se sentía tan torpe e incómodo como un joven inexperto que estuviera a solas con una mujer por primera vez.

-Y bien, ¿qué habéis hecho desde entonces?

-Cuando me hicisteis llamar estaba en la biblioteca buscando algo para leer.

-¿Queréis decir que habéis acabado con todas aquellas revistas que os envié? ¡Era una montaña inmensa!

Ella se mordió el labio y le dirigió una jocosa mirada.

-¿Habéis llegado a ojear alguna de ellas?

-No. ¿Por qué?

-No creo que las encontrarais muy edificantes.

Stephen no sabía nada de revistas femeninas, salvo que las mujeres las leían con atención. Pero con el intento de mantener una conversación, se interesó cortésmente por las revistas que había recibido.

-Bien, hay una con un nombre muy largo. Si no recuerdo mal, se llama Galería mensual femenina o Revista erudita para solaz e instrucción: un compendio de cuanto puede propiciar la fantasía, instruir la mente o exaltar la personalidad de las mujeres británicas.

-¿Todo eso en una revista? -bromeó Stephen-. Es una empresa muy ambiciosa.

-Así lo creí hasta leer los artículos. ¿Sabéis de qué trataba uno de ellos?

-A juzgar por vuestra experiencia, temo aventurar una sospecha -repuso riendo.

-Trataba del colorete -lo informó.

-¿Cómo?

-El artículo explicaba cómo aplicar el colorete en las mejillas. Era absolutamente fascinante. ¿Suponéis que ello se incluye en el concepto de «instruir la mente» o «exaltar la personalidad»? inquirió, con fingida gravedad, mientras Stephen reía y agitaba de modo incontrolable los hombros ante su ingeniosa ocurrencia-. Sin embargo, en otras aparecían artículos mucho más trascendentes. Por ejemplo, en una de ellas, llamada La Belle Assemblée, La hermosa corte o Revista de modas, especialmente dedicada a las damas, aparecía un tratado que informaba sobre el modo correcto en que las jóvenes deben sostenerse las faldas cuando hacen una reverencia. Me quedé sobrecogida. Nunca hubiera imaginado que fuera preferible usar sólo los pulgares e índices para tal fin en lugar de todos los dedos. El ideal al que toda dama debe aspirar es la suma perfección, ¿sabéis?

-¿Esta teoría es vuestra o de la revista? -inquirió Stephen sonriendo.

Ella lo miró de reojo, con una expresión que era un portento de desenvoltura e irreverencia.

-¿Qué os parece?

El conde pensó que prefería aquella desenvoltura e irreverencia todos los días de su vida a una suma perfección.

-Creo que debemos retirar esa basura de vuestra habitación.

-¡Oh, no, no lo hagáis! Os lo digo con sinceridad. Cada noche, al acostarme, leo los artículos.

-¿De verdad? -se interesó Stephen, porque parecía hablar muy en serio.

-¡Oh, sí, leo una página y doy cabezadas! Siempre es más efectivo que un somnífero.

Stephen apartó la mirada de su atractivo rostro y observó cómo se apartaba el cabello de la frente y con una sacudida despedía una cascada de rizos sobre su hombro. A él le había agradado como estaban, cubriendo cándidamente su seno derecho.

-Puesto que ya hemos descartado el colorete y las reverencias, ¿en qué estáis interesada? exclamó, irritado, ante el insoportable giro que tomaban sus pensamientos.

«En vos -pensó Sherry-. Me interesáis vos. Me interesa saber por qué parecéis incómodo en estos momentos. Me in1eresa por qué a veces me sonreís como si sólo estuvierais pendiente de mí y únicamente yo os importara. Me interesa la razón de que, a veces, comprendo que no deseáis yerme en absoluto, aunque esté delante de vos. Me interesa todo cuanto os afecta, porque deseo muchísimo importaros. Me interesa la historia. Vuestra historia. Mi historia.»

-Historia. Me gusta la historia -exclamó con viveza tras una pausa.

-¿Y qué más os agrada?

Puesto que no podía recurrir a sus recuerdos, le dio la única respuesta que se le ocurrió.

-Creo sentir gran afición por los caballos.

-¿Por qué lo decís?

-Ayer, cuando vuestro cochero me llevó de paseo por el parque, vi a algunas damas que cabalgaban y me sentí... dichosa, animada. Creo que sabré cabalgar.

-En ese caso buscaremos una montura adecuada y lo descubriremos. Enviaré recado a Tattersall's y encargaré que busquen una yegua mansa y dócil para vos.

-¿Tattersall's?

-Es una casa de subastas.

-¿Puedo ir yo también?

-No, sin provocar un escándalo. -Y, ante su sorprendida mirada, añadió sonriente-: No se permite la presencia femenina.

-¡Ah, comprendo! En realidad, preferiría que no gastarais dinero en una montura. Acaso resulte que no sé cabalgar. ¿Podría probar con uno de vuestros caballos para comprobarlo? Se lo pediré a vuestro cochero...

-Ni siquiera se os ocurra -advirtió con sequedad-. No poseo ningún corcel apropiado para vos ni para ninguna dama, por muy experta que seáis. Mis caballos no son adecuados para pasear por el parque.

-No creo que imaginara eso ayer. Deseaba galopar y sentir el viento en el rostro.

-Nada de galopes -anunció.

Por mucha equitación que hubiera practicado, ella no era como una robusta campesina, sino esbelta y delicada, sin energías para emprender marchas.

-No deseo volver a traeros a casa en estado inconsciente -le aclaró ante su expresión de desconcierto y rebeldía.

Contuvo un estremecimiento al recordar su cuerpo inanimado entre los brazos y ello le trajo a la memoria otro accidente, otro cuerpo yerto perteneciente a un joven barón, con toda una vida por delante y con el que deseaba casarse una hermosa muchacha. El recuerdo disipo todos sus deseos de aplazar el auténtico objeto de su entrevista.

Se recostó en su asiento, le dirigió lo que confiaba que pareciese una cálida y entusiasta sonrisa, y se dispuso a exponerle los planes que proyectaba para su futuro.

-Celebro informaros de que mi cuñada ha convencido a la modista más elegante de Londres para que deje su taller en el momento de mayor ajetreo y acudiera acompañada de sus costureras a fin de prepararos un guardarropa adecuado para lucirlo durante las actividades de la temporada.

En lugar de mostrarse entusiasmada, Sherry frunció levemente el entrecejo ante tal noticia.

-Espero que no os disguste.

-Desde luego que no. Pero, veréis, no necesito más vestidos. Aún tengo dos por estrenar.

Tenía en total cinco trajes sencillos para diario y creía que aquello constituía un gran guardarropa. Decidió que su padre. debía haber sido un ser avaro y un egoísta.

-Necesitáis muchas más cosas adecuadas.

-¿Por qué?

-Porque la temporada londinense exige un extenso vestuario -repuso con vaguedad-. También deseo informaros de que esta tarde vendrá el doctor Whitticomb con una conocida suya, una dama respetable que, según me comunica en una nota, está dispuesta a convertirse en una competente y aceptable dueña para vos.

Aquellas palabras provocaron una espontánea risa en Sherry.

-No necesito una señorita de compañía -rió-. Yo soy...

Le dio un vuelco el estómago y las palabras se le escaparon al tiempo que el de la inspiración que las había provocado se disipaba en su mente.

-Yo... No sé.

Deseoso de concluir de una vez con la parte más ingrata de su conversación, Stephen desechó aquel tema.

-No os preocupéis por ello. Todo lo recordaréis a su debido tiempo. Hay algo más de lo que deseo hablaros...

Al verlo vacilar, alzó hacia él sus grandes y plateados ojos y le sonrió levemente para tranquilizarlo y estimularlo a proseguir.

-Me disponía a deciros que, con la aprobación de mi familia, he tomado una decisión.

Tras impedirle la única vía posible de apelación, pues le había anticipado que su familia coincidía con él, Stephen le expuso su bien meditado ultimátum:

-Deseo que tengáis la oportunidad de disfrutar de la temporada y de las atenciones de otros hombres antes de que anunciemos nuestro compromiso.

Sherry sintió como si la hubiese abofeteado. No deseaba las atenciones de desconocidos y no podía imaginar que ello agradase a Stephen.

-¿Puedo preguntar la razón? -repuso ella tratando de expresarse con firmeza.

-Sí, desde luego. El matrimonio es un paso muy importante que no debe emprenderse alegremente...

Se interrumpió maldiciéndose en su fuero interno por parafrasear de un modo necio los habituales tópicos, y se centró en lo que consideraba una explicación más convincente, que ocultaba sus verdaderas intenciones.

-Puesto que nos conocimos poco antes de que vinieseis a Inglaterra, he decidido que debéis tener la oportunidad de considerar a otros pretendientes antes de decidiros a aceptarme como esposo. Por esa razón prefiero que mantengamos nuestro compromiso en secreto durante algún tiempo.

Sherry sintió que algo se destrozaba en su interior. El deseaba que encontrase a otra persona. Trataba de liberarse de ella, lo presentía. Y por qué no? No lograba recordar su propio nombre sin que se lo repitiesen y no se parecía en absoluto a las hermosas y alegres damas que había visto en el parque el día anterior. Tampoco podía soñar con compararse con la cuñada o la madre de Stephen, con su majestuoso porte y la seguridad en sí mismas de que hacían gala. Al parecer, ni siquiera ellas deseaban que entrase a formar parte de la familia, lo que significaba que su cordialidad hacia ella había sido fingida.

Lágrimas de humillación le escocían en los ojos. Se apresuró a levantarse para recuperar su control, en un esfuerzo desesperado por aferrarse a su destrozado orgullo. No podía enfrentarse a él ni apresurarse a salir de la habitación sin revelar sus sentimientos, por lo que se acercó a las ventanas que daban a la calle y procuró mantenerse de espaldas.

-Me parece una excelente idea, milord -dijo.

Miraba sin ver a través de los cristales y luchaba por mantener firme la voz. Al oír que él se levantaba a sus espaldas y avanzaba hacia ella, tragó saliva y suspiró profundamente.

-Al igual que vos, también tengo... algunas reservas acerca de lo idóneo que... Desde que llegué aquí... -prosiguió.

Stephen creyó que se le quebraba la voz y le remordió la conciencia.

-Charise -comenzó, al tiempo que le ponía las manos en los hombros.

-Por favor, apartad las manos... -se interrumpió de nuevo para cobrar alientos- de mí.

-Volveos y escuchadme.

La joven sintió que perdía el control y, pese a que apretaba los párpados con fuerza, cálidas lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. Si en aquel momento se volvía, él descubriría que estaba llorando, y prefería morir a sufrir tal humillación. Como último recurso, inclinó la cabeza y simuló abstraerse en repasar con los dedos los dibujos de la vidriera emplomada.

-Trato de obrar lo mejor posible -dijo Stephen, que se esforzaba por no abrazarla y pedirle perdón.

-Desde luego. Vuestra familia acaso no me considere adecuada para vos. -Consiguió responder al cabo de unos momentos en un tono relativamente normal-. Y no acabo de comprender que mi padre pudiese imaginar que vos me conveníais.

Parecía bastante serena, y Stephen ya se disponía a apartarse de ella cuando observó las lágrimas que caían en su manga y perdió el dominio. La asió por los hombros para obligarla a volverse y la estrechó entre sus brazos.

-¡Por favor, no lloréis! -susurró entre sus fragantes cabellos-. ¡Por favor! Sólo trato de hacer lo que considero mejor.

-¡Entonces, soltadme! -exclamó furiosa.

Pero sollozaba con tanta intensidad que se le sacudían los hombros.

-No puedo -dijo él. La sostuvo por la nuca y estrechó su encendida mejilla contra su camisa, que se empapaba de humedad-. Lo siento -susurró, y la besó en la sien-, lo siento.

Ella se sentía muy a gusto junto a él. Era muy orgullosa para luchar y estaba demasiado agitada para interrumpir su llanto, por lo que se mantuvo rígida entre sus brazos mientras su cuerpo se agitaba entre silenciosos sollozos.

-¡Por favor! -murmuró él con voz ronca-. No deseo heriros.

Le acarició la espalda y la nuca en un intento inútil de tranquilizarla.

-No quiero causaros daño.

Sin comprender lo que hacía, le levantó la barbilla con la mano y rozó su mejilla con los labios hasta que depositó un leve beso en su suave piel y sintió la humedad de sus lágrimas. Con la sola excepción de la noche en que ella recuperó el conocimiento, no había vertido una sola lágrima ante su pérdida de memoria ni por el terrible dolor de su herida, pero en aquellos

Librodot

momentos lloraba en silencio, de forma desgarradora, y de pronto Stephen perdió el control. Posó su boca en los temblorosos labios de Sherry, comprobando su salobre suavidad, y la abrazó con todas sus fuerzas al tiempo que jugueteaba, delicado, con la lengua entre sus labios, instándola a entreabrirlos. En lugar de ofrecerle con dulzura su boca como había hecho anteriormente, ella trató de desviar la cabeza. Stephen sintió su rechazo como un impacto físico y, para obligarla a sucumbir, redobló sus esfuerzos besándola con exigente avidez mientras que, mentalmente, creía verla sonreír como hacía unos momentos, dirigir un coro de sirvientes en la cocina y coquetear con él como el día anterior. «... confío en que por lo menos yo tendría el sentido común de haceros aguardar un tiempo prudencial antes de aceptar vuestra poco galante propuesta», había bromeado. Ahora ella lo rechazaba con insistencia y, en su más profundo interior, Stephen profirió un agudo grito con el que lamentaba su perdida ternura, su pasión y su calor. Hundió los dedos en su cabellera, levantó su cabeza hacia él y fijó la mirada en aquellos ojos plateados, de expresión herida y hostil.

-¡Charise! -susurró con voz ronca, y se inclinó hacia ella-. ¡Besadme!

Puesto que ella no podía liberar su boca, le respondió con rígida e impasible indiferencia, y Stephen intensificó sus caricias y utilizó toda su experiencia sexual para poner a prueba, inclemente, las defensas de una inexperta e ingenua joven de veintidós años. Le pasó el brazo por la espalda, la atrajo con fuerza hacia sí y trató de seducirla con sus manos, su boca y su voz.

-Puesto que tendréis que compararme con otros pretendientes -le susurró, sin comprender que estaba arruinando cuanto creía poder alcanzar-, ¿no creéis que deberíais estar en condiciones de ello?

Fueron sus palabras, no la seducción de sus manos y su boca, lo que desmoronó la resistencia de Sherry. Un instinto protector femenino la advertía de que no debía confiar de nuevo en él, que no debía volver a permitirle que la tocara ni la besase, salvo en aquel momento... Sólo una vez más podía rendirse a aquella boca insistente que poseía la suya...

Sus labios cedieron de modo imperceptible y Stephen aclamó su victoria con la agilidad del cazador, salvo que en esta ocasión su arma fue la suavidad.

La realidad se impuso por fin y Stephen apartó su boca de la de ella y dejó caer los brazos. Sherry retrocedió con la respiración agitada y una encantadora sonrisa, en exceso radiante.

-Gracias por la demostración, milord. Procuraré clasificaros de modo adecuado cuando llegue el momento de comparar.

Stephen apenas la oyó ni tampoco trató de detenerla cuando giró sobre sus talones y salió de la estancia. Apoyó el brazo en el marco de la ventana y miró sin ver el espectáculo cotidiano que se desarrollaba frente a su casa.

-¡Hijo de perra! -murmuró rabioso.

Sherry subió la escalera con los labios magullados y doloridos por aquellos besos violentos que la habían destrozado sin que significaran nada para él, aunque procuró sonreír a los sirvientes con quienes se cruzaba para que no comprendieran lo que sentía.

Librodot

Deseaba volver a su casa.

La frase se convirtió en una cantinela que se repetía a sí misma a cada paso, hasta que, por fin, logró alcanzar la intimidad de su habitación. Se enroscó en posición fetal en el lecho y estrechó sus rodillas con los brazos, cerca del pecho, como si temiera descomponerse en mil pedazos si las soltaba. Hundió el rostro en la almohada para ahogar sus sollozos y lloró por un futuro que no podía imaginar y por un pasado que no recordaba.

-Deseo ir a casa -sollozaba en interrumpida cantinela-. ¡Deseo ir a casa, papá! -repetía-. ¿Por qué tardas tanto en venir a buscarme?

26

Un hermoso caballo moteado pastaba en las proximidades, y Sherry, en un acceso de euforia, saltó sobre sus lomos y cabalgó a la luz de la luna con el eco de sus risas al viento. El corcel y ella danzaban, danzaban...

-« ¡Te partirás la cabeza, cara!», exclamó el joven que iba tras ella.

Los cascos de su montura resonaban cada vez más próximos y el caballo y ella reían y volaban por la pradera...

-¡Miss Lancaster! -otra voz, esta vez femenina, la llamaba desde cierta distancia-. ¡Miss Lancaster!

Alguien la tocó en el hombro y la sacudió ligeramente, y Sheridan despertó sobresaltada a la dura realidad.

-Lamento despertaros, madame -se excusó la doncella-, pero su gracia está en el cuarto de costura con la modista y os ruega que os reunáis con ella.

Sheridan hubiera querido envolverse en la colcha como en un capullo y reanudar su sueño, pero ¿cómo decirle a una duquesa y a sus costureras que se marchasen y la dejasen dormir, en especial puesto que era la indeseada prometida de su hijo? Se levantó de mala gana, se lavó el rostro y siguió a la doncella a una soleada e inmensa estancia del piso superior.

La duquesa que la aguardaba resultó ser la cuñada del conde en lugar de su madre.

Con el propósito de no volver a ponerse en evidencia haciendo gala de sus sentimientos, Sheridan la saludó con absoluta cortesía, sin mostrarse fría ni afectuosa en exceso.

Si Whitney Westmoreland advirtió algo diferente en el comportamiento de Sherry, no lo demostró, sino que en breve se dejó arrastrar por su entusiasmo y le manifestó que deseaba verla equipada «a la última moda».

Mientras la duquesa sonreía y charlaba de bailes, actos y desayunos venecianos, las costureras zumbaban a su alrededor como mosquitos. Sheridan soportó lo que le pareció una

Librodot

eternidad sobre una plataforma elevada en la enorme sala, viéndose sometida a mediciones, empujones, giros, tirones y alfilerazos. En aquella ocasión no fue tan crédula en cuanto a la sinceridad y cordialidad de Whitney y sus alentadores comentarios, y pensó que tan sólo deseaba perderla de vista, verla comprometida a otro y que, para ello, un guardarropa era un buen medio de conseguir tal objetivo. Sheridan lo comprendía así, pero tenía sus propios planes. Regresaría a su casa, dondequiera que estuviese, aunque era posible que no lo consiguiera tan pronto como deseaba. Se proponía tranquilizar a la duquesa al respecto, en cuanto hubiese concluido aquel absurdo alboroto de ropas, pero cuando por fin las costureras le permitieron bajar de la plataforma y ponerse una bata, en lugar de marcharse, comenzaron a abrir baúles y a desplegar piezas de tela sobre el mobiliario, los asientos próximos a las ventanas y las alfombras, hasta que toda la habitación se convirtió en una confusión de colores de todos los tonos imaginables, desde el verde esmeralda al azul zafiro y los radiantes amarillos, pasando por los rosas más pálidos y las tonalidades crema.

-¿Qué os parece? -le preguntó Whitney.

Sherry miró aquel vertiginoso despliegue de suntuosas sedas, delicadas batistas, finísimas gasas y delicados linones. Vivos géneros rayados se diseminaban entre ricos tejidos con espléndidos adornos de oro y plata y piezas de batista bordadas en profusión, con flores de todos los colores y clases. Whitney Westmoreland la observaba sonriente y aguardaba a que Sheridan manifestara su complacencia y preferencias mientras que ella se preguntaba algo histérica qué pensaba en realidad. Alzó la barbilla y miró a la mujer llamada madame LaSalle, que se expresaba con acento francés y se comportaba como un general, y expresó su decisión, aunque ignoraba de dónde procedía.

-¿Tenéis algo rojo?

-¡Rojo! -balbució la mujer con ojos desorbitados-. ¡Rojo! ¡No, no, no, mademoiselle! ¡De ningún modo con vuestros cabellos!

-Me gusta el rojo -insistió Sherry con obstinación.

-Entonces debéis tener cosas rojas -repuso tras recuperar su diplomacia, pero sin ceder un ápice en lo artístico-. Podéis utilizarlo para tapizar vuestro mobiliario o en los cortinajes de las ventanas, pero es un color que no debéis lucir en vuestra encantadora persona, mademoiselle. El cielo os ha bendecido con cabellos del rojo más singular y por ello sería inoportuno y pecaminoso llevar algo que no favorezca ese don especial.

Aquel floreado discurso era tan absurdo que Sherry contuvo una leve sonrisa y observó cómo la duquesa se esforzaba por mantener su severa expresión. Por un instante olvidó que Whitney acaso simulara ser su amiga, pero que no lo era en absoluto.

-Creo que eso significa que me sentará espantosamente -dijo.

-Oui -repuso madame con gran pesar.

-Y que nada en este mundo conseguiría obligaros a hacerme un vestido rojo por mucho que yo insistiera -añadió.

La duquesa dirigió a Sherry una divertida mirada .

...-Madame, antes preferiría arrojarme al Támesis -le aseguró.

-¡Oui! -corearon todas las costureras.

Y por unos momentos la sala se llenó con las joviales risas de ocho mujeres con un objetivo común.

Durante las próximas horas, Sherry se mantuvo casi al margen mientras la duquesa y la modista charlaban de forma interminable sobre los estilos y géneros que debían utilizarse. Cuando ya creía que todo se había concretado, comenzaron a tratar de los adornos, y se extendieron copiosamente acerca de cintas, encajes y orlas de satén. Y, por último, comprendió que las costureras iban a instalarse en la casa, para trabajar día y noche en aquella habitación.

-Ya tengo cinco vestidos..., uno para cada día de la semana -intervino enérgica.

Las charlas se interrumpieron y todas las miradas convergieron en ella.

-Me temo que tendréis que cambiaros de vestido cinco veces al día -dijo la duquesa con una sonrisa.

Sherry frunció el entrecejo ante la cantidad de tiempo que ello requeriría, pero se mantuvo en silencio hasta que salieron de la sala de costura. Se proponía retirarse a la soledad de su habitación tras confesar a la duquesa que no tenía intención de casarse con un miembro de su familia, por lo que se encaminó en aquella dirección acompañada de la dama.

-Lo cierto es que no puedo cambiarme cinco veces al día de vestido -comenzó-. Se estropearán todos.

-No, en modo alguno -repuso Whitney segura de sí misma, y le dirigió una sonrisa que ella no le devolvió.

Se preguntó, preocupada, por qué Sherry parecía tan resentida y distante.

-Durante la temporada, una dama elegante necesita vestidos para ir en coche, pasear, practicar equitación, comer, cenar y salir por la mañana. Y ésas son las necesidades más esenciales. La prometida de Stephen Westmoreland ha de tener trajes para asistir a la ópera y al teatro...

-No soy su prometida ni deseo serlo -la interrumpió Sherry, inexorable, mientras se detenía y apoyaba la mano en el pomo de la puerta de su habitación-. He intentado aclararos todo el día, por todos los medios posibles, que no necesitaba ni deseaba tantos vestidos. A menos que esperéis que mi padre os abone su importe, os ruego que anuléis esos encargos. Y ahora, si me disculpáis...

-¿Qué queréis decir con que no sois su prometida? -repuso Whitney posando, alarmada, la mano en el brazo de Sherry-. ¿Qué ha sucedido?

En aquel momento pasaba una lavandera por el pasillo cargada de ropa limpia.

-¿Podemos hablar en vuestra habitación? -le sugirió.

-No deseo mostrarme grosera, vuestra gracia, pero no hay nada que hablar -repuso Sherry con firmeza, orgullosa de que no le temblara lo más mínimo la voz y que no hubiese ninguna nota quejumbrosa en su acento.

Ante su sorpresa, la duquesa no pareció acusar la afrenta.

-No estoy de acuerdo -dijo con obstinada sonrisa. Y se adelantó a empujar la puerta-. Creo que hay mucho que hablar.

Sherry entró en la habitación seguida de Whitney, muy convencida de que recibiría una merecida reprimenda por su descortesía e ingratitud. Decidida a no disculparse ni acobardarse, se volvió en redondo y aguardó en silencio lo que debía llegar.

En el espacio de unos segundos, Whitney consideró la negativa de su compromiso, advirtió en Sherry una total ausencia de su espontánea y habitual cordialidad y supuso, de modo correcto, que su actitud de indiferencia y orgullo era una pantalla para ocultar algún resentimiento más profundo. Puesto que Stephen era el único que tenía la facultad de herirla, ello le convertía en el posible causante del problema.

Estaba dispuesta a hacer lo necesario para enmendar cualquier daño que el idiota de su cuñado hubiera causado a la única mujer que estaba segura de que le convenía.

-¿Qué ha sucedido para decir que no estáis comprometida con Stephen y que tampoco lo deseáis? comenzó con cautela.

-¡Por favor! -exclamó Sherry, con más emoción de 1 que hubiera deseado-. No sé quién soy ni dónde nací por algo dentro de mí protesta contra el engaño y la simulación que Stephen me propone. Estoy segura de que me echaría a gritar si tuviera que soportar algo así. No hay necesidad ni objetivo alguno en que simuléis desearme como cuñada. Por favor, no lo hagáis!

-Muy bien -repuso la duquesa sin rencor-. Daremos fin a las simulaciones.

-Gracias.

-No tenéis idea de cuánto deseo que seáis mi cuñada.

-Y supongo que también trataréis de convencerme de que lord Westmoreland es un novio muy entusiasta.

-Ni siquiera podría decirlo sin aguantar la risa -admitió la duquesa con gran animación-, y mucho menos tratar de ser convincente.

-¿Cómo? -se asombró Sherry con enorme sorpresa.

-Stephen Westmoreland abriga las mayores reservas en cuanto a casarse con alguien, y en especial con vos. Y por algunas razones muy consistentes.

-Creo que estáis todos locos -exclamó Sherry, que se agitaba en incontenibles carcajadas.

-No puedo censuraros por creerlo así -repuso Whitney con un profundo suspiro-. Ahora bien, si queréis sentaros, os contaré cuanto sé acerca del conde. Pero primero tendré que

preguntaros qué os ha dicho él esta mañana para convenceros de que no desea casarse con vos.

La oferta de información acerca de un hombre que era un absoluto misterio para ella le resultó casi irresistible, pero no estaba segura de por qué se le hacía tal propuesta ni si debía aceptarla.

-¿Por qué deseáis complicaros en esto?

-Deseo complicarme porque me agradáis muchísimo y porque quisiera agradaros también a vos. Pero, sobre todo, porque creo con toda sinceridad que sois perfecta para Stephen y me temo terriblemente que esta serie de circunstancias pueden evitar que ambos lo descubráis hasta que sea demasiado tarde para reparar el daño. Ahora, por favor, decidme qué sucedió y luego os diré lo que pueda.

Por segunda vez omitió Whitney con suma prudencia decir que le confesaría toda la verdad. La frase que utilizó era engañosa pero, por lo menos, sincera.

Sherry vaciló. Escudriñó el rostro de Whitney para encontrar algún signo de malicia y sólo halló en él preocupación y sinceridad.

-Supongo que no causará ningún daño... salvo a mi orgullo -dijo con el débil intento de una sonrisa.

En un tono bastante impasible consiguió relatar lo sucedido aquella mañana en el estudio del conde.

Whitney quedó impresionada ante la sencillez y habilidad del método escogido por Stephen para procurarse la colaboración de Sherry, y asimismo de que aquella ingenua criatura que se hallaba en tierra extranjera, rodeada de desconocidos y sin recordar nada de su pasado, pudiera haber adivinado la estratagema urdida con tanta habilidad. Además, sin duda Sherry había sido bastante prudente y orgullosa para no formular una sola objeción. Lo cual, decidió sonriendo para sí, acaso justificaba el mal humor con que Stephen la había saludado antes de subir.

-¿Eso es todo? -insistió.

-No exactamente -repuso Sherry con enojo. Y desvió la mirada avergonzada.

-¿Qué más sucedió?

-Después de tanta grandilocuencia acerca de desear que yo tomase una decisión, estaba tan enfadada y confusa que... me sentía en exceso emocionada.

-Si hubiese estado en vuestro lugar, habría deseado arrojarle un objeto duro y contundente.

-Por desdicha, no encontré nada adecuado para ello -respondió Sherry con risa temblorosa-. Y sentí un... estúpido impulso de llorar, por lo que fui hacia una ventana y traté de tranquilizarme.

-¿Y entonces? -insistió Whitney.

-¡Y entonces él tuvo la audacia, arrogancia y... descaro de tratar de besarme!

-¿Se lo permitisteis?

-No, no de buena gana.

Aquello no era del todo cierto, por lo que desvió la mirada, pues se sentía impotente y desdichada.

-No lo deseaba al principio, pero, veréis, es muy experto en ello y... -Se interrumpió al comprender con quién estaba hablando y exclamó en voz alta y con fiera expresión-: Es muy experto en ello y lo sabe. Por eso insistió en besarme, como si con ello lo solucionara todo. En cierto modo lo consiguió, porque al final cedí. ¡Oh, debe de estar muy orgulloso de sí mismo! -concluyó, desdeñosa y mordaz.

Whitney prorrumpió en carcajadas.

-Lo dudo muchísimo. En realidad, cuando llegué, estaba de muy mal humor. Para tratarse de un hombre que desea romper un compromiso y que tiene todas las razones para creerse en vías de conseguirlo, no estaba demasiado contento.

Sherry sonrió y se sintió algo más animada. Pero su sonrisa desapareció y movió la cabeza con aire dubitativo.

-No comprendo nada de esto. Tal vez aunque estuviera en plena posesión de mis facultades tampoco lo entendería.

-Creo que sois muy perspicaz -dijo Whitney en tono apreciativo-. Y valiente. Y también muy cariñosa.

Distinguió un destello de inseguridad en sus expresivos ojos grises y deseó con desesperación confiar toda la verdad a Charise, hasta la última palabra, comenzando por la muerte de Burlet6n y la intervención de Stephen en ella. Como su cuñado había señalado, Sherry apenas había conocido a Burle ton. Además, era muy evidente que experimentaba sentimientos profundos hacia su cuñado.

Por otra parte, el doctor Whitticomb había destacado el verdadero peligro que corría si se la perturbaba en exceso, y Whitney temía que las noticias de la muerte de Burleton y la intervención de Stephen pudieran provocar tales resultados.

Decidió contárselo todo menos eso y, con idéntica sinceridad y triste sonrisa, le dijo:

-Voy a contaros una historia acerca de un hombre muy especial al que, en principio, no vais a reconocer. Cuando le conocí, hace cuatro años, era muy admirado por su enorme encanto y agradables modales. Los hombres respetaban su habilidad y arrojo en los deportes, y era tan atractivo que las mujeres no podían apartar los ojos de él. Su madre y yo solíamos lamentarnos de los efectos que causaba en ellas, y no sólo en las jóvenes inocentes que debutaban en sociedad, sino también entre las mujeres más sofisticadas. Me consta que él consideraba excesivas y absurdas las reacciones que provocaba, pero se mostraba galante con todas ellas. Y luego ocurrieron tres cosas que lo cambiaron de un modo drástico, y lo más extraño es que dos de ellas fueron positivas. En primer lugar, Stephen decidió intervenir de un

modo más personal en sus negocios e inversiones, que mi esposo había llevado junto con las nuestras. Comenzó de inmediato a asumir atrevidos riesgos sobre proyectos importantes y peligrosos que Clayton jamás hubiera considerado, y mucho menos con dinero ajeno. Stephen se arriesgaba constantemente y con ello obtenía enormes beneficios. Y mientras ocurría todo esto, se produjo otro hecho que también contribuyó a transformar su afable galantería en frío cinismo: Stephen heredó tres títulos de un anciano primo de su padre, uno de ellos el de conde de Langford. Los títulos suelen pasar al primogénito, salvo en ciertas circunstancias, y ésta fue una de ellas. Algunos de los ostentados por la familia Westmoreland se remontan a unos trescientos años, en tiempos del rey Enrique VII. Entre ellos, existen tres concedidos por él que, a petición del primer duque de Claymore, contienen ciertas salvedades específicas a la habitual línea de sucesión. Dichas salvedades permitían al poseedor del título designar a su heredero en el caso de carecer de descendencia, mientras se tratase del sucesor directo de uno de los duques de Claymore.

»Los títulos que Stephen heredó eran antiguos y prestigiosos, pero las tierras y rentas que los acompañaban eran insignificantes. Sin embargo, y aquí es donde todo comenzó a «estropearse», mi cuñado ya doblaba y redoblaba su propia riqueza. Le encanta la arquitectura, que estudió en la universidad, por lo que compró cincuenta mil hermosos y ondulantes acres de terreno y comenzó a elaborar el proyecto de una mansión destinada a convertirse en su sede principal. Mientras la casa se hallaba en construcción, adquirió otras tres antiguas y encantadoras propiedades en diferentes puntos de Inglaterra que asimismo comenzó a restaurar. De modo que aquí tenéis expuesta toda la situación: un hombre que ya era rico y atractivo y pertenecía a una de las familias más importantes de Inglaterra que, de repente, conseguía tres títulos, amasaba una importantísima fortuna y adquiría cuatro espléndidas propiedades. ¿Podéis imaginar lo que sucedió a continuación?

-Supongo que se trasladaría a alguna de sus nuevas fincas.

Whitney se quedó boquiabierta, encantada y complacida ante su inocente expresión y su falta de astucia.

-Así fue -replicó al cabo de un momento-, pero ésa no es la cuestión.

-No comprendo.

-Lo que sucedió fue que un millar de familias que esperaban conseguir un marido con título nobiliario para sus hijas, e hijas que no esperaban menos para sí mismas, añadieron de pronto a Stephen Westmoreland en sus listas de partidos interesantes. A decir verdad, en el primer puesto de sus listas. La idoneidad y popularidad de Stephen estalló de modo tan rápido y notable que resultó abrumador. Como por entonces tenía treinta años, todo el mundo pensaba que debería casarse muy pronto y eso añadió cierto grado de desesperación y apremio a la caza. Familias enteras se precipitaban sobre él cuando entraba en un salón y las jóvenes se interponían en su camino, desde luego con sutileza, dondequiera que fuese.

»La mayoría de los caballeros con títulos y fortunas, como en el caso de mi marido, han nacido dotados con ellos y aprenden a aceptarlos o ignorarlos, aunque mi esposo me ha confesado que en ocasiones se sintió acosado como una liebre. En el caso de Stephen todo pareció suceder de la noche a la mañana. Si hubiera sido de otro modo, si el cambio no se hubiera producido de forma tan repentina y drástica, Stephen se habría adaptado a ello con más paciencia o, por lo menos, más tolerancia, y creo que aún lo hubiera conseguido si no se hubiera comprometido con Emily Kendall.

Librodot

Sheridan sintió que se le formaba un nudo en el estómago ante la mención de una mujer que había estado «comprometida» con él al tiempo que experimentaba cierta impotencia por dominar su curiosidad.

-¿Qué sucedió? -preguntó ante la vacilación de Whitney.

-Antes de contároslo, tendréis que prometerme que jamás diréis una palabra de esto a nadie.

Sherry asintió.

Whitney se levantó y paseó inquieta hasta la ventana, luego se volvió y se recostó contra el cristal, con las manos en la espalda y expresión sombría.

-Stephen conoció a Emily dos años antes de heredar sus títulos. Era la mujer más hermosa que he visto y una de las más divertidas, inteligentes... y altanera. Yo la consideraba altanera. En cualquier caso, la mitad de los solteros de Inglaterra estaban locos por ella y Stephen era uno de ellos, aunque bastante inteligente para no demostrárselo. Emily conseguía que los hombres se arrodillasen a sus pies, pero Stephen no se humilló ante ella, y supongo que eso formaba parte de su atractivo, el desafío. En lo que pienso que debió de ser un momento de locura, Stephen la pidió en matrimonio. Ella se quedó sorprendida.

-¿Porque la quería? -preguntó Sherry.

-Por ser tan atrevido para pedírselo a ella.

-¿Cómo?

-Según mi marido, que tuvo conocimiento directo de la historia por Stephen, la principal reacción de Emily fue de sorpresa y luego de angustia por ponerla en tan insostenible situación. Era, es, hija de un duque y, al parecer, su familia no hubiera aprobado su enlace con un simple caballero. Quince días después debía casarse con William Lathrop, el marques de Glengarmon, un hombre maduro cuya propiedad colindaba con la del padre de Emily. Nadie estaba enterado todavía del compromiso porque acababa de formalizarse. Emily prorrumpió en llanto y confesó a Stephen que antes de que él la pidiera en matrimonio hubiera sido capaz de conformarse con aquel enlace, pero que entonces su vida sería insoportable. Stephen estaba furioso al pensar que ella echaría a perder su vida con un matrimonio patético, pero Emily lo convenció de que era inútil tratar de razonar con su padre, como él deseaba, pues le constaba que el deber de una hija era casarse con aquel que su familia escogiera.

Hizo una pausa, miró a Sherry algo avergonzada y añadió:

-Yo no estuve necesariamente de acuerdo con ello cuando mi padre se atribuyó el derecho a escogerme marido. -Pero se ciñó a la historia y prosiguió-: En cualquier caso, al ver que Stephen aún insistía en hablar con su padre, Emily le dijo que él la castigaría si se enteraba de que se había 4uejado de su destino o confesado los sentimientos que le inspiraba lord Lathrop.

-Y así pues, ¿se separaron? -aventuro Sherry al ver que Whitney parecía indecisa.

-¡Ojalá lo hubiesen hecho! En lugar de ello, Emily lo convenció de que el único modo en que podría soportar su destino, puesto que sabía que él la amaba, era si mantenían su... amistad.., después de haberse casado.

Sherry frunció el entrecejo porque no le resultaba agradable enterarse de que había querido de tal modo a otra. Whitney confundió su ceño por desaprobación y se apresuró a defender lo indefendible, en parte por lealtad a Stephen y, por otra, para que Sherry no lo condenase de modo terminante. Por desdicha, al cabo de unos momentos se encontró en una incómoda situación mientras trataba de informarla y procuraba oscurecer su pleno significado.

-Eso no es insólito ni siquiera escandaloso. Entre la alta sociedad hay mujeres que desean las... atenciones.., y la... compañía de un hombre atractivo al que conocen y... creen... que ello será muy divertido en... variados aspectos -concluyó sin aliento-. Todo es muy discreto, desde luego.

-¿Queréis decir que debían mantener oculta su amistad?

-Creo que podría decirse así -repuso.

Comprendió que Sherry ignoraba ingenuamente que Stephen había sido mucho más que un «amigo» para Emily durante su matrimonio y que ella no se refería en realidad a una simple amistad. Si lo consideraba de modo retrospectivo, comprendía que debía haberlo esperado así. Con frecuencia, las muchachas inglesas bien educadas desconocían lo que hacían las parejas en los dormitorios y solían enterarse por los comentarios de sus hermanas mayores y de otras mujeres casadas. Y cuando llegaban a la edad de Sherry, por lo menos sospechaban que se producía algo más que amistosos apretones de manos.

-¿Qué sucede si se descubre?

Como hasta el momento había conseguido decir la verdad de un modo impune, Whitney persistió en la misma línea con el resto de las preguntas.

-Entonces el marido suele disgustarse, en especial si las murmuraciones han sido justificadas.

-Y, si se disgusta, ¿insiste en que su mujer se limite a tener compañeras femeninas?

-Sí, pero también suele discutir con el caballero.

-¿Qué clase de discusión?

-De las que tienen lugar al amanecer y a veinte pasos.

-¿Un duelo? -exclamó Sherry.

Le parecía una reacción muy exagerada a lo que, como máximo, se había limitado a una amistad demasiado íntima, aunque decorosa, entre sexos opuestos.

-Un duelo -confirmó Whitney.

Librodot

-¿Y lord Westmoreland accedió a seguir siendo el...? –se interrumpió y desechó la palabra «pretendiente'> porque le sonaba ridícula si la dama ya estaba casada-. ¿El amigo íntimo de Emily Kendall aun después de casarse? -improvisó puesto que era cierto.

-Sí, durante un año, hasta que su marido lo descubrió.

Sherry respiró con intensidad y, por fin, se atrevió a preguntar:

-¿Hubo un duelo?

-Sí.

Puesto que lord Westmoreland estaba vivo, Sherry supuso que lord Lathrop habría muerto.

-¡Lo mató! -afirmó con rotundidad.

-No, no lo hizo, aunque pudo haber sido así. Creo que si Stephen se lo hubiera propuesto, lo habría hecho. Estaba perdidamente enamorado de Emily y ciego por ella. Despreciaba a lord Lathrop, lo odiaba, ante todo por haberle propuesto el matrimonio a Emily, por ser un tipo desagradable y libertino que le robaba la juventud y la vida de su amada y 'por ser demasiado mayor para darle hijos. La mañana del duelo, Stephen le expresó algunas de tales opiniones, y estoy convencida de que lo hizo del modo más elocuente.

-¿Y qué sucedió entonces?

-El maduro marqués estuvo a punto de morir, pero de la impresión, no del disparo. Al parecer, habían sido Emily y su padre, no él, quienes habían procurado el enlace. Nuestra Emily deseaba ser duquesa, lo que habría conseguido a la muerte del anciano padre de Lathrop, cuando él hubiese heredado el título. La mañana del duelo, Stephen creyó a lord Lathrop. Dijo que nadie hubiera fingido una sorpresa tan sincera ante sus acusaciones. Además, Lathrop no tenía motivos para mentir.

-¿Y, aun así, se enfrentaron?

-Sí y no. Stephen erró el disparo, lo que equivale a una disculpa. Al hacerlo así, daba a su adversario la satisfacción a que tenía derecho. El padre de Emily la envió a España al cabo de una semana, donde permaneció durante un año, hasta que lord Lathrop falleció. Regresó convertida en una «mujer nueva», más hermosa que antes, pero también más serena y menos altiva.

Whitney se había propuesto concluir la historia al llegar a este punto y aclararle lo fundamental que pretendía explicarle, pero la pregunta de Sherry la obligó a proseguir:

-¿Volvieron a verse?

-Sí, y por entonces Stephen ya había heredado su título. De modo singular, o quizá en absoluto si se considera la oportunidad, el padre de Emily acudió a visitar a Stephen. Le dijo que Emily estaba enamorada de él y que siempre lo había estado, lo que según su personalidad egoísta creo que era cierto, y pidió a Stephen que, por lo menos, hablase con ella.

Librodot

»Stephen accedió, y estoy muy convencida de que el padre partió con la feliz expectación de que todo saldría a la perfección y de que su hija se convertiría en la condesa de Langford. Emily acudió a visitar a Stephen a la semana siguiente y se lo confesó todo, desde su egoísmo hasta su engaño. Le rogó que la perdonase, que le diese la oportunidad de demostrarle que lo amaba sinceramente y de que había cambiado.

»Mi cuñado le dijo que pensaría en ello. Al día siguiente, su padre hizo a Stephen una «visita informal» y abordó el tema del contrato de compromiso. Stephen se ofreció a redactarlo y el hombre se marchó convencido de que era el más generoso e indulgente de los hombres.

-¿E iba a casarse con ella después de lo que le había hecho? -exclamó Sherry incrédula-. ¡No puedo creerlo! ¡Debía de estar completamente loco!

Aunque las palabras habían brotado con espontaneidad de sus labios, ella misma comprendía que estaban más inspiradas por los celos que por una justa indignación.

-¿Y qué sucedió entonces? -preguntó más tranquila.

-Emily y su padre acudieron a verlo como habían anunciado, pero el documento que Stephen les entregó no era un contrato de compromiso.

-¿En qué consistía, pues?

-En una lista de segundos esposos que sugería para ella. Todos los candidatos que allí figuraban poseían un título nobiliario y se encontraban entre los sesenta y los noventa y dos años. No era tan sólo un insulto deliberado para ambos sino doblemente mordaz porque, de forma intencionada, había hecho creer a Emily que le entregaría un contrato de compromiso.

Sherry estuvo meditando unos momentos.

-No es muy indulgente, ¿verdad? En especial puesto que, según decís, tal comportamiento no es insólito entre las mujeres casadas.

-Stephen no podía perdonarle que hubiera deseado casarse con Lathrop ni que lo hiciera por su título. No podía perdonarle que le hubiera mentido pero, sobre todo, no le perdonaba que hubiese consentido que pudiera matar a su marido en un duelo.

»Si consideráis cuanto os he contado, creo que comenzaréis a comprender por qué desconfía de su propio criterio acerca de las mujeres y por qué recela de sus motivaciones. Tal vez incluso comprendáis que su deseo de haceros conocer a otros caballeros antes de que decidáis comprometeros de manera permanente con él no es tan erróneo, ni siquiera cruel. No os digo que él tenga razón -añadió Whitney, ante las airadas protestas de su propia conciencia-. No sé si es así y lo que pueda creer tampoco importaría. Sólo os pido, os sugiero, que escuchéis a vuestro corazón y decidáis por vos misma, basándoos en la nueva información que sobre él os he dado. Y aún hay algo más que deseo deciros, que acaso os ayude a decidir.

-¿De qué se trata?

-Ni mi marido ni yo habíamos visto nunca a Stephen mirar a una mujer como él os mira, ni con igual ternura, calor y humor.

Librodot

Una vez dicho y hecho cuanto se le ocurría para favorecer la situación, Whitney fue hacia el sofá a recoger sus cosas y Sherry se levantó.

-Habéis sido muy amable, vuestra gracia -exclamó la joven, dulce y espontánea.

-Por favor, llamadme Whitney -dijo la duquesa mientras recogía su bolsito de mano. Con sonrisa intencionada, añadió-: Y no me califiquéis de «amable» porque entonces tendré que confesaros la verdad, es decir, que también tengo razones egoístas para desear que entréis en la familia.

-¿Qué razones son ésas?

La duquesa se volvió por completo hacia ella.

-Creo que sois la mejor oportunidad que tengo de encontrar una hermana, y tal vez la única con la que puedo sentirme encantada -concluyó con amable candor.

En un mundo donde todo y todos parecían poco familiares y muy recelosos, las palabras que había dicho y la dulce sonrisa que las había acompañado causaron profunda impresión en Sherry. Se sonrieron mutuamente y Sherry le tendió la mano y, en cierto modo, aquel contacto cortés se convirtió en un firme y estimulante apretón que duró un momento mucho más largo de lo necesario. Y que, por fin, se convirtió en un abrazo. Sherry no tenía idea de quién había dado el primer paso, pero no creía haber sido ella, ni importaba. Ambas se separaron, retrocedieron unos pasos y sonrieron algo avergonzadas ante tan impropia exhibición entre dos personas casi desconocidas que deberían seguir llamándose «miss Lancaster» y «vuestra gracia» por lo menos durante un año después de haberse conocido. Pero todo aquello carecía de importancia porque era demasiado tarde para volver atrás. El lazo ya había surgido y lo habían reconocido y aceptado. La duquesa permaneció inmóvil unos momentos con leve y divertida sonrisa y ella agitó la cabeza como si se sintiera complacida y asombrada.

-Me agradáis mucho -dijo con sencillez.

Y desapareció entre un remolino de sus elegantes faldas de color cereza.

Al cabo de unos momentos de cerrarse la puerta, se abrió de nuevo y Whitney asomó la cabeza aún sonriente.

-A propósito -susurró-, a la madre de Stephen también le agradáis. Os veremos durante la cena.

-¡Oh, es magnífico!

Whitney hizo una señal de asentimiento y añadió:

-Voy abajo para convencer a Stephen de que ha sido idea suya.

Y, por fin, se perdió de vista.

Sherry se acercó a las ventanas que daban a Upper Brook Street, cruzó los brazos y se dedicó a observar con aire ausente a los caballeros y damas que, elegantemente ataviados, se apeaban de sus carruajes y paseaban por la calle disfrutando del apacible atardecer.

Pensó en todo cuanto había oído, lo revisó una y otra vez en su mente y el conde asumió nuevas dimensiones. Podía imaginar cómo debía sentirse al verse deseado por cuanto tenía y no por sí mismo. El hecho de que no apreciara esa clase de atención, esa especie de adulación y fingimiento, demostraba que no era un hombre orgulloso ni entregado a alardes de jactancia.

Y puesto que no había renunciado a su amistad con la mujer que amaba, pese a haberla perdido, era prueba irrefutable de su firmeza y lealtad. En cuanto a hallarse dispuesto a arriesgar su vida en un duelo.., demostraba sincera nobleza.

A cambio, Emily Lathrop lo había engañado, utilizado y traicionado. En vista de lo cual, no era de sorprender que deseara asegurarse de que no cometía un segundo error cuando escogiera esposa.

Se frotó distraída los codos con las manos y reparó en un carruaje que con elevada plataforma corría por la calle y desperdigaba a los transeúntes mientras consideraba la venganza que se había tomado con la mujer que en otro tiempo tanto había amado.

No era orgulloso ni jactancioso, pero tampoco indulgente.

Se apartó de la ventana y se acercó a su escritorio, donde hojeó, distraída, el periódico matinal, con objeto de abstraerse de otra realidad: hasta aquel momento no había recibido ninguna noticia indicativa de que él abrigase sentimientos afectuosos hacia ella.

A Stephen le agradaba besarla, pero, en algún lugar recóndito de su perdida memoria, Sherry tenía la sensación de que ello no implicaba la existencia de amor. En ocasiones, le agra daba su compañía, y siempre le complacía reír con ella: lo había advertido.

Deseaba profundamente que retornase su memoria para encontrar las respuestas que necesitaba.

Se inclinó, inquieta, a recoger un fragmento de papel de la alfombra mientras trataba de decidir cómo debía comportarse con él a partir de aquel momento. El orgullo le exigía mostrarse impasible ante las abrumadoras manifestaciones que él le había hecho, y el instinto le aconsejaba que no le diera una segunda oportunidad para volver a herirla.

Decidió que se comportaría con la mayor naturalidad posible, pero que se mostraría bastante reservada para que comprendiera que debía guardar las distancias.

Y encontraría algún modo de olvidar el contacto de sus manos mientras se deslizaban por su espalda y por sus hombros cuando la besaba y el modo en que hundía los dedos en sus cabellos y oprimía su boca con sus labios, con tanta fuerza como si nunca pudiera saciarse de ella. Trataría de olvidar la insistente avidez de aquellos besos y la sensación de sus brazos al rodearla, y en ninguna circunstancia se permitiría complacerse en su sonrisa... Aquella sonrisa indolente y radiante que se extendía poco a poco por su bronceado rostro e interrumpía los latidos de su corazón. O las arruguitas que se le formaban en las comisuras de los ojos, tan azules, cuando sonreía...

Profundamente disgustada consigo misma por hacer lo que se estaba negando, Sherry se sentó ante el escritorio y concentró su atención en el periódico.

«ÉL HABÍA AMADO A EMILY LATHROP.»

Librodot

Cerró los ojos con fuerza, con profunda frustración, como si así pudiera apartarlo de su mente, pero le era imposible. Había amado a Emily Lathrop de un modo destructivo y, aunque comprendía cuán necio era, aquella certeza le dolía en su interior porque se había enamorado de él.

27

Sheridan aún seguía aturdida por tal descubrimiento cuando la avisaron para que se reuniese con el doctor Whitticomb y su futura señora de compañía.

Deseosa de disponer de más tiempo para pensar en todo cuanto acababa de enterarse y deprimida ante la perspectiva de vivir bajo la fría y vigilante mirada de alguna rígida dama, Sheridan se presentó en el salón, donde Whitticomb merodeaba en torno a una anciana sentada en un sofá. En lugar de la adusta amazona inglesa que Sheridan había imaginado, su futura acompañanta era una menuda y regordeta dama que recordaba a una muñeca de porcelana china, de sonrosadas mejillas y plateados cabellos recogidos con pulcritud bajo un gorrito blanco con volantes.

En aquel momento la mujer dormitaba con la barbilla apoyada en el pecho.

-Os presento a miss Charity Thornton -susurró Whitticomb a Sherry cuando se acercó a él-, es la hermana soltera del duque de Stanhope.

Sheridan sofocó una risita de sorpresa ante lo absurdo de que aquella diminuta y dormida personilla cuidara de ella, redujo su voz a un susurro y respondió con suma cortesía:

-Ha sido muy amable por su parte venir a cuidar de mí.

-¡Oh, cuando se lo pedí, accedió entusiasmada!

-Sí -repuso la joven de modo instintivo mientras observaba el suave vaivén del seno de la anciana-. Advierto lo entusiasmada que está.

A la izquierda, fuera de su campo de visión, Stephen, apoyado en una mesa de madera de satín tallada desde donde observaba a los presentes, sonrió ante su ocurrencia.

-Hortense, su hermana menor, deseaba acompañarla -le confió el doctor en voz queda-, pero disputan sin cesar por todo, incluso por su edad, y no quise que interrumpieran vuestra paz.

-¿Cuántos años tiene su hermana?

-Sesenta y siete.

-Comprendo. -Se mordió el tembloroso labio inferior en un intento de disimular su regocijo y susurró-: ¿Creéis que deberíamos despertarla?

Librodot

Desde el rincón de la estancia, Stephen se incorporó a la conversación con su habitual talante.

-O eso -bromeó-, o la enterramos en esa misma silla.

Sherry se puso tensa de impresión al descubrir su presencia. Miss Charity se sobresaltó como si alguien hubiera disparado un cañón en su oído.

-¡Por Dios, Hugh! -exclamó en tono grave-. ¿Por qué no me despertasteis?

Reparó en Sherry y le tendió, sonriente, la mano.

-Estoy encantadísima de venir en vuestra ayuda, querida. El doctor Whitticomb me explicó que os estáis recuperando de una herida y que necesitáis una dueña de reputación intachable mientras permanezcáis en Langford. -Frunció la frente sorprendida-. Sin embargo, no logro recordar de qué clase de herida se trataba.

-En la cabeza -repuso Sherry servicial.

-Sí, eso es -fijó un instante sus vivos y azules ojos en Sherry y añadió-: Al parecer, habéis sanado.

-Ha sanado la herida -intervino el doctor W1iitticomb-, pero persiste un enojoso efecto secundario: miss Lancaster todavía no ha recobrado la memoria.

La expresión de miss Charity se ensombreció.

-Pobre criatura! ¿Sabéis quién sois?

-Sí.

-¿Sabéis quién soy yo?

-Sí, madame.

-¿Quién soy?

Peligrosamente a punto de estallar en carcajadas, Sherry desvió su mirada en un intento de mantenerse serena y, de modo involuntario, se encontró con la sonrisa y un guiño de simpatía del conde. Decidió que lo mejor sería hacer caso omiso de su amistoso avance hasta que tuviera tiempo de identificar sus propios sentimientos, dirigió de nuevo la mirada a su acompañanta y respondió, obediente, a la pregunta, pues comprendía que le había sido formulada a modo de prueba.

-Sois miss Charity Thorton, tía del duque de Stanhope.

-¡Es lo que pensaba! -exclamó, aliviada, la anciana dama.

-Creo que, que... avisaré pa-para que traigan té... -dijo Sherry al tiempo que salía precipitadamente de la estancia, y se cubría la boca con la mano agitando los hombros con risa incontenible.

-Es una criatura muy hermosa, pero si tartamudea como he visto, nos costará mucho encontrarle un buen partido -decía con tristeza miss Charity a su espalda.

Hugh le dio un cariñoso apretón en el hombro.

-Sois la única que puede conseguirlo, Charity.

-La enseñaré cómo debe comportarse en sociedad -proseguía la anciana cuando Sherry regresó.

La dama, ya despierta, parecía mucho más viva y lúcida. Sonrió radiante a la joven y dio unos golpecitos en el asiento contiguo del sofá invitándola a sentarse.

-Vamos a pasarlo estupendamente -le prometió mientras ella seguía sus indicaciones-. Asistiremos a veladas, recepciones y bailes. Iremos de compras a Bond Street y pasearemos por Hyde Park y por el Pall Mall. ¡Oh, debéis asistir cuanto antes a un baile en la sala de reuniones de Almack's! ¿Habéis oído hablar de Almack's?

-No, madame, me temo que no -repuso Sherry, que se preguntaba cómo podría seguir tal ritmo su acompañante.

-Os encantará -repuso Charity, y entrelazó los dedos arrobada-. Es la quintaesencia de la elegancia y más importante que ser presentada en la corte. Los bailes se celebran los miércoles por la noche, y son tan selectos, que una vez que la patrocinadora os ha facilitado el vale de entrada tenéis virtualmente asegurada la aceptación en todos los actos de la alta sociedad. El conde os acompañará la primera vez, por lo que seréis la envidia de todas las mujeres y objeto de especial interés de todos los varones que se hallen presentes. Almack's es el lugar ideal para que hagáis vuestra primera aparición en sociedad...

De pronto pareció preocupada.

-¿Tiene entradas para Almack's, Langford?

-Me temo no haber pensado ni por un momento en ello -repuso Stephen, y se volvió ligeramente para ocultar la repulsión que le inspiraba aquel lugar.

-Hablaré con vuestra madre a propósito de ello. Tendrá que valerse de toda su influencia para conseguirlas, pero logrará convencer a la patrocinadora.

Dirigió sus azules ojos con desaprobación a la chaqueta y pantalones de color burdeos e impecable corte que lucía el conde y exclamó alarmada:

-No seréis admitido en Almack's si no vestís de modo adecuado, Langford.

-Advertiré a mi ayuda de cámara de las graves consecuencias sociales a que me expongo si no me presento como es debido -prometió Stephen con risa contenida.

-Decidle que debéis vestir de negro y de etiqueta -insistió ella, pues dudaba de la competencia del excelente Damson.

-Le transmitiré esa información de modo textual.

Librodot

-Y, desde luego, chaleco blanco clásico.

-Desde luego.

-Y corbata blanca.

-Desde luego -repitió en tono de perfecta gravedad, con una leve inclinación de cabeza.

Satisfecha de haberle advertido debidamente, miss Charity se volvió a Sheridan y le confió:

-En una ocasión, la patrocinadora rechazó al propio duque de Wellington porque se presentó en Almack's con esos espantosos pantalones que los hombres visten ahora en lugar de los obligados de etiqueta. -Y mudó con agilidad de tópico para añadir-: Sabéis bailar, ¿verdad?

-Yo... -dudó, y negó con la cabeza-. No estoy segura.

-Pues debemos encontraros en seguida un profesor de baile. Tenéis que aprender minueto, bailes tradicionales, cotillones y el vals. Pero no debéis bailar el vals en ningún lugar hasta contar con la aprobación de la patrocinadora de Almack's. -En tono terrible le advirtió-: Silo hicierais, sería peor que si Langford se presentase vestido de modo impropio, porque él no sería admitido y nadie le conocería mientras que vos seríais considerada «ligera» y, por consiguiente, quedaríais desprestigiada. Langford os conducirá a la pista de baile y, luego, sólo podrá bailar otra vez con vos, nada más. Incluso dos bailes serían interpretados como una distinción especial, que es lo último que desearíamos que ocurriera

»¡Langford! -exclamó, y lo sorprendió observando el perfecto perfil de Sherry-, ¿escucháis lo que digo?

-Estoy pendiente de todas vuestras palabras -repuso Stephen-. Sin embargo, creo que Nicholas DuVille desea tener el honor de acompañar a miss Lancaster a la reunión y luego a la pista en su primer baile.

Se ladeó de forma imperceptible para observar mejor la reacción de Sherry ante sus últimas palabras y las que se proponía añadir y prosiguió:

-Tengo un compromiso previo para el próximo miércoles, así que me conformaré con bailar más tarde con ella esa noche.

Sherry no mudó de expresión. Contemplaba sus manos en el regazo y Stephen tuvo la impresión de que la avergonzaba toda aquella charla acerca de atraerse pretendientes.

-Las puertas se cierran a las once en punto y ni el propio Dios sería admitido después -advirtió miss Charity.

Y, mientras Stephen se maravillaba ante su capacidad de recordar algunas cosas y olvidar otras, añadió:

-¿Habéis dicho DuVille? ¿Se trata del mismo joven que en otros tiempos manifestaba cierto afecto por vuestra cuñada?

Librodot

-Tengo entendido que se siente muy atraído por miss Lancaster -repuso Stephen con cautela.

-¡Excelente! Después de vos, es el mejor partido de Inglaterra.

-Se sentirá muy complacido cuando se entere -repuso el conde.

Aplaudía en su fuero interno su repentina y acertada decisión de obligar a DuVille a acompañar a Sherry a Almack's horas antes de que él llegara. Era una deliciosa venganza imaginar al delicado francés acosado como una liebre en una sala llena de ávidas debutantes y sus calculadoras madres, que lo inspeccionarían como un bocado escogido, calibrarían su valor financiero y suspirarían porque tuviera un título que lo acompañase. Stephen no había pisado aquel «centro casamentero» desde hacía una década, pero lo recordaba a la perfección. En la antesala se jugaba con posturas tan bajas que resultaban absurdas y los refrigerios eran tan insulsos como el juego: té flojo, limonada caliente, pastelillos insípidos, horchata, pan y mantequilla. Una vez que DuVille hubiese bailado sus dos piezas con Sherry, el resto de la velada sería un auténtico purgatorio para él.

Sin embargo, él se proponía acompañar a Sherry a la ópera la noche siguiente. A ella le gustaba la música, lo sabía desde la noche que la encontró cantando con el coro de sirvientes, por lo que sin duda disfrutaría con Don Giovanni.

Con los brazos cruzados en el pecho observó a Charity Thornton, que instruía a Sherry. Cuando entró en la sala para saludar a la nueva dueña, su primera impresión fue preguntarse si el doctor Whitticomb habría perdido el juicio. Pero al escuchar su jubilosa cháchara, decidió que el médico había hecho una elección excelente, que convendría a todos a la perfección, incluido él mismo. Cuando no dormitaba o se detenía para recordar algo que, de repente, se le escapaba, resultaba una compañera encantadora. Y, de todos modos, divertía a Sherry en lugar de intimidarla o aturdirla. Estaba pensando en todo ello cuando se dio cuenta de que hablaban de los cabellos de Sherry.

-El rojo no es la última moda, ¿sabéis? Pero en cuanto mi excelente doncella os lo haya cortado y peinado, no se verá tanto.

-¡Dejadlo! -ordenó Stephen con brusquedad, sin poder contenerse y sin suavizar su tono.

Los tres lo miraron boquiabiertos.

-¡Pero, Langford!... -protestó miss Charity-. Ahora, las muchachas llevan los cabellos cortos.

Stephen sabía que debía abstenerse de intervenir. Comprendía que no debía entrometerse en una opinión tan femenina sobre peluquería, pero le resultaba insoportable imaginar que la densa masa de radiantes cabellos de Sherry yacería en confuso montón en el suelo.

-No le cortéis los cabellos -dijo en tono frío y autoritario que inspiraba deseos de ponerse a buen resguardo.

Su expresión hizo sonreír a Whitticomb de modo inexplicable.

Charity pareció sentirse ofendida.

En cuanto a Sherry, consideró por un instante la posibilidad de cortarse los cabellos a la altura de la nuca.

28

Whitney observaba sonriente a la nueva doncella de Sherry, que daba los últimos toques a su peinado. Nicki aguardaba abajo para acompañar a la joven y a Charity Thornton a Almack's en su primera aparición oficial en Londres. En cuanto a Stephen, debía reunirse con ellos más tarde, y los cuatro irían después al baile de Rutherford, donde Whitney, Clayton y la duquesa viuda ejercerían su protección e influencia para asegurarse de que todo resultaba a la perfección durante el baile inaugural más importante de la temporada.

-Stephen tenia toda la razón cuando os rogó que no os cortarais los cabellos.

-No me lo rogó exactamente -señaló Sherry-. Me lo prohibió.

-Tengo que darle la razón -intervino la madre de Stephen-. Hubiera sido un crimen sacrificar tan extraordinaria cabellera.

Sherry esbozó una imponente sonrisa, incapaz de rebatir la cuestión, en parte por cortesía, pero sobre todo porque durante los tres días transcurridos desde que lord Westmoreland le había dicho que debía considerar otros pretendientes, Sherry se había encariñado mucho con Whitney Westmoreland y la duquesa viuda. La habían acompañado de modo casi constante en sus visitas y salidas de compras, la habían observado durante sus clases y le contaban anécdotas divertidas acerca de las personas que en breve conocería. Y, por las noches, cenaban con el conde y su hermano.

El día anterior, Whitney había llevado a Noel, su hijo de tres años, a casa de Stephen mientras Sheridan recibía su lección de baile en el salón, impartida por un malhumorado caballero que más bien recordaba a un general. Whitney, el pequeño Noel, que estaba en su regazo, y la duquesa viuda, que se sentaba a su lado, contemplaban a Sherry, que trataba de dominar pasos de baile que parecía no haber ejecutado nunca. Al ver que las secas órdenes de su maestro comenzaban a ponerla en un aprieto, Whitney se levantó y se ofreció a bailar con el profesor para que ella pudiera ver cómo se realizaban los pasos, a lo que ésta accedió gustosamente y cambió su lugar por ella para hacerse cargo del pequeño Noel. Al cabo de unos momentos la duquesa viuda decidió mostrar a Sherry y a Whitney algunos bailes de su época, y concluyeron la sesión desternillándose de risa ante la indignación del maestro de baile, que las veía bailar a las tres juntas.

Aquella noche, durante la cena, obsequiaron a los dos hombres con hilarantes descripciones de la lección y del maestro. Sherry había temido aquel primer encuentro con su reacio pretendiente, pero la presencia de la duquesa madre, de Whitney y el duque sirvió de salvaguarda y distracción. Sherry se sentía inclinada a pensar que tal había sido el propósito que los había guiado para quedarse a cenar. Y, de ser así, había resultado muy efectivo porque, al finalizar aquella primera velada, Sherry estaba en condiciones de hallarse en

Librodot

presencia del conde y tratarlo con simple cortesía, nada más y nada menos. En ocasiones, experimentaba la gratificante sensación de que lo irritaba que lo tratara de aquel modo, como cuando ella se reía con su hermano, y captaba el ceño de Stephen, como si estuviera molesto por algo. Otras veces, a Sherry le parecía como si Clayton Westmoreland fuera muy consciente del inquieto estado de ánimo de Stephen y que, por las razones que fuera, lo considerase divertido. Por su parte, pensaba que el duque de Claymore era el hombre más amable, encantador y agradable que había conocido. Así se lo dijo al conde a la mañana siguiente, en que él la sorprendió cuando bajaba temprano a desayunar. Con la esperanza de evitarlo, se había presentado antes en aquella salita pequeña, y por ello le extrañó verlo entrar como si siempre hubiera desayunado allí en lugar de en su magnífico comedor. Asimismo se sorprendió cuando, al elogiarle el carácter de su hermano, provocó un repentino cambio de humor en el conde, que le respondió sarcástico:

-Celebro enterarme de que habéis conocido a vuestro ideal del hombre perfecto.

A continuación se había levantado de la mesa sin concluir su desayuno y, con el pretexto de que tenía mucho trabajo, había dejado a Sherry sola en la mesa, que lo vio partir estupefacta. La noche anterior, después de cenar, él había salido al teatro con un amigo, y la precedente a otra función de última hora, y Hodgkin le había dicho que en ambas ocasiones había regresado poco antes del amanecer.

Whitney y la madre de Stephen, que llegaron poco después y la encontraron sentada a la mesa, se preguntaron si la causa de la irritación del conde seria la falta del necesario descanso. Cuando ella explicó a ambas mujeres su manifiesto mal humor y los antecedentes que lo habían provocado, ambas se miraron y exclamaron al unísono:

-¡Está celoso!

Tal posibilidad, aunque al parecer poco probable, había sido tan intrigante que cuando Nicholas DuVille acudió a buscarla para dar un breve paseo por el parque, Sherry se hizo el propósito de comentar sus atributos de amable y alegre compañero en el salón, antes de cenar. La reacción del conde fue similar a la de la mañana, aunque con diferentes palabras.

-Desde luego, sois fácil de complacer -repuso despectivo.

Puesto que Whitney y la duquesa madre le habían pedido que las mantuviera informadas de todo cuanto Stephen dijera e hiciera, Sherry les dio a conocer su comentario a la mañana siguiente y de nuevo repitieron a coro:

-¡Está celoso!

Sherry no sabía con exactitud si debía o no sentirse complacida. Sólo comprendía que temía creer que le importara realmente, pero en parte se sentía incapaz de confiar en que s1 fuera.

Sabía que él acudiría a Almack's aquella noche para atraer la atención hacia ella porque Charity Thornton creía que de aquel modo garantizaría su popularidad inmediata. A ella no le interesaba la popularidad, sólo la preocupaba no ponerse en evidencia, como tampoco a él ni a su familia. Había estado nerviosa toda la tarde por la velada que la esperaba, pero Whitney se presentó de modo inesperado para hacerle compañía mientras se vestía para salir, una actividad que requería tanto tiempo que ya deseaba comenzar cuanto antes.

Librodot

La costurera permanecía en guardia y sostenía un espectacular vestido que había sido concluido hacía unos momentos. Sherry consultó de nuevo el reloj.

-Estamos haciendo esperar a monsieur DuVille -dijo nerviosa.

-A buen seguro que Nicholas espera que lo hagáis aguardar -repuso Whitney.

Pero no era Nicholas DuVille quien preocupaba a Sherry. Sabía que lord Westmoreland también se hallaba abajo y deseaba comprobar si el resultado final de tantos preparativos provocaba algún efecto notable en el modo en que él la mirara.

-Todo preparado... No, no miréis aún -dijo Whitney cuando Sherry trataba de volverse hacia el espejo para con

. templar su nuevo peinado-. Aguardad hasta que tengáis puesto el vestido para que podáis ver el efecto completo.

Con juguetona sonrisa, añadió:

-Estaba en París con mis tíos cuando tuve la edad apropiada para mi primera aparición en sociedad. Nunca me había visto ataviada con un vestido de verdad hasta el momento en que mi tía me permitió volverme y contemplarme en el espejo.

-¿De verdad? -inquirió Sherry.

Se preguntaba cómo podía ser cierto si, por cuanto había visto y oído, las muchachas inglesas se presentaban como princesas desde su infancia.

Whitney comprendió la pregunta que ella, por exceso de cortesía, no formulaba y se echó a reír.

-Lo mío es un caso aparte.

A Sheridan le resultaba imposible imaginar que la espléndida morena que se sentaba en el borde del lecho hubiera vivido momentos difíciles, y así se lo dijo.

-Hasta poco antes de aquella noche en París, mis dos ambiciones más grandes eran dominar el uso de un tirachinas y obligar a un muchacho del lugar a enamorarse locamente de mí. Razón por la cual -concluyó con confiada sonrisa- en primer lugar me enviaron a Francia. Nadie sabía qué hacer conmigo para impedir que causara mi propia deshonra.

La jocosa respuesta de Sherry quedó sofocada mientras la doncella y la costurera le pasaban con sumo cuidado el vestido por la cabeza. A sus espaldas, la duquesa viuda entraba en la habitación.

-También yo estaba demasiado deseosa de veros para aguardar a que nos encontráramos en Rutherford -dijo al tiempo que retrocedía para observar cómo la vestían.

-¿Está molesto monsieur DuVille porque me demoro demasiado? - preguntó Sherry.

Bajó los brazos y se volvió, obediente, para que sus ayudantes pudieran abrochar los diminutos corchetes de la espalda.

Librodot

-En lo más mínimo. Se tomaba una copa de jerez con Stephen y... ¡Oh! -exclamó cuando Sherry se volvió.

-Por favor, no me digáis que algo está mal -suplicó la joven-. Me niego a soportar ni un solo retoque.

Como la madre de Stephen parecía incapaz de pronunciar palabra, Sherry se volvió a Whitney, que se levantaba despacio con una sonrisa iluminando su rostro.

-Me gustaría que alguien dijera algo -exclamó Sherry inquieta.

-Mostradle su aspecto a miss Lancaster -dijo Whitney a la doncella, ansiosa de ver la reacción de Stephen cuando presenciase aquella transformación-. No, aguardad, primero los guantes y el abanico.

Y, dirigiéndose a ella, añadió:

-Debéis estar bien preparada para comprobar debidamente el efecto cuando os veáis. ¿Estáis de acuerdo?

Sherry no estaba segura de haber asentido. Con una inexplicable mezcla de expectación y graves presentimientos, se calzó los largos guantes de color crema que le llegaban hasta el codo, cogió el abanico de oro y marfil que la doncella le ofrecía y luego se volvió y alzó poco a poco la mirada hasta el espejo de cuerpo entero que sostenían las doncellas.

Entreabrió los labios complacida e incrédula ante la espléndida mujer que veía reflejada.

-¡Estoy... muy bella! -exclamó.

La madre de Stephen agitó, incrédula, la cabeza: -Esa es una pobre apreciación.

-Una obra maestra de pobre apreciación -convino Whitney

Estaba tan ansiosa de presenciar la reacción de Stephen que tuvo que contener la tentación de asir a Sherry por la mano y arrastrarla escaleras abajo hasta el salón, donde le constaba que él estaría aguardando con Nicki y miss Charity.

29

En un principio, a Stephen le había divertido la idea de obligar a Nicholas DuVille a pasar gran parte de la velada en

Almack's, y nada menos que bajo la vigilante mirada de Charity Thornton, pero, a medida que se aproximaba el momento de su marcha, se sentía menos complacido con la treta que le había preparado. Sentado en el salón, oía las conversaciones que sostenían miss Thornton y DuVille y aguardaba a que bajase Sherry. Advirtió que la anciana parecía pendiente de las palabras de su interlocutor y que sonreía con aprobación ante cada sílaba que

él pronunciaba, actitud que lo sorprendió, no sólo como muy impropia para una señora de compañía, sino como incomprensible, si se consideraba la legendaria reputación de mujeriego de DuVille.

-¡Ya está aquí! -exclamó, excitada, Charity Thornton.

Ladeó la cabeza hacia el pasillo y se puso en pie con mayor entusiasmo y energía que había mostrado en toda la semana.

-¡Disfrutaremos de una noche estupenda! ¡Vamos, monsieur DuVille! -dijo al tiempo que recogía su chal y su bolsito de mano.

Stephen la siguió al vestíbulo y DuVille se detuvo a mirar hacia la escalera y se quedó como transfigurado al tiempo que se extendía por su rostro una sonrisa de satisfacción. Stephen siguió la dirección de su mirada y su visión lo hizo exultar de orgullo. Ataviada con un vestido de satén de color marfil, con áureos adornos, descendía por la escalera la misma mujer que cenó con él con una bata demasiado grande y descalza. Si se consideraba lo apetecible que le pareció entonces, podía haber imaginado que constituiría una sensación con traje de gala, pero, en cierto modo, no estaba preparado para lo que veía. Sherry llevaba la frente despejada y los cabellos recogidos en la nuca, entretejidos con tenues hilos de perlas y que, a continuación, se vertían por sus hombros en una abundante cascada de rizos y ondas. Estaba impresionante.

Comprendió que también ella lo sospechaba porque, aunque durante los últimos cuatro días había paseado su mirada a través de él como si fuera invisible, por fin lo miró..., pero, desde luego, sólo por un instante. Fue una fugaz mirada que le permitió captar su reacción.

-Madame -dijo-, después de esta noche tendré que contratar a un ejército de acompañantes.

Hasta aquel momento Sherry casi había logrado olvidar que el propósito que guiaba a Stephen para tan costosa farsa consistía en atraer pretendientes para poderla traspasar a otro; mas, de pronto, pensó angustiada que su oculto placer radicaba en que ella llamara poderosamente la atención. Aquello la hirió en lo más profundo en el preciso momento en que creía estar bella y que confiaba en parecérselo también a él, y se quedó como insensibilizada.

-Me esforzaré por aseguraros que necesitabais hacer esto -repuso serena, pero decidida. Y le tendió la mano para que la besara.

De modo inexplicable, aquella frase hizo que Stephen frunciera el entrecejo con expresión de desagrado.

-No os «esforcéis» demasiado: así se crean las reputaciones -repuso.

30

-¿Sucede algo, Damson? -inquirió Stephen

Librodot

Observó por el espejo a su ayuda de cámara, que ataba con habilidad el último de una serie de lazos complicados en su blanca corbata. Acto seguido, se inclinó y se pasó la mano por la barbilla para comprobar la perfección de su afeitado.

-Mister Hodgkin pensó que debía entregaros esta carta antes de que salierais, por si era importante dijo Damson.

Depositó la arrugada misiva en el lecho y reanudo la más apremiante tarea de comprobar que su señor estuviera debiente preparado para su velada en Almack's. Sacó un traje negro de etiqueta de un armario y, mientras cruzaba la habitación, eliminó de él inexistentes arrugas. A continuación, sostuvo la chaqueta para que Stephen pasara los brazos por las mangas, le alisó los hombros, ajustó la parte delantera y retrocedió unos pasos para comprobar los excelentes resultados de 'su atención y cuidados.

-¿Dijo Hodgkin de quién era la carta? -preguntó Stephen, que tiraba de los puños de su camisa para ponerlos en su sitio y aseguraba los gemelos de zafiros.

-El antiguo casero de lord Burleton ordenó que os la trajesen. Iba dirigida al barón, a su antigua residencia.

Stephen asintió con escaso interés. Había cancelado la cuenta de Burleton con su casero y había ordenado al caballero que le enviara toda la correspondencia que se recibiera a nombre de aquél. Hasta el momento, el correo recibido había procedido de establecimientos en los que Burleton había hecho compras cuyo importe no había satisfecho. Puesto que lo había privado de su vida y de la oportunidad de cancelar sus deudas, Stephen se sentía moralmente obligado a satisfacerlas en su nombre.

-Entregádsela a mi secretario -ordenó.

Pensó que se le hacía tarde. Le había prometido a su hermano que se reuniría con él para jugar unas manos de cartas en The Strathmore y ya llegaba con retraso. Tras una o dos horas de arriesgar apuestas elevadas se proponía presentarse en Almack's y, en cuanto le fuera posible, se la llevaría de aquel «centro casamentero» para, a continuación, dirigirse al baile de lord Rutherford, donde ambos disfrutarían mucho más. Decidió, con divertida satisfacción, que DuVille podría conformarse con acompañar a Charise Thornton a casa de Rutherford.

-Sugerí a mister Hodgkin que se la entregase a vuestro secretario, milord -repuso Damson, que cepillaba con energía las invisibles, pero desagradables motas que hubieran podido instalarse en la inmaculada persona de su señoría-. Pero se mostró muy insistente en que la vierais por si se trataba de noticias importantes. Ha sido enviada desde América.

Pensó que sería algún cargo por compras que Burleton hubiese realizado durante su visita. Cogió la carta y se puso en marcha, con el propósito de abrirla por el camino.

-McReedy está dispuesto con el carruaje -lo informó Colfax, y le tendió los guantes.

Pero Stephen no lo oía ni veía. Centraba toda su atención en el contenido del escrito enviado a Burleton por el abogado del padre de Charise Lancaster.

Colfax advirtió la profunda preocupación del conde ante la lectura de la carta y su sombría expresión y le preocupó al punto que pudiera de algún modo alterar sus planes para la velada.

-Miss Lancaster estaba hermosísima cuando salió hacia Almack's, y muy ilusionada con su velada, si se me permite decirlo -señaló de modo intencionado.

Lo cual era cierto, pero también un recordatorio formulado con prudencia por Colfax, por el cariño que sentía hacia la americana, de que la presencia del conde en Almack's, para recogerla, sería de vital importancia para ella.

Stephen dobló de nuevo la carta con cuidado y miró a su paso al mayordomo, pero era evidente que centraba sus pensamientos en algo de suma gravedad que nada tenía que ver con Almack's. Salió sin pronunciar palabra, con pasos firmes y resueltos, en dirección al coche que lo estaba aguardando.

-Me temo que eran malas noticias, Hodkgin -dijo Colfax al segundo mayordomo, que merodeaba preocupado por las inmediaciones del vestíbulo-. Deben ser muy malas.

Dudó un instante, pues le parecía indigno de su categoría hacer conjeturas, pero su interés por la encantadora americana superaba incluso sus preocupaciones por mantener la dignidad.

-La carta estaba dirigida a lord Burleton... Tal vez le afectara sólo a él y no tuviese nada que ver con miss Lancaster.

31

Situado en St. James's Square, tras una marquesina verde oscuro que se extendía desde la puerta principal a la calle, The Strathmore estaba destinado a un grupo reducido y muy selecto de nobles que prefería jugar en entornos más lujosos que las ruidosas salas demasiado iluminadas de White's y compartir mejores alimentos que las insípidas aves cocidas, bistecs y pasteles de manzana que se servían en Brook's y en White's.

A diferencia de Brooks', White's y Watier's, The Strathmore había sido fundado por, y pertenecía a, sus ciento cincuenta ilustres miembros en lugar de a un único propietario. Los socios transferían tal condición de generación en generación, lo que se limitaba de manera inexorable a los descendientes de los fundadores originales. El club no existía para conseguir beneficios sino para facilitar un inquebrantable y cómodo baluarte, en el que los miembros podían apostar asombrosas fortunas a una mano de naipes, expresarse con moderación sin verse obligados a vociferar para ser oídos, y degustar sabrosos guisos preparados por sus jefes de cocina italianos y franceses. Se esperaba, y garantizaba, discreción a los socios. Circulaban rumores acerca de las gigantescas pérdidas y ganancias que se arriesgaban en las mesas de juego de White's y Brooks' y que, a continuación, se extendían por todo Londres. Pero en aquel núcleo social, donde en comparación, las apuestas eran astronómicamente superiores, no trascendía una palabra de tales datos más allá de su verde marquesina. Sin embargo, en el interior del recinto, las noticias circulaban de una a otra sala y de miembro en miembro con inaudita rapidez y considerable regocijo general.

A partir de las columnas de mármol que flanqueaban la puerta principal no se permitía el acceso a los invitados, aunque fuesen acompañados de los socios, un descubrimiento que

Librodot

enfureció a Beau Brummel, que no consiguió entrar a pesar de que en aquella época reinaba como señor supremo en los clubs masculinos más elegantes de Londres.

El propio Prinny había visto negada su admisión, basada en que no era descendiente de los fundadores, lo que originó que el entonces príncipe regente reaccionase con mucho más enojo que Brummel, pero con insólito sentido común y previsión. Formó su propio club, designo a dos jefes de cocina en cargos destacados y lo llamó Watier's, en honor de uno de ellos. Sin embargo, el príncipe regente no logró reproducir con exactitud el aura de gran dignidad, enorme selección y discreta elegancia que impregnaban aquellas espaciosas salas.

Con una distraída inclinación de cabeza al director, que lo saludaba respetuoso en la puerta, Stephen se abrió paso entre las grandes salas con artesonados de roble sin dedicar más atención a los socios que conversaban en los cómodos sillones de alto respaldo o se sentaban ante las mesas de juego que a aquel empleado. La tercera sala a la que llegó estaba práctica mente desierta, lo que le convenía a la perfección, y se sentó ante una mesa que tenía desocupadas las tres sillas restantes. Observó con fijeza la vacía chimenea, consideró el grave contenido de la carta y reflexionó sobre la decisión más trascendental de su vida.

Cuanto más pensaba en el problema creado por aquel escrito, más evidente le resultaba la solución... y mejor le parecía. En el espacio de media hora, el talante de Stephen había mudado de torvo a pensativo, después a filosófico y, por fin, a alegre. Aun sin recibir aquel escrito, Stephen había sabido cuán probable era que acabara realizando sus propósitos. La diferencia consistía en que su contenido lo obligaba virtualmente a ello, lo que significaba que podría obrar de acuerdo con sus deseos sin renunciar a cualquier reivindicación al honor y la decencia. Desde el momento en que comunicó a Sherry que deseaba que considerase otros pretendientes, lo había lamentado. Apenas podía disimular los celos que sentía cuando ella elogiaba a DuVille, y no podía imaginar hasta qué extremos irracionales hubiera llegado cuando comenzaran a aparecer otros pretendientes en su puerta. Sin duda que algún aspirante enajenado no tardaría en hacer acopio del valor necesario para pedirle su mano y, en lugar de ello, se encontraría de patitas en la calle.

Cuando Sherry se encontraba en la misma habitación, le resultaba difícil apartar los ojos de ella; si estaban solos, debía hacer un esfuerzo sobrehumano para dominarse y no ponerle las manos encima y, en el caso de que ella saliera, no lograba apartarla d' j, pensamiento. En cuanto a Sherry, también lo deseaba. Lo había sabido desde el primer momento, y no había cambiado por mucho que intentara comportarse como si él fuese un simple conocido, con el que tuviera poco en común. Estaba seguro de que se. fundiría entre sus brazos si volvía a estrecharla durante unos momentos.

Una jocosa observación de su hermano le obligó a levantar la mirada sorprendido.

-A riesgo de entrometerme en la complicada discusión que mantienes contigo mismo -le dijo irónico, ¿te importaría que interviniese en ella o prefieres jugar a cartas?

En la mesa, frente a él, tenía una copa semivacía y, cuando Stephen echó un vistazo a su alrededor, advirtió que el salón se había llenado considerablemente desde su llegada.

Mientras Clayton aguardaba su decisión con las cejas enarcadas, Stephen se recostó en su silla y meditó, por última vez, la decisión que había tomado y la conveniencia de ponerla cuanto antes en práctica. Puesto que aquello era exactamente lo que deseaba hacer, ponderó tan sólo las ventajas de apresurarse e ignoró sus posibles desventajas.

-Preferiría hablar -dijo-. No estoy de humor para juegos.

-Lo he advertido. Y lo mismo ha sucedido con Wakefield y Hawthorne, que nos invitaron a reunirnos con ellos mientras te abstraías en tus pensamientos.

-No me había dado cuenta de que estaban aquí -reconoció Stephen, y buscó con la mirada a los dos amigos a quienes de modo involuntario había ofendido-. ¿Dónde se encuentran ahora?

-Restañando sus heridas sensibilidades en otra mesa de juego.

Pese a su brusquedad, Clayton era muy consciente de que Stephen estaba absorto en algo importante. Aguardó, paciente, unos momentos, pues confiaba en que le diese una explicación.

-¿Propones algún tema particular de conversación o deberé buscarlo yo? -dijo por fin.

A modo de respuesta, Stephen sacó de su bolsillo la carta redactada por el abogado del padre de Charise.

-He aquí el tema que tengo presente en estos momentos -repuso, y se la tendió a su hermano junto con el modesto giro bancario que la acompañaba.

Clayton desplegó la misiva y comenzó a leerla:

Querida miss Lancaster.

Dirijo esta carta a vuestro esposo a fin de que pueda prepararos para las noticias que contiene.

Lamento sinceramente tener que informaros de la muerte de vuestro padre y amigo mío. Yo lo acompañé en sus últimos momentos y, en bien vuestro, os comunico el pesar que él sentía por los que consideraba sus múltiples fracasos en vuestra crianza, incluido el haberos malcriado dándooslo todo y en exceso.

Deseaba que asistieseis a los mejores colegios y que consiguierais un matrimonio brillante. Alcanzó tales objetivos, pero al conseguirlo y facilitaros una importante dote, invirtió casi todo cuanto tenía e hipotecó el resto. El giro bancario que os adjunto representa, a mi entender, el pleno valor de sus bienes.

Me consta que vuestro padre y vos no estabais de acuerdo en muchas cosas, miss Lancaster, pero es mi más entrañable deseo, como también lo era el suyo, que algún día apreciarais sus esfuerzos y supierais aprovechar vuestras oportunidades.

Al igual que vos, Cirus era obstinado e iracundo. Tal vez estas dos similitudes que ambos compartíais os impidieran alcanzar una mayor comprensión.

Acaso la falta de proximidad os permita ahora enfrentaros mejor a la noticia de su muerte. Lo más probable es que algún día sintáis un profundo pesar, cuando comprendáis que es demasiado tarde para decir y hacer aquellas cosas que podían haber solucionado las desavenencias existentes entre vosotros.

Con el deseo de evitaros tan dolorosos pensamientos, vuestro padre deseaba que os dijera que, aunque acaso él no lo hubiera demostrado, y vos tampoco, murió creyendo que también lo amabais.

Clayton concluyó la lectura y se la devolvió. En su sombría expresión reflejaba la preocupación y el pesar que Stephen sentía por Sherry... e idéntica sorpresa que él por algunas cosas que había leído.

-Lamento lo de su padre -dijo-. Ha tenido una asombrosa racha de mala suerte. Aunque tal vez sea mejor que no estuvieran muy unidos.

Tras una breve vacilación, frunció el entrecejo y añadió:

-¿Qué deduces del tono del abogado? La joven a que se refiere en la carta no se parece en absoluto a la que conozco.

-Ni yo -le confirmó Stephen-. Salvo por su obstinación y genio -verificó con seca sonrisa-. Aparte de esto, sólo me cabe imaginar que su padre y su abogado debían haber tenido semejante mentalidad en lo referente á educar mujeres y que ambos consideraban insoportable esa clase de carácter.

-Es la misma conclusión a que he llegado basada en el conocimiento de mi suegro.

-Lancaster debía haber sido un absoluto miserable si consideraba habérselo dado «todo» a su hija, con aquel sencillo vestido que llevaba en el barco -observó Stephen.

Estiró las largas piernas, las cruzó por los tobillos y se arrellanó en su asiento. Tras hundir las manos en los bolsillos, se volvió e hizo señas a un camarero.

-¡Champán! -ordenó en respuesta a la pregunta del servidor.

Ante las inmediatas consecuencias de tan lúgubres noticias y las graves secuelas que comportarían para Sherry, a Clayton le pareció extraña la indolente postura de Stephen y su petición de bebida. Aguardó alguna indicación en cuanto a cómo y cuándo se proponía darle a ella las noticias, pero su hermano se mostraba muy satisfecho mientras observaba cómo el camarero servía sendas copas y las depositaba sobre la mesa.

-¿Qué piensas hacer ahora? -le preguntó por fin.

-Proponer un brindis -dijo Stephen.

-Para ser más específico -insistió Clayton, que sentía crecer en extremo su impaciencia ante la obstinada cerrazón de su hermano-. ¿Cuándo piensas hablarle de la carta?

-Cuando estemos casados.

-¿Cómo dices?

En lugar de repetir sus palabras, Stephen enarcó la ceja, divertido, tomó su copa y la alzó en un brindis burlón.

-Por nuestra felicidad -dijo en tono conciso.

En el instante que Stephen tardó en apurar el contenido, Clayton, recuperada su compostura, disimuló cuidadosamente su regocijo ante el giro de los acontecimientos y se acomodó a su vez en el sillón. Cogió su copa de champán, pero, en lugar de beber, la hizo girar con aire ausente entre los dedos mientras observaba a su hermano sin ocultar su alegría.

-¿Crees que cometo un error? -le preguntó Stephen.

-En absoluto. Sólo me pregunto si no te has dado cuenta de que pareces haber inspirado cierta, digamos, leve aversión a miss Lancaster.

-Desde luego, no creo que acudiera con agua a salvarme si me encontrara en un incendio -reconoció-. Por lo menos si tuviera que acercárseme para tal fin.

-¿Y no opinas que eso pueda ser un obstáculo para que acepte tu generosa propuesta de matrimonio?

-Es posible -respondió Stephen con una risita.

-En tal caso, ¿cómo te propones convencerla para que acepte?

-En realidad -mintió su hermano, en un esfuerzo por contener su hilaridad-, creo que debo señalarle cuán erróneo fue por su parte desconfiar de mi integridad e intenciones y, luego, se lo demostraré pidiéndola en matrimonio. A continuación le diré que, si desea conseguir mi perdón, estoy dispuesto a concedérselo.

Resultaba tan convincente que su hermano lo miró con disgusto e indignación.

-¿Y qué supones que sucederá entonces?

-¿Que pasaré los siguientes días y noches en los agradables confines de mi hogar.

-Supongo que con ella, ¿no es eso? -se burló Clayton.

-¿A ti qué te parece?

La alegría de Clayton se vio interrumpida por el regreso de Jordan Townsende, duque de Hawthorne, y Jason Fielding, marqués de Wakefield. Puesto que Stephen no tenía nada más que hablar con su hermano, los invitó a que se quedaran y los cuatro amigos se enfrascaron en la importante tarea de jugarse elevadas apuestas.

Sin embargo, a Stephen le resultaba difícil concentrarse porque no podía dejar de pensar en Sherry y en el inmediato futuro de ambos. Pese a sus burlonas jactancias acerca de cómo pretendía proponerle matrimonio, no tenía idea de lo que le diría. Ni siquiera le parecía importante. Lo único que importaba era que estarían unidos. Ella le pertenecería, sin que Stephen sintiera la agobiante y constante culpabilidad que lo impulsaba a rehuir el matrimonio con la joven prometida de Burleton. El fallecimiento de su padre hacía imperativo que alguien la cuidara, que contara con alguien cuando tuviera conocimiento de ello.

De todos modos, estaban destinados a unirse. Stephen aceptaba ya de manera incondicional aquella realidad. En cierto modo, en lo más recóndito de su interior, lo había sabido desde el momento en que se presentó ante él con una bata ceñida con el cordón de un cortinaje y los cabellos cubiertos con una toalla azul diciendo «Mis cabellos son rojos!».

No, pensó Stephen, antes ya había sentido algo hacia ella. Fue desde la primera mañana en que despertó junto a su lecho y Sherry le rogó que le describiera su rostro. El fijó la mirada en sus fascinantes ojos grises y descubrió en ellos valor y dulzura. Aquel sentimiento se inició entonces y se había ido fortaleciendo con cuanto ella decía y hacía. Admiraba su irrespetuoso ingenio, su inteligencia y su espontánea cordialidad hacia todos cuantos conocía. Deseaba tenerla en sus brazos y sentir el sabor de su boca. Lo fascinaban su genio, su ardor, su dulzura y, en especial, su honradez.

Tras llegar a la madurez rodeado de mujeres que ocultaban su codicia bajo sonrisas tentadoras y su ambición tras seductoras miradas, y que fingían sentir pasión cuando lo único que las atraía de él eran sus posesiones, Stephen Westmoreland por fin había encontrado a alguien que lo quería por sí mismo.

Y se sentía tan dichoso que no acababa de decidir con qué la obsequiaría primero. Pensó en las joyas mientras se detenía a apostar en su mano de cartas. Coches, caballos, vestidos y pieles, pero primero joyas... Fabulosas joyas para realzar su exquisito rostro y muchas más que se entrelazarían en su espléndida cabellera. Vestidos adornados con...

¡Perlas!, decidió riendo para sí mientras recordaba su jocoso comentario sobre el vestido de la condesa de Evandale. Un vestido adornado con tres mil y una perlas. A Sherry no parecían interesarle demasiado los vestidos, pero ése, en especial, despertaría su sentido del humor y le gustaría porque sería un obsequio de él. Porque se lo habría regalado él...

Estaba muy seguro de que sería así y le constaba que ella lo deseaba. Desde el momento en que rozó su boca con sus labios, sinti6 cómo temblaba y advirtió cómo se tensaba su cuerpo al aproximarse instintivamente al suyo. Era demasiado inexperta para disimular sus sentimientos, demasiado cándida para tratar de hacerlo.

Ella lo deseaba y él también la deseaba a ella. Dentro de pocos días se la llevaría a la cama por primera vez y entonces le enseñaría las delicias de poseerse.

Levantó la mirada al oír que Jason Fielding pronunciaba su nombre. Comprendió que sus compañeros aguardaban su apuesta y echó más fichas en el montón del centro de la mesa.

-Ya habíais ganado esta partida -señaló Jason con acento divertido-. ¿Os importaría recoger vuestras ganancias y apropiaros de una considerable suma de nuestro dinero?

-Sea lo que fuere en lo que estéis pensando, debe de ser muy absorbente -observó Jordan Townsende, que lo observaba con curiosidad.

-Antes nos habéis mirado sin vernos -añadió Fielding mientras barajaba las cartas-. Es la actitud más desconsiderada de que me hacen objeto desde hace años.

-Algo terrible absorbe los pensamientos de Stephen -bromeó Clayton.

Mientras concluía su frase, William Baskerville, un solterón de mediana edad, se aproximó a la mesa con un periódico doblado en las manos y se detuvo, ocioso, a observar la partida.

Puesto que el noviazgo de Stephen sería objeto de habladurías por la mañana y su compromiso un hecho hacia el fin de semana, Stephen no vio razón alguna para seguir ocultando lo que ocupaba sus pensamientos.

-A propósito... -comenzó.

De pronto se le ocurrió consultar su reloj y comprobó que ya habían transcurrido tres horas.

-¡Llegaré tarde! -exclamó.

Echó las cartas en el centro de la mesa y se levantó bruscamente, lo que causó el sobresalto de sus compañeros de juego.

-¡Si no llego a Almack's antes de las once, habrán cerrado las malditas puertas!

Tres varones sorprendidos observaron que Stephen salía con suma precipitación del club y que, evidentemente, se apresuraba por llegar a un destino al que ningún hombre sofisticado ni maduro acudiría de modo voluntario ni mucho menos de buen grado. La idea de que Stephen Westmoreland acudiera por voluntad propia a aquel lugar, con su sala de baile llena de jovencitas ruborosas recién salidas de la escuela y deseosas de pescar un buen partido, era ridícula. Baskerville fue el primero en tomar la palabra.

-¡Oh Dios! -exclamó. Y miró a sus compañeros con sorpresa y horror-. ¿Ha dicho que iba a Almack's?

El marqués de Wakefield apartó, divertido, la mirada de la puerta y se volvió a sus compañeros:

-No sólo le oí decir que iba a Almack's, sino que parecía tener mucha prisa.

-Podrá considerarse afortunado si sale de allí con vida -bromeó Jason Fielding.

-Y soltero -convino, sonriente, Jordan Townsende.

-¡Pobre diablo! -exclamó Baskerville con gravedad.

Y se alejó, cabizbajo, a reunirse con unos amigos y compartir la jocosa información de que el conde de Langford había salido a toda prisa para llegar a tiempo al «centro casamentero» antes de que cerrara sus puertas.

La opinión unánime entre los jugadores, que echaban sus dados en largas mesas con altos rebordes de madera, era que Stephen había claudicado ante el último deseo de algún pariente moribundo y había accedido a presentarse en Almack's ante alguna jovencita relacionada con el fallecido.

Librodot

En las mesas de verdes tapetes, donde los caballeros aventuraban sus ganancias a una carta que alguien descubriría, la opinión general era que el desdichado conde de Langford había perdido una apuesta cuyo cumplimiento le exigía pasar una noche en Almack's.

Los caballeros que jugaban a impares, y que se arriesgaban apostando a los números que aparecían cuando se detenía el giro de la rueda, compartían la opinión de que Baskerville se había equivocado.

Los jugadores de whist, concentrados en sus cartas, pensaban que Baskerril1e se había vuelto loco.

Pero, fuesen cuales fuesen sus respectivas opiniones, su reacción solía ser unánime: de hilaridad. En las salas de The Strathmore, el ambiente se veía interrumpido, de continuo, por sonoras carcajadas, risas cordiales y estrepitosas risotadas mientras circulaba la noticia de uno a otro socio y de mesa en mesa de que Stephen Westmoreland, conde de Langford, había ido a Almack's a pasar la velada.

32

Pasaban cinco minutos de las once cuando Stephen se cruzó con dos muchachos que se retiraban, apesadumbrados, a sus carruajes después de que lady Letitia Vickery les negó el acceso. La patrocinadora se disponía a cerrar cuando Stephen le advirtió con voz queda:

-¡No os atreveréis a darme con la maldita puerta en las narices, Letty!

Irritada ante aquella afrenta, escudriñó entre la oscuridad al tiempo que persistía en su empeño.

-¡Quienquiera que seáis, es demasiado tarde!

Stephen introdujo el pie en la rendija para detenerla.

-Creo que deberíais considerar hacer una excepción.

La mujer asomó el rostro con expresión desdeñosa entre el rayo de luz de la jamba y el borde de la puerta.

-¡No hacemos excepciones, señor! -Al descubrir de quién se trataba mudó por un instante su expresión de glacial altivez en cómica incredulidad-. ¿Sois vos, Langford?

-Desde luego. ¡Vamos, abrid! -exigió en tono quedo.

-¡No podéis entrar!

-Letty -dijo, y se armó de paciencia-. No me obliguéis a recordaros los tiempos en que me invitabais a lugares menos apropiados que éste... y prácticamente con conocimiento de vuestro pobre esposo.

La mujer abrió la puerta, pero interceptó la abertura. Stephen consideró la posibilidad de asirla por los hombros y apartarla de su camino.

-¡Por Dios, Stephen, sed razonable! -imploró ella con energía-. ¡No puedo permitiros la entrada! ¡Las restantes patrocinadoras pedirían mi cabeza!

-Os besarán en ambas mejillas por hacer tal excepción conmigo -afirmó en tono rotundo-. Imaginad el número de asistentes que recibiréis mañana, cuando se sepa que, por primera vez en quince años, me vi atraído a esta aburrida reunión de inocentes virtuosas.

Ella vaciló, al tiempo que ponderaba la evidente realidad de aquellas palabras frente al alboroto que le formarían las restantes patrocinadoras hasta que pudiera explicar sus razones.

-Los mejores partidos de Londres solicitarán entradas a fin de descubrir por sí mismos qué joven tan exquisita pudo atraeros aquí.

-Exactamente -repuso Stephen con sarcasmo-. Tendréis tantos buenos partidos que deberéis preparar suministro especial de limonada caliente, pan y mantequilla.

La mujer estaba tan encantada de poder atribuirse el mérito de las magníficas parejas que se formarían durante su gestión que pasó por alto los desdeñosos agravios de Langford sobre los santificados salones de Almack's, sus refrescos y sus asistentes.

La velada no resultaba tan desastrosa como Sherry había temido. Había bailado y se había sentido bien acogida. En realidad, con escasas e incómodas excepciones, había estado muy a gusto, aunque hasta hacía unos momentos, cuando el reloj por fin señaló las once en punto, permaneció tensa y expectante. Puesto que ya era imposible que Stephen compareciese, estaba profundamente decepcionada, aunque se negaba a ceder a la ira o al rechazo. Había comprendido que a él no le entusiasmaba acudir a aquel lugar, y era necio esperar que sufriese incomodidades por su causa. Ello hubiera implicado alguna especie de preocupación o interés hacia ella, que bien comprendía que eran inexistentes: Whitney y la duquesa madre se habían equivocado. Decidida a no permitir mantenerlo en sus pensamientos por más tiempo, se concentró en la conversación de las muchachas que la rodeaban y charlaban entre sí aunque, por cortesía, la incluían en sus conversaciones.

La mayoría eran más jóvenes que ella y muy amables, mas no proclives en especial a discursos inteligentes. Sin embargo, estaban muy bien informadas de los ingresos, perspectivas y linaje de todos los solteros de la sala, y bastaba con que mirase dos veces a un hombre para que ellas, o sus madres o acompañantas, se le aproximaran con talante servicial y compartiesen su conocimientos con ella. El diluvio de datos confundía a miss Charity y ora avergonzaba o divertía a Sherry.

La duquesa de Clermont, una severa anciana que presentaba a su nieta, llamada Dorothy Seaton, que también era americana, señaló con la cabeza a un atractivo joven que había pedido a Sherry el honor de un segundo baile.

-Si estuviera en vuestro caso, mostraría al joven Makepeace la más elemental cortesía -la aconsejó. Sólo es un baronet y cuenta con unas rentas muy modestas.

Nicholas DuVille, que había pasado la mayor parte de la noche en la sala de juego, captó aquellas palabras al regresar junto a Sherry, y se inclinó hacia ella para decirle en tono quedo y acento divertido:

Librodot

-Parecéis muy avergonzada, chérie. Sin duda es sorprendente que un país que se enorgullece de sus refinados modales no tenga reparos en comentar tales cosas.

Tras una breve pausa en su actuación, los músicos regresaron a sus puestos y la música volvió a oírse en el salón.

-Miss Charity parece agotada -comentó Sherry alzando la voz para hacerse oír entre el creciente volumen de la música y las conversaciones.

Miss Charity alzó con viveza la mirada al oír su nombre:

-No estoy cansada, querida niña, sino muy molesta de que Langford no haya aparecido como prometió, y me propongo regañarlo enérgicamente por trataros con tanta desconsideración.

Las asistentes que estaban en torno a ellas volvieron la cabeza y las conversaciones comenzaron a interrumpirse hasta convertirse en frenéticos susurros, aunque Sherry ignoraba la causa.

-No importa, madame. He estado muy a gusto sin él.

Pero miss Charity no se conformaba con ello:

-¡No recuerdo haberme enojado tanto desde hace treinta años! ¡Y si pudiera acordarme de cuanto ha sucedido en este tiempo, estoy segura de que no rememoraría nada semejante!

Junto a ellas, la duquesa de Clermont dejó de escuchar el airado monólogo de miss Thornton y fijó su atención en un punto del extremo opuesto de la sala.

-¡No puedo dar crédito a lo que ven mis ojos! -exclamó.

La duquesa alzó la voz para hacerse oír por su nieta, entre las agitadas conversaciones que brotaban por doquier.

-¡Ordénate los cabellos y el vestido, Dorothy! ¡Es una oportunidad que acaso no vuelva a repetirse!

La brusca exclamación atrajo la atención de Sherry hacia la joven que, obediente, se alisaba los cabellos al igual que la mayoría de debutantes al alcance de su vista. Las que no comprobaban su peinado se ordenaban las faldas. Las jovencitas que no se hallaban en la pista con sus compañeros de baile formaban un éxodo en masa hacia el lavabo, y se componían y arreglaban asimismo por el camino.

-¿Qué sucede? -preguntó intrigada a Nicki, que bloqueaba su visión.

El joven paseó su mirada entre las rubias y morenas cabezas y reparó en sus ruborizadas mejillas y ávidas miradas.

-O se ha declarado un incendio en la pista de baile o acaba de llegar Langford -dijo sin molestarse en mirar hacia atrás.

-¡No puede ser! Son más de las once y las puertas están cerradas.

-Sin embargo apostaría una pequeña fortuna a que Langford es la causa. Los instintos cazadores de las hembras de la especie se hallan en situación febril, lo que significa que hay una presa de calidad a la vista. ¿Debo volverme a comprobarlo?

-Procurad que no sea demasiado evidente.

DuVille obedeció, giró en redondo y lo confirmó.

-Se ha detenido para saludar a las patrocinadoras.

Sherry hizo lo último que se había propuesto en caso de que él se presentase: se ocultó tras Nicki y se marchó a toda prisa hacia el lavabo, aunque no para acicalarse ni comprobar su aspecto, sino para tranquilizarse. Pero, por fin, también decidió componerse un poco.

Mientras aguardaba para entrar en el lavabo descubrió que todas las conversaciones giraban en torno a su prometido, y los comentarios que oía eran tan esclarecedores como violentos para ella.

-¡Mi hermana mayor lamentará mucho no haber venido cuando se entere de que Langford ha estado aquí! -decía una muchacha a sus amigas-. El otoño pasado la distinguió de modo especial en el baile de lady Millicent y después la olvidó por completo. Desde entonces suspira por él.

Sus amigas se mostraron sorprendidas.

-¡Pero el otoño pasado Langford estuvo a punto de proponer en matrimonio a Monica Fitzwaring! -la contradijo una de ellas.

-¡Oh, no es posible! Mis hermanas estaban seguras de que el pasado otoño tenía... -Se cubrió la boca con la mano y Sherry tuvo que esforzarse enormemente para poder escuchar-, un tórrido enredo con cierta casada.

-¿Habéis visto a su chérie arnie? -preguntó otra, y las muchachas que estaban frente a aquel grupo se volvieron-. Mi tía lo vio anteanoche en el teatro con ella.

-¿Chérie arnie?

La pregunta se le escapó de modo instintivo al descubrir que Stephen había acompañado a otra mujer al teatro tras haber cenado con ella y su familia.

Las muchachas que acababa de conocer facilitaron muy complacidas a Sherry toda la información que como recién llegada a su círculo y americana pudiera precisar, con el fin de que apreciara las sutilezas de los chismes.

-Chérie arnie es una cortesana, una mujer que comparte las más bajas pasiones de un hombre. Helene Devernay es la más hermosa de todas ellas.

-Una noche oí hablar a mis hermanos y decían que es la criatura más angelical de la tierra. Le encanta el color azul lavanda, ¿sabéis? Y Langford hizo construir un carruaje plateado para ella, con cojines de terciopelo de ese color.

Lavanda. Recordó aquella sutil bata por la que el doctor Whitticomb había protestado y la intención con que había dicho «era lavanda» al conde: aquella prenda había pertenecido a la mujer que compartía «sus más bajas pasiones». Sherry sabía que los besos se calificaban de apasionados. Ignoraba lo que se consideraba bajo, pero podía intuir el hecho de que eran sentimientos muy intensos y, en cierto modo, escandalosos y personales. Y él compartía todo eso con otra mujer pocas horas después de cenar con su indeseada prometida.

Aunque miss Charity ya sabía que lord Westmoreland se encontraba en algún lugar del salón, seguía tan enojada con él cuando Sherry regresó como cuando se había ido.

-Mañana a primera hora informaré a su madre del comportamiento de Langford! ¡Ella le dará su merecido por su proceder de esta noche!

Sherry se puso en tensión, sorprendida e irritada, al oír la suave y burlona voz de Stephen, que se les había acercado por detrás y se dirigía a miss Charity.

-¿Por qué debe llamarme al orden mi madre, madame? -preguntó con inocente sonrisa.

-¡Por llegar tarde, travieso muchacho! -exclamó ella.

Pero de su voz había desaparecido toda huella de animosidad ante la seductora sonrisa que le dirigía.

-¡Por deteneros demasiado tiempo hablando con las patrocinadoras! ¡Y por ser demasiado atractivo para vuestro propio bien! ¡Vamos! -concluyó, absolviéndolo plenamente-. ¡Besadme la mano como es debido y conducid a Sherry a la pista de baile!

Nicki la había estaco protegiendo manteniéndose de espaldas a la sala, pero no le quedó más remedio que ponerse a un lado. Sherry sintió aumentar su ira al ver que miss Charity transigía con tanta facilidad y más aún cuando se volvió hacia él y se encontró con su divertida mirada y una cálida sonrisa. Consciente de que la atención de todos parecía centrarse en ellos, Sherry le tendió a regañadientes la mano, con la debida corrección.

-Miss Lancaster -dijo al tiempo que la besaba levemente en la mano, sin soltarla, pese a sus esfuerzos-. ¿Me concedéis el honor del próximo baile?

-¡Soltad mi mano! -repuso Sherry vibrante de ira-. ¡Todos nos miran!

Stephen observó su sonrojo y su relampagueante mirada y se maravilló de no haber advertido cuán espléndida estaba cuando se enojaba. Si durante los últimos días hubiera comprendido que una leve falta de puntualidad podía convertir su indiferencia en ira, se hubiese presentado tarde cada comida.

-¡Soltadme!

Stephen sonrió de modo instintivo porque se sentía dichoso y porque era evidente que ella había estado muy inquieta por su ausencia.

-¿Me obligaréis a arrastraros a la pista? -bromeó.

Su satisfacción se desvaneció en parte cuando ella se soltó con brusquedad y le respondió:

-Sí.

El conde se apartó a un lado, frustrado, y un jovencito le pasó por delante y se inclinó ante Sherry.

-Si no os importa, milord, creo que la próxima pieza me corresponde a mí.

Puesto que no le quedaba otra elección, retrocedió unos pasos y observó la reverencia que ella le hacía y vio cómo ambos se dirigían a la pista. Junto a él, DuVille lo observaba, al parecer divertido.

-Creo que habéis sido objeto de un aplastante rechazo, Langford.

-Tenéis razón -repuso en tono amable.

Se recostó en una columna, tan feliz que incluso, para variar, se mostró afable con DuVille.

-Supongo que no habrá bebidas alcohólicas, ¿verdad? -le preguntó mientras observaba a Sherry con su compañero de baile.

-En absoluto.

Ante la enorme consternación de todas las presentes, lord Westmoreland y Nicholas DuVille sólo parecían interesados por la americana. Al ver que Sherry permanecía en la pista dispuesta a bailar de nuevo con el joven, Stephen frunció el entrecejo.

-¿No le ha advertido nadie que no debía reincidir con la misma pareja?

-Comenzáis a parecer un pretendiente celoso -advirtió Nicki, que lo observaba de reojo.

Stephen hizo caso omiso de su observación y contempló los ávidos, expectantes y esperanzados rostros femeninos que lo observaban, y se sintió como un banquete humano ofrecido a un público de refinadas caníbales ataviadas con elegancia.

-¿Sabéis, por casualidad, si tiene comprometido el próximo baile? -inquirió al concluir la música.

-Los tiene todos comprometidos.

Stephen se dio cuenta de que el acompañante de Sherry la dejaba junto a Charity Thornton y observó cómo la multitud de jóvenes cruzaban la pista en busca de sus compañeras a los acordes del vals que se iniciaba en aquellos momentos, por lo que comprendió por anticipado a quién debía adelantarse. Junto a él, DuVille se apartó de la columna que compartían.

-Creo que este baile me corresponde a mí -dijo.

Librodot

-Por desdicha, no es así -repuso Stephen con suavidad-. Y si tratáis de reclamarlo -añadió con tal frialdad que sorprendió a su interlocutor-, tendré que confesar a Sherry que interpretáis el papel de pretendiente a petición de Whitney.

Sin volverse a mirarlo, se apartó de su lado y se presentó ante la arisca joven.

-Tengo comprometida esta pieza con Nicki -le informó Sherry con fría altivez.

Lo había mencionado con familiaridad para demostrar al conde los términos tan amistosos en que se encontraba con «Nicki».

-Me ha cedido tal privilegio.

Ante su expresión decidida, algo la impulsó a desistir de su primera intención y decidir que sería más prudente bailar con él en lugar de demorarlo o negarse y provocar con ello una escena.

-¡Ah, muy bien!

-¿Pasáis una agradable velada? -inquirió Stephen cuando comenzó la música y ella se quedó rígida entre sus brazos, sin mostrar el donaire que había desplegado hasta entonces.

-Pasaba una noche muy agradable, gracias.

El conde contempló su brillante cabeza y vislumbró en su perfil el resentimiento que reflejaba su rostro. El recuerdo de la carta que llevaba en el bolsillo contribuyó en gran manera a mitigar el enojo que le causaba su actitud.

-¡Charise! -murmuró en tono quedo, pero firme.

Aunque ella percibió la suavidad de su voz, se abstuvo de mirarlo.

-¿Sí?

-Me disculpo por cuanto haya hecho o dicho que pudiera heriros.

La alusión a haberla herido, y que sin duda creía poder seguir haciéndolo, resultó tan insoportable a su dolido corazón que despertó su genio y la hizo estallar.

-No tenéis que preocuparos por eso -dijo, e intentó mostrarse molesta por el tema y desdeñosa con él-. A buen seguro que recibiré varias ofertas muy interesantes a fines de semana, y estoy satisfecha de que me dierais la oportunidad de ser presentada a otros caballeros. Hasta esta noche prosiguió en un tono de voz que comenzaba a vibrar con la furiosa hostilidad que la invadía- había supuesto que todos los ingleses eran de naturaleza arbitraria, irritables, vanos y crueles, pero ahora me consta que no es así: sólo vos lo sois.

-Por desdicha para vos y para ellos resulta que ya estáis prometida conmigo -manifestó, sorprendido por la evidente intensidad de su ira ante su retraso.

Sherry, que se había dejado arrebatar por aquella oleada de triunfal desafío, no se dejó amilanar lo más mínimo ante tal observación.

-Los caballeros que he conocido esta noche no sólo son amables, sino también mucho más atractivos que vos.

-¿De verdad? -repuso con despectiva sonrisa-. ¿De qué modo?

-En primer lugar, son más jóvenes -replicó Sherry deseosa de abofetearlo y borrar de su rostro aquella arrogante e insoportable expresión-. Sois demasiado viejo para mí: esta noche lo he comprendido.

-¿Lo creéis así? -La miró de modo intencionado a los labios-. Entonces tal vez será preciso que os recuerde cuán atractivo os parecía en otros momentos.

Sherry desvió de él su mirada.

-Dejad de mirarme de ese modo. Es indecoroso y la gente nos observa -siseó, e intentó retroceder. Pero él intensificó la presión de su brazo y la estrechó con exasperante facilidad.

En un tono coloquial, más propio de un comentario despreocupado, Stephen prosiguió:

-¿Tenéis alguna idea de lo que sucedería si siguiera mis impulsos y os echara sobre mi hombro y os sacara de aquí, u os besara en este momento, en medio de la sala? En principio, quedaríais excluida para todo varón respetable aquí presente y, desde luego, no me importaría ser el irritable, arbitrario, vano y cruel personaje que soy...

-¡No os atreveréis! -estalló.

Lo contemplaba con expresión asesina, desafiándolo a hacer lo que decía, mientras a su alrededor los bailarines equivocaban los pasos, ansiosos de no perderse el altercado que tenía lugar entre la americana y el conde de Langford. Stephen contemplo su sonrojado, cautivador y rebelde rostro y esbozó una instintiva sonrisa.

-Tenéis razón, cariño -dijo en tono quedo-. No lo haré.

-¿Cómo os atrevéis a llamarme cariño después de lo que me habéis hecho?

Olvidó por un instante que acaso ella perdería el control ante los sofisticados alardes sexuales que eran comunes entre sus compañeros y fijó, sugerente, su mirada en los redondos senos que asomaban tentadores por el escote cuadrado del vestido.

-No tenéis idea de lo que sería capaz de haceros -sugirió con una amplia sonrisa-. A propósito, ¿he elogiado vuestro vestido?

-¡Podéis iros vuestros elogios y vos al mismísimo infierno! -susurró furiosa al tiempo que se liberaba de sus brazos y lo dejaba en medio de la sala.

-¡Por Dios! -exclamó Makepeace a su compañera de baile-. ¿Habéis visto eso? ¡Miss Lancaster ha plantado a Langford!

-Debe de estar loca -repuso su compañera en tono herido.

-No estoy de acuerdo con vos -manifestó, orgulloso, el joven baronet-. Miss Lancaster no me ha tratado en absoluto con descortesía: al contrario, conmigo fue muy amable.

Librodot

Cuando concluyó la pieza, se apresuró a asegurarse de que sus amigos advertían las preferencias que dispensaba la extraordinaria pelirroja a sus atenciones. Aquel hecho sorprendente ya había sido advertido por un gran número de caballeros presentes, muchos de los cuales, que se hallaban resentidos ante la intromisión de Langford en su propio terreno, se congratularon enormemente al advertir que, por lo menos, una mujer en la sala tenía el exquisito gusto de preferir a Makepeace antes que a Westmoreland.

Al cabo de unos momentos la importancia de Makepeace alcanzó niveles incomparables entre sus iguales. La encantadora muchacha que de modo tan evidente demostraba preferirlo a él por encima de todos, incluido el popular conde de Langford, se convirtió al instante en una heroína.

Furioso con ella por su indignante arrebato de genio, Stephen se apartó a un lado y observó cómo se abría paso todo un batallón de solteros hacia su prometida y formaban círculo en torno a ella para invitarla a bailar y halagarla de forma tan escandalosa que incluso ella misma le dirigió una desesperada mirada en petición de auxilio. Pero, ante su gran enojo, advirtió que no recurría a él, sino a DuVille.

Nicki dejó su vaso de limonada y fue hacia ella, pero los caballeros se apretujaban de tal modo en torno a Sherry que ésta comenzó a retroceder, dio media vuelta y se retiró a toda prisa en dirección a los lavabos. Puesto que no le quedaba otra elección, Nicki se recostó de nuevo en la misma columna que había compartido antes con Stephen y cruzó los brazos en el pecho como su compañero acababa de hacer. Sin reparar en cuán idéntico era su aspecto, permanecieron uno junto al otro, dos atractivos caballeros, varoniles y educados, con sus trajes negros de etiqueta e impecable corte, y que lucían idéntica expresión de cortés aburrimiento.

-Al rechazaros se ha convertido en una heroína para todos los jóvenes de la sala -observó Nicki.

Stephen, que había llegado a la misma conclusión, se sintió algo aliviado al advertir que DuVille parecía casi tan frustrado como él.

-Mañana -prosiguió DuVille-, los remilgados petimetres y los jóvenes licenciosos de Londres declararán por unanimidad que mi prometida es original, incomparable y una especie de Juana de Arco. Habéis retrasado mi cortejo durante varias semanas.

-He rechazado vuestra candidatura -replicó Stephen con rotunda satisfacción.

Señaló con la cabeza hacia las debutantes y sus madres, que se alineaban al otro lado de la sala.

-Por consiguiente -añadió-, estáis en libertad de prodigar vuestras atenciones a cualquiera de esas ávidas aspirantes. Estoy seguro de que esta noche podríais hacer proposiciones a cualquiera de ellas y casaros mañana mismo con la bendición de su familia y una dispensa especial.

Nicki siguió de modo automático su mirada y, por un momento, ambos olvidaron sus hostilidades en pro de las observaciones compartidas sobre los inconvenientes de ser considerado un brillante partido.

-¿No habéis tenido alguna vez la sensación de que os ven como un plato de suculenta trucha? preguntó Nicki dirigiéndole un saludo cortés y distante a una joven que agitaba invitadora su abanico hacia él.

-Más bien creo parecerme a un cheque bancario en blanco con piernas -repuso Stephen.

Observó con aire poco alentador a lady Ripley, que susurraba unas palabras, frenética, a su hija y le dirigía invitadoras miradas. Inclinó la cabeza de modo imperceptible y saludó a la hermosa joven, al parecer una de las pocas en la sala que no se mostraba gazmoña ante su presencia ni los miraba con avidez.

-Por lo menos la joven Ripley tiene bastante sensatez y orgullo para ignorarnos -comentó.

-Permitid que os la presente para que vuestra velada no sea una absoluta pérdida de tiempo -se ofreció Nicki-. Yo ya estoy comprometido a una exquisita pelirroja que parece abrigar tiernos sentimientos hacia mí en un tiempo gratificadoramente breve.

-DuVille -comenzó Stephen con metálico acento que contrastaba con su expresión de amable cortesía, en consideración a su fascinado público-. ¡Largaos!

Nicki devolvió a Westmoreland idéntica mirada de reojo y ocultó su diversión tras una máscara de refinada imperturbalidad.

-¿Debo suponer que habéis cambiado de idea y ya no deseáis liberados de vuestras obligaciones con miss Lancaster? –lo zahirió.

-¿Preferís que nos reunamos al amanecer en alguna cañada placentera y solitaria? –masculló Stephen.

-No creo que sea necesario, aunque esa idea comienza a atraerme bastante –repuso DuVille al tiempo que se apartaba de la columna y se dirigía a la sala de juego.

En cuanto entró en los atestados servicios, Sherry advirtió lo popular que se había vuelto entre las restantes jóvenes, así como las razones que motivaban tal reacción. Las conversaciones se interrumpieron al punto y le dirigieron curiosas sonrisas, pero se mantuvieron en silencio hasta que una joven muy delgada la abordó en tono amistoso:

-Ha sido muy divertido veros dar al conde una repulsa tan sin precedentes, miss Lancaster. Estoy segura de que nunca había recibido semejante desaire.

-Sin embargo estoy convencida de que ahora los recibirá a docenas –repuso Sherry, que trataba de mostrar total indiferencia, aunque sentía enojo y vergüenza.

-A cientos –repuso, alegre, la muchacha-. ¡Oh, pero es tan guapo y varonil!… ¿No estáis de acuerdo?

-No –mintió Sherry-. Los prefiero rubios.

-¿Están de moda los rubios en América?

-Lo están para mí –repuso Sherry, puesto que no podía recordarlo.

Librodot

-He oído decir que acabáis de sufrir una pérdida de memoria por causa de un accidente –se interesó una de ellas con una mezcla de simpatía y curiosidad.

Sherry respondió con la observación sugerida por Whitney y una despreocupación que miss Charity considerada más misteriosa que alocada.

-Es algo provisional.

Y puesto que parecían esperar alguna aclaración adicional, improvisó con frivolidad:

-Entretanto es muy agradable sentir que no se tiene ninguna preocupación en el mundo.

Cuando Sherry regresó a la sala, se había enterado de muchas cosas más sobre Stephen Westmoreland, novedades que detestaba así como las conclusiones que de ellas había extraído. Pese a lo que Whitney pudiera pensar, Stephen era, al parecer, libertino, calavera, hedonista y famoso por sus amoríos. Sus aventuras eran numerosas y se diría que su lascivia era sancionada por la alta sociedad, que, al parecer, lo adoraba. Y todas las jóvenes, absolutamente todas, creían que una propuesta matrimonial por su parte sucedía en importancia a la de la corona de Inglaterra. Pero lo peor de todo era que aunque estuviese comprometido de modo provisional con ella, tenía una amante, y no vulgar por cierto, sino que pertenecía a las elegantes impúdicas y, según afirmaban, era de impresionante hermosura.

Sheridan, que se sentía insignificante, horrorizada e indignada, regresó al baile y, sumida en frenético entusiasmo, utilizó su hasta entonces inexplorada habilidad en el arte del flirteo. Sonrió, alegre, a los caballeros que aún rodeaban a la aturdida miss Charity, la cual aguardaba su retorno y, durante las dos horas siguientes, prometió reservar por lo menos dos docenas de bailes a aquellos caballeros que habían sido invitados a la fiesta nocturna de Rutherford. Sin embargo, a su prometido no parecían importarle los triunfos que cosechaba con sus coqueteos, pues se mantenían al margen y la observaba con expresión lejana, amable y despreocupada.

En realidad, parecía tan desinteresado que no sintió ningún remordimiento cuando por fin se acercó a ella para decirle que era hora de salir para Rutherford, y tampoco le pareció disgustado mientras aguardaban con Nicholas DuVille y miss Charity a que llegaran sus carruajes. Incluso sonrió con afabilidad cuando Charity Thornton observó extasiada:

-¡Charise ha obtenido un gran éxito, Langford! ¿Ardo en deseos de contarles a vuestra madre y a vuestra cuñada cuán excelente ha sido esta velada¡

Nicholas DuVille había avisado a un landó de elegantes líneas con la capota descubierta, pero el lujoso coche que el conde de Langford disponía en la ciudad desorbitó los ojos de Sherry cuando se detuvo ante ellos. Iba tirado por seis caballos idénticos, ruanos y ostentosos, con arneses plateados, y de caja lacada en resplandeciente negro, con el escudo de armas del conde estampado en el panel de la puerta. Sherry había visto por las cocinas de Upper Brook Street al cochero y a los mozos, pero aquella noche, con las libreas de etiqueta, blancos pantalones de cuero, chalecos a rayas de color verde botella y casacas del mismo tono con los galones y botones dorados, sus botas negras, altas y relucientes, y camisas blancas, níveas corbatas y guantes también blancos, le parecieron tan elegantes como los caballeros que frecuentaban Almack's, y así se lo comunicó.

Su ingenua observación despertó sonrisas entre los servidores y una mirada de reconvención de miss Charity, pero al ver que el conde no mudaba su expresión lo más mínimo, sintió el aguijón de un presentimiento, hasta tal punto que, cuando Rutherford, se resistió a ello.

-Prefiero ir con miss Charity y monsieur DuVille –dijo con firmeza.

Y se dispuso a dirigirse hacia ellos.

Con asombro y horror sintió que Stephen la asía con mano férrea de brazo y la obligaba a volverse hacia la puerta abierta de su carruaje.

-¡Entrad! –le ordenó con voz espantosa-. ¡Entrad, antes de que forméis otro espectáculo como el que ya habéis dado esta noche!

Aunque algo tarde, Sherry comprendió que bajo su inocente y amable apariencia, Stephen Westmoreland estaba furioso. Lanzó una preocupada mirada a miss Charity y a Nicholas DuVille, que se alejaban con varios grupos de personas procesantes de Almack's en busca de sus carruajes, y para evitar una escena inútil, subió al carruaje.

Stephen entró a continuación tras dirigir una breve orden al mozo que recogía la escalerilla:

-Conducidnos por el parque , por el camino más largo.

Sherry, que se sentaba frente a él, apretó inconsciente la espalda contra los lujosos almohadones de terciopelo plateado y aguardó tensa y silenciosa lo que sin duda sería una explosión de furia. Stephen miraba por la ventanilla con las mandíbulas apretadas y ella deseó que acabara de una vez, pero cuando se volvió a dirigirle su glacial mirada y le habló en voz baja, aunque con furia concentrada, al instante prefirió que volviera a sumirse en silencio.

-¡Si volvéis a avergonzarse os echaré sobre mis rodillas delante de todos y os daré la paliza que merecéis! –masculló-. ¿Está claro? –concluyó.

Ella tragó saliva de forma ostensible y con voz temblorosa replicó:

-Está claro.

Pensó que eso sería todo, pero, al parecer, sólo había comenzado.

-¿Qué esperabais conseguir coqueteando como una niña mal criada con todos los necios que pretendían bailar con vos? –inquirió en tono quedo, pero atronador-. ¿Y al dejarme en medio de la pista? ¿Y cuando os cogíais del brazo de DuVille y os mostrabais pendiente de sus palabras?

Pensó que merecía la reprimenda por su reacción en la pista de baile, pero la restante diatriba acerca de su comportamiento con los otros hombres era tan injusta, tan hipócrita y tan exasperante que encendió su ira.

-¿Qué otra cosa esperabais a salvo una necia conducta de una mujer capaz de comprometerse con vos? –estalló. Y tuvo la satisfacción de observar que la impresión alteraba por un momento su máscara de furia-. Esta noche ha oído los más desagradables comentarios

sobre vos, sobre vuestras conquistas, vuestra chérie arnie y vuestros coqueteos con casadas. ¿Cómo os atrevéis a sermonearme acerca de decoro cuando sois el mayor libertino de toda Inglaterra?

Estaba tan exaltada, furiosa y humillada por las murmuraciones que había oído aquella noche, que no reparó en el tic que comenzaba a latir en la apretada mandíbula del conde.

-No me extraña que buscarais novia en América –lo increpó-. Me sorprende que vuestra reputación de calavera no llegara hasta allí…, incalificable libertino. Habéis tenido el descaro de comprometeros conmigo cuando en Almack's todos esperaban que lo hicierais con Mónica Fitzwaring y media docena de mujeres más. Sin duda habréis engañado a todas las desdichadas a quien os habéis fijado y las habréis hecho creer que os casaríais con ellas. No me sorprendería descubrir que habéis obrado igual que conmigo, comprometeros «en secreto» y, luego, decirles que se buscasen a otro.

»Bien –prosiguió, jadeante y exasperada, con una nota de triunfo en la voz-, ya no me considero comprometida. ¿me habéis oído, milord? Desde este momento, rompo nuestro compromiso. En adelante coquetearé con quien yo quiera y cuando me plazca, y ello no redundará en perjuicio vuestro –concluyó, en una parodia de su propia frase.

Y aguardó, exaltada y triunfal, la satisfacción de verlo reaccionar. Pero él no pronunció palabra.

Ante su profunda incredulidad, Stephen enarcó las cejas, la miró con aire enigmático e inexpresivo durante interminables e incómodos momentos y, por último, se inclinó hacia ella y le tendió la mano.

Sherry, desconcertada, se echó hacia atrás al imaginar que intentaba golpearla. Luego comprendió que tan sólo le ofrecía un apretón para sellar el fin de su compromiso. Humillada ante la evidencia de que él no protestara por aquella ruptura, su orgullo la obligó también a mirarlo francamente a los ojos y a aceptar su gesto.

Stephen, al parecer cortés, cogió la mano que le tendía, la estrechó con fuerza y, acto seguido, arrancó a la joven con brusquedad de su asiento. Sherry sofocó un grito y se desplomó, descompuesta, junto a él y de espaldas a la puerta, mientras que Stephen se inclinaba sobre ella, en peligrosa proximidad y con relampagueante mirada.

-Siento enormes tentaciones de levantaros las faldas y azotaros el trasero para infiltraros algo de sentido común -dijo en tono de engañosa suavidad-. De modo que tened muy en cuenta lo que os diré y evitadnos tan penosa circunstancia. Mi «prometida» -recalcó la palabra- se comportará con el decoro apropiado, y mi <(esposa» -prosiguió, glacial y arrogante- jamás desprestigiará mi nombre ni el suyo.

-Quienquiera que sea -jadeó Sherry, que disimulaba su terror con acento desdeñoso mientras se revolvía en vano para tratar de liberarse de su presión-, cuenta con mis más profundas simpatías y...

-¡Endiablada criatura! -exclamó Stephen.

Se abalanzó como un salvaje sobre ella y la besó, furioso y dominante, al tiempo que le aferraba la cabeza para impedir que lo esquivara. Sherry se debatió con energía y, por fin, consiguió desviar su rostro.

-¡No! -exclamó. Odiaba el terror y la súplica que reflejaba su voz-. ¡No lo hagáis, por favor!

Stephen advirtió su desgarrado acento y levantó la cabeza sin aflojar su presión, pero mientras examinaba el pálido y descompuesto rostro de la muchacha, advirtió que le había puesto la mano en el pecho y le sorprendió haber perdido el control de un modo tan inaudito. La joven tenía los ojos desorbitados de pánico y le latía tumultuoso el corazón. Tan sólo se había propuesto doblegarla, obligarla a rendirse a su voluntad y atenerse a razón, pero jamás había tenido la intención de humillarla ni aterrorizarla. No deseaba hacer jamás nada que destruyera su sorprendente e indomable espíritu. Incluso en aquellos momentos en que la tenía inmovilizada y a su absoluta merced, aún se veían huellas de obstinada rebeldía en los grises ojos de largas pestañas y en su erguida barbilla se adivinaba un desafío valeroso que se acrecentaba a medida que él se mantenía inmóvil. Decidió que estaba magnífica en aquella actitud, al tiempo que advertía los llameantes rizos que cubrían su mejilla. Impertinente, orgullosa, dulce, valerosa, inteligente... Todo eso era Sherry.

E iba a pertenecerle. La atractiva y tempestuosa pelirroja que tenía entre sus brazos sería la madre de sus hijos, presidiría su mesa y, a buen seguro, se le enfrentaría, pero nunca lo aburriría, ni dentro ni fuera del lecho. Estaba seguro de ello después de la experiencia que había adquirido tras dos décadas de íntimos devaneos con las mujeres. El hecho de que ignorase quién era ella y él mismo, y de que él iba a defraudarla cuando F por fin recobrase la memoria, no lo preocupaba demasiado.

Desde el momento en que ella le dio la mano y se quedó dormida había surgido un lazo entre ambos y nada de lo que ella hiciera o dijera aquella noche lograría convencerlo de que quería romperlo ni de que no lo deseaba con tanta intensidad como él mismo. Tan sólo reaccionaba con exageración ante el aluvión de chismes que había oído en Almack's, sin comprender que no había ni un ápice de verdad en ellos.

Todos esos pensamientos cruzaron precipitados por su cerebro en el espacio de unos segundos, pero a su prometida le costó mucho más advertir que había menguado su ira y adaptar su tono a la justa combinación de firmeza y seducción.

-Soltadme -dijo en tono quedo.

Stephen añadió «suma perspicacia» a sus múltiples cualidades femeninas, pero negó con la cabeza. Sin apartar su mirada de ella, se expresó de forma serena, aunque decisiva.

-Me temo que tendremos que llegar a un acuerdo antes de que salgáis de este coche.

-¿Qué hay que acordar? -estalló ella.

-Esto -repuso.

Hundió la mano entre sus cabellos, la asió al mismo tiempo por la barbilla de modo que la obligó a alzar su rostro hacia él, y volvió a besarla.

Sherry distinguió el brillo decidido de su ojos semientornados, aspiró con intensidad y trató de desviar la cabeza. Al ver que no podía escapar a su presión, se preparó para otro ataque implacable, que no se produjo. Stephen rozó sus labios con tanta suavidad que la sorpresa la dejó inmovilizada y minó sus defensas con tanto esfuerzo preparadas. Le rozó la

Librodot

boca una y otra vez al tiempo que la atraía poco a poco, y se moldeaba y adaptaba a ella mientras relajaba la presión que ejercía en sus cabellos y deslizaba la mano hacia abajo, por la nuca, en sensual caricia. Fue un beso interminable, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo para explorar y saborear los contornos de su boca, y Sherry sintió cómo le latía el pulso de terror al comprender que toda la su resistencia comenzaba a desmoronarse. De pronto, el hombre que la besaba se había convertido en el solícito prometido que había dormido en la silla junto a su lecho cuando estaba enferma, el que bromeaba con ella para provocar su risa y la besaba hasta sumirla en la inconsciencia, salvo que ahora había una sutil diferencia en él, que lo hacía mucho más efectivo: su beso tenía una impresionante insistencia, y la abrazaba de modo posesivo. Fuese cual fuese la diferencia, su corazón la traicionaba de tal modo que lo encontraba por completo irresistible. Acurrucada tiernamente entre sus fuertes brazos, mientras su boca y su mano la acariciaban poco a poco la nuca, incluso el suave traqueteo del coche resultaba seductor. Stephen recorrió con su lengua la temblorosa línea de sus labio, para incitarla a entreabrirlos y, con un último ápice de voluntad, Sherry logró resistirse a su apremio. En lugar de obligarla, apartó su boca y cambió de táctica. La beso con intensidad desde la curva de su mejilla hasta la sien y por la comisura del ojo, acentuó la presión en la nuca, al tiempo que la retenía y le rozaba el lóbulo de la oreja con la lengua y, a continuación, se dedicó a explorar con lentitud cada curva, de tal modo que le provocó oleadas de deseo por todo el cuerpo. Cuando ya percibía que la victoria estaba al alcance, Stephen le pasó bruscamente los labios por la mejilla y, al rozarle las comisuras de la boca, tentador e inquisitivo, Sherry se sintió vencida. Con un estremecimiento de renuncia volvió la cabeza para recibir la plenitud del beso. Entreabrió los labios bajo la presión de los suyos y Stephen introdujo su lengua en una incursión breve y sensual, que exploraba levemente la suya.

Stephen sintió cómo deslizaba la mano por su pecho y se estrechaba contra él y, para proclamar su victoria, asaltó su boca con sus besos, jugueteando y atormentándola, y ella respondió de modo instintivo. El fuego que había alimentado su anterior y tempestuosa rebeldía encendía ahora una intensa pasión, y Stephen se encontró inmerso en un salvaje erotismo que desmoronó al punto su control. Deslizó la mano hasta su seno y lo oprimió, y ella se estrechó contra él en dulce abandono al tiempo que le ofrecía su boca. Se impuso a sí mismo la necesidad de tranquilizarse y la besó de un modo intenso, que la hizo gemir con dulzura. Y cuando ella le devolvía la caricia y rozaba vacilante la lengua en sus labios, Stephen distinguió su propio jadeo. Hundió los dedos en su densa cabellera y el hilo de perlas que la sujetaba se rompió en una lluvia de cuentas y una brillante cascada de mechones pelirrojos que se desbordaban por sus manos y brazos. La siguió besando, sin dejar de acariciarle el seno, hasta que ambos perdieron el sentido, pese a sus esfuerzos por controlarse y tratar de recordarse a sí mismos que iban por la calle, en un carruaje, camino del baile. Pero al sentir su palma llena del henchido globo, dio un tirón al corpiño para exponerlo a su vista. Ella se sintió aterrada la comprobar lo que había hecho y lo asió por la muñeca, mas Stephen, risueño, hizo caso omiso de aquel intento e inclinó la cabeza sobre su pecho…

33

Debilitada por la turbulencia de sus propias emociones, Sherry deslizó la mano del hombro de Stephen hacia el pecho y percibió los rápidos e intensos latidos de su corazón, lo que significaba que también a él lo afectaban aquellas caricias. Tal certeza, junto con la suave caricia de la mano masculina en su espalda, contribuyó enormemente a que desapareciera su sensación de haber sido vencida. Había algo diferente en él aquella noche, algo mucho más

Librodot

tierno, y más autoritario. No comprendía las razones de ello, pero estaba segura de que las descubriría por algún medio.

-Lo que acabamos de hacer… es la auténtica razón de que considere casarme con vos, ¿no es eso? –le dijo, y recostó la frente en su pecho.

Parecía sentirse tan humillada, tan derrotada por la asombrosa pasión que ambos compartían, que Stephen repuso con una sonrisa entre sus cabellos:

-Es la razón por la que vais a casaros conmigo –rectificó él de modo terminante.

-No somos en absoluto compatibles.

-¿De verdad? –susurró mientras rodeaba su estrecha cintura con la mano y la atraía más hacia sí.

-No, no lo somos. Hay muchas cosas en vos que no apruebo.

Stephen sofocó la risa.

-El sábado podréis tomaros todo el tiempo que queráis para enumerar mis defectos.

-¿Por qué el sábado?

-Si os proponéis convertiros en una esposa sagaz, deberéis aguardar hasta después de la boda.

Sintió su cuerpo en tensión antes de que levantara lentamente la cabeza para mirarlo. Aunque aún exhibía una lánguida mirada, formuló una enérgica negativa.

-No puedo casarme con vos el sábado.

-Entonces el domingo -accedió magnánimo, pues creía erróneamente que sus objeciones se basaban en una preocupación femenina por disponer del ajuar adecuado.

-Tampoco entonces -le advirtió, pero la desesperación que reflejaba su voz le hizo comprender su falta de convicción-. Deseo haber recobrado la memoria antes de dar un paso tan irrevocable.

Sin embargo, los propósitos de Stephen eran por completo contrarios.

-Me temo que no podremos esperar tanto tiempo.

-¿Por qué no?

-Permitidme demostrároslo -dijo.

Y volvió a besarla de un modo rápido, intenso y exigente. En cuanto concluyó, la miró y enarcó una ceja, como si aguardase su opinión ante aquella demostración.

-Bien, es cierto -reconoció. Y Stephen sofocó una breve risa ante su tono y expresión-. Pero no es razón suficiente para una ceremonia precipitada.

Librodot

-El domingo -repitió él tajantemente.

Ella negó con la cabeza en un atisbo de sorprendente fuerza de voluntad, aunque Stephen advirtió que comenzaba a flaquear.

-Todavía no estoy sometida a vuestros deseos, milord, por lo que os sugiero que no utilicéis ese tono conmigo, es demasiado arbitrario y, aunque ignoro la razón, parece encolerizarme. Insisto en poder escoger... ¿Qué estáis haciendo? -estalló al ver que deslizaba la mano por su corpiño para cogerle el seno y acariciarle el pezón hasta endurecérselo.

-Os doy la oportunidad de escoger -repuso Stephen-. Reconocéis que me deseáis y consentís en convertiros el domingo en una dama honorable, o podéis negaros...

Dejó la frase en suspenso con el propósito de alarmarla.

-Y si me negara... -argumentó ella en tono quedo.

-Entonces nos iríamos a casa, en lugar de al baile de Rutherford, y allí proseguiríamos lo que hemos interrumpido hace unos momentos, hasta que yo os lo demuestre o vos aceptéis. En cualquier caso, el resultado será una boda el domingo

Bajo su aterciopelada voz se percibía una fría determinación, la arrogante confianza de que podía triunfar en todo cuanto se propusiera, que la hizo sentirse aún más indefensa y desconcertada. Sherry sabía que él conseguiría hacerla aceptar, bastaba con que la besara hasta sumirla en la inconsciencia en unos momentos.

-Ayer no mostrabais deseo alguno de casaros, ni siquiera de aceptar nuestro compromiso -señaló-. ¿Qué os ha inducido a cambiar de opinión?

«Vuestro padre ha muerto y sólo me tenéis a mí en el mundo>', pensó Stephen. Pero comprendía que había otra razón mucho más apremiante, aunque no del todo cierta.

-Hasta ayer no acabé de reconocer lo que nos necesitamos mutuamente.

-Sí, pero a primera hora de esta noche yo estaba bien segura de no desearos en absoluto. Aguardad, quiero haceros una sugerencia... -dijo.

Stephen sonrió al ver cómo se iluminaba su rostro, aunque sabía que no iba a hacerlo cambiar de idea ni alterar en absoluto sus planes. Por sus venas corría medio siglo de pura nobleza y, con la auténtica arrogancia de sus ilustres antepasados, Stephen David Elliot Westmoreland había decidido que prevaleciera su voluntad en aquella cuestión. Lo único que importaba era que ambos se deseaban. Aparte de eso, la única razón de su apresuramiento eran sus deseos de que Sherry pudiera disfrutar algún tiempo como su esposa hasta que tuviera que enfrentarse a la muerte de su padre.

-Podríamos seguir como hasta ahora y si vuestro comportamiento no es desagradable y si continúa agradándonos besamos, pensaríamos en el matrimonio.

-Es una sugerencia atractiva -mintió Stephen, cortés-, pero resulta que pienso hacer otras cosas además de besaros y me siento... incómodo y ansioso... de satisfacernos a ambos a ese respecto.

La respuesta que obtuvo a esta observación le demostró que ella había olvidado muchas más cosas aparte de su nombre y el de su prometido. O que, al igual que la mayoría de sus congéneres inglesas, jóvenes de exquisita educación, jamás se le había explicado lo que sucedía la noche de bodas. La joven enarcó sus delicadas cejas en expresión interrogativa y se lo confirmo con sus siguientes palabras:

-Ignoro lo que queréis decir ni en qué pensáis exactamente, pero no me extraña que os sintáis incómodo, estoy prácticamente sentada en vuestras rodillas.

-Discutiremos más tarde todos los significados y motivos -le prometió con voz enronquecida por el placer que le inspiraba mientras ella se escabullía de sus piernas.

-¿Cuándo lo discutiremos? -insistió ella, obstinada, de nuevo instalada frente a él.

-El domingo por la noche.

Puesto que no se sentía con los ánimos necesarios para discutir con él, ni deseaba enfrentarse al desafío de su mirada, Sherry apartó la cortina de la ventanilla del carruaje y miró al exterior. De repente, la sorprendieron dos cosas: en primer lugar, se habían detenido frente a una mansión en cuya escalinata montaban guardia lacayos con antorchas para acoger a la riada de invitados que acudían lujosamente ataviados y que dirigían curiosas miradas de reojo a la puerta del carruaje. Y, lo peor de todo, si el reflejo que distinguía en el cristal se ajustaba en lo más mínimo a la realidad, el complicado peinado que lucía poco antes se había estropeado de modo lamentable por los manoseos de su prometido.

-¡Mi peinado! -susurró horrorizada.

Se llevó las manos a la cabeza y comprobó que, en efecto, los complicados rizos se habían soltado y le caían por los hombros en lo que Stephen, en su fuero interno, consideró un encantador e ingenuo desorden. Pero en el instante en que ella atraía su atención hacia sus cabellos, sus pensamientos se centraron en su fantasía habitual de ver aquellos rizos desparramados por sus senos desnudos.

-No puedo entrar ahí de este modo. La gente pensará... -Se interrumpió en un embarazoso silencio que provocó una sonrisa en Stephen.

-¿Qué pensará? -exclamó.

Y examinó su sonrojadas mejillas y sus labios, pues le constaba lo que algunos supondrían con certeza.

-De nada sirve imaginarlo -repuso ella con un estremecimiento, al tiempo que extraía las agujas de su rutilante cabellera y la dejaba caer sobre sus hombros.

A continuación se pasó el peine por los cabellos, consciente por momentos de la persistencia con que él la observaba, lo que sólo servía para aumentar su confusión.

-Por favor, dejad de mirarme de ese modo -rogó impotente.

-Contemplaros ha sido mi pasatiempo favorito desde el momento en que me pedisteis que os describiera vuestro rostro -dijo en tono solemne, y la miró a los ojos con ternura.

La aterciopelada rudeza de su voz y las sorprendentes palabras que acababa de decirle eran más seductoras que sus propios besos. Sherry sintió que su resistencia a contraer matrimonio comenzaba a desmoronarse, pero su orgullo y su corazón le exigían saber que representaba algo más para él.

-Antes de que sigáis pensando en nuestra boda -prosiguió, vacilante-, creo que debería informaros de que siento una extraña aversión a algo que no parece importar lo más mínimo a las damas inglesas. Hasta esta noche no había reconocido yo misma cuán profundo es ese sentimiento.

-¿Hacia qué sentís tal aversión? -inquirió Stephen sorprendido.

-Al color lavanda.

-Comprendo -repuso Stephen, asombrado por su temeridad e involuntariamente impresionado por su valor.

-Por favor, consideradlo con sumo cuidado antes de decidir si debemos seguir comprometidos por más tiempo.

-Así lo haré -replicó.

No lo había reconocido como ella esperaba, pero por lo menos no estaba enojado y la había escuchado con atención. Sherry se dijo a sí misma que debía conformarse con ello y alzó las manos para tratar de restablecer cierto orden en sus alborotados cabellos. Cohibida al sentirse el centro de su admirativa mirada, murmuró con involuntaria sonrisa:

-No lo conseguiré si seguís mirándome.

34

Stephen desvió, renuente, su mirada, pero cuantos la vieron pasar al cabo de unos momentos por el balcón, a su lado, y bajar la escalera para introducirse en la atestada sala de baile de Rutherford no podían apartar los ojos de Sherry. La joven avanzaba con la cabeza erguida, resplandeciente el níveo cutis y con los labios sonrojados por sus besos. En contraste con la imagen de tranquila serenidad que ofrecía con su traje de color marfileño, llevaba sueltos los cabellos, que flotaban por los hombros y por la espalda en un espléndido manto de graciosas ondulaciones.

A Sherry le pareció que tardaba una eternidad en recorrer aquel trayecto entre los invitados que detenían al conde en el balcón, la escalera y la pista de baile para hablarle, lo que no le habría importado lo más mínimo si gran parte de su conversación no hubiera estado plagada de burlonas alusiones que la hacían sentirse sumamente incómoda.

-¿Sabéis, Langford? -comentó riendo un caballero a su llegada, en el instante en que el mayordomo concluía de anunciar sus nombres-. Acabo de enterarme de que habéis demostrado una reciente afición por las salas de reuniones de Almack's.

El conde le dirigió una mirada de cómico horror, pero las bromas no habían hecho más que comenzar. Al cabo de unos momentos, otro caballero detuvo a un criado que se disponía a ofrecer las últimas dos copas de champán de su bandeja a Stephen y Sherry.

-¡No! -exclamó al sorprendido sirviente, al tiempo que retiraba con rapidez las copas y las ponía fuera de su alcance-. Ahora su señoría prefiere la limonada. ¡Ah, y aseguraos de que esté dulce y caliente -lo aleccionó-, como la sirven en Almack's!

El conde se inclinó hacia él y le dijo algo que provocó sonoras risotadas en su interlocutor, y las amables bromas se prosiguieron sin interrupción mientras avanzaban poco a poco por la escalera.

-Sois Langford, ¿verdad? -bromeó otro invitado de mediana edad cuando, por fin, llegaban a la pista. ¿Es cierto que una muchachita pelirroja de Almack's os ha dado un desplante en mitad del baile?

Stephen señaló, significativo, a Sherry, con lo que reconoció ante gran número de los presentes que era cierto y que ella era la causante. El hombre pidió ser presentado a la joven.

-Mi querida jovencita, es un privilegio conoceros -manifestó con una amplia sonrisa mientras le besaba, galante, la mano-. Hasta esta noche no creí que existiera una mujer inmune al encanto de este diablo.

Al cabo de unos momentos un anciano que se apoyaba, agobiado, en su bastón se le dirigió con estruendosas carcajadas.

-Tengo entendido que no bailáis con mucho refinamiento, Langford. Si volvéis mañana por aquí, os daré algunas lecciones.

Abrumado por su propia gracia, golpeó con el bastón en el suelo para recalcar sus palabras.

El conde lo soportaba todo con divertida indulgencia y declinaba responder a la mayor parte de las ocurrencias, pero Sherry tenía que esforzarse por mantener un aire superficial de estar de vuelta de todo. La horrorizaba el modo en que él era controlado y la rapidez con que se difundían los rumores. Todos, exactamente todos, parecían estar al corriente de todos los movimientos que había hecho durante las últimas horas, y a Sherry se le representaba una horripilante visión de curiosos que miraban a hurtadillas por la ventanilla del carruaje y que se protegían los ojos con las manos para espiarlos.

Sólo imaginar lo que podían haber visto provocaba su sonrojo. Miss Charity lo advirtió en cuanto la localizaron entre el gentío, junto con Whitney y Clayton y un grupo de amigos de los Westmoreland.

-¡Dios mío! -exclamó satisfecha-. Tenéis un color magnífico, querida. En estos momentos me recordáis el contraste de la nata y las fresas. El paseo con el conde ha debido de sentaros divinamente, porque estabais muy pálida cuando salisteis de Almack's.

Sherry se abanicó con gran energía y advirtió al punto que varios miembros del enclave de los Westmoreland, que se volvían hacia ella en espera de ser presentados, no se habían

Librodot

perdido ni una palabra. E igual sucedió con su prometido, que la miró con una sonrisa de complicidad.

-¿Os ha sentado bien, cariño? -se interesó, y se inclinó hacia ella.

En su vergonzosa situación, la sonrisa de Stephen provocó su respuesta.

-¡Sois un canalla! -susurró con un movimiento admonitorio de cabeza.

Por desdicha, al instante atrajo la atención de miss Charity hacia un detalle que hasta entonces le había pasado por alto.

-¡Cuando salisteis de Almack's llevabais el cabello recogido! -exclamó preocupada-. ¿Se os cayeron las agujas, querida? ¡Esta misma noche regañaré a mi doncella por lo poco que se ha esmerado con vos!

Sherry sintió que los componentes del grupo interrumpían su conversación para prestar oídos a tan sorprendente revelación de una mujer cuya función consistía en proteger la reputación que estaba destrozando. Varias personas, entre ellos Clayton, exhibían una sonrisa secreta de complicidad, tan parecida a la de Stephen que casi olvidó sentirse intimidada por él y lo miró poniendo los ojos en blanco, de modo significativo. Stephen estalló en carcajadas ante su impertinencia y la presentó a las dos parejas más próximas: los duques de Hawthorne y los marqueses de Wakefield. Ambos matrimonios la saludaron con tal calor y cordialidad que al instante la agradaron.

-Deduzco que sois la causante de que Stephen se sintiera tan atraído hacia Almack's -comentó el duque de Hawthorne.

-Deseábamos conoceros -añadió su esposa sonriendo-. Ahora que así ha sido -prosiguió, y dirigió una mirada a los Wakefield para incluirlos en su categórica afirmación-, no es de sorprender que Stephen saliera con tal precipitación de The Strathmore cuando comprendió que no tardarían en cerrarse las puertas de Almack's.

Ignorante de todos aquellos comentarios, miss Charity centraba su atención en media docena de jóvenes recién llegados que se abrían paso hacia ellos con decisión por el atestado salón, y lo mismo le sucedió a Stephen.

-¡Marchaos, Langford! -dijo al tiempo que se volvía hacia él-. Estos jóvenes vienen por Charise y los desalentaréis si os empeñáis en permanecer aquí con esa expresión tan poco amable.

-Sí, Stephen -bromeó Whitney, que se cogía de su brazo, satisfecha, y revelaba en su rostro que Clayton ya le había informado de la inminente boda-. ¿No podrías esforzarte por parecer más agradable cuando algunos de los mejores partidos de Londres se acercan a Charise?

-No -repuso con brusquedad.

Para eliminar de modo provisional el problema, cogió a la joven del brazo y la condujo a saludar a su anfitrión.

Librodot

Marcus Rutherford era un hombre alto e imponente, de cálida sonrisa, sencilla amabilidad e inquebrantable confianza, consecuencia de una estirpe tan ilustre que pocos podrían igualar. A Sherry le agradó al instante y casi lamentó la necesidad de alejarse de él y saludar a los jóvenes de Almack's, que se alineaban para hablar con ella e invitarla a bailar.

-Al parecer, tenéis numerosos competidores, Stephen. Y no es de extrañar -observó Rutherford, mientras Makepeace conducía a Sherry a la pista de baile y miss Charity los saludaba con delicadeza y sonrisa aprobadora.

-Y, de modo singular, el objeto de vuestra atención tiene una vigilanta que no parece exultar de alegría por vuestra proximidad -rió Clayton entre dientes al observar la satisfecha expresión de Charity, que seguía fijando su atención en la pista.

Aunque Stephen oyó aquellas palabras, se le ocurría una idea que le convenía a la perfección, y que eliminaría al momento cualquier perjuicio que hubiera ocasionado a la reputación de Sherry su propia señora de compañía.

-Me han dicho que Nicholas DuVille la encuentra extraordinaria -comentó Rutherford, que se llevaba a los labios su copa dé champán-. Tanto que también él fue a Almack's. Circulan rumores de que ambos permanecisteis al margen, y que sosteníais la misma columna porque no podíais acercaros a la joven a causa de sus restantes pretendientes. Debió de ser un espectáculo -prosiguió, y sus carcajadas provocaron que se le agitaran los hombros-. ¡DuVille y vos en Almack's, y la misma noche! ¡Dos lobos en una sala atestada de cachorros! A propósito, ¿dónde está Nicholas? -quiso saber Rutherford.

Y trató de localizarlo en vano entre un mar de seiscientos rostros.

-Confío en que consolando su destrozado corazón -repuso Stephen, dispuesto a poner en práctica su idea.

-¿De verdad? -se sorprendió de nuevo su anfitrión-. Eso es casi tan difícil de imaginar como a vosotros dos en Almack's. ¿Por qué iba a tener el corazón destrozado?

Stephen enarcó burlón las cejas y con divertida sonrisa le replicó:

-Porque el objeto de su afecto ha accedido a casarse con otro.

-¿De verdad? -repuso fascinado. Y observó con creciente respeto a Makepeace, que estaba bailando con Sherry-. ¡No querréis decir con Makepeace!, ¿verdad? ¡Decidme que semejante belleza no se desperdicia con ese joven cachorro!

-No se casa con Makepeace.

-¿Con quién entonces?

-Conmigo.

El rostro de su anfitrión pasó de la sorpresa al regocijo y, por último, a una cómica expectación.

-¿Os importaría que lo anunciase esta noche? -exclamó. Y, al tiempo que señalaba con su copa a toda la sala, añadió-: Me encantaría ver sus rostros cuando reciban la noticia.

Librodot

-Lo pensaré.

-Excelente -dijo.

A continuación se dirigió a Whitney con expresión de censura.

-Me permito recordaros, vuestra gracia, que en una ocasión intenté anunciar vuestro compromiso, pero entonces teníais algún designio oculto y deseabais mantenerlo en secreto.

Aquella observación, al parecer inocente, provocó sendas miradas de divertida amonestación de su esposo y de su cuñado por haberse rebelado contra el matrimonio de un modo que causó estragos en Londres.

-¡Basta, por favor! -exclamó Whitney sonriente, pero avergonzada-.-. ¿Acaso pretendéis que nunca lo olvide?

-No -repuso su esposo con ternura.

Sherry estaba junto a Stephen por primera vez desde hacía una hora y disfrutaba de la grata conversación de sus amigos cuando, de repente, lord Rutherford se separó del grupo. Lo vio abrirse camino entre la multitud hasta la orquesta, pero no le dedicó más atención hasta que la música se elevó en imperativo crescendo y se extinguió después por completo en una melodía clásica para recabar la atención general. Las conversaciones se interrumpieron y los invitados, sorprendidos, se volvieron poco a poco en un intento de averiguar la causa de tan extraño suceso.

-Damas y caballeros -anunció rimbombante el amigo de Stephen-. Esta noche tengo el gran honor de anunciar un importante compromiso antes de que aparezca en los periódicos...

Sherry miró a su alrededor y se preguntó, como la mayoría de invitados, quién podría ser la pareja recién comprometida y, en su abstracción, dejó de advertir el afectuoso regocijo con que la observaba el sonriente lord Westmoreland mientras ella examinaba muy atenta a la multitud con el fin de averiguarlo.

-Me consta que este compromiso especial representará un gran alivio para muchos solteros de esta sala, que agradecerán que el caballero en cuestión se retire por fin de la circulación. ¡Ah, veo que he despertado vuestra curiosidad! -prosiguió.

Era evidente que disfrutaba con su papel, al verse rodeado por cientos de rostros animados que lo miraban intrigados.

-En vista de lo cual prolongare vuestra expectación un poco más y, en lugar de comunicaros los nombres de los pro, metidos, les rogaré que realicen su primer deber formal como futuros esposos y abran oficialmente nuestro baile.

Y abandonó la pista vacía acompañado de murmullos y risas, sin que ya nadie lo mirara. Mientras que el director de la orquesta escogía un vals y los acordes de la música se extendían por la sala, todos inspeccionaban a la multitud e incluso se miraban recelosos entre sí.

-¡Qué modo más maravilloso de anunciar un compromiso! -manifestó Sherry a sus regocijados futuros parientes.

-Me alegro de que lo creáis así -repuso Stephen.

Cogió a Sherry de la mano y la condujo lentamente hacia el borde de la pista, y la joven imaginó que con el fin de poder presenciar mejor lo que sucedía. Pero una vez allí, cuando la música se remontaba en un ritmo vibrante, se adelantó frente a ella y bloqueó su visión.

-Miss Lancaster -dijo con voz queda para atraer su atención hacia él, pues seguía mirando a su alrededor.

-¿Sí? -repuso Sherry, sorprendida por el inexplicable regocijo que leía en sus ojos.

-¿Me concedéis el honor del próximo baile?

No le dio tiempo para que sintiera temor del público ni para reaccionar, porque le rodeo la cintura con su brazo y la atrajo hacia sí y, con un giro completo, la condujo al centro del salón. En el momento en que la multitud comprendió quién abría el baile, estallaron en vítores y carcajadas que alcanzaron un estrépito ensordecedor.

Las arañas de cristal destellaban y relucían con cincuenta mil bujías en lo alto y en los espejos de las paredes se reflejaba una sola pareja bailando, un hombre alto y moreno que se movía con gracia natural y rodeaba de modo posesivo con su brazo a una joven con vestido de color marfileño. Sheridan distinguió su imagen en los espejos, sintió la embriagadora y romántica magia del momento y alzó su mirada hacia él. En algún lugar profundo de aquellos ojos azules que la observaban con risueña complicidad, distinguió otra especie de magia romántica naciente, algo profundo, intenso y silencioso que la mantenía cautiva, con promesas, ruegos e invitaciones.

«Te amo», pensó.

El hombre estrechó su presión en la cintura como si la hubiese oído y se sintiera complacido. Y entonces comprendió que lo había expresado en voz alta.

En el balcón que dominaba la sala, la duquesa viuda de Claymore observaba a la pareja Y sonreía jubilosa al imaginar os espléndidos nietos que le darían. Hubiera deseado que su marido estuviera con ella y viera a su hijo con la mujer que compartiría su vida. Pensó que Robert hubiera aprobado a Sherry. Inconscientemente se frotó un instante la alianza que su esposo le había puesto hacía casi cuatro décadas, observó con ternura cómo su hijo bailaba con su prometida y casi le pareció sentir la presencia de su esposo a su lado.

-Miradlos, mi amor -le susurró desde el fondo de su corazón-. El es igual que vos, Robert, y ella me recuerda muchísimo a mí misma en muchos aspectos.

Casi creyó sentir que la mano de Robert se deslizaba por su cintura mientras se inclinaba sobre ella y le susurraba al oído:

«En ese caso, querida, Stephen se sentirá colmado de dicha.»

Una orgullosa sonrisa temblaba en sus labios al pensar en su propia contribución para conseguir que llegase aquel momento. Los ojos le brillaban mientras recordaba los nombres que había anotado en la lista que Stephen le pidió y la expresión atónita de su hijo ante sus

Librodot

candidatos. Todos habían sido tan viejos que Stephen ni siquiera reparó en que también eran achacosos.

-¡Yo lo hice! -pensó.

Junto a ella, Hugh Whitticomb observaba la misma escena y, mientras veía danzar a Sherry y a Stephen, pensaba en aquellas noches ya tan lejanas en que Alicia y su Maggie los habían mantenido a Robert y a él en la pista de baile hasta el amanecer. Rió entre dientes, encantado ante el éxito con que había conseguido manipular la situación. Cierto que se producirían situaciones borrascosas cuando ella recobrara la memoria, pero ambos se amaban. A Hugh así le constaba.

-Yo lo conseguí, Maggie, cariño -le dijo desde el fondo de su corazón.

Y, a través de su mente, le llegó flotando su respuesta.

«Sí, querido, tú lo hiciste. Ahora invita a bailar a Alicia. Es un momento muy especial.»

-Alicia -la interpeló dubitativo-. ¿Me concedéis este baile?

Ella le dirigió una deslumbradora sonrisa al tiempo que apoyaba la mano en su brazo.

-Gracias, Hugh. Es una idea maravillosa. Hace años que no bailamos juntos.

De pie junto a la pista, miss Charity Thornton seguía el ritmo mágico del vals con el pie, brillantes sus pálidos ojos azules de placer mientras observaba cómo el conde de Lancaster realizaba su primera función oficial como futuro esposo de Sherry. Cuando los restantes bailarines llegaban por fin a la pistas Nicholas DuVille le susurró algo al oído. Se volvió sorprendida.

-Miss Thornton -le decía con ingenua sonrisa-, ¿me concedéis el honor de este baile?

Asombrada y complacida de que la hubiera escogido en ocasión tan trascendental, le sonrió radiante y apoyó su manita en la manga de Nicki como si volviese a ser una muchacha a la que invitaba a bailar uno de los hombres más atractivos de la sala;

-¡Pobre Makepeace! -le confió con acento de simpatía-. Parece desolado.

-Confío en que vos no lo estéis -repuso Nicki, preocupado, y al verla confundida añadió en tono amable-: Tenía la impresión de que os sentíais muy inclinada a favor de mi candidatura.

Ella se sonrojó de forma encantadora mientras giraban una y otra vez y Nicki ajustaba sus pasos a sus diminutas proporciones.

-Nicholas -dijo-, ¿puedo confesaros algo?

-Desde luego, si ése es vuestro deseo.

-Soy vieja y, a veces, sin desearlo, echo una cabezadita. Y, en ocasiones, soy muy olvidadiza.

-No lo había advertido -repuso Nicki.

-Pero, mi querido muchacho -prosiguió con severidad, haciendo caso omiso de su galantería-. ¡No soy tan necia para haber creído por mucho tiempo que estuvierais realmente interesado por nuestra querida Sherry!

Nicki estuvo a punto de fallar un paso.

-¿No lo creíais así? -inquirió con cautela.

-Desde luego que no. La situación se ha resuelto tal como yo la había planeado.

-¿Como vos la habíais planeado? -repitió Nicki algo aturdido.

Reconsideraba a miss Charity desde un nuevo punto de vista y se veía obligado a responderle de un modo que le inspiraba deseos de estallar en carcajadas y sonrojarse avergonzado ante su propia ingenuidad.

-Desde luego -repuso ella con una orgullosa señal de asentimiento-. No me agrada alardear de nada, pero yo lo conseguí -concluyó al tiempo que señalaba con un gesto a Sherry y Langford.

Nicki, que aún dudaba que fuese correcta la increíble idea que se formaba en su mente, la observaba con atención por el rabillo del ojo.

-¿Cómo hicisteis lo que pensabais hacer?

-Con un empujoncito por aquí y un codazo por allá, querido muchacho. Aunque esta noche me he preguntado si debíamos haber permitido que Sherry se quedara con Langford. ¡Estaba ciego de celos con Makepeace! -Sus hombros se agitaron a causa de sus animadas risas-. ¡Fue lo más divertido que he visto desde hace treinta años! O, por lo menos, así me lo pareció... Echaré de menos estas emociones. Me sentí de gran utilidad en el momento en que Hugh Whitticomb me pidió que accediese a acompañar a una joven, aunque comprendí, desde luego, que no se esperaba que realizase una gran labor, pues en tal caso él hubiera buscado a otra persona para ello. -Alzó la mirada, inquisitiva, ante el largo silencio de Nicholas y descubrió que la miraba como si la viera por primera vez-. ¿Deseáis decir algo, querido muchacho?

-Eso creo.

-¿Y bien?

-Aceptad mis más humildes disculpas, por favor.

-¿Por minusvalorarme?

Nicki asintió, risueño, y ella le sonrió a su vez.

-¿Sabéis? Todos lo hacen.

35

-Me siento como un huésped en mi propia casa -observó Stephen, irónico, a su divertido hermano mientras aguardaban a que las mujeres se reuniesen con ellos en el salón para ir a la ópera.

No había estado a solas con Sherry desde la noche anterior, en que anunció su compromiso en el baile de Rutherford, y le resultaba absurdo que aquel cambio en su condición pública, que lo convertía en su prometido, debiera, al parecer, señalar el fin de cualquier ocasión para la menor intimidad.

A sugerencia de su madre se había trasladado a casa de Clayton, y ella se había instalado en la suya, donde se proponía permanecer con Sherry durante los tres días anteriores a la boda «para eliminar por completo cualquier posible motivo de murmuraciones, puesto que Sherry se halla expuesta a la curiosidad de la alta sociedad, a la sazón en Londres».

Stephen había accedido al punto a su sugerencia, porque tenía sobrados motivos para esperar que Whitticomb mantuviera su antigua opinión acerca de que Sherry necesitaba la seguridad que su presencia le transmitía y que Charity Thornton era una acompañanta adecuada.

Y, en lugar de ello, el poco fiable médico había coincidido con su madre acerca de que la reputación de Sherry podría resentirse puesto que la sociedad ya sabía que Stephen se interesaba por ella.

Aquella noche, su hermano y su cuñada asumían el papel de vigilantes y los acompañaban a Sherry y a él a la ópera, mientras su madre asistía a uno de sus compromisos, aunque había prometido encontrarse en la casa cuando ellos regresaran.

-Charise podría trasladarse con nosotros y entonces tú te quedarías aquí -señaló Clayton, que disfrutaba ante el desconcierto de Stephen y su saludable ansiedad de encontrarse a solas con su prometida.

-Eso sería tan absurdo como la situación en que nos encontramos. El caso es que no voy a adelantarme a la boda y llevármela a la cama cuando sólo nos quedan tres días de espera...

Se interrumpió ante el sonido de voces femeninas por la escalera, y ambos se levantaron. Stephen recogió su chaqueta, se la puso y fue hacia ellas. Estuvo a punto de tropezar con su hermano, que se había detenido para observar a las dos mujeres que se precipitaban en el salón entre risas.

-¡Míralas! -dijo con voz queda.

Pero Stephen así lo hacía y sabía lo que Clayton quería decir, aun antes de que añadiera:

-¡Menuda pareja forman!

Sus risas musicales les provocaron benévolas sonrisas mientras observaban cómo la duquesa de Claymore y la futura condesa de Langford se probaban cada una la capa y

sombrero de la otra frente al espejo. Colfax y Hodgkin permanecían con las manos tras la espalda y las miradas fijas al frente, como si no advirtieran los juegos de las jóvenes. A Hodgkin le costaba más disimular sus pensamientos y se le escapaba la mirada hacia Sherry, al tiempo que esbozaba una sonrisa.

Cuando llegaron, Whitney llevaba un vestido de color azul, y Sherry había dicho que se proponía vestir de color verde, aunque había añadido en tono quedo, mirando el enorme zafiro que Stephen le había regalado aquella misma tarde como anillo de compromiso, que «el azul zafiro es mi color preferido».

Sin duda habían cambiado de idea y de vestidos porque, en aquellos momentos, Whitney vestía de verde y Sherry lucía el traje azul de su futura cuñada.

Mientras ambos se adelantaban hacia ellas, oyeron cómo Whitney vaticinaba en tono alegre:

-Fíjate en lo que te digo, Clayton no llegará a advertir el cambio.

-Y dudo que lord Westmoreland dedicara la menor atención a mi comentario sobre el vestido que luciría mejor con mi anillo -decía Sherry riendo-. Estaba preocupado por...

Se interrumpió, sin llegar a pronunciar la palabra «besarme», y Stephen contuvo una carcajada.

-¿Debemos hacerlo? -preguntó a su hermano.

-Por supuesto -convino Clayton.

Y sin más comentarios, Stephen se situó detrás de Whitney mientras que Clayton le ofrecía el brazo a Sherry y provocaba un raudal de risas en ella, al tiempo que bromeaba en voz baja:

-¿Te había dicho cuán encantadora estás vestida de verde, amor mío?

Whitney estaba poniéndose los guantes cuando unas manos masculinas se posaron en sus hombros y Stephen le susurraba con ternura en la oreja, tras el sombrero:

-Charise.

Sintió cómo se estremecía a efectos de la risa a su contacto, al tiempo que mantenía cuidadosamente oculto su rostro.

-He convenido con mi hermano que nos deje solos un rato cuando regresemos de la ópera para que podamos tener un poco de intimidad. El distraerá a Whitney...

Su cuñada se volvió en redondo y ya se disponía a emprender su indignada reprimenda cuando advirtió su sonrisa de complicidad.

-¡Stephen Westmoreland, si te atreves a...!

Ante la puerta del 14 de Upper Brook Street los carruajes desfilaban con digna pompa, con las lámparas encendidas y fluctuando cual procesión de doradas luciérnagas. Cuando el

Librodot

vehículo perteneciente a los duques de Dranby pasaba ante la casa, su gracia contempló con admiración la espléndida fachada de estilo palladino y suspiró.

-¿Quién se casará con Juliette ahora que está comprometido Langford, Dranby? ¿Dónde encontraremos a alguien que pueda comparársele en gusto y elegancia, en refinamiento y...?

Se interrumpió al ver abrirse la puerta principal de la casa y surgir de ella a cuatro jóvenes riendo... Y al conde que corría por la escalinata en persecución de su prometida.

-¡Charise! -exclamó-. ¡Sabía que erais vos!

La americana le respondió con una carcajada y se dirigió hacia el coche del duque de Claymore, que estaba detenido detrás del carruaje del conde. Los duques se apretujaron ante la ventanilla 'de su coche y contemplaron incrédulos cómo cogía el conde de Langford a su prometida por la cintura, mientras ella intentaba subir al coche, la estrechaba entre sus brazos y la depositaba con firmeza en su propio carruaje.

-Dranby -dijo la duquesa-, acabamos de presenciar el más delicioso chismorreo del año. ¡Aguarda a que les diga a todos lo que hemos visto!

-Si quieres seguir mi consejo, no me molestaría en ello -repuso el duque recostándose en su asiento.

-¿Por qué no iba a hacerlo?

-Porque nadie te creería.

36

Una densa riada de lujosos carruajes se amontonaba en Bow Street y aguardaba para detenerse ante la fachada brillantemente iluminada del Covent Garden y descargar a sus pasajeros.

-¡Parece un templo griego! -exclamó Sherry encantada, asomada a la ventanilla-. Como el cuadro que tenéis en la biblioteca.

Su entusiasmo era tan contagioso que Stephen se asomó asimismo con ella para contemplar la fachada de la Royal Opera House.

-Se construyó a imitación del templo de Minerva en Atenas -le informó.

Sherry se recogió con cuidado las amplias faldas y se asió a la mano de Stephen para apearse del carruaje, pero se detuvo para observar a su alrededor antes de entrar.

-¡Es maravilloso! -exclamó.

Librodot

No advirtió las divertidas miradas que le dirigían a su paso por el amplio vestíbulo y cuando subían la gran escalinata, mientras admiraba las imponentes columnas jónicas y las resplandecientes lámparas griegas.

En Londres estaba de moda mostrar un constante aburrimiento y hallarse de vuelta de todo, pero a Sherry no le importaba. Radiante su rostro de placer, se detuvo en el vestíbulo que conducía a la hilera inferior de palcos y miró las graciosas columnas y las arqueadas hornacinas con pinturas que representaban escenas de Shakespeare.

Aunque reacio a apremiarla, pero consciente de que bloqueaban el paso, Stephen la tocó en el codo y le dijo en tono quedo:

-Nos quedaremos después para que podáis contemplarlo todo a vuestro placer.

-¡Oh, lo siento! Pero me resulta difícil imaginar que la gente pueda pasar por aquí sin reparar en ello.

El palco de Stephen estaba situado de modo que disfrutaba de la mejor perspectiva. Cuando entraron, se volvió para observar a Sherry, que contemplaba admirada la idéntica hilera de elegantes palcos que tenían enfrente, iluminados con arañas y que exhibían flores y estrellas doradas pintadas en la parte delantera.

-Confío en que os agrade la ópera -le dijo mientras se sentaba junto a ella y saludaba, con aire despreocupado, a unos amigos del palco contiguo, a su diestra-. Procuro venir todos los jueves.

Sherry lo miró extasiada: le parecía imposible tanta felicidad.

-Creo que sí. Es decir, estoy emocionada, lo que debe ser una buena señal.

El la observaba sonriente y, a medida que hablaba, Sherry advirtió cómo mudaba su expresión y entornaba los párpados en insistente y concentrada mirada en sus labios, y los alzaba por fin.

Comprendió que le había transmitido un beso. ¡Era un beso y tenía la intención de que ella lo sintiera, de que comprendiera lo que hacía! Movió la mano de modo casi imperceptible buscando la suya instintivamente, como el primer día que recobró el conocimiento.

Fue un leve movimiento, que podía haber pasado inadvertido a Stephen, aunque la estuviese mirando en lugar de volverse a saludar a unos amigos que se detenían en su palco. y, sin embargo, cuando Sherry giró la cabeza para hacer lo mismo, deslizó la mano en su palma, la cubrió y entrelazó con firmeza sus dedos. Sherry sintió que un estremecimiento le recorría la espalda mientras él le frotaba poco a poco la palma y la acariciaba a derecha e izquierda, una y otra vez. Contuvo la respiración al comprender que le transmitía Otro beso, en esta ocasión más prolongado y más intenso.

Con el corazón henchido de gozo contempló la hermosa mano masculina, parcialmente cubierta por el abanico abierto que tenía en su regazo, y observó cómo seguía acariciándola mientras su cuerpo parecía fundirse a su contacto.

En el patio de butacas, la multitud, inquieta y curiosa, observaba con descaro a los ocupantes de los palcos, y Sherry se esforzó por mostrar absoluta indiferencia, aunque aquel

simple contacto aceleraba por momentos los latidos de su corazón. Cuando aquello concluyó, y su pulso se reguló, pensó que era muy necia por mostrarse tan susceptible ante algo que a buen seguro era un ocioso contacto de su prometido. En parte por curiosidad y en parte por desconfianza, Sherry decidió hacer un experimento. Mientras él charlaba con su hermano, le acarició los nudillos con el pulgar, más concentrada en ello que en la conversación que ambos sostenían, sin que produjera efectos evidentes en él. En realidad, abrió la mano y, por un instante, Sherry pensó que iba a retirarla. Por el contrario, la dejó inmóvil y con la palma hacia arriba, y Sherry dibujo uno a uno sus largos dedos, desde la punta hasta el lugar donde se unían en la amplia mano, mientras él seguía absorto en su conversación. Como no parecía advertir ni objetar nada, Sherry prosiguió sus caricias y recorrió con la punta del dedo las líneas de intersección- «Te amo», pensó de modo instintivo. Y se lo confesaba de aquel modo con su dedo. «Ámame también tú!» A veces, cuando él la besaba o le sonreía, estaba casi segura de que así era, pero deseaba oír aquellas palabras, lo necesitaba. «Te amo», insistió a través de su contacto, mientras acariciaba su palma abierta.

Stephen renuncio a simular que mantenía una conversación inteligente y contempló la cabeza inclinada de Sherry. En aquel bullicioso y atestado lugar, sufría tal prominente erección como si hubiera disfrutado de una sesión de intensa actividad sexual en lugar de sostener tan sólo la mano de una joven inexperta. El corazón le latía con un ritmo intenso y persistente, consecuencia de negarse a sí mismo un clímax mientras impulsaba hasta el máximo su placer y, sin embargo, no la detuvo. En lugar de ello, extendió más los dedos, en voluntaria entrega a su propia tortura.

No podía creer lo que ella le estaba haciendo, y obtenía casi tanto placer al comprender que Sherry deseaba tocarlo como con su dulce caricia.

En el rutilante y sofisticado mundo en el que vivía, los papeles estaban muy claramente definidos: las esposas estaban destinadas a proporcionar un heredero, los maridos constituían una necesidad social y financiera, y las amantes proporcionaban y recibían pasión. Cuando los esposos no tenían nada en común con sus cónyuges, mantenían relaciones con otras personas. Stephen podía recordar quizá veinte parejas, entre los miles que conocía, que tan sólo se profesaban cierto afecto, y mencionar cientos de ellas que no podían compartir nada. Esposas que no deseaban el contacto de sus maridos ni los incitaban para que anhelaran el suyo. Y, sin embargo, eso era exactamente lo que Sherry hacía.

Con los párpados entornados, observó el perfil de su prometida mientras ella dibujaba algo con delicadeza en su sensibilizada palma y lo repetía de modo insistente. En la tercera ocasión intentó distraerse del deseo que fluía desde las terminales nerviosas de su mano por todo su sistema nervioso y concentrarse en lo que ella le hacía, y observó que dibujaba un círculo abierto y dos líneas perpendiculares unidas en su base:

CL

Sus iniciales.

Con respiración jadeante alzó su mirada hasta el perfil de Sherry mientras imaginaba arrastrarla a un oscuro rincón y cubrir la suave boca con sus labios...

Librodot

Besaba mentalmente sus senos cuando una conmoción en la sala anunció el comienzo del espectáculo, y ya no llegó a discernir silo aliviaba o apenaba que ella se distrajese, como en realidad sucedió.

Sherry se adelantó, expectante. Observó cómo se corría el telón carmesí bajo un gracioso arco con figuras femeninas pintadas que sostenían trompetas y coronas de laurel y, acto y ella olvidó cuanto la rodeaba.

Camino de regreso, Stephen mantenía entrelazadas sus manos y se sentía algo necio por el pueril placer que recibía de aquel simple contacto.

-Supongo que os ha agradado la representación -dijo con aire despreocupado mientras la acompañaba hasta la puerta principal de su casa.

-¡Me encantó! -exclamó llena de entusiasmo-. Creo haberlo reconocido. No las palabras, sino la melodía.

Aquella buena noticia se vio seguida por otra. Cuando Colfax ayudaba a Sherry a quitarse la ligera capa, les dijo que la madre de Stephen ya se había retirado a sus habitaciones.

-Gracias, Colfax, os sugiero que hagáis lo mismo -le indicó Stephen a su vez, y reiteró en su mente la fantasía imaginada en la ópera.

El mayordomo se alejó por el pasillo apagando todas las luces, salvo las de la entrada, y Stephen observó que Sherry se disponía a darle las buenas noches.

-Gracias por esta maravillosa velada, mil...

-Me llamo Stephen -la interrumpió.

Se preguntó cómo diablos podía habérsele olvidado pedirle que lo llamara por su nombre.

Sherry le obedeció, encantada por la extraña intimidad que sugería.

-Gracias, Stephen.

Sin embargo, tuvo poco tiempo para disfrutarlo porque él la cogió por el brazo y la guió con firmeza por el oscuro pasillo hasta el salón iluminado por la luna. Una vez allí cerró la puerta y se volvió hacia ella en lugar de adentrarse en la habitación.

-¿Qué sucede? -se asombró Sherry.

-Esto -respondió Stephen.

Apoyó las manos a ambos lados de su cabeza y se inclinó sobre ella.

Sin darle tiempo a reaccionar, la besó con tal fuerza que la privó del aliento, a la vez que presionaba su cuerpo contra el de la muchacha con un ligero movimiento de caderas, lo que

provocó un sorprendente efecto en sus sentidos. Sherry sofocó un gemido, le pasó las manos por la nuca y le devolvió el beso, mientras acogía la invasión de su lengua, disfrutaba de su jadeante respiración al besarla cada vez con mayor intensidad y cedía de modo instintivo a los insistentes movimientos de sus caderas.

37

Con el Post matinal en la mano, Thomas Morrison entró en el confortable comedor y contempló, cauteloso, a su flamante esposa, que jugueteaba con su desayuno y contemplaba la bulliciosa calle londinense por la ventana.

-¿Te preocupa algo estos días, Charise? -se interesó.

Charise miró aquel rostro que tan atractivo le pareció en el barco y luego el reducido comedor de la pequeña casa, y se sintió tan furiosa con él y consigo misma que ni se dignó responderle. Durante el viaje, le había parecido muy apuesto y romántico con su uniforme y él le había hablado con suma galantería, pero todo había cambiado en cuanto estuvieron casados. Después, en la cama, él había querido hacerle aquello tan horrible y, cuando ella le dijo que odiaba tal cosa, él se enfadó por primera vez. Una vez que le hizo comprender que no lo soportaría, a él ni aquello, su breve luna de miel en Devon le resultó bastante agradable. Pero cuando se la llevó a Londres y vio su casa, enmudeció de asombro. Elle había mentido, la había inducido a creer que tenía una magnífica mansión y excelentes ingresos pero, según su criterio, el ambiente que la rodeaba lindaba en la pobreza y le resultaba tan despreciable como él mismo.

Si se hubiera casado con Burleton, sería baronesa y podría ir de compras por las fabulosas tiendas que había visto en Bond Street y Piccadilly. En aquel preciso instante, vestiría un hermoso salto de cama con volantes y por las mañanas visitaría a alguna de sus nuevas y elegantes amigas residentes en las espléndidas mansiones de Brook Street o de Pall Mail. Pero, en su actual situación, había invertido todo su dinero en un vestido y después había paseado por Green Park, feudo de las personas distinguidas, que la ignoraban como si no existiera. No había comprendido cuán necesario era un título nobiliario hasta el día anterior, por la tarde, al deambular por el parque y comprobar lo estrechamente cerrada que era aquella sociedad.

Y no sólo eso. Cuando su odioso marido le preguntó el precio de su vestido y ella se lo dijo, pareció que iba a echarse a llorar. En lugar de admirarla y elogiarla por su excelente gusto y encantadora figura, lo único que le importaba era el dinero.

Pensó que era ella quien debería llorar, y lo miró con desprecio mientras leía el periódico. En su casa de Richmond, todos la imitaban y la envidiaban. Ahora no era nadie, menos que nadie, y cuando salía al parque y veía a la alta sociedad paseando por allí y se daba cuenta de que la ignoraban por completo, la consumía la envidia por momentos.

El problema con Thomas Morrison era que no comprendía cuán especial era ella. En Richmond, todos lo sabían, incluso su padre, pero aquel alto y guapo cretino con el que se había casado no lo advertía. Cuando trató de explicárselo, le respondió de modo insultante, diciéndole que ella no se había comportado como si lo fuera. Lo informó, furiosa, de que la

Librodot

«gente se comporta según la tratan». Aquella observación fue tan inteligente que parecía proceder de la propia miss Bromleigh, pero ni siquiera entonces él respondió como debía.

¿Qué podía esperar entonces de un hombre tan poco refinado y de tan mal gusto que no comprendía la diferencia existente entre una señorita de compañía asalariada y una heredera?

Al principio había dedicado más atenciones a la tal Bromleigh que a la propia Charise. Y no era de extrañar. Sheridan Bromleigh no sabía situarse en el lugar que le correspondía. Había leído novelas románticas acerca de institutrices que se casaban con el señor de la casa y, cuando Charise se burló de tan ridícula idea, le respondió con osadía que no creía que los títulos ni la riqueza pudieran ni debieran importar entre dos individuos que se amaran de verdad.

En realidad, pensaba Charise con amargura mientras pinchaba un pedazo de jamón con el cuchillo, si no hubiera sido por Sheridan Bromleigh, ella no se encontraría en tan desoladora circunstancia. Jamás se habría sentido inclinada a desviar la atención de Morrison de su humilde compañera cuando ambos parecían sentirse atraídos y nunca se habría fugado con él para demostrar a todos en el barco, en especial a miss Bromleigh, que Chanse Lancaster podía conseguir a cualquier caballero que se propusiera. Aquella bruja pelirroja era responsable de la espantosa existencia que llevaba, porque le había llenado la cabeza de tantas tonterías románticas sobre el amor y los matrimonios como si fueran cuentos de hadas en los que no importaba el dinero ni los títulos.

-¿Charise?

Hacía dos días que no le hablaba, pero algo extraño en su voz la hizo responder. Alzó hacia él la mirada y, al observar su incrédula expresión, estuvo a punto de preguntarle qué leía para mostrarse tan alelado.

-¿Había alguien más a bordo de nuestro buque que se llamara Charise Lancaster? Quiero decir que no es un nombre muy corriente, ¿verdad?

Ella le dirigió una despectiva mirada ante tan necia pregunta. No había nada corriente en ella, ni siquiera su nombre, tan especial.

-Según este periódico -prosiguió él, aturdido, sin dejar de mirarla-, Charise Lancaster, que llegó a Londres hace tres semanas en el Estrella de la mañana, acaba de comprometerse con el conde de Langford.

-¡No te creo! -exclamó ella con absoluto desdén. Y le arrancó el periódico de la mano para poder leer por sí misma la noticia-. No había otra Charise Lancaster en el barco.

-Léelo tú misma -repuso innecesariamente, porque ya le había arrebatado el periódico.

Al cabo de unos momentos, Charise lo arrojaba sobre la mesa con el rostro contraído por la ira.

-Alguien me suplanta con el conde. Alguien intrigante, malvado, perverso...

-¿Adónde diablos vas?

-A visitar a mi «nuevo prometido».

38

Sherry extendió sobre el lecho el vestido que debía llevar dentro de una hora, en su boda, al tiempo que tarareaba una cancioncilla. Aún era demasiado temprano para cambiar las sencillas ropas que llevaba por aquella prenda más elegante, de color azul, que luciría después. En el reloj de la chimenea, las manecillas parecían moverse con efecto retardado.

Puesto que había sido imposible invitar a unos amigos y omitir a otros, habían tornado la decisión de limitar las invitaciones a los parientes inmediatos, lo que evitaba lastimar la sensibilidad de aquellos que hubiesen quedado excluidos y mantener, al mismo tiempo, el entorno tranquilo e íntimo que Sheridan deseaba. Y ello permitiría a la familia aguardar unas semanas para anunciar el enlace, de modo que no pareciera demasiado apresurado.

Según la duquesa viuda -que la noche anterior había rogado, solícita, a Sherry que la llamase «madre»-, las bodas precipitadas provocaban inevitablemente un aluvión de comentarios y conjeturas sobre las razones de la urgencia. Miss Charity, a la que habían invitado porque nadie tuvo el valor de omitirla, estaría a punto de llegar. En cuanto al doctor Whitticomb, el otro personaje que no pertenecía a la familia pero que también debía asistir, había anunciado que un paciente precisaba sus urgentes cuidados y que acudiría más tarde a tomar una copa de champán.

Estaba previsto que el duque de Claymore se presentase dentro de una hora, en compañía de su madre y de Whitney, y que Stephen llegara media hora después, exactamente a las once, hora en que debía tener lugar la ceremonia. Según la habían informado, en Inglaterra las bodas solían celebrarse entre las ocho de la mañana y mediodía, de modo que los recién casados pudieran disfrutar de hermosa luz diurna, tras una noche de perfecto descanso, para considerar por última vez la importancia del paso que iban a dar. El párroco sin duda era consciente de la trascendencia de su papel en la boda del conde de Langford, porque había acudido hacía una hora para asegurarse de que llegaba a tiempo, precaución que a Colfax le pareció divertida cuando transmitió la información a Sherry. Colfax, vestido con librea de etiqueta para la ocasión, así como los restantes servidores de la casa, le había comunicado que el personal doméstico deseaba cantar para ella, en tan memorable ocasión, una antigua y tradicional melodía que habían ensayado en la cocina. Impresionada por tal consideración, Sherry había accedido al punto.

Al parecer, por lo que había presenciado hasta el momento, sólo el mayordomo y el novio se tomaban las cosas con calma. Su doncella estaba tan nerviosa que se había pasado la mañana preocupada por su baño y por su peinado, de modo que se le caían las agujas y extraviaba las toallas, hasta que, por fin, Sherry la despidió para poder saborear a solas su expectación.

Se aproximó al tocador y contempló el collar de diamantes y zafiros en el gran joyero forrado de terciopelo blanco que Stephen le había enviado aquella misma mañana. Lo acarició, sonriente, y la triple hilera de gemas pareció devolverle, radiante, sus brillantes destellos, tan acordes con su talante. La magnífica joya era más lujosa de lo que requería su atavío, pero a pesar de ello Sherry se proponía lucirla porque procedía de su prometido.

Librodot

De Stephen, que se convertiría en su esposo. Y sus pensamientos se centraron, de modo inevitable, en los momentos pasados con él a oscuras, en el salón, cuando regresaron de la ópera. En aquella ocasión, él la había besado hasta hacerle perder el sentido, la había estrechado con fuerza entre sus brazos y le había provocado intensas oleadas de sensaciones por todo el cuerpo con los apremiantes vaivenes de sus caderas, la profunda insistencia de su lengua y las posesivas e íntimas caricias en sus senos. Cuando él se retiró un momento, respiraba jadeante y Sherry se aferraba a él con indefenso abandono.

-No podéis haceros una idea de cuán apasionada, cuán única sois -le susurró con voz ronca.

Como no sabía exactamente qué responderle, trató de encontrar en su vacía memoria alguna causa concreta de la incómoda sensación de culpabilidad que sentía por consentirle sus caricias. Como no descubría nada especial, deslizó la mano por su nuca y oprimió la mejilla contra su robusto pecho. Entre risas y protestas, él retiró la mano con suavidad y retrocedió.

-Ya basta. A menos que deseéis que la luna de miel preceda a la boda, jovencita, tendréis que conformaros con unos simples besos.

Ella debió parecerle decepcionada, porque Stephen rió quedamente, se inclinó sobre ella y la besó de nuevo.

Interrumpió sus pensamientos el sonido de un golpe en la puerta. Autorizó la entrada a quienquiera que fuese.

-Perdonad, milady -dijo Hodgkin, pálido y demacrado el alargado rostro como si lamentara la situación-. Abajo hay una, dudo en utilizar la palabra «dama» ante el lenguaje que utiliza, mujer que insiste en veros.

Sherry lo miró por el espejo que estaba sobre el tocador.

-¿Quién es?

El anciano mayordomo extendió las manos, temblorosas ante su intensa reacción.

-Dice ser vos, milady.

-¿Cómo?

-Dice que ella es miss Charise Lancaster.

-¡Eso es muy...!

El corazón comenzó a latirle, tumultuoso, sin razón aparente, y se le ahogó la voz cuando se disponía a añadir «extraño,,.

-Parece... poseer un gran número de datos con que demostrar sus afirmaciones -añadió, como si aguardara sus protestas de que se trataba de una farsante-. Yo... Me consta que es cierto, milady, porque en otro tiempo estuve al servicio del barón Burleton.

Burleton... Burleton... Burleton... Burleton. Aquel nombre resonaba de un modo maligno en su cerebro.

Librodot

-Ella... exige ver al conde, pero vos habéis sido muy buena conmigo... con todos nosotros, y confío en que si nos encontráramos en situación inversa (aunque eso jamás sea posible) vos recurriríais a mí ante cualquier posible falsedad en lugar de ir con el cuento al conde... o a quien fuese. Como es natural, cuando él llegue para la ceremonia tendré que decirle que la mujer desea verlo, pero si tenéis la oportunidad de hablar con ella primero y tranquilizarla...

Sherry se apoyó en el tocador, le hizo señas de que hiciese pasar a aquella mujer y cerró los ojos con fuerza intentando concentrarse.

Burleton... Burleton... Burleton...

Imágenes y voces relampagueaban por su mente y se sucedían cada vez más de prisa, de modo tan vertiginoso que la siguiente aparecía antes de desaparecer la anterior.

Veía un barco, un camarote, a una doncella asustada.

«Y si el prometido de miss Charise imagina que la matamos, le robamos o la vendimos, o aun algo peor que eso? Sería la palabra del barón contra la tuya, y tú no eres nadie, de modo que la ley estaría de su parte. Esto es Inglaterra, no América..."

Antorchas, estibadores, un hombre alto, de hosca expresión, que aguardaba al final de una pasarela.

«Miss Lancaster, lamento comunicaros que se ha producido un accidente. Lord Burleton falleció ayer.»

Campos de algodón, praderas, un carromato lleno de mercaderías, una muchachita pelirroja...

«Mi padre me llama "zanahoria" por el color de mi pelo, pero mi nombre es Sheridan. Hay una rosa, una flor, que se llama así y mi madre me lo puso por ella."

Un caballo inquieto, un indio de grave expresión, el olor del verano.

«Tú no flor. Tú fuego, llama ardiente.»

Una casita limpia, una muchachita indignada, una mujer que también lo estaba.

«Patrick Bromleigh, deberías ser azotado por el modo en que has criado a esa niña. No sabe leer ni escribir, sus modales son deplorables y va desgreñada. Me anunció con el mayor descaro que "le gusta" un tal Rafael Benavente y que a buen seguro que algún día le pedirá que se case con ella. Pretende sinceramente ofrecerse en matrimonio a cierto vagabundo latino que hace trampas en las cartas. Y eso sin mencionar a su otro compañero, un indio que duerme con perros. Si tuvieras algo de conciencia y sintieras algún amor por ella, la dejarías aquí, conmigo.»

Dos hombres de aspecto solemne en el patio, un tercero en la puerta con el rostro tenso.

«Obedece a tu tía Cornelia, querida. Regresare por ti antes de lo que imaginas... Dentro de uno o dos años como máximo.»

Una criatura muy turbada que se aferraba a él.

«¡No, papá, no lo hagas! ¡No me dejes aquí! ¡Por favor, por favor! ¡Llevaré vestidos y me peinaré, pero no me dejes! ¡Quiero ir contigo, con Rafa y con "Durmiendo con perros"! ¡Ahí es donde pertenezco, pese a lo que ella diga! ¡Papá, papá, espera... »

Una mujer de rostro severo y cabellos grises, una niña que se suponía que debía llamarla «tía Cornelia».

«No intentes desconcertarme con esa expresión, chiquilla. La perfeccioné hace mucho tiempo en Inglaterra y soy inmune a ella. En Inglaterra te habría sido muy útil si te hubieran reconocido como nieta del señor de Faraday. Sin embargo, esto es América. En este país enseño buenos modales a las hijas de aquellos que en otro tiempo hubiera considerado mis inferiores, y me siento satisfecha con ese trabajo.»

Otra mujer: corpulenta, amable, firme.

«Podemos conseguirle un empleo en nuestra escuela. Su tía me ha hablado muy bien de usted, miss Bromleigh.»

Voces de muchachitas.

«¡Buenos días, miss Bromleigh!»

Damitas en miniatura, con medias blancas y cintas, que practicaban reverencias mientras Sheridan hacía sus demostraciones.

Las palmas de las manos le transpiraban sobre el tocador, le flaqueaban las rodillas. A su espalda se abrió la puerta y una joven rubia irrumpió en la estancia con la voz alterada por la furia.

-¡Sois una desvergonzada farsante!

Sherry sintió que se tambaleaba ante aquellas fugaces visiones. Se esforzó por abrir los ojos, alzó la cabeza y se miró en el espejo del tocador. Enmarcado junto a su propio rostro se veía otro que le era familiar.

-¡Oh, Dios mío! -gimió.

Los brazos le temblaban y cedían, tuvo que hacer un esfuerzo por erguirse para no caerse al suelo. Levantó las manos del mueble y se volvió muy lentamente, mientras el terror comenzaba a martillear su cuerpo y disipaba su debilidad y letargo. Vibrante de pies a cabeza por causa del pánico, se enfrentó a Charise Lancaster, cuyas enfurecidas palabras la golpeaban como mazazos en su cabeza.

-¡Malvada, despreciable, intrigante ramera! ¡Fijaos! -Miraba como enloquecida las estancias decoradas en lujoso verde y oro-. ¡Me habéis suplantado!

-¡No! -exclamó Sheridan, pero su voz sonaba irreconocible, quebradiza y frenética-. ¡No ha sido intencionado! ¡Dios mío, yo no...!

Librodot

-No os bastarán los rezos para libraros de la prisión -replicó su antigua alumna, con el rostro contraído por la furia-. Habéis ocupado mi lugar... Me embaucasteis para que me casara con Morrison con vuestra cháchara de romances y, luego, me suplantasteis. ¡Y ahora pretendéis casaros con un conde!

-¡No, escuchadme, por favor! ¡Fue un accidente! ¡Perdí la memoria!

Aquello sólo sirvió para aumentar su furia.

-¿Perder la memoria? -gritó despectiva-. ¡Sabéis muy bien quién soy! -Se interrumpió un instante y giró sobre sus talones-. ¡Regresaré con las autoridades dentro de unos momentos y veremos qué opinan de vuestra amnesia, infame...!

Sherry corrió instintivamente hacia ella y la asió por los hombros para obligarla a escuchar antes de que hiciese algo irreparable. Sus palabras surgieron a borbotones:

-¡Charise, por favor, escuchadme! Me golpeé en la cabeza, fue un accidente, e ignoraba quién era. ¡Aguardad, escuchadme, por favor! Vos no sabéis, no comprendéis, lo que sucedería si se produjera un escándalo.

-Antes de esta noche estaréis en una mazmorra -repuso ella, iracunda, librándose de sus manos-. Conseguiré que vuestro precioso conde quede en ridículo por haber sido tan necio...

Una negra nube cubrió la visión de Sheridan. Negro sobre blanco. Titulares llamativos. Escándalo. Mazmorras.

«Esto es Inglaterra, y tú no eres nadie, por lo que la ley estará de su parte.»

-¡Me marcharé! -gritó en tono quejumbroso, demencial y confuso, mientras comenzaba a retroceder hacia la puerta-. Y no regresaré, no causaré problemas. ¡No recurráis a las autoridades! El escándalo los abrumaría. Mirad... Me voy.

Dio media vuelta y echó a correr. Bajó con precipitación la escalera y estuvo a punto de derribar a un lacayo. Se le formo un nudo en la garganta al comprender que Stephen entraría en aquel salón dentro de una hora, creyendo que iba a casarse, y su novia lo habría abandonado. Se precipitó en la biblioteca y, entre los tumultuosos latidos de su corazón, garabateó una nota que entregó al afligido mayordomo, luego abrió la puerta, bajó la escalinata hasta la calle y se perdió por la esquina.

Siguió corriendo hasta que le fue imposible continuar su avance. Entonces se recostó contra un edificio y le pareció escuchar una voz de su más reciente pasado, una voz querida que le explicaba cosas que jamás habían sucedido a una mujer que le era desconocida.

«-La última vez que estuvimos juntos, en América, discutimos. Lo había olvidado mientras estuvisteis enferma, pero la otra noche, cuando comenzasteis a recuperaros, descubrí que la cuestión no se había disipado de mi mente.

»-¿Acerca de qué discutimos?

»-Pensé que dedicabais demasiadas atenciones a otro hombre y me sentí celoso.»

Atónita por aquella nueva impresión, Sherry se quedó mirando sin ver un carruaje que pasaba mientras avanzaba con lentitud por la calle. El no había estado celoso. Su actitud se había enfriado cuando le preguntó si estaban «muy enamorados».

Porque jamás lo habían estado.

Aquella impresión la dejó paralizada y confusa.

39

Stephen sonrió a Colfax cuando entraba en el vestíbulo vestido de etiqueta para su boda.

-¿Ha llegado el párroco? -preguntó.

-Sí, milord, está en el salón azul -repuso el sirviente, con extraña y tensa expresión en tan festiva jornada.

-¿Está mi hermano con él?

-No, se encuentra en el salón.

-¿Puedo entrar allí sin problemas? -añadió Stephen, consciente de que se esperaba que no viese a su novia antes de la ceremonia.

-Sin duda, milord.

Stephen cruzó con rapidez el vestíbulo en dirección al salón. Clayton, de espaldas, contemplaba el hogar vacío.

-He llegado temprano -comenzó Stephen-. Madre y Whitney vendrán un poco más tarde. ¿Has visto a Charise? ¿Necesita algo...?

Clayton se volvió lentamente, con expresión tan agorera que Stephen se interrumpió.

-¿Qué sucede? -inquirió.

-Se ha ido, Stephen.

Incapaz de reaccionar, se lo quedó mirando con incredulidad.

-Ha dejado esta nota -prosiguió Clayton al tiempo que le tendía una hoja de papel doblada-. Además, hay una joven que desea verte. Pretende ser la verdadera Charise Lancaster -añadió.

Pero su última información había sido hecha en tono de aceptación, sin sarcasmo.

Librodot

Stephen desplegó la breve e incoherente nota que evidenciaba haber sido escrita con todo apresuramientos y las increíbles palabras parecieron abrasar su mente, cauterizar su alma.

Como no tardaréis en descubrir por la verdadera Charise Lancaster, no soy quien creíais, ni quien yo imaginaba. ¡Por favor, creedme! Hasta el momento en que Charise Lancaster entró en mi habitación esta mañana, no recordaba nada de mí, salvo lo que se me había dicho tras el accidente. Ahora que. sé quién y qué soy, comprendo que sería imposible el matrimonio entre nosotros. También entiendo que cuando Charise haya concluido de daros su opinión acerca de mis propósitos, podrá pareceros más verosímil que mi versión en esta nota.

Esto me duele más de lo que podéis imaginar. Me pregunto cómo podré seguir adelante sabiendo que en algún lugar de este mundo seguís viviendo vuestra vida, convencido de que fui una impostora y una intrigante. ¡No lo creeréis, sé que no lo creeréis!

Había tachado la última palabra y firmado simplemente la carta con su nombre: SHERIDAN BROMLEIGH.

¡ Sheridan Bromleigh!

En el instante más doloroso de su vida, con su carta en la mano y las increíbles palabras grabadas en su cerebro, Stephen contempló su verdadero nombre, un nombre fuerte, hermoso: único.

Y pensó que Sheridan le convenía mucho más que Charise.

-La mujer que te aguarda dice que has sido engañado deliberadamente.

Stephen estrujó la carta formando una pelota con ella y la arrojó sobre la mesa.

-¿Dónde está? -exclamó.

-Te aguarda en el estudio.

Con expresión tan sombría como sus sentimientos, Stephen salió de la habitación decidido a demostrar a aquella nueva Charise Lancaster que era una embustera, una impostora o que se había equivocado acerca del intencionado engaño a que lo había sometido Sherry.

Pero el único hecho, doloroso e indiscutible, era no poder ignorar ni refutar que Sheridan había huido en lugar de enfrentarse a la situación y explicarse. Y aquello sugería una insoportable sensación de culpabilidad.

40

Stephen se dirigió rápidamente a su estudio, diciéndose a sí mismo que Sherry no tardaría en regresar. Había huido porque estaba trastornada. Whitticomb había dicho que la amnesia era una forma de histeria: tal vez también se produjera al recobrar la memoria.

Entró en la estancia y la imaginó mentalmente vagando por las calles dé Londres, sola y confusa. Saludó con una fría y seca inclinación de cabeza a la mujer que lo aguardaba y se instaló ante su escritorio, decidido a rebatir sus argumentaciones acerca de que Sherry lo había engañado de un modo deliberado.

-Sentaos -le ordenó con brusquedad-. Y oigamos lo que tenéis que decirme.

-¡Oh, tengo mucho que decir! -exclamó ella.

Por un instante, Stephen se sintió desconcertado ante la leve ironía de que aquella Charise Lancaster fuese exactamente la muchacha de rubios y rizados cabellos que él esperaba encontrar en el muelle.

Charise intuyó su deseo de no dar crédito a nada de cuanto ella pudiese decir, y su furia y decisión alcanzaron mayores proporciones al imaginar que aquel hombre, rico y atractivo, acaso hubiera podido pertenecerle. Amedrentada por su porte glacial, trató de hallar el mejor modo de comenzar.

-¡Habéis lanzado una terrible acusación contra alguien que no está presente para defenderse! exclamó él con fiereza-. ¡Vamos, comenzad!

-¡Oh, veo que no estáis dispuesto a creerme! -estalló, asustada y encolerizada-. Bien, tampoco yo lo creía cuando leí la noticia en el periódico. Os ha engañado, como engaña a todos.

-¡Tenía amnesia! ¡Había perdido la memoria!

-Pues bien, la recobró cuando yo aparecí... ¿Cómo explicáis eso?

Le era imposible y no quería que ella advirtiera su reacción a aquel respecto ni al resto de lo que estaba diciendo.

-¡Es una embustera y una ambiciosa intrigante, y siempre lo ha sido! En el barco me dijo que pretendía casarse con alguien como vos, y casi ha estado a punto de conseguirlo, ¿no es cierto? Primero trató de engatusar a mi esposo y luego puso sus miras en vos.

-Hasta que regrese y pueda responderos frente a frente, consideraré todo esto como la indignación y los celos de una lagarta.

-¡Celos! -estalló Charise poniéndose de repente en pie-. ¡Cómo os atrevéis a insinuar que estoy celosa de esa bruja pelirroja! Y, para vuestra información, milord, ella se ha escapado porque había sido descubierta. No regresará, ¿me oís?, ante mí reconoció que os había mentido.

Stephen sentía como si se estuviera tensando una cuerda en su pecho con cada palabra de aquella mujer. Ella decía la verdad, en su desdeñoso rostro se advertía con claridad el odio que sentía hacia Sheridan Bromleigh y el desprecio que él le inspiraba.

Librodot

-Durante la travesía, me disuadió de casarme con Burleton y me convenció para que huyese con mister Morrison. ¡Ahora que pienso en ello, me sorprende que no intentara casarse con mi prometido!

Entre sus encontradas y confusas emociones, Stephen comprendió que la muchacha que se sentaba frente a él con lágrimas en los ojos y que apretaba los puños furiosa y frustrada recibiría dos noticias terribles, que en su actual estado de ánimo no estaba dispuesto a aplazar ni ocultar. Harto de tan complicados embustes y de sus desastrosos esfuerzos por evitar a Sherry noticias que ni siquiera correspondían a ella, aplacó su voz y anunció con sequedad:

-Burleton ha muerto.

-¿Muerto? -gimió Charise con auténtica desesperación, destruida la secreta esperanza de que aún la tomara como esposa si lograba liberarse de Morrison-. ¿Cómo? -susurró con voz ahogada.

Y buscó en su bolsito un pañuelo de encaje con el que se enjugó los ojos.

Stephen se lo explicó y, al reparar en cómo se le descomponía el rostro, comprendió que tampoco entonces mentía y que se sentía por completo abrumada.

-¡Mi pobre padre! ¡No sabía cómo enfrentarme a él después de que esa tal Bromleigh me convenció para huir con mister Morrison! ¡He estado tan asustada que ni siquiera le he escrito! ¡Regresaré a casa! -decidió.

Imaginaría una mentira plausible que convenciera a su padre para admitirla y conseguir el divorcio, la anulación, o lo que fuera necesario.

-¡Iré a casa cuanto antes!

-Miss Lancaster -dijo Stephen. Y le resultó muy extraño, e incluso desagradable, llamar a aquella mujer con un nombre que creía que correspondía a Sherry-. Tengo una carta para vos del abogado de vuestro padre. Me la envió el administrador de Burleton.

Stephen olvidó por el momento sus enormes preocupaciones. Abrió el cajón de su escritorio, sacó el escrito y el giro bancario y se los tendió de mala gana.

-Me temo que no son buenas noticias.

A la mujer le tembló violentamente la mano mientras leía al contenido de la carta y examinaba el giro bancario. Luego alzó su vidriosa mirada hacia él:

-¿Es éste todo el capital que poseo en el mundo?

Su situación financiera no era problema de Stephen ni le importaba, puesto que era evidente que ella había plantado a Burleton y se había casado con otro cuando se dirigía a Inglaterra, pero sí le interesaba muchísimo conseguir su silencio.

-Sin que ello signifique admitir que fuisteis suplantada de modo intencionado -dijo en tono seco-, estaría dispuesto a daros una suma sustancial para..., digamos, aliviar vuestra difícil situación... a cambio de vuestro silencio sobre todo este asunto.

-¿A qué cantidad os referís?

Aquel momento le resultó odioso, como también la idea de pagarle para evitar que divulgase lo que estallaría por toda Inglaterra como un escándalo, si salía a la luz. Se odió a sí mismo por el aguijón de la duda que sentía en su interior acerca de la posibilidad de que Sherry regresara dentro de unas horas. Su carta no había sido una despedida definitiva, sino un ruego... La histérica súplica de una encantadora y trastornada joven, temerosa de que él no la escuchara ni la creyera. Había huido de la casa para darle tiempo a aplacar su genio, en el caso de que creyera a Charise.

Ella regresaría, confusa, nerviosa e indignada. Regresaría y se enfrentaría a él. Estaba en su derecho de recibir respuestas y explicaciones suyas por haber suplantado a Burleton y volvería por ellas. Tenía suficiente valor para hacerlo.

Se lo repetía una y otra vez mientras veía partir a la tal Lancaster con la enorme suma que le había entregado. Luego se levantó y fue hacia la ventana para ver si regresaba su prometida y le daba una explicación. Vio cómo Chanse Lancaster subía a un coche de alquiler mientras su hermano entraba en el estudio y le decía con voz queda:

-¿Qué piensas hacer?

-Esperar.

-¿Deseas que despida al párroco?

Era una excepcional ocasión de su vida en la que Clayton Westmoreland se mostraba dubitativo e impotente.

-No -replicó Stephen secamente-. Esperaremos.

41

El ayuda de cámara de Nicholas DuVille, que sostenía una capa de exquisito color burdeos, lanzó una aprobadora mirada a la corbata y camisa de resplandeciente blancura de su amo.

-Como suelo deciros, señor -observó mientras Nicki acababa de abrocharse el chaleco de terciopelo también burdeos-, los ingleses no tienen vuestro excelente acierto con las corbatas.

Nicki lo miró divertido.

-Como suelo repetiros, Vermonde, eso sucede porque soy más francés que inglés y vos sentís prevención hacia todo lo británico... -se interrumpió mientras el sirviente acudía a la puerta para responder a una imperativa llamada.

-¿Qué sucede? -preguntó Nicki, sorprendido de que el altanero Vermonde admitiese a un humilde lacayo en sus dominios privados.

Librodot

-He venido a informaros de que una joven desea veros, milord. Está en el salón azul y parece muy alterada. Dice que la conocéis como miss Lancaster. El mayordomo trató de despedirla al verla llegar en un coche de alquiler y serle desconocida, pero se mostró muy insistente. Y diríamos que parece indispuesta porque...

Se interrumpió ante la grave expresión de su señor, que se precipitaba hacia la puerta, a punto de derribar en su apresuramiento al sorprendido lacayo que se interponía en su camino.

-¡Charise! -exclamó Nicki, que sentía crecer su alarma ante la expresión aturdida y trastornada de la joven.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas, tan pálidas, que sus plateados ojos, por contraste, parecían oscuros, y se sentaba en el mismo borde del sofá como si estuviera a punto de echarse a correr o a desplomarse.

-¿Qué ha sucedido?

-Yo... recobré... la memoria -dijo ella aspirando con intensidad, como si le faltase el aire-. Soy... soy una impostora. ¡Todos son impostores! Charise estaba comprometida con Burleton. ¿Por qué fingió Stephen? No, fui yo la simuladora...

-No os esforcéis -le ordenó Nicki tajantemente.

Fue hacia una bandeja provista de bebidas, sirvió una copa de coñac y se la entregó.

-Bebed esto. Apuradlo -añadió, al ver que tomaba un sorbo, se estremecía y se esforzaba por no devolverlo-. Os ayudará a tranquilizaros en seguida.

Imaginó que se había puesto histérica al enterarse de que nunca había estado comprometida con Stephen Westmoreland.

Ella lo miró como si su preocupación le pareciese insensata, pero, como una autómata, tomó el fuerte licor, que le provocó un acceso de tos.

-No intentéis hablar durante unos momentos -le ordenó al ver que se disponía a comenzar.

Sherry le obedeció, impotente, y sintió el candente recorrido del licor hasta su estómago, mientras contemplaba con fijeza sus manos cruzadas. La impresión original de haber recobrado la memoria, de comprender quién era y quién había sido, de ver a Charise y escuchar sus horribles acusaciones, la había hecho huir de la casa, desolada y enloquecida. Había errado durante casi una hora, tratando de hallar el modo de convencer a Stephen de que lo amaba y de que nunca le había mentido, por mucho que Charise lo hubiese convencido de que así era, cuando otro descubrimiento la dejó atónita: Stephen Westmoreland nunca había estado comprometido con Charise Lancaster. El prometido de la muchacha era un tal Burleton: todos habían interpretado una especie de farsa.

Después tuvo otra sorprendente revelación: sus recuerdos se precipitaron uno tras otro, y se sentó en el parque, aturdida y con la cabeza dándole vueltas. Ahora deseaba respuestas de alguien que no tuviera motivos para mentirle, y el coñac ingerido la hacía creerse capaz de enfrentarse a cualquier explicación que le dieran.

-Ordenaré que avisen a Langford -dijo Nicki al advertir que recobraba algo de color.

Pero su respuesta fue tan frenética que comprendió que aún rondaba la histeria.

-¡No, no lo hagáis!

-Muy bien. No me moveré de esta habitación hasta que me autoricéis a ello -repuso, en tono tranquilizador, tras sentarse de nuevo en el sillón.

-Tengo que explicároslo todo -dijo Sherry, que se esforzaba por mostrarse serena y lúcida.

Luego mudó de idea y decidió que el mejor medio de conseguir respuestas sinceras a lo que parecía un mundo de engaños era formular preguntas en lugar de facilitar información.

-No, sois vos quien tenéis que explicaros -rectificó en tono más pausado.

Nicki advirtió que medía sus palabras y empezó a comprender que no había acudido a él por capricho, por muy nerviosa que se sintiera al haber sido engañada. Su frase inicial así se lo confirmaba, al igual que lo implicaba con claridad.

-Vine aquí porque creo que sois el único que no tiene nada que ganar por... por seguir interpretando este... increíble engaño que ha llevado a cabo la familia Westmoreland.

-¿No sería preferible discutir todo esto con vuestro prometido?

-¡Mi prometido! -rió agitando la cabeza, nerviosa-. ¡El prometido de Charise Lancaster era Arthur Burleton, no Stephen Westmoreland! ¡Si vuelvo a oír otra mentira...!

-Tomad un poco más de coñac -la interrumpió Nicki. Y se adelantó hacia ella.

-¡No necesito coñac, sino respuestas! -exclamó Sherry-. ¿Podéis entenderlo?

Comprendió que no era probable si no se mostraba más racional y trató de dominar sus encontradas emociones y afirmar su voz.

-He venido a veros porque, al considerar retrospectivamente lo sucedido, no pude recordar que participaseis de un modo activo en esta.., monstruosa farsa -le explicó con implorante mirada-. Nunca os referisteis al conde como mi prometido, cuando todos lo hacían. ¡Ayudadme ahora, por favor! ¡Decidme la verdad! Si no lo hacéis, temo que me volveré loca.

Nicki se había quedado atónito con el anuncio de compromiso de Westmoreland hacía dos días, pero cuando Whitney le informó del fallecimiento del padre de Charise, le pareció acertada la idea de casarla en seguida, antes de que recobrara la memoria. Aunque Whitticomb les había insistido a todos para que no le dijeran nada que pudiera afligirla, Nicki estaba seguro de que ella necesitaba, y deseaba, conocer la verdad, toda la verdad.

Celebró que el médico no estuviera presente para complicar su decisión con una opinión contraria, y se acomodó, dispuesto a la desagradable tarea de responder por las acciones ajenas, porque Charise Lancaster confiaba en él y, como era evidente, sólo en él.

-¡Ayudadme, por favor! -insistió ella desesperada-. También tendré que explicaros algunas cosas cuando hayáis concluido..., cosas difíciles, vergonzosas e incómodas, pero no os ocultaré la verdad. Odio los fingimientos.

Nicki se recostó en su asiento, como si se resignara a una difícil situación, pero mantuvo su mirada fija en ella mientras le decía:

-Os seré muy franco, si estáis segura de que os sentís con fuerzas para oír la verdad.

-Os lo aseguro -respondió ella rotundamente.

-¿Por dónde deseáis que comience?

-Por el principio -repuso ella con triste sonrisa-. Para empezar, explicadme por qué él me hizo creer hasta ayer que era mi prometido. Lo último que recuerdo, antes de despertar en casa del conde con la cabeza cubierta de vendajes, fue que acudió a recibirme al barco y me informó de que lord Burleton había muerto.

Nicki advirtió que ella aludía con solemnidad a la muerte de Burleton, pero que no estaba desolada. Era evidente que Westmoreland no se equivocaba al suponer que no había conocido bastante al baronet para establecer vínculos profundos con él.

-Burleton fue atropellado por un carruaje la noche anterior a la llegada de vuestro barco -comenzó en tono suave, pero firme.

-Lamento enterarme de su muerte -respondió ella.

Con ello, en cierto modo reforzaba las conclusiones de Nicki de que tenía derecho a conocer toda la verdad y que, por consiguiente, sería capaz de adaptarse a ella mejor que a la confusión y el engaño.

-Pero no comprendo por qué se comprometió el conde en todo esto -añadió.

-Langford conducía aquel carruaje -declaró Nicki con determinación.

Advirtió una mueca de dolor en su rostro, pero como parecía muy tranquila prosiguió:

-Había niebla y oscurecía. Aunque Burleton estaba borracho y se plantó delante mismo de los caballos, Langford se autoinculpó de la muerte del joven y, en su situación, sospecho que hubiera sentido lo mismo. Conducía un tiro inexperto, no acostumbrado a la ciudad, y tal vez si no hubiera sido así, Burleton aún seguiría con vida. Lo ignoro.

»En cualquier caso, cuando horas después del accidente Langford efectuó indagaciones, se enteró de que la prometida de Burleton llegaría al día siguiente de América y que la víctima no tenía parientes ni amigos en quienes poder confiar para recibiros y daros las noticias. En realidad, si el mayordomo de Burleton no hubiera estado enterado de vuestra existencia e inminente llegada a Inglaterra, no habríais encontrado a nadie en el muelle para recibiros. Sin duda recordaréis el resto: Langford acudió a daros la noticia y ofreceros su ayuda en cuanto os fuera preciso. Al parecer se hallaba tan abstraído en su misión que no advirtió que una red cargada de cajas se dirigía hacia vos y os golpeaba en la cabeza.

Nicki se adelantó a observarla con detenimiento y aguardó a que se empapara de sus explicaciones mientras que él se servía una copa. Se admiró de que pareciese tan tranquila.

-Langford os llevó a su casa y avisó al médico de la familia -prosiguió-. Durante varios días permanecisteis inconsciente y Whitticomb apenas confiaba en la posibilidad de que en algún momento volvierais a la realidad. Cuando por fin lo conseguisteis y el doctor comprendió que el trauma del accidente os había provocado la pérdida de memoria, se mostró inflexible acerca de que nadie debía decir nada que os produjese cualquier tipo de aflicción. Puesto que parecíais creer que Langford era vuestro prometido, ellos, nosotros, dejamos que lo siguierais creyendo. Eso es todo cuanto sé.

Para hacer justicia a Stephen, Nicki añadió:

-Salvo que me consta que Langford se sentía culpable por no haberos protegido de un modo adecuado y por daros aquellas graves noticias con tal torpeza que os dejó demasiado abrumada para protegeros vos misma. En realidad aún soporta una gran carga de culpabilidad y remordimientos por haberos privado de vuestro prometido.

Sherry, profundamente humillada, llegó a una clara y angustiosa conclusión.

-Y como se sentía obligado a proporcionarme otro prometido, se ofreció él mismo para ello. Es así, ¿verdad?

Nicki vaciló un instante y luego asintió:

-Así es.

La joven ladeó la cabeza pugnando, desesperada, por contener el llanto ante su necia credibilidad y por haberse enamorado de un hombre que sólo sentía responsabilidad hacia ella. No era de extrañar que nunca le hubiese dicho que la amaba y que deseara encontrarle otro posible esposo.

-En realidad, pensaba casarse conmigo porque se sentía culpable y causante de lo sucedido.

-Yo no diría que en estos momentos fueran ésas sus únicas razones -repuso Nicki con cautela-. Sospecho que siente algo por vos.

-Desde luego -replicó Sherry en tono despectivo y con profunda humillación-. ¡Se llama piedad!

-Os acompañaré a casa de Langford.

-¡No puedo regresar allí! -exclamó.

-¡Miss Lancaster! -comenzó Nicki, en el tono seco y autoritario con que solía dominar a sus interlocutores, y que a la afligida joven que tenía enfrente la hizo doblarse en histéricas carcajadas y apretarse el estómago con los brazos.

-¡No soy Charise Lancaster!

Librodot

Nicki se volvió en redondo a mirarla, y se maldijo por engañarse y creer que estaba en condiciones de asumir cuanto pudiera decirle.

-¡No soy Charise Lancaster! -repitió ella. Y sus risas dieron paso bruscamente al llanto-. ¡Era su compañera asalariada durante el viaje!

Sin dejar de apretarse el estómago con los brazos, se balanceó sollozando.

-¡Soy una institutriz venida a más, y él iba a casarse conmigo! ¡Cómo se hubieran reído sus amigos! ¡Se atormentaba y compadecía de una simple institutriz que ni siquiera conocía a lord Burleton!

Nicki la miraba sorprendido, pero daba crédito a sus palabras.

-¡Dios mío! -susurró.

-¡Yo creía ser Charise Lancaster! -gimoteó, y volvió a agitar los hombros entre convulsivos sollozos;- ¡Creí serlo! ¡Lo juro!

Aunque tardíamente, a Nicki se le ocurrió abrazarla para transmitirle cierto consuelo, y así lo hizo, pero no sabía qué decirle para acompañar su gesto.

-¡Creí que lo era! -sollozaba ella contra su pecho-. ¡Estaba convencida de ello, hasta que ha venido ella a casa! ¡Lo juro!

-Os creo -repuso Nicki, algo sorprendido al comprender que era cierto.

-No quería irse, se empeñó en decírselo ella misma. El... se preparaba para la boda. Una boda secreta. ¡No tengo a donde ir, ni ropa, ni dinero!

-Por lo menos no es vuestro padre quien ha muerto -comentó Nicki, a fin de darle alguna visión positiva de la situación.

Ella levantó lentamente la cabeza y lo miró desconcertada.

-¿Cómo?

-Langford recibió una carta la semana pasada procedente del administrador de Burleton. Se la dirigía a Charise Lancaster el abogado de la familia para informarle de que su padre había fallecido dos semanas después de que ella zarpó hacia Inglaterra.

Sherry suspiró profundamente para poder serenarse y repuso, inexpresiva:

-Era un hombre severo, pero no riguroso. Había malcriado demasiado a Charise.

Otra dolorosa revelación surgió en ella. Creyó que iba a marearse.

-¿La semana pasada? ¿Acaso la misma noche que fui a Almack's y al baile de Rutherford?

-Eso me dijeron.

Inclinó la cabeza, aún más humillada, y nuevas lágrimas rodaron por su rostro.

-¡No es de sorprender que mudara tan de repente de opinión y que en lugar de buscarme otro prometido decidiera que nos casáramos en seguida!

Recordó el modo en que ella le había acariciado la mano en la ópera y pensó cómo debía haberle repugnado tener que resistir todo aquello, simular que deseaba besarla y...

-¡Preferiría haber muerto! -susurró con la voz entrecortada.

-¡No habléis de ese modo! -exclamó Nicki-. Esta noche podéis quedáis aquí. Mañana os acompañaré a casa de Langford y todo quedará aclarado.

-Ya se lo he explicado en una carta. No puedo regresar. Os digo que no quiero y, si le avisáis, me volveré loca. Me consta que será así. ¡Nunca podré regresar allí!

Parecía absolutamente decidida a ello y Nicki no podía censurárselo.

No supo cuánto tiempo estuvo llorando entre sus brazos ni cuándo concluyó su llanto, pero a medida que se prolongaba el silencio la invadió un apacible entumecimiento.

-No puedo quedarme -susurró, con la voz enronquecida por sus tumultuosas emociones.

-Como habéis dicho, no tenéis otro lugar adonde ir.

Ella se liberó de su confortante abrazo y se sentó. Luego se levantó, tambaleándose ligeramente.

-No debería haber venido. No me sorprendería que se presenten cargos contra mí.

La idea de que Langford pudiera hacer algo así invadió a Nicki de una ira casi incontenible, pero no podía negar la posibilidad de tan inimaginables consecuencias.

-Aquí estaréis a salvo, por lo menos esta noche. Mañana estudiaremos en qué puedo ayudaros.

La mezcla de alivio e indignidad que la invadían al comprobar que le ofrecía su sincera ayuda estuvo a punto de desmoronar su débil autodominio.

-Yo... tendré que buscar trabajo. Carezco de referencias. No puedo quedarme en Londres. No sé...

-Lo hablaremos por la mañana, chérie. Ahora quiero que descanséis. Ordenaré que os sirvan la cena.

-Nadie que conozca a él y a su familia querrá emplearme y... En Londres todos parecen conocerlo.

-Por la mañana -insistió él con firmeza.

Sherry asintió, pues se sentía demasiado débil para protestar. Se disponía a subir la escalera acompañada de un sirviente cuando, de pronto, se le ocurrió algo. Se volvió en redondo:

-¡Señor DuVille!

-Habíamos acordado que me llamaríais Nicki, mademoiselle -trató de bromear.

-Las señoritas de compañía no se dirigen a sus superiores por su nombre.

Parecía hallarse tan al límite de sus fuerzas que Nicki decidió no discutir tal decisión y escuchar sus palabras.

-No diréis a ninguno de ellos dónde estoy. ¡Prometedlo!

Nicki vaciló, consideró las alternativas y sus consecuencias y, por último, declaró:

-Os doy mi palabra.

La observó mientras subía la escalera, abatida y humillada. Nunca se había asemejado a una sirvienta sumisa, pero entonces lo parecía. Y ello le provocó deseos de actuar con violencia contra Westmoreland. Sin embargo, hasta aquel momento, él se había comportado de un modo honorable. A regañadientes, tuvo que reconocer que con gran honorabilidad.

42

-¿Deseáis algo más antes de que me retire, milord?

Stephen alzó su mirada de la copa que tenía en la mano y observó al anciano mayordomo que aguardaba en la puerta antes de acostarse.

-No -repuso con sequedad.

Había hecho aguardar a su familia y al sacerdote hasta hacía tres horas, creyendo que Sheridan Bromleigh regresaría para enfrentarse a él. Si fuera inocente, si de verdad hubiese perdido la memoria, no sólo hubiera deseado explicarse y disculparse, sino que habría exigido explicaciones de su parte por haber simulado que estaban comprometidos. Puesto que no parecía necesitar tales aclaraciones, la única respuesta era que en todo momento había conocido la verdad.

Sin embargo no había modo de eludir la realidad ni bastante licor en el mundo para ahogar la ira que ardía de un modo infernal en su interior. Era evidente que Sheridan no había perdido nunca la memoria. Cuando recobró el conocimiento, urdió una brillante estratagema que le permitiría llevar una existencia regalada durante algún tiempo, y él incluso le había facilitado las cosas al ofrecerle casarse con ella. Debía haberse muerto de risa cuando él simulaba ser Burleton, y ella, su propia pupila.

Librodot

A medida que su furia iba en aumento pensó que, pese a toda su experiencia y su supuesta sofisticación, había sucumbido como un necio ante el ardid femenino más antiguo del mundo: el de la indefensa damisela en peligro. ¡Y en dos ocasiones! La primera con Emily y ahora con Sheridan.

Con el talento que tenía la joven, debería estar actuando. Allí era donde pertenecía, junto con todas las semiprostitutas ambiciosas que bailaban, retozaban y recitaban sus papeles. Tomó otro trago y recordó algunas de sus mejores representaciones. La primera había sido impresionante. La mañana en que él había velado junto a su lecho y lo despertó el sonido de su llanto.

«Parecerá absurdo, pero ignoro cuál es mi aspecto! -había sollozado, destrozándole el corazón con sus lágrimas-. Puesto que ya estáis despierto, podríais describirme cómo soy.»
-

Luego, el día en que ella decidió ponerle de relieve el color de sus cabellos... Por si él aún no había advertido su enorme atractivo, pensó malicioso.

«Mis cabellos no son castaños! ¡Mirad! ¡Son rojos...!»

Como un auténtico imbécil se había quedado paralizado ante el espectáculo de aquel glorioso manto, y la comparó mentalmente con una Madonna pelirroja.

«¡Es tan... llamativo!», había señalado ella, de modo que pareció desdichada por poseer una cabellera que sin duda le convenía a la perfección.

Luego recordaba su encantadora confusión acerca del modo de comportarse.

«Me he enterado por Constance, la doncella, de que sois conde y que debo dirigirme a vos como "milord". Entre las cosas que, al parecer, no he olvidado, nadie debe sentarse en presencia de un rey, a menos que sea autorizado a ello.»

Pero, con absoluto cinismo, decidió que su preferida era aquella ocasión en que ella se había levantado del lecho y lo había interrogado con todo candor:

«¿Y mi familia? ¿Cómo es?»

Y cuando él le hubo explicado que su padre era viudo y que era hija única, lo había mirado con sus grandes ojos y le había dicho:

«¿Y estamos muy enamorados?»

Según podía recordar, en todas sus conversaciones sólo se había equivocado una vez. Había sido cuando él le explicaba que necesitaría una señora de compañía si debía permanecer en su casa y ella se había echado a reír.

«¡No necesito acompañantes, yo soy...!»

Era su único desliz, pero, considerado de modo retrospectivo, una prueba contundente.

Y se había sentido a gusto con los sirvientes porque, en cierto modo, también ella lo era.

«¡Jesús, qué intrigante y brillante oportunista!», pensó en voz alta, apretando los dientes.

Probablemente ella había confiado poder convencerlo para que le concediese su protección y la instalase en una casa propia. ¡Y, en lugar de ello, él le había ofrecido su nombre!

Apuró el resto de su bebida, como si de aquel modo pudiera disipar todo su autodesprecio, se levantó y fue al vestidor.

Pese a sus firmes protestas en el carruaje cuando salieron de Almack's, la bruja pelirroja había accedido a casarse con él en menos de una hora y le había hecho creer que él la había convencido.

Se quitó con brusquedad la camisa y la arrojó al suelo. Había caído en la cuenta de que seguía llevando las ropas que debía lucir en su boda, y, a medida que se despojaba de cada pieza, la depositaba, cuidadoso, en creciente montón. Damson apareció cuando se ponía una bata y se agachó a recogerlas abrumado.

-¡Quemadlas! -masculló--. ¡Lleváoslas de aquí y retiraos! Mañana por la mañana cuidaré de que alguien elimine todo cuanto ella dejó.

Se encontraba ante la chimenea, con el resto de la botella en su copa, cuando sonó otro golpe en la puerta.

-¿Quién diablos es ahora? -gritó.

El antiguo mayordomo de Burleton apareció en la habitación con aspecto atormentado, como si estuviera sometido a tortura.

-No... no deseo entrometerme en una situación que no es de mi incumbencia, milord, pero tampoco... tampoco me sentirla... bien si estuviera ocultando información que vos.., acaso desearíais conocer.

Stephen tuvo que esforzarse por contener el encono que sentía hacia aquel viejo sirviente que le recordaba a Sheridan Bromleigh.

-¿Vais a decírmelo o pensáis permanecer ahí toda la noche? -dijo mordaz.

El anciano pareció acusar su tono cortante:

-El doctor Whitticomb me había encargado en privado que vigilase constantemente a miss Lan..., a la joven dama.

-¿Y? -exclamó furioso.

-Por eso cuando ella salió de la casa tan alterada, me sentí obligado a enviar a un lacayo para que la vigilase. Ella.., ella fue a casa de monsieur DuVille, milord. Allí es donde se encuentra... -se interrumpió ante la expresión asesina del conde al oír la noticia, le saludó apresuradamente y salió de la habitación.

¡DuVille! ¡Había ido a casa de DuVille!

-¡Es una bruja! -exclamó en voz alta.

No pensaba ir tras ella: había muerto para él y no le importaba dónde fuera ni con quién se acostara. Tenía un refinado instinto de supervivencia y sabía arreglárselas a la perfección dondequiera que se encontrase. Con malévola sonrisa se preguntó qué historias habría contado a DuVille en aquella ocasión para convencerlo de que le permitiera refugiarse bajo su techo. Fuese lo que fuese, DuVille también tenía un excelente instinto de supervivencia y le constaba que nunca se había obnubilado por ella, como a él le había sucedido.

Sin duda que él le instalaría una bonita casa si sabía engatusarlo y lo complacía en el lecho.

Aquella bruja era una cortesana nata, de las más refinadas que existían.

Ante la ventana de la habitación de invitados, Sherry contemplaba las sombras de la noche y apoyaba la frente contra el frío cristal, con los ojos enrojecidos por las lágrimas. Durante las seis horas transcurridas en aquella habitación, ante la insistencia de Nicholas, se habían aclarado sus ideas y había llegado a comprender lo que casi había logrado, y perdido. Y no sabía si podría resistirlo.

Se apartó de la ventana y se dejó caer en el lecho, tan agotada que no podía desechar sus recuerdos. Cerró los ojos, ansiosa de que llegara el sueño, mas no podía apartar de su mente la indolente sonrisa de Stephen ni la ternura con que la había mirado en el baile de Rutherford.

«¿Me concedéis el honor de este baile, miss Lancaster?»

Tragó saliva y apretó los párpados con fuerza, pues aún le parecía sentir sus besos cuando estaban en el carruaje.

«De este modo cuando estemos casados», le había dicho con la voz enronquecida, como cuando se basaban.

Pensó, dolorida, que no parecía simular que le agradara besarla. Sin duda que no había disimulado. Necesitaba creer, tenía que creer, que gran parte de aquello había sido real. Si no lo conseguía, no sabía cómo podría seguir viviendo.

Podía guardar para sí el recuerdo de aquella y de otras ocasiones en que la había besado. Y aquello nada tenía que ver con «Chanse Lancaster»: le pertenecía sólo a ella. Rodó por el lecho, se tendió boca abajo y, acariciando aquellos recuerdos, por fin se quedó dormida. Soñó con que la estrechaban unos fuertes brazos, en unos besos exigentes que le robaban el corazón y con unas manos cuyo contacto le provocaba anhelos y ternuras y la hacía olvidar lo improcedente de permitir tan íntimas caricias. Soñaba con cosas que jamás volvería a vivir en la realidad.

Whitney se encontraba en el cuarto del niño, cubierta con una bata, y contemplaba el rostro angelical de su hijo mientras dormía. Alzó la mirada al ver abrirse la puerta y asomar por ella un resquicio de luz, y vio entrar a su marido con una expresión sombría que hacía años que no exhibía.

Librodot

-No podía dormir -susurró ella, y se inclinó a cubrir los hombros de Noel con una ligera manta.

El pequeño tenía la mandíbula cuadrada y los negros cabellos de su padre.

A su espalda, Clayton le pasó los brazos por la cintura ofreciéndole en silencio cierto consuelo.

-¿Hace tiempo que no te doy las gracias por mi hijo? -le susurró en el oído, y contempló con ternura al pequeño.

-Desde anoche -repuso ella al tiempo que se volvía hacia él con expresión risueña.

Clayton no se dejó engañar por su sonrisa, como tampoco ella lo hizo cuando él evitó, con suma prudencia, comentar la abortada ceremonia nupcial de aquel día.

-Me siento muy mal -le confió ella.

-Me consta que es así -repuso él en tono quedo.

-Nunca olvidaré la expresión de Stephen a medida que transcurría el tiempo y comprendía que ella no regresaría.

-Ni yo -repuso él con sequedad.

-Retuvo al párroco hasta después de las diez. ¿Cómo pudo Sherry hacerle algo semejante? ¿Cómo es posible?

-En realidad, nadie la conocía.

-Stephen estaba loco por ella: se advertía cada vez que la miraba, y cuando se esforzaba por no hacerlo.

-Yo también lo había notado -repuso él brevemente.

Whitney tragó saliva, para aliviar el nudo que se le había formado en la garganta, y añadió:

-De no ser por la intervención de Stephen, tú te habrías casado con Vanessa, yo estaría unida a otro, y Noel no existiría.

Clayton le acarició los despeinados cabellos que le caían por los hombros y la besó en la sien para tranquilizarla, mientras ella proseguía con acento dolorido:

-Siempre había deseado devolverle ese favor, pero sólo podía desear que encontrase a alguien con quien fuese tan feliz como nosotros.

-Acostémonos, cariño -dijo Clayton tras inclinarse a revolver ligeramente los cabellos de su hijo-. Stephen es adulto -añadió mientras la conducía con firmeza al dormitorio-, lo superará porque así lo desea.

-¿Lo superaste tú conmigo con tanta facilidad cuando nosotros... -vaciló evitando con sumo cuidado mencionar la espantosa noche en que estuvo a punto de destruir toda oportunidad de unión entre ellos, cuando nos separamos?

-No.

Una vez que se hubieron acostado y ella se acurrucó entre sus brazos, él añadió:

-Sin embargo, yo hacía más tiempo que te conocía que él a Cha..., a Sheridan Bromleigh.

Ella asintió, deslizó la suave mejilla en su brazo y él la estrechó entre sus brazos y la atrajo con más fuerza hacia sí porque también recordaba aquel acontecimiento que estuvo a punto de separarlos.

-El tiempo tiene poco que ver en estas cuestiones. ¿Recuerdas cuánto transcurrió desde que nos vimos en Inglaterra hasta que me amaste? -murmuró Whitney entre las sombras.

Clayton sonrió al rememorarlo.

-Fue la noche que confesaste echar pimienta en la caja de rapé de tu profesor de música.

-Si la memoria no me falla, te conté esa anécdota una o dos semanas después de regresar de Francia.

-Más o menos.

-¡Clayton!

-¿Qué?

-No creo que Stephen lo supere con tanta facilidad como tú opinas. Podía conseguir a cualquier mujer que se propusiera y, sin embargo, durante todo este tiempo, ella fue la única que deseó... con la excepción de Emily. 1Y fíjate qué cínico se volvió después de aquello!

-A Stephen le basta con hacer señas con el dedo para que docenas de hermosas mujeres acudan a consolarlo. En esta ocasión se lo permitirá porque su orgullo y su corazón se han resentido más que la última vez -predijo, hosco, Clayton-. Entretanto se sentirá aturdido y permanecerá así durante algún tiempo.

Ella alzó su rostro hacia él:

-¿Fue eso lo que te sucedió?

-Así es -le confirmó.

-Algo muy típico de los hombres -repuso ella con afectación.

Clayton profirió una risita ante su tono y la cogió por la barbilla para besarla.

-¿Os sentís superior, madame? -inquirió enarcando una ceja en divertido interrogante.

-Mucho -repuso ella, pagada de sí misma.

-En ese caso supongo que será mejor que os pongáis encima -dijo al tiempo que daba la vuelta y la arrastraba consigo.

Un rato después, soñoliento y saciado, Clayton se acomodó a su lado con los ojos cerrados.

-¡Clayton!

Algo en su voz le hizo abrir los ojos con cautela.

-No sé si has advertido cómo lloraba Charity Thornton cuando ha visto que Sheridan no regresaba. Al ver que la miraba y no le respondía, insistió-: ¿Lo has advertido?

-Sí -repuso con cautela-. ¿Por qué me lo preguntas?

-Bien, me dijo, con la mayor desolación, que por vez primera desde hacía décadas se había sentido realmente útil, porque era necesaria como señora de compañía. Y añadió que ahora se sentía inútil, vieja y fracasada porque no había encontrado otro marido para miss Bromleigh, aparte de Stephen.

-La oí, y también Stephen -repuso Clayton, vibrante la voz de incómodas sospechas-. Sin embargo creí entender con más exactitud que se sentía apenada por no haber sido capaz de encontrar a otro desdichado y crédulo varón para que miss Bromleigh lo engañara y abandonara, en lugar de a su querido Langford.

-Bueno, viene a ser lo mismo... -Sólo si consideras idiotez como sentido común.

Con las mayores reservas acerca de la respuesta que iba a recibir, inquirió:

-Por qué hacemos tales comentarios en estos momentos?

-Porque yo... La he invitado a quedarse con nosotros un tiempo.

A Whitney le pareció que Clayton se quedaba sin respiración.

-Pensé que podía cuidar de Noel.

-Tendría más sentido imaginar que Noel cuidaba de ella.

Sin distinguir aún si su tono burlón encubría enojo o regocijo, Whitney insistió:

-Como es natural, la institutriz de Noel deberá encargarse en secreto[

-¿Encargarse... de quién? ¿De Noel o de Charity?

Whitney contuvo una nerviosa sonrisa.

-¿Estás enojado?

-No, estoy... impresionado.

-¿Por qué?

-Por tu sentido de la oportunidad. Hace una hora, antes de que nos agotáramos haciendo el amor, podía haber reaccionado de modo más violento por tener en mi casa a esa Matusalén de lo que ahora soy capaz... cuando estoy demasiado débil para mantener los ojos abiertos.

-Pensé que así sucedería -reconoció ella con aire culpable, tras verlo encerrarse en prolongado silencio.

-Sabía que lo pensarías.

Se expresaba en tono reprobador. Whitney se mordió el labio, alzó la mirada hacia su rostro y examinó sus inescrutables rasgos con detenimiento.

-¿Descubres lo que buscas, querida? -preguntó él con dulzura.

-Buscaba... ¿indulgencia? -insinuó. Y le resplandecieron los ojos ante los esfuerzos de Clayton por mantener su severa expresión-. ¿Una actitud varonil de benevolencia hacia la abrumada esposa? ¿Cierta nobleza de espíritu que se manifiesta en la medida de tolerancia hacia los demás? ¿Sentido del humor, tal vez?

-¿Todo eso? -repuso Clayton sin poder contener la sonrisa que asomaba a sus labios-. ¿Todas esas cualidades en un varón agobiado, cuya esposa acaba de invitar a una carcamal a esta casa?

Ella se mordió el labio para contener la risa y asintió.

-En ese caso -manifestó él cerrando los ojos y esbozando una sonrisa-, puedes considerarte afortunada por estar casada con semejante ejemplar.

43

-He venido a pedirte un favor -anunció Stephen, sin más preámbulos, dos semanas después, al entrar en la salita donde Whitney supervisaba la colocación de unas alegres cortinas.

Sorprendida por su repentina llegada y por su brusquedad, su cuñada dejó a la costurera y pasó con él al salón. Durante las tres últimas semanas transcurridas desde su frustrado enlace, habían coincidido en diferentes actos, pero sólo de noche, y siempre lo había visto acompañado de una mujer distinta colgada de su brazo. Circulaban rumores de que también había sido visto en el teatro con Helene Devernay. A la reveladora luz diurna, comprobó que no se había serenado con el paso del tiempo. Su expresión era fría y dura como el granito, incluso su actitud hacia ella era seca y distante, y alrededor de la boca y de los ojos se le formaban profundos surcos de cansancio. Parecía como si no hubiera dormido en una semana y no hubiera dejado de beber mientras estaba despierto.

Librodot

-Te consta que haría cualquier cosa que me pidieras -repuso Whitney, amable y compasiva.

-¿Encontrarías algún lugar para un anciano, un segundo mayordomo? Deseo perderlo de vista.

-Desde luego -repuso. Y añadió, prudente-: ¿Podrías decirme por qué deseas deshacerte de él?

-Era el mayordomo de Burleton y no quiero volver a verlo ni a él ni nada que me la recuerde.

Clayton levantó la vista de los documentos que examinaba al ver entrar a Whitney en su estudio con expresión afligida. Alarmado, se levantó súbitamente y rodeó la mesa para ir a su encuentro.

-¿Qué sucede?

-Acaba de venir Stephen -dijo con voz entrecortada-. Tiene un aspecto espantoso y se expresa de igual modo. Ni siquiera desea ver al sirviente de Burleton porque le recuerda a ella. No sólo se resintió su orgullo con su marcha. ¡La ama! -exclamó impulsiva, con los ojos llenos de lágrimas a causa de la frustración-. ¡Lo sabía!

-Todo ha concluido -repuso Clayton en tono suave, pero decidido-. Ella se ha ido y todo ha terminado. Stephen lo superará.

-¡No de este modo!

-Cada noche va con una mujer distinta del brazo -le dijo-. Te aseguro que en modo alguno se convertirá en un recluso.

-Se ha encerrado en sí mismo, ni siquiera confía en mí -argumento ella-. Lo he advertido. Y te diré otra cosa.

Cuanto más pienso en ello, más convencida estoy de que Sheridan Bromleigh no fingía en absoluto, ni siquiera acerca de los sentimientos que manifestaba hacia Stephen.

-Era ambiciosa y una perfecta intrigante. Sería preciso un milagro para convencerme de lo contrario -manifestó él categórico.

Y volvió a sentarse en su escritorio.

Hodgkin miró a su amo, afligido y silencioso.

-¿Acaso me despedís, milord? ¿Hice o dejé de hacer algo que...?

-He decidido que trabajéis en casa de mi hermano. Eso es todo.

-Pero ¿he abandonado acaso alguna de mis obligaciones o...?

Librodot

-¡No! -replicó Stephen en tono tajante volviéndose de espaldas-. No tiene nada que ver con lo que hayáis podido hacer.

Jamás solía interferirse en la contratación, despido o sanciones de sus sirvientes. Pensó que debería haber confiado tan desagradable misión a su secretario.

El anciano encorvo los hombros. Stephen lo vio partir arrastrando los pies, como si tuviera diez años más que cuando entró en la habitación.

44

Había sido un error tratar de ver a Stephen, aunque fuese a prudente distancia, y Sherry lo sabía, pero parecía no poder evitarlo. Él había dicho que asistía a la ópera casi todos los jueves, y ella deseaba, necesitaba, verlo una vez más antes de partir de Inglaterra. Hacía tres semanas que había escrito a su tía, al día siguiente de su frustrada boda, explicándole todo lo sucedido y pidiéndole que le enviara el dinero necesario para regresar. Entretanto, había conseguido un empleo como institutriz de una familia numerosa que carecía de los medios necesarios para contratar a una mujer más madura y experta, y del sentido común para comprobar la carta de recomendación que Nicholas DuVille le había entregado, en la que figuraba el nombre de Charity Thornton como referencia secundaria, una referencia que, según sospechaba Sherry, la anciana dama ignoraba por completo.

El patio de butacas del Covent Garden estaba atestado de un público bullicioso e inquieto que tropezaba con los pies de Sherry y chocaba con ella constantemente. Pero apenas lo advertía porque no apartaba sus ojos de un palco vacío, el séptimo desde el escenario, y lo siguió mirando hasta que las áureas flores y las estrellas que lo adornaban se volvieron confusas y se desdibujaron. El tiempo pasó con rapidez y el estrépito que reinaba en la ópera se transformó en un estruendo ensordecedor. De repente, los cortinajes del palco número siete se abrieron y Sherry se estremeció, presa de pánico, porque por fin lo vería... Mas se sintió desolada al descubrir que él no se encontraba allí.

Pensó, frenética, que debía haberse equivocado, y volvió a contar los palcos y a escudriñar los aristocráticos rostros de sus ocupantes. Cada recinto estaba separado del vecino por una esbelta columna dorada, de la que pendía un candelabro de cristal tallado. Tras examinarlos una y otra vez, contempló sus manos, en el regazo, y las entrelazó con fuerza para impedir que temblasen. Aquella noche él no se presentaría: habría cedido su palco a otras personas. Tendría que aguardar una semana más para volver, si había ahorrado bastante para adquirir otra entrada.

La orquesta profirió una ráfaga musical, los telones carmesíes se separaron y Sherry calculó mentalmente los minutos que transcurrían. Hacía caso omiso de la música que en otros momentos la había deleitado y observaba obstinada los dos asientos vacíos del palco, con el deseo frustrado de verlo aparecer, y la esperanza de encontrarlo la próxima vez que mirase.

Llegó entre el primero y segundo actos sin que lo viera entrar ni sentarse, como un sombrío espectro surgido de entre las tinieblas de su memoria que se materializara en el reino de la realidad y acelerara los latidos de su corazón. Se quedó absorta, mirando con fijeza

Librodot

aquel rostro varonil y hermoso en muda adoración hasta que lo grabó en su memoria, al tiempo que parpadeaba para liberarse de las lágrimas que nublaban su visión.

Mientras se torturaba a sí misma en tal contemplación, se esforzó por recordar que él no la había amado, que para Stephen sólo había sido una responsabilidad que había asumido por error. Aunque consciente de todo ello, no podía apartar la mirada de sus labios bellamente cincelados ni olvidar con qué suavidad la habían besado, y al recorrer su recortado perfil recordaba cómo se transformaba su rostro con su fascinante sonrisa.

Sheridan no era la única que no fijaba su atención en el escenario. En el otro extremo del teatro, en el palco del duque de Claymore, Victoria Fielding, marquesa de Wakefield, observaba atentamente a los ocupantes del patio de butacas para localizar a la joven que había vislumbrado anteriormente, cuando entraba en el recinto.

-Sé que la mujer que he visto era Charise Lanc..., quiero decir, Sheridan Bromleigh -susurró a Whitney-. Estaba entre las filas que accedían a la platea. Aguardad... ¡Ahí está! -exclamó en voz baja. ¡Lleva un sombrero azul oscuro!

Sin reparar en las curiosas miradas de sus esposos, sentados tras ellas, las dos amigas se esforzaban por distinguir a la mujer en cuestión, tan próximos sus hombros que los castaños cabellos de Victoria casi se confundían con los gloriosos mechones negros de Whitney.

-¡Si no hubiese llevado ese sombrero, la habríamos reconocido al instante por el color de sus cabellos!

Whitney no necesitaba verlos. Durante la siguiente media hora, aquella mujer no apartó su mirada del palco de Stephen y ello le bastó para confirmar sus sospechas.

-No ha dejado de mirarlo -dijo Victoria, cuya voz expresaba la misma confusión y pesar que Whitney sentía por la repentina desaparición y el extraño comportamiento de la prometida de Stephen-. ¿Suponéis que esperaba encontrarlo aquí esta noche?

Whitney asintió. Deseaba que la joven mirase en dirección a ellos, aunque sólo fuese un momento, en lugar de al lado opuesto.

-Le consta que Stephen acude aquí todos los jueves por la noche y que ese palco le pertenece. Estuvo ahí con él pocos días antes de... desaparecer.

Desaparecer, lo único que Whitney podía decir por el momento, razón por la que había escogido aquella palabra. Victoria y Jason Fielding, también amigos de Stephen, eran de las pocas personas de la alta sociedad que estaban casi al comente de todo lo sucedido porque habían sido invitados a asistir a la pequeña celebración prevista para después de la ceremonia privada.

-¿Creéis que se propone encontrarse con él «accidentalmente» por alguna razón?

-No lo sé -susurró Whitney a su vez.

Detrás de ellas, sus esposos observaban a las hermosas damas, tan indiferentes a la excelente representación.

-¿Qué sucede? -interrogó Clayton a Jason, y señaló con la cabeza hacia sus esposas.

-Alguien debe lucir el vestido del siglo.

-No será así si se encuentra en la platea -observó Clayton-. La última vez que Whitney y Victoria se permitieron similares cuchicheos fue porque la amante de Stephen estaba con él en su palco, y Monica Fitzwaring, que se hallaba en el contiguo con Bakersfield, trataba de ignorar quién se encontraba casi a su lado.

-Lo recuerdo -repuso Jason con una sonrisa-. Como también recuerdo que aquella noche yo me inclinaba por Helene Devernay.

-Whitney estuvo riendo durante todo el camino de regreso a casa -comentó Clayton.

-Y Victoria declaró que habían sido las tres horas más divertidas de toda la temporada -añadió Jason.

Se inclinó hacia ella y le susurró en tono jocoso:

-Victoria, corres inminente peligro de caerte del palco.

Ella le sonrió avergonzada, pero no interrumpió su atento escrutinio.

-¡Se marcha! -exclamó Whitney con una mezcla de alivio y desánimo-. No ha aguardado a que concluyese la representación ni ha abandonado su asiento en los entreactos, lo que significa que no pretende encontrarse con él de modo fortuito.

Tan asombrado como divertido por sus animados conciliábulos, Clayton se ladeó a su vez a escudriñar las hileras de asientos de la platea, pero aguardó hasta que se hallaban camino de su próximo compromiso, una espléndida cena de medianoche, para abordar el tema con su preocupada esposa.

-¿Qué cuchicheabais Victoria y tú esta noche?

Whitney vaciló, pues le constaba que a él le disgustaría la nueva aparición de Sheridan Bromleigh en su ámbito y que tampoco le interesarían las posibles razones.

-Victoria ha creído ver a Sheridan esta noche, aunque yo no he podido asegurarme de que no se equivocaba.

Clayton enarcó las cejas en un ceño de franca hostilidad al oír el nombre de la mujer, por lo que Whitney decidió abandonar el tema.

El jueves siguiente, tras asegurarse de que sus esposos se distraían en otro lugar, Victoria y Whitney llegaron temprano al Covent Garden y, desde la estratégica atalaya de su palco, escudriñaron los rostros de cada recién llegada a la platea y al paraíso con el fin de descubrir a Sheridan.

-¿La veis? -inquirió Victoria.

-No, y es un milagro que la distinguierais entre la multitud la semana pasada. Resulta imposible ver los rasgos de la gente con claridad desde aquí.

-No sé si sentirme aliviada o desanimada -repuso Victoria.

Cuando se levantó el telón se recostó en su asiento, decepcionada al no haber localizado aún a la mujer que la semana anterior imaginaban que era Sheridan Bromleigh.

Whitney también se arrellanó, y trató de identificar sus propias reacciones.

-Vuestro cuñado acaba de llegar -dijo Victoria al cabo de unos momentos-. ¿Es Georgette Porter la joven que lo acompaña?

Whitney miró el palco de Stephen, que estaba al otro lado del teatro, y asintió con aire ausente.

-Es encantadora -añadió Victoria esforzándose por encontrar y hallar estimulante una situación que no lo era en absoluto.

Le agradaba muchísimo Stephen Westmoreland y era una de las pocas personas a quien su esposo consideraba entre sus íntimos amigos. También le había agradado en seguida Sheridan, que era americana como ella.

Whitney consideró la actitud de Stephen hacia la mujer que tenía a su lado, que le sonreía y charlaba con animación. Ella escuchaba con expresión de atenta cortesía, pero a Whitney le dio la impresión de que Stephen no sabía de qué le hablaba, cómo era su rostro y ni siquiera si estaba en su palco. Paseó inexorable la mirada por abajo, a los asientos de la platea, e inspeccionó de nuevo las hileras de cabezas.

-¡Está ahí, tiene que estar! Quiero decir que tengo la sensación de que así es -rectificó, ante la severa mirada de Victoria.

-Si no la hubiera visto llegar la semana pasada y hubiese observado cómo entraba en la platea, no habría sido capaz de mostrárosla. Ahora no podremos distinguirla entre esa multitud.

-¡Existe un medio! -dijo Whitney en un acceso de inspiración-. Buscad una cabeza que se vuelva hacia el palco de Stephen en lugar de hacia el escenario.

Al cabo de unos momentos Victoria, excitada, la asía por el brazo.

-¡Allí está! ¡Y lleva el mismo sombrero! Está prácticamente debajo de nosotras y por ello no la habíamos visto.

Puesto que había localizado a la mujer, Whitney la observó con detenimiento, pero hasta que se levantó para marcharse no consiguió ver con claridad su melancólico rostro.

-¡Es ella! -dijo Whitney con viveza.

Experimentó un impacto de simpatía instintiva hacia el evidente pesar y añoranza que descubrió en el rostro de la joven cuando se levantaba para partir, poco antes de que concluyera la ópera.

Pero no era probable que su esposo compartiera sus sentimientos, por lo menos hasta que comprobase cómo permanecía Sheridan en silencio sin apartar su mirada de Stephen. Mas si llegaba a verla y si su actitud hacia ella se suavizaba, entonces ella creía que se dejaría convencer para que instase a Stephen a buscarla. Le constaba que Clayton era el único que tenía influencia sobre su hermano para lograr convencerlo.

45

-¡Vamos a llegar tarde! -Whitney consultó nerviosa el reloj mientras su marido se demoraba con una copa de jerez-. Creo que deberíamos marcharnos ya.

-Nunca había advertido que sintieras una afición tan poco corriente por la ópera -dijo Clayton, que la observaba con curiosidad.

-Últimamente las... representaciones han sido fascinantes -repuso ella.

Se inclinó a dar un fuerte abrazo a su hijo, que se retiraba soñoliento con su institutriz y miss Charity.

-¿Fascinantes? ¿De verdad? -repitió Clayton, que la miraba sorprendido por encima de su copa.

-Sí. ¡Ah, he cambiado nuestro palco por el de los Rutherford para esta noche!

-¿Puedo preguntarte por qué?

-La perspectiva del palco de Stephen es mucho mejor.

-¿Qué perspectiva?

-La del público.

Al ver que se proponía proseguir su interrogatorio ante su desconcertante respuesta, Whitney se anticipó:

-Por favor, confía en mí y no me hagas más preguntas hasta que pueda darte una explicación adecuada.

-¡Mira! -susurró Whitney asiendo a Clayton del puño, presa de agitación-. ¡Allí está! ¡No..., que no te vea observarla! Vuelve simplemente los ojos, no la cabeza.

Clayton no giró la cabeza; en lugar de mirar en la dirección que ella le indicaba, se volvió hacia ella y dijo:

-Me sería muy útil que me dijeras a quién se supone que voy a ver.

Librodot

-Se trata de Sheridan Bromleigh -reconoció Whitney, nerviosa ante lo mucho que dependía de su reacción y su ayuda-. No quería decírtelo por anticipado por temor a que no estuviera o a que tú no vinieses.

Su mando endureció su expresión en cuanto oyó mencionar aquel nombre. Ella alzó, implorante, sus verdes ojos hacia él.

-¡Por favor, Clayton, no la condenes antes de hora! Nunca hemos oído su versión de este asunto.

-Porque huyó como la absoluta culpable que era. El hecho de que le agrade la ópera, como nos consta, no altera en nada la situación.

-La lealtad hacia Stephen nubla tu criterio.

Al ver que de aquel modo no obtenía efectos visibles, Whitney perseveró con dulce pero firme decisión.

-Ella no viene para presenciar las representaciones, ni siquiera mira el escenario. Sólo está pendiente de Stephen y siempre se sienta unas hileras más allá de su palco para que no la vea si distrae su atención del espectáculo. ¡Por favor, querido, compruébalo por ti mismo!

Vaciló durante un momento interminable y, por fin, consintió con una breve y muda señal de asentimiento. Dirigió la mirada en la dirección que ella le indicaba, a su diestra.

-Lleva un sencillo sombrero azul con cinta del mismo color -añadió Whitney para facilitar su localización- y un traje azul oscuro con cuello blanco.

Comprendió que Clayton había descubierto a Sheridan entre la multitud porque apretó la mandíbula y desvió con rapidez su mirada hacia el escenario de modo persistente hasta que el telón se levantó. Decepcionada, aunque no derrotada, lo siguió observando de reojo, en espera de advertir el menor cambio en su postura que indicara que repetía el intento. En el instante en que así fue, lo examinó con rapidez. Había movido la cabeza de modo casi imperceptible a la diestra, lejos del escenario, pero su punto de observación había alcanzado mucho más a la derecha. Whitney rogó porque aquélla no fuera la única vez desde hacía semanas en que Sheridan decidía mirar la representación, se inclinó ligeramente hacia adelante para comprobarlo y sonrió aliviada.

Durante las dos horas siguientes Whitney estuvo observando a su marido y a Sheridan mientras procuraba no moverse de algún modo que pudiera alertarlo. Al concluir la velada le dolían los ojos, pero se sentía triunfante. Clayton no había dejado de examinar a Sheridan en ningún momento, pero Whitney no volvió a abordar el tema hasta dos días después, cuando comprendió que quizá él ya habría tenido tiempo de reconsiderar su actitud hacia la antigua prometida de Stephen.

46

-¿Recuerdas la otra noche en la ópera? -tanteó con prudencia mientras los lacayos recogían los platos del desayuno.

-Me pareció una actuación «fascinante», tal como decías -repuso Clayton conteniendo la risa-. El tenor que...

-No estuviste pendiente de la representación -le interrumpió con firmeza.

-Tienes razón -repuso risueño-. Observaba cómo me observabas.

-¡Clayton, por favor, compórtate con seriedad! Esto es importante.

Su esposo enarcó las cejas con aire interrogante y le concedió toda su atención, pero parecía divertido, cauteloso y preparado.

-Deseo hacer algo para enfrentar a Stephen y a Sheridan. Ayer lo comenté con Victoria y ella convino conmigo en que, por lo menos, deberían verse obligados a hablarse.

Se preparó para la discusión que presentía, pero se quedó atónita ante la despreocupada respuesta de su esposo.

-En realidad, algo similar se me había ocurrido, por lo que así se lo comenté a Stephen anoche, cuando lo vi en The Strathmore.

-Por qué no me lo advertiste? ¿Qué le dijiste? ¿Qué te respondió?

-Le dije que deseaba hablarle de Sheridan -explicó Clayton-, que creía que ella iba a la ópera sólo para verlo.

-¿Y qué sucedió entonces?

-Nada. Se levantó y se marchó.

-¿Eso fue todo? ¿No hizo ningún comentario?

-Sí, desde luego. Dijo que por respeto a nuestra madre renunciaba a la tentación de recurrir a la violencia física contra mi persona, pero que si alguna vez volvía a pronunciar ante él el nombre de Sheridan Bromleigh, no estaba seguro de que pudiese controlarse de nuevo.

-¿Fueron ésas sus palabras?

-No exactamente las mismas -repuso Clayton con torva ironía-. Stephen fue más lacónico y más... colorista.

-Bien, a mí no podrá amenazarme. Algo podré hacer.

-¿Has pensado en la oración, peregrinaje, brujería?

Pese a la ligereza de su tono, deseaba que ella olvidara el asunto y que así lo comprendiera. Al ver que Whitney no sonreía, depositó su taza en el plato y se recostó en su asiento con el entrecejo fruncido.

-Estás absolutamente decidida a complicarte en esto por mucho que Stephen haga o diga, ¿verdad?

Ella dudó un instante y luego asintió.

-Debo intentarlo. No puedo olvidar la expresión de Sheridan cuando lo mira en la ópera y cómo lo contemplaba en el baile de los Rutherford. Y Stephen está más ojeroso y taciturno cada vez que lo veo, por lo que mantenerse al margen no les hace ningún bien.

-Comprendo -dijo. La siguió observando mientras esbozaba una desmayada sonrisa-. ¿Puedo hacer algo para convencerte de que es un error?

-Me temo que no.

-Comprendo.

-También te confieso que me he puesto en contacto con Matthew Bennett para pedirle que investigue su paradero. No puedo hacer nada para reunirlos hasta que logre localizarla.

-Me sorprende que no decidieras contratar a un lacayo durante el entreacto para que la siguiera a su casa y solicitar después la colaboración de Bennett.

-¡No había pensado en ello!

Lo dijo con tal impasibilidad, con tan exagerada frialdad, que Whitney tardó unos momentos en comprender la auténtica intención de aquellas palabras. Cuando así fue, sintió la familiar oleada del amor que había ido creciendo durante sus cuatro años de matrimonio.

-Clayton -le dijo-. Te amo.

-Trabaja como institutriz para un baronet y su familia -la informó-. Se apellidan Skeffington y tienen tres hijos. Bennett ya tiene su dirección.

Whitney depositó su taza en la mesa y se levantó, dispuesta a enviar inmediatamente una nota a la empresa del abogado para pedir toda la información de que dispusiera.

-Whitney.

Se volvió a mirarlo desde la puerta.

-¿Milord?

-Yo también te amo.

Ella le sonrió a modo de respuesta y Clayton aguardó unos momentos para proferir una seria advertencia:

-Si insistes en tu decisión de enfrentarlos, actúa con suma prudencia y no te asombres si Stephen le da la espalda en el instante en que la vea. También has de prepararte para la posibilidad de que él no te perdone en seguida. Piénsalo con detenimiento antes de realizar gestiones que luego debas lamentar.

-Lo haré -le prometió.

Clayton la vio partir y movió, impotente, la cabeza. Le constaba que ella no perdería el tiempo en inactiva contemplación. Sencillamente, no era propio de su naturaleza ver pasar la vida sin intervenir en ella. Decidió con ironía que era una de las cosas que más lo habían atraído de ella.

Sin embargo, no esperaba que actuara con tanta rapidez como lo hizo.

-¿Qué es esto? -le preguntó aquella misma tarde, a última hora.

Al pasar por el salón la encontró sentada ante el secreter de palisandro. Se acariciaba pensativa la mejilla con la pluma y observaba una hoja de papel que tenía en la mano.

Ella alzó la mirada con expresión ausente y le sonrió.

-Una lista de invitados.

Las frenéticas actividades de la temporada tocaban a su fin y ambos esperaban refugiarse en breve en la paz y serenidad del campo, durante el verano, por lo que Clayton se sorprendió de que planease algún festejo.

-Creí que regresábamos a Claymore pasado mañana.

-Y así es. Esta fiesta tendrá lugar dentro de tres semanas... Celebraremos el cumpleaños de Noel. Nada muy agobiante, desde luego.

Clayton dirigió una mirada por encima de su hombro a la lista que preparaba y sofocó una carcajada mientras leía las primeras anotaciones en voz alta:

-Un elefantito, que puedan tocar los niños sin peligro...

-Pensaba en un tema circense, con payasos, juglares y demás, y que celebraríamos todos los actos y las comidas en el césped. Será mucho más relajado y los niños podrán disfrutar junto con los adultos.

-¿No es Noel demasiado pequeño para eso?

-Necesita la compañía de otros niños.

-Creí que por esa razón pasaba los días con los hijos de los Fielding y los Thornton cuando veníamos a Londres.

-Oh, y así es! -repuso con despreocupada sonrisa-. Stephen se ha ofrecido a celebrar la fiesta de Noel en Montclair.

-Tras asistir a tantas fiestas como para llenar una vida durante las últimas seis semanas, me alegro de que se lo hayas propuesto -bromeó-. Como tío y padrino de Noel, tendrá la prerrogativa de ver su casa de campo invadida de padres que permanecerán allí durante una semana y que esperarán ser distraídos, haya o no fiesta infantil.

-Sugerí a Stephen organizar el baile del sexagésimo cumpleaños de vuestra madre en Montclair y que nos permitiera celebrar la fiesta de Noel en Claymore. Puesto que su aniversario se celebra sólo tres días después del de Noel, me parecía más conveniente.

-Una muchacha inteligente -repuso Clayton, que mudó al instante de opinión acerca de quién debería dar la fiesta-. En el baile de mi madre se reunirá una enorme multitud.

-Nuestra reunión será reducida... Algunos invitados cuidadosamente escogidos, con sus hijos e institutrices.

Mientras la, escuchaba, Clayton, que examinaba, ocioso, la hoja de papel que tenía al alcance de su mano, descubrió que figuraba en ella el apellido Skeffington.

-Una interesante lista de invitados -observó con divertida ironía.

-¿Verdad que sí? -repuso ella con su incorregible sonrisa-. Cinco parejas con cuya absoluta discreción podemos contar, independientemente de lo que vean u oigan, y que ya están bastante al corriente de la situación. Y los Skeffington.

-Y, desde luego, su institutriz.

Whitney asintió:

-Desde luego. Y lo más perfecto del plan es que a Sheridan no le será posible marcharse por mucho que lo desee porque trabaja para los Skeffington.

-¿Cómo intentas evitar que Stephen se vaya en cuanto la vea?

-¿Irse? -repitió, al parecer aún más complacida-. ¿Y abandonar a un sobrino que lo adora? ¿Cómo le sentaría eso a Noel? ¿Y qué les parecería a los demás si se mostrara tan trastornado ante la presencia de una simple institutriz en una casa con más de un centenar de habitaciones, que no pudiera resistir su presencia y tuviera que marcharse? Preferiría que hubiese un medio menos público de reunirlos, pero puesto que Stephen no admite una reunión privada, tengo que encontrar un método de conducirlo donde deseamos e impedir que se vaya. Aunque llegase a razonar que Noel no advertiría su ausencia, quedaría mal con los Fielding, los Townsend y con los demás. Tiene muchísimo orgullo, que Sheridan ya ha pisoteado. Dudo que esté dispuesto a sacrificar un ápice más con su marcha cuando la vea. Y si celebramos la fiesta al aire libre, las institutrices tendrán que hallarse constantemente a la vista de los invitados, de modo que Stephen no podrá evitarla ni siquiera durante las veladas.

Se interrumpió y examinó pensativa la lista de invitados.

-¡No me he atrevido a invitar a Nicki! En primer lugar, trataría de disuadirme, y aunque no lo hiciera se negaría a venir en tales circunstancias. Se ha manifestado contrario a todo cuanto Stephen hizo con Sheridan, incluido el hecho de que no tratara de buscarla y explicarse. Al día siguiente en que yo la vi en la ópera, me confesó que sabía dónde estaba, pero se negó a decírmelo cuando se lo pregunté, y Nicki nunca me ha negado nada. Declaró, con gran firmeza, que ya había sufrido bastante por culpa de Stephen y que no deseaba que él la encontrase.

-Fue ella quien se marchó, no Stephen -señaló secamente Clayton.

-Me inclino a aceptarlo, pero Nicki se muestra inflexible.

-Entonces sería prudente por tu parte que no los enfrentaras en el mismo condado y menos en la misma casa.

Whitney escuchó aquellas palabras con expresión preocupada.

-¿Por qué no?

-Porque desde que Sheridan desapareció, Stephen abriga un odio cada vez más intenso y sutil hacia DuVille.

Parecía tan afligida que Clayton reconsideró el plan de su esposa de conducir a Sherry a presencia de su hermano. Su intriga tenía muchísimas posibilidades de fracasar, pero no se le ocurría otra estratagema mejor.

-¿Y si los Skeffington declinan la invitación? -argumentó ociosamente.

Para rechazar tal eventualidad, su mujer señaló un escrito que tenía doblado en su escritorio.

-Según la información que figura en esta carta de las oficinas de Bennett, lady Skeffington convenció a su esposo, sir John, de que llevara a Londres a la familia a pasar la temporada con el propósito concreto de poder codearse con ((la gente adecuada». Al parecer, lady Skeffington cuenta con escasos medios económicos, pero con muy altas aspiraciones sociales.

-Parece encantadora -dijo Clayton irónico-. Estoy impaciente por verlos ocupar mi casa durante setenta y dos horas consecutivas, doce comidas, tres tés...

-Vinieron a Londres con enormes esperanzas de conseguir acceder a los círculos escogidos donde su hija de diecisiete años pudiera tener la oportunidad de encontrar un buen partido -prosiguió Whitney, preocupada por conseguir sus propósitos-. Hasta ayer no habían alcanzado su objetivo. Si tenemos todo esto en cuenta, ¿crees sinceramente que los Skeffington declinarán una invitación personal del duque de Claymore para asistir a una fiesta en su residencia campestre?

-No -respondió Clayton-, pero nunca pierdo las esperanzas.

-No, no las hay -repuso su incorregible esposa, y se concentró de nuevo en su nota-, y menos aún cuando resulta que tu hermano está considerado como el más espléndido partido de Inglaterra.

-Tal vez nieve este fin de semana -dijo, al parecer abrumado por la inminente celebración-. En algún momento de la historia del mundo habrá nevado en junio en este continente.

47

Librodot

Lady Skeffington permanecía sentada, con los pies apoyados en un escabel, en el apacible silencio del salón de su casita londinense de alquiler. Al otro lado de la sala, su marido leía el Times con el pie gotoso apoyado en lo alto de un taburete.

-Fíjate qué tranquilos estamos -dijo, con la cabeza ladeada y una expresión de felicidad en su rostro. Miss Bromleigh se ha llevado a los niños a tomar un helado. Regresarán en cualquier momento, pero lo único que se me ocurre pensar es cuán agradable resulta que estén ausentes.

-Sí, querida -repuso su marido sin perderse una palabra del texto.

La dama se disponía a proseguir con aquel tema cuando el lacayo, que hacía asimismo las veces de cochero y mayordomo, interrumpió su soledad con una misiva en la mano.

-Si es otro aviso acerca del alquiler... -comenzó ella.

Pero al advertir el extraordinario grosor del papel de color crema que tenía en la mano le dio la vuelta y reparó en el sello lacrado del dorso.

-Skeffington -susurró-, creo que acabamos de recibir nuestra primera invitación importante...

-Sí, querida.

La mujer rompió el sello, desplegó la nota y contempló, embelesada, el dorado blasón que aparecía en lo alto del pergamino. A medida que leía cada palabra empezaron a temblarle las manos -y se levantó mientras su excitación se extendía hasta los temblorosos miembros.

-¡Claymore! -pronunció impresionada, con la mano en el pecho para contener los agitados latidos de su corazón-. Hemos sido invitados... ¡a Claymore!

-Sí, querida.

-El duque y la duquesa de Claymore nos ruegan que les honremos con nuestra compañía en la sencilla fiesta de cumpleaños de su hijo. Y... -lady Skeffington sé interrumpió para recoger sus sales de la mesa y prosiguió-: La duquesa de Claymore me escribe una nota de su propia mano. Dice que lamenta no haber tenido el placer de conocernos durante la temporada, pero que confía remediarlo en... ¡Claymore! -Se detuvo otro instante para respirar las sales-. Será dentro de tres semanas y debemos llevar a los niños. ¿Qué te parece esto?

-Sumamente extraño.

-¿Sabes lo que eso significa, Skeffington? -susurró reverente, al tiempo que estrechaba la invitación contra su amplio seno.

-Sí, querida. Significa que hemos recibido una invitación destinada a otra persona.

Lady Skeffington palideció de modo increíble, apartó el papel de su pecho para releerlo y negó con la cabeza.

-No, está dirigida a nosotros, precisamente aquí... ¡Mira!

Sir John dejó a un lado el Times, tomó la nota que le tendía su esposa y su lectura hizo mudar su expresión de incrédula a satisfecha.

-Te dije que no había necesidad de ir de un lado para otro por Londres, aquí y allá en espera de recibir invitaciones. Esta carta nos habría llegado igualmente si nos hubiéramos quedado en nuestra casa de Blintonfield, donde nos correspondía.

-¡Oh, no es tan sólo una invitación! -exclamó ella con juvenil vitalidad-. ¡Significa mucho más que eso!

El hombre recogió de nuevo su periódico.

-¿Qué quieres decir?

-Se trata de Julianna.

El periódico descendió unos centímetros y por encima asomaron los ojos de sir John, enrojecidos por su intensa afición al madeira.

-¿Julianna? ¿Qué insinúas?

-¡Piensa, Skeffington, piensa! Julianna ha estado en Londres toda la temporada y, aunque no llegamos a conseguir vales para Almack's ni para cualquier otro lugar donde pudiera ser vista por gente selecta, insistí en que paseáramos por Green Park cada día. Me mostré muy regular en ello y un día lo vimos por allí. Miró a Julianna y entonces me pareció que se había fijado en ella. Y ésa es la razón de que hayamos recibido una invitación para Claymore. El reparó en lo encantadora que es y ha estado buscándola todo este tiempo e imaginando el modo de acercarse a ella.

-Una manera indigna de tratar este asunto... Hacer que su esposa le envíe una invitación a sugerencia suya. No puedo dar mi aprobación a estos medios: es una muestra de muy mal gusto.

Ella se volvió hacia él, consternada e incrédula:

-¿Cómo? ¿De qué estás hablando?

-De nuestra hija y Claymore.

-¿El duque? -exclamó frustrada-. Yo pienso en Langford para ella!

-No veo cómo vas a conseguirlo. Si Claymore ha fijado sus ojos en ella y Langford también la deseara, surgirían problemas. Tendrás que decidirte antes de que vayamos, querida.

Ella abrió la boca para prorrumpir en irritada diatriba contra su esposo por ser tan obtuso, pero la distrajo el estrépito de voces animadas en el vestíbulo.

-¡Niños! -exclamó.

Se precipitó a su encuentro y abrazó al primero que encontró.

Librodot

-¡Miss Bromleigh! -gritó. Estaba tan excitada que sin darse cuenta también abrazó a la institutriz-. Trabajaremos día y noche para prepararnos para un viaje. He de pensar en todo lo que necesitaremos para una fiesta familiar de tal importancia.

-¡Julianna!, ¿dónde estás, querida? -recordó, tardíamente, algo perpleja al comprobar que sólo tenía ante ella a los dos rubicundos muchachos de cuatro y nueve años.

-Julianna ha subido a su habitación, lady Skeffington -dijo Sheridan.

Disimuló una tediosa sonrisa ante la excitación de su ama y un temor receloso al trabajo extraordinario que sin duda exigiría de ella conseguir preparar a los niños para «una fiesta familiar de tal importancia».

En sus actuales circunstancias, sólo disponía de una tarde cada semana y, con el fin de poder disfrutarla, trabajaba desde el amanecer hasta las once de la noche realizando una interminable variedad de tareas adicionales, más propias de costureras y doncellas que de institutrices. Sherry aprovechó el estrépito creado por la anunciada fiesta para refugiarse en su habitación del ático durante unos momentos. Se refrescó el rostro en la jofaina de su cómoda, aseguró una vez más sus cabellos, pulcramente recogidos en un moño, y luego se sentó junto a la ventana del pequeño recinto y se entregó a su costura. Se vería obligada a realizar más remiendos, más sesiones de planchado y a trabajar más, por verse implicada en la fiesta familiar de que estaban hablando, pero Sheridan no protestaba del trabajo extraordinario. Ser institutriz en aquella casa de cinco personas la mantenía demasiado ocupada para pensar en Stephen Westmoreland y aquellos días mágicos en que él formaba parte de su vida. Por las noches, cuando la casa se quedaba en silencio y cosía a la luz de las velas, daba rienda suelta a sus recuerdos y soñaba despierta, aunque en ocasiones temía que su obsesión por él acabara por volverla loca algún día. Inclinaba la cabeza sobre la costura e inventaba escenas completas con él o mejoraba algunas que habían sido reales.

Una y otra vez rehacía en su mente el espantoso desenlace de su compromiso. La mayor parte de las escenas comenzaban del mismo modo: Charise Lancaster irrumpía en su habitación y, en medio de su espantosa diatriba acerca de sus motivos y engaños, aparecía Stephen. A partir de ahí, Sheridan había imaginado distintos desenlaces:

Stephen escuchaba las mentiras incriminatorias de Charse y la echaba de su casa. Después la interrogaba a ella, escuchaba comprensivo su versión de lo sucedido y se casaban aquel mismo día, como habían planeado.

Ya estaban casados cuando aparecía Charise, y por ello tenía que escuchar la versión de Sherry y creerla.

Aunque ninguna de ellas resolvía la penosa revelación recibida de Nicholas DuVille de que Stephen se había sentido obligado a casarse con ella por sentirse responsable y culpable, Sherry eludía esa espinosa cuestión con una solución sencilla: Stephen también la amaba. Y contaba asimismo con diversas variaciones para ese desenlace:

El siempre la había amado, pero no lo había comprendido hasta después de su marcha. Luego la había buscado hasta dar con ella. Y se habían casado.

Ya estaban casados, y él había llegado a amarla a pesar de todo.

Prefería la primera suposición, porque era la única que podía llegar a convertirse en realidad, y mantenía aquel sueño tan vivo que a veces se encontraba mirando por la ventana, semiesperando verlo dirigirse hacia la puerta. Y, además de sus fantasías, disfrutaba del placer auténtico y real, y también la tortura, de verlo en la ópera.

Había tenido que dejar de ir allí, de atormentarse a sí misma mientras aguardaba el momento en que él, por fin, se volvería hacia la mujer que lo acompañara en aquel momento y le dirigiría su indolente sonrisa. Y Sherry sabía que ello significaría su última visita a la platea del Covent Garden, algo que nunca podría soportar.

A veces incluso imaginaba que su desaparición era la causa de que él se mostrara tan serio y distante con las mujeres que lo acompañaban en su palco privado de la ópera. Parecía apático y frío porque echaba de menos a Sherry, porque lamentaba haberla perdido...

Aún persistía la luz del día y era demasiado temprano para entregarse a dulces sueños. Sherry sacudió la cabeza para desterrar aquellos pensamientos y alzó la mirada con decidida sonrisa ante la aparición de Julianna Skeffington.

-¿Puedo refugiarme aquí, miss Bromleigh? -suplicó la jovencita con gran consternación.

Cerró sigilosa la puerta y se sentó en su lecho, con precaución de no arrugar el cubrecama. Era una joven angelical. En algunas ocasiones, Sherry se preguntaba cómo era posible que dos seres espantosos como sir John y lady Skeffington pudieran haber engendrado a aquella dulce, sensible e inteligente criatura.

-¡Ha sucedido lo peor que podía imaginarse! -exclamó la joven indignada.

-¿Lo peor? -bromeó Sheridan-. ¿No simplemente algo espantoso o desastroso, sino lo peor?

Y esbozó una sonrisa que se desvaneció al ver suspirar a Julianna.

-Mamá está en las nubes: cree que un noble experimenta cierto afecto hacia mí, cuando lo cierto es que apenas me ha mirado y que jamás me ha dirigido la palabra.

-Comprendo -repuso Sheridan gravemente.

Así era. Y simpatizaba con ella. Cuando estaba pensando qué podía decirle, lady Skeffington abrió de repente la puerta con expresión enloquecida.

-¡No se me ocurre qué será más apropiado llevar con tan ilustres anfitriones! Miss Bromleigh, vos que vinisteis recomendada por la hermana de un duque, ¿podríais aconsejarnos? Tendremos que ir inmediatamente a Bond Street. ¡Julianna, yergue los hombros! ¡A los caballeros no les agradan las mujeres con los hombros caídos! ¿Qué debemos hacer, miss Bromleigh? Habrá que alquilar coches y tendremos que ir acompañados de una comitiva de servidores, ¡incluida vos, desde luego!

Sherry pasó por alto sin pestañear aquel compendio de su condición, pues era cierto, en aquella casa. Eso era exactamente ella, y podía considerarse afortunada de tener aquel empleo.

Librodot

-No soy una experta en cómo viste la gente de clase -repuso con prudencia-, pero me sentiré muy honrada en daros mi opinión, madame. ¿Dónde se celebrará la fiesta?

Lady Skeffington irguió los hombros e infló su amplio seno de tal modo que a Sheridan le recordó un heraldo anunciando la llegada de los monarcas.

-¡En la residencia campestre de los duques de Claymore!

Sherry sintió que la habitación le daba vueltas. Pensó que la habrían engañado sus oídos.

-¡Los duques de Claymore nos invitan a una reunión íntima en su casa!

Sherry se aferró con disimulo al poste de su lecho y miró con fijeza a la mujer. Según había comprobado personalmente, los Westmoreland se encontraban en la cumbre de los altos estamentos de escala social mientras que los Skeffington permanecían en el último peldaño y podían pasar por completo inadvertidos para la familia Westmoreland. Aun sin considerar la abismal diferencia de riqueza y prestigio que los distanciaban, existía otra cuestión relativa a la educación de ambas parejas: los Westmoreland la poseían en sumo grado, al igual que todos sus conocidos; sir John y lady Glenda Skeffington carecían de ella. Le pareció imposible. Creía estar inmersa en uno de sus sueños, que se había convertido en una pesadilla.

-Miss Bromleigh, habéis perdido el color, y debo advertiros que no es momento oportuno para tonterías. Si yo no tengo tiempo para un leve desmayo -añadió con intencionada sonrisa-, vos tampoco podéis permitíroslo.

Sherry tragó saliva repetidas veces, tratando de recobrar su voz.

-¿Sois... -carraspeó-, sois conocidos de ellos, de los duques, quiero decir?

Lady Skeffington adelantó una advertencia antes de confiarle la verdad:

-Supongo que no traicionaréis una confidencia, a riesgo de perder vuestro empleo con nosotros, ¿verdad?

Sherry tragó de nuevo saliva e hizo una señal de asentimiento, gesto que lady Skeffington interpretó correctamente como la promesa de absoluta reserva por su parte.

-Sir John y yo no los hemos visto jamás.

-Entonces ¿cómo es que...?

-¡Tengo muy buenas razones para creer que el soltero más codiciado de Inglaterra ha puesto sus ojos en Julianna! Esta fiesta, en mi opinión, es una simple estratagema, un sistema inteligente ideado por el conde de Langford para introducir a mi hija en su propio círculo a fin de observarla con tranquilidad.

Sheridan comenzaba a vislumbrar brillantes destellos de vivos colores por el rabillo del ojo.

-¡Miss Sheridan!

Librodot

La joven parpadeó y observó, atónita, a la mujer que sin duda había imaginado aquella historia como un sistema de diabólica tortura, destinado a derribar las bases elaboradas con tantos esfuerzos para mantener su cordura.

-¡Miss Bromleigh, no voy a consentirlo!

-¡Mamá, dadme en seguida vuestras sales! -decía Julianna.

Su voz le llegaba cada vez más lejana, como si se estuviera precipitando por un túnel.

-Estoy bien -consiguió articular Sheridan, al tiempo que desviaba la cabeza de las odiosas sales que lady Skeffington agitaba con decisión ante su nariz-. Sólo me sentía un poco... mareada.

-¡Gracias a Dios! Dependemos de vos para que nos facilitéis información acerca de cómo funcionan los círculos internos de la alta sociedad.

Sheridan profirió una risita que, en parte, reflejaba hilaridad y, por otra, histeria.

-¿Cómo iba yo a saberlo?

-¡Porque nos entregasteis una carta de referencias de miss Charity Thornton en la que concretaba que erais una mujer de singular distinción que podía tomarse como ejemplo de las más altas normas de conducta social para cualquier joven confiada a vuestro cuidado! Escribió ella esa carta, ¿no es cierto? ¿La carta que vos nos mostrasteis?

Sherry abrigaba sus propias sospechas de que Nicholas DuVille hubiera dictado el escrito y conseguido, de algún modo, que miss Charity lo firmase sin leerlo, puesto que la recomendación de un soltero, de conocida fama como libertino, no era precisamente la más apropiada para que una joven consiguiera un empleo respetable. Eso, o no sólo la había escrito, sino que también la había firmado con ambos nombres.

-¿Os he dado algún motivo para dudar de la verdad de esas palabras madame? -repuso Sherry.

-Desde luego que no. Pese al extraño color de vuestros cabellos, sois una buena muchacha y confío en que no nos dejaréis en la estacada.

-Lo intentaré -dijo Sheridan, sorprendida por lograr articular palabra.

-Entonces os autorizaré a descansar unos minutos. El ambiente está aquí algo enrarecido.

Sherry se desplomó desmadejada en el lecho, como una niña obediente, entre los furiosos latidos de su corazón. Al cabo de unos instantes de haberse cerrado la puerta, lady Skeffington asomó de nuevo la cabeza en su habitación.

-También deseo que los niños aprovechen todo lo posible su estancia allí. Aunque mi hija llegue a ser condesa de Langford, aún tendremos que pensar en su futuro. Hacedles practicar canto, los habéis enseñado a acompañaros de un modo encantador con aquel viejo instrumento que nos sugeristeis que compráramos, aquel...

-Guitarra -la auxilió Sheridan débilmente.

En cuanto se marchó, la joven fijó la mirada en su regazo.

Ni por un momento había creído la absurda idea de lady Skeffington de que Stephen Westmoreland se hubiera fijado en Julianna en el parque y se hubiera tomado tantas molestias por atraerla a su lado. Aunque no podía negarse que Julianna era muy atractiva, sus cualidades más especiales sólo se apreciaban al conversar con ella, algo que Stephen jamás había hecho. Por añadidura, según los comentarios que había oído cuando visitó Almack's, tenía a su disposición a cuantas mujeres quería, que se deshacían como flanes en su presencia. No tenía que molestarse en urdir una estratagema tan complicada como aquella fiesta familiar.

No, no era ésa la razón por la que la familia Skeffington, y su institutriz, habían sido invitados a Claymore para una presentación informal. Pensó que la invitación no tenía nada que ver con ellos, al tiempo que profería una histérica carcajada, fruto, por una parte, del temor y, por otra, de su indefensión. Lo cierto era que los Westmoreland, y probablemente algún grupo de sus amigos que también se encontrarían en Claymore, habían ideado la más exquisita venganza imaginable para castigar a Sheridan Bromleigh por la que consideraban una indebida utilización de sí mismos. La obligarían a volver a su entorno, pero en esta ocasión no sería como su igual, sino como la sirvienta venida a menos que en realidad era.

Y lo más doloroso de todo ello, la parte más humillante y angustiosa..., era que no tenía la menor posibilidad de evitarlo.

Sherry sintió que le temblaba la barbilla y se puso en pie, enojada. Ella tenía la conciencia tranquila. Además, no había nada vergonzoso en su trabajo: jamás había aspirado a ser condesa.

Sin embargo era consciente de que aquello no era del todo cierto. La verdad era que había deseado ser la esposa del conde de Westmoreland. Y, aunque se enfurecía ante lo que le deparaba el destino, comprendía que tenía que sufrir aquel castigo por atreverse a soñar que escalaba un lugar por encima de sus posibilidades.

-¡Deseo volver a casa! -exclamó, rabiosa, en la vacía estancia-. ¡Debe haber algún modo de volver a casa!

Apenas habían transcurrido cinco semanas desde que escribió a tía Cornelia para explicarle cuanto había sucedido desde que embarcó en el Estrella de la mañana y pedirle que le enviase dinero para el pasaje de retorno. El dinero llegaría, de ello estaba segura, pero debería esperar, como mínimo, de ocho a diez semanas a que su carta cruzara el Atlántico, llegara a manos de su tía y le enviara la respuesta.

Aunque las aguas del Atlántico permanecieran en calma y los buques no se demoraran en ningún puerto entre Portsmouth y Richmond, aún faltaban tres semanas para que pudiera recibir noticias de su tía, tres semanas para recibir el dinero de su pasaje y para que se celebrara la fiesta de Claymore. Si la fortuna le sonreía por primera vez desde que puso pie en Inglaterra, aún conseguiría privar a los Westmoreland de su mezquina venganza.

48

Librodot

Puesto que tenía tiempo sobrado de mentalizarse para todo lo que hubieran planeado contra ella los Westmoreland en Claymore, Sheridan casi estaba autoconvencida de hallarse muy bien preparada para enfrentarse a su destino. Durante semanas se había recordado a sí misma que era inocente y que, por consiguiente, la justicia y la razón estaban de su parte. Y para salvaguardarse aún más de la desolación, había puesto fin, de modo definitivo, a sus sueños rituales sobre Stephen.

De resultas de ello, estaba en condiciones de resistir el viaje a Claymore con la que consideraba una estoica indiferencia. En lugar de preguntarse cuánto tardaría en ver a Stephen, o si realmente llegaría a verlo, se concentraba en las alegres chácharas de los niños de los Skeffington, que viajaban con ella en el tercero de los carruajes de alquiler que componían el séquito. Para no preguntarse qué haría o diría Stephen cuando la viese, insistió en que los niños cantaran alegres canciones con ella durante las dos horas que duró el viaje. Se abstuvo de mirar por la ventanilla del vehículo para distinguir la casa y concentro sus pensamientos y toda su atención en el aspecto de los pequeños mientras los coches de los Skeffington se internaban por un serpenteante camino bordeado de árboles y a través de un puente de piedra que conducía a la residencia campestre del duque de Claymore. Tan sólo se permitió una mirada desinteresada, de paso, a la fachada de la inmensa mansión, con sus dobles alas que se extendían por una vasta terraza de acceso, sin dignarse observar los balcones y ventanas con parteluces que adornaban su fachada.

Salvo por los engañosos latidos de su corazón, que insistían en acelerarse mientras se apeaba del vehículo, se sentía tan bien preparada para rechazar cualquier sentimiento que consiguió fijar en su rostro una cortés y estereotipada sonrisa dirigida a los servidores que se precipitaban para ayudar a los recién llegados, con la librea de la casa Westmoreland en granate y dorado. Ataviada con un sencillo vestido azul oscuro de bombasí, con los cabellos recogidos en la nuca en severo moño, y el estrecho cuello blanco abrochado con recato hasta la garganta, Sheridan encarnaba la estampa de la perfecta institutriz al apearse del carruaje. Apoyó las manos en los hombros de los niños y subieron los fáciles peldaños detrás de sir John, lady Skeffington y Julianna.

Marchaba con la barbilla levantada, aunque no de modo agresivo, y los hombros erguidos puesto que no tenía nada de que avergonzarse ni que defender, ni siquiera su respetable, aunque humilde, cargo de institutriz. Por enésima vez durante tres semanas se recordó a sí misma con gran energía que nunca había engañado adrede a los Westmoreland ni a nadie. Sin embargo, el conde de Langford sí la había engañado intencionada y equívocamente al simular ser su prometido y manifestar que deseaba casarse con ella. Y su familia lo había secundado. Por consiguiente, eran ellos los que debían sentirse responsables, culpables y avergonzados.

Por desdicha, el aplomo tan duramente conseguido por Sheridan recibió su primer duro golpe cuando condujo a los muchachos al vestíbulo del edificio de tres plantas, iluminado por claraboya, donde los aguardaban otros sirvientes en librea para acompañar a los recién llegados a sus habitaciones en cuanto el segundo mayordomo los saludara formalmente y les señalara las habitaciones que correspondían a cada uno de ellos.

-Su gracia ha pensado que disfrutaríais de una perspectiva espléndida desde la suite azul -dijo a sir John y a lady Skeffington_. Cuando os hayáis tomado el tiempo necesario para refrescaros de vuestro viaje, estará encantada de recibiros en el salón, junto con los restantes invitados.

Al concluir aquellas palabras se adelantó un lacayo de la primera fila para acompañarlos a la suite azul.

-La suite contigua ha sido dispuesta para vos, miss Skeffington.

Se volvió hacia los muchachos mientras Julianna comenzaba a subir la amplia y sinuosa escalera acompañada por otro lacayo.

-Señores -prosiguió Hodgkin-, vuestras habitaciones se hallan en el tercer piso, donde se encuentran las salas de juegos. Y en cuanto a vuestra institutriz... -se volvió hacia Sheridan y, aunque ella había tenido tiempo de prepararse para el momento en que él la viera y la reconociese, aún no lo estaba para el horror que relampagueó en el rostro de Hodgkin cuando sus claros ojos se fijaron en su rostro-, estará... -balbució- cerca, en una habitación enfrente del pasillo.

Sheridan sintió el fuerte impulso de acercarse a darle una palmadita en las apergaminadas mejillas y decirle que no tenía importancia y que allí ella era una institutriz, por lo que no debía dar la sensación de que fuera a echarse a llorar. En lugar de ello, consiguió esbozar un simulacro de sonrisa.

-Muchísimas gracias... -dijo, y añadió con dulzura-, Hodgkin.

Su habitación era pequeña en comparación con la de los muchachos y estaba amueblada con sencillez con una cama, una silla y una pequeña cómoda con su jofaina y su jarrón de agua, pero resultaba señorial en comparación con la que ocupaba en el ático de los Skeffington. Más aún, la casa era tan vasta que si permanecía en el tercer piso podría evitar fácilmente en todo momento a los propietarios y a su familia. Con el fin de mantenerse ocupada, se lavó las manos y el rostro, sacó el camisón de su maleta y acudió a vigilar a los niños.

Al extremo del vestíbulo estaban instaladas otras dos institutrices, y cuando Sherry acompañó a los niños a la sala de juegos, comparecieron allí con sus pupilos, dos muchachitos de unos cuatro años. Tras presentarse cortésmente, ambas insistieron en que los Skeffington jugaran con sus pupilos, y Sheridan se enfrentó a lo último que había deseado: disponer de tiempo libre.

Se alejó del estrépito de los juegos producido por los pequeños y paseo por la enorme y soleada habitación, junto a una gran mesa cubierta con todo un ejército de soldaditos de madera. Luego se inclinó a recoger dos libros que se habían caído de las estanterías, los colocó en su sitio y decidió mirar un antiguo cuaderno de dibujo que estaba encima de la librería. Cuando abrió la tapa sintió que su corazón dejaba de latir. Bajo un dibujo infantil de lo que parecía un caballo que pastaba en un campo o bebía en un lago, aparecía un nombre, escrito con torpeza y meticulosidad: Stephen Westmoreland.

Sherry cerró la tapa rápidamente y giró en redondo, pero sus defensas, preparadas con tanto esfuerzo, sufrieron otro golpe, en esta ocasión de pleno: a pocos pasos, enmarcado sobre una mesa y junto a un balancín, se veía el retrato de un niño que sonreía y rodeaba con su brazo el cuello de un caballo. Sin duda, el cuadro había sido realizado por un aficionado de talento y el moreno muchacho exhibía una sonrisa traviesa, audaz y acariciadora, pero asimismo irresistible y tan inconfundible como la de Stephen.

-Creo que me uniré al juego -exclamó Sherry volviéndose de espaldas al cuadro-. ¿A qué jugamos? preguntó a Thomas Skeffington, de siete años, que ya estaba en vías de sufrir graves problemas de sobrepeso.

-Somos demasiados en estos momentos, miss Bromleigh -repuso--. El premio es una golosina especial, por lo que no sería justo que ganaseis puesto que yo la quiero.

-¡Será para mí! -gimoteó su hermano de seis años.

Abrumada por sus deplorables modales, aunque ya mostraban una leve mejora bajo sus cuidados, Sheridan dirigió una mirada de disculpa a las otras dos institutrices, que le respondieron con una sonrisa de simpatía.

-Debéis estar cansada -le dijo una de ellas-. Nosotras llegamos ayer y ya hemos disfrutado de una noche tranquila. ¿Por qué no descansáis unos momentos antes de que comiencen los festejos y nosotras cuidamos de estos caballeritos?

Puesto que necesitaba todo su autodominio para abstenerse de abrir de nuevo el cuaderno de dibujos y volver a contemplar el cuadro del robusto muchachote cuya sonrisa le resultaba tan dolorosamente familiar, Sheridan aprovechó la oferta y se apresuró a salir del salón. Dejó abierta la puerta de su habitación y se sentó junto al lecho, con el enérgico propósito de no pensar en que aquélla era la casa donde Stephen se había criado. Sin embargo, tres semanas de incesante ansiedad y duro trabajo, agravadas por los acontecimientos de la última media hora, se habían combinado para cobrarse su tributo y, por primera vez desde hacía tiempo, Sheridan se permitió soñar. Cerró los ojos e imaginó que la invitación de los Skeffington no tenía nada que ver con ella, que sería capaz de permanecer los tres días en aquel piso sin ser descubierta y que Stephen Westmoreland no aparecería por allí.

La repentina presencia de Julianna no sólo eliminó todas sus esperanzas, sino que también la hizo comprender que debería someterse a algo más que periódicas humillaciones.

-¿Puedo pasar o descansáis? -preguntó la joven, indecisa. Y Sheridan se abstrajo de sus fervorosos anhelos.

-Estaré encantada con vuestra compañía -repuso con sinceridad. Y luego, sin poder contenerse, añadió-: ¿Está el conde de Langford en la casa?

-No, pero se espera su llegada de un momento a otro, y mamá persiste en sus ridículas ideas de emparejarnos. No sé cómo podré resistir este fin de semana. -Le relampagueaban los ojos de ira-. ¿Por qué me hace esto, miss Bromleigh? ¿Podéis decirme por qué su mayor deseo en la vida es imponerme a un hombre rico y con un título importante, por viejo, feo y desagradable que pueda parecerme? ¿Podéis decirme por qué se comporta como una... obsequiosa aduladora ante alguien que considera socialmente superior? -Sheridan sintió suma compasión hacia ella al ver cómo se esforzaba por dominar su ira y su vergüenza-. Deberíais haberla visto hace un rato, en el salón, con la duquesa de Claymore y sus amigas. Mamá estaba tan... apremiante y ansiosa de ganarse sus favores que me resultó horrible presenciarlo.

Sheridan no podía responder a aquellas preguntas sin traicionar su secreta repulsión a las mismas actitudes que Julianna consideraba aborrecibles en su ambiciosa y aduladora madre.

Librodot

-A veces -comenzó con prudencia-, las madres sólo desean asegurar el porvenir de sus hijas.

-A mi madre no le importa mi vida -replicó Julianna con rencor-. ¡Yo sería dichosa si me dejara escribir, si no intentara casarme como si fuera...!

-¿Una hermosa princesa? -sugirió Sheridan.

Y en parte así era. Según la mentalidad de lady Skeffington, el rostro y la figura de Julianna la convertían en un precioso capital que podía ser negociado por un escalafón más elevado en la sociedad para el resto de la familia. Y su hija, que era inteligente, lo había comprendido.

-¡Ojalá fuese fea! -estalló la joven con manifiesta sinceridad-. Quisiera ser tan fea que ningún hombre reparase en mí. ¿Sabéis lo que era mi vida antes de que vos vinierais a casa? Me pasaba la vida leyendo: eso era cuanto hacía. Jamás me permitían salir, porque mi madre vivía con el constante temor de que me involucrara en algún escándalo que estropeara mi valor en el mercado matrimonial. ¡Ojalá hubiera sucedido! -estalló colérica-. ¡Ojalá me hubiera visto mancillada! Así podría disponer del pequeño legado que me dejó mi abuela, viviría en Londres, en un pequeño apartamento, y tendría amistades. Y también iría a la ópera y al teatro, y escribiría novelas. Tendría libertad -dijo en tono quedo y melancólico-. Vos habéis sido mi amiga, miss Bromleigh. Sois la primera mujer próxima a mi edad que se me permite tener cerca. Ella no aprueba el comportamiento de las muchachas modernas, ¿sabéis? Cree que son ligeras y que, si me relaciono con ellas...

Sheridan se sintió obligada a admitir, por lo menos, que la comprendía.

-…vuestra reputación podría resentirse -la interrumpió-, y quedaríais...

-¡Arruinada! -exclamó Julianna. Y parecía jubilosa ante tal perspectiva.

Su mirada se ilumino con el incontenible entusiasmo y humor que lady Skeffington tanto se esforzaba por reprimir, al tiempo que se inclinaba hacia ella y le confiaba en cómico susurro:

-¡Arruinada! ¡Imposible para contraer matrimonio...! ¿No os parece divino?

En las específicas circunstancias de Julianna, parecía un indulto permanente, pero a Sheridan le constaba que la muchacha no podía imaginar las implicaciones de tal hecho.

-No, no es así -repuso firme, pero sonriente.

-¿Creéis en el amor, miss Bromleigh? Me refiero al amor entre un hombre y una mujer, ese del que hablan las novelas? Yo, no.

-Yo... -vaciló Sheridan.

Recordaba la emoción que había experimentado cuando Stephen aparecía en una habitación, el gozo que sentía al hablar o reír con él. Y, sobre todo, recordaba su perfecta sensación de plenitud cuando creía que él disfrutaba al besarla. En aquellos momentos le había parecido que interpretaba su papel en el orden natural de las cosas. Se había sentido...

completa porque le agradaba a él. O por abrigar la ilusión de que así era. De pronto reparó en que Julianna la observaba con excesivo detenimiento.

-Yo creía en el amor -dijo.

-¿Y?

-Y resulta muy doloroso cuando no es correspondido -confesó.

La sorprendía haber bajado tanto la guardia por el simple hecho de recordar un beso.

-Comprendo -respondió la joven, con una expresión de complicidad en sus ojos de color violeta, demasiado grave para su edad.

Sheridan consideraba que tenía talento para escribir y que era muy observadora.

-No creí que así fuera -mintió Sheridan con viva sonrisa.

Julianna, franca y sencilla, le demostró lo contrario.

-Cuando vinisteis a casa por vez primera, comprendí... que estabais muy herida. Y que poseíais valor y determinación. No os preguntaré si se trataba de un amor no correspondido, aunque creo poder asegurar que sí. Pero ¿puedo formularos otra pregunta?

Sheridan estaba a punto de señalarle en tono reprobatorio lo indebido de curiosear en las vidas ajenas, pero la muchacha estaba tan sola y era tan enternecedora y comprensiva que le inspiraba simpatía y no tuvo valor para hacerlo.

-Sólo si me preguntáis algo que no me haga sentir incómoda -repuso.

-¿Cómo conseguís parecer tan serena?

Puesto que era lo que menos se sentía en aquel momento, intentó bromear, pero su risa sonó forzada.

-Al parecer, soy un dechado de perfecciones: valiente, decidida... Ahora hablemos de cosas más importantes. ¿Sabéis qué planes tienen para el fin de semana?

Julianna reaccionó con admirativa sonrisa al advertir con cuánta habilidad eludía el tema, pero accedió a responder a su pregunta:

-Aunque parezca extraño, pasaremos todo el tiempo al aire libre, incluidas las comidas. En todo caso, los niños y sus institutrices ocuparán las mesas próximas a las nuestras. Me he enterado de ello porque di un paseo por el parque antes de subir y vi cómo lo instalaban todo.

Se inclinó para quitarse una piedra del zapato y por ello no advirtió el creciente horror y hostilidad que invadían el rostro de Sheridan.

-¡Ah! Y se espera que vos toquéis la guitarra y cantéis con los niños...

En lugar de afligirse, Sheridan se levantó lentamente, impulsada por una ira tan ciega como jamás sintiera en su vida.

Según las explicaciones de Julianna, era evidente que los festejos habían sido organizados con premeditación de modo que ella quedara en todo momento expuesta a la vista de todos los invitados se limitaban a algunas parejas que ya conocía íntimos amigos de los Westmoreland, lo que significaba que éstos disfrutarían humillando a la antigua prometida de Stephen, convertida en institutriz, pero que no mencionarla, nada de cuanto allí vieran para evitar rumores que avergonzaran al conde. Ni siquiera le permitirían comer en paz. Y lo más exasperante: esperaban que ella actuara como un bufón para divertirlos.

-¡Esos monstruos...! -exclamó con voz siseante.

Julianna alzó la mirada al tiempo que se calzaba su zapato.

-¿Os referís a los niños? Están al otro lado del pasillo.

-No hablaba de ellos -repuso Sheridan irreflexivamente-, sino de los adultos. ¿Decís que los habéis visto antes en el salón?

Sin reparar en la sorprendida Julianna, aquella a quien la joven acababa de elogiar por su serenidad, emprendió la marcha con un aire militar que hubiera inspirado recelos al propio Bonaparte. Sheridan sabía que perdería su empleo por lo que se disponía a hacer, pues los Skeffington la despedirían después de aquel fin de semana. La dama era ambiciosa y astuta, y no tardaría en comprender que la institutriz de sus hijos era menospreciada y punto de la atracción general. Puesto que la mujer estaba muy dispuesta a sacrificar a su única hija con el fin de verse incluida en el círculo social de los Westmoreland, no vacilaría un instante en liberarse de ella si merecía su rechazo.

Pero todo aquello no le importaba a Sheridan mientras descendía por la majestuosa escalera: preferiría morirse de hambre antes que permitir que aquellos aristócratas la torturasen por una enfermiza y perversa necesidad de venganza.

49

Ciega a cuanto pudiera interferirse en sus propósitos, Sheridan localizó el salón con ayuda de un lacayo y, una vez allí, se encontró con otro servidor apostado frente a las puertas cenadas.

-Deseo ver ahora mismo a la duquesa de Claymore -le informó, absolutamente convencida de que le respondería que aquello era imposible, aunque estaba dispuesta a entrar por la fuerza si era necesario-. Me llamo Sheridan Bromleigh.

Ante su sorpresa, el lacayo se inclinó al punto ante ella y le abrió la puerta al tiempo que le decía:

-Su gracia os está esperando.

Aquella información disipó cualquier duda que aún le cupiese acerca de que la fiesta había sido organizada con el exclusivo designio de castigarla.

-¡Ya lo suponía! -repuso despectiva.

En el instante en que irrumpió en la inmensa sala, se interrumpieron las conversaciones y las risas femeninas. Sherry hizo caso omiso de la presencia de Victoria Seaton y Alexandra Townsend, pasó junto a la duquesa viuda y miss Charity sin saludarlas tan siquiera con una inclinación de cabeza, y se enfrentó a la duquesa de Claymore.

Con mirada relampagueante contempló a la serena dama que en otro tiempo consideró como a una hermana y se dirigió a ella con voz temblorosa por la violencia y la humillación.

-¿Tan aburridas estáis que os divierte atormentar a una sirvienta? -inquirió en tono mordaz, apretando los puños a sus costados-. ¿Qué otros entretenimientos pensáis que voy a facilitaros además de cantar y tocar? ¿Acaso también confiabais en que bailara para vos? ¿Y por qué no ha aparecido aún Stephen, sin duda estará tan deseoso como vos de que todo comience? -Le temblaba la voz por efecto de la ira-. Pues habéis perdido todos el tiempo porque me marcho, ¿comprendéis? ¡Habéis obligado a los Skeffington a efectuar unos gastos que no podían permitirse y los habéis atraído aquí fomentando sus esperanzas, cuando lo único que deseabais era vengaros de mí! ¿Qué clase de... monstruos sois? ¡Y no os atreveréis a negar que no habíais planeado este fin de semana con el propósito de traerme aquí!

Whitney había esperado la visita de Sheridan, pero no imaginaba que se iniciaría con tal virulento ataque. Por ello, en lugar de explicarle amablemente lo que confiaba lograr, como era su propósito, aceptó el enfrentamiento verbal con una estocada asestada contra el corazón de Sherry.

-Por razones desconocidas pensé que apreciaríais nuestros esfuerzos por introduciros en el entorno de Stephen repuso con expresión fría y desafiante.

-¡No siento ningún deseo de que eso ocurra! -replicó Sheridan.

-¿Por eso ibais a la ópera los jueves?

-Cualquiera puede ir a la ópera.

-Vos no estabais pendiente del espectáculo sino de Stephen.

Sheridan palideció.

-¿Lo sabe él? ¡Oh, no se lo habréis dicho!, ¿verdad? ¿Por qué sois tan cruel?

-¿Por qué sería una crueldad que él lo supiera? -repuso Whitney con cautela.

Intuía que estaba a punto de conocer la verdad acerca de la desaparición de Sheridan y que, si cometía el menor error, no lo conseguiría.

-¿Lo sabe él? -insistió Sheridan, obstinada.

Whitney se mordió el labio para disimular una admirativa sonrisa ante el valor de aquella mujer. Aunque era una sirvienta rodeada de nobles, Sheridan Bromleigh no se inclinaba ante nadie. Por otra parte, su energía y prudencia nivelaban la situación. Aspiró

Librodot

profundamente, pues odiaba verse obligada a recurrir al chantaje, a pesar de todo, así lo hizo y sin el menor escrúpulo:

-El lo ignora, pero se enterará si no lográis hacerme comprender por qué ibais a verlo a la ópera después de plantarlo al pie del altar.

-¡No tenéis derecho a preguntármelo!

-¡Tengo todo el derecho del mundo!

-¿Quién creéis ser? -estalló Sheridan-. ¿La reina de Inglaterra?

-Soy la mujer que asistió a vuestra boda, a la que vos no os presentasteis.

-¡Por lo que podría esperar que me estuvierais agradecida!

-¿Agradecida? -exclamó Whitney terriblemente sorprendida-. ¿Por qué?

-¿Por qué me hacéis todas estas preguntas? ¿Por qué reparar en tales insignificancias?

Whitney examinó su manicura.

-No considero una insignificancia la vida amorosa de mi cuñado. Tal vez en ello radiquen nuestras diferencias.

-Me agradabais mucho más cuando padecía amnesia -repuso Sheridan.

Estaba tan aturdida que, en otras circunstancias, su comportamiento hubiera resultado cómico. Miró a su alrededor, como si quisiera confirmar que el mobiliario estaba apoyado con firmeza en el suelo y que los cortinajes no se habían convertido en sábanas.

-No me resultabais tan... difícil e irrazonable -prosiguió-. Según las explicaciones que monsieur DuVille me dio el día de la boda acerca de las razones por las que Stephen de repente decidió casarse conmigo, hice lo único que me era posible. El pobre mister Lancaster había fallecido... sin tener a su lado a Charise.

Whitney pensó que más adelante le ajustaría las cuentas a DuVille por su accidental intervención en aquel desastre, pero decidió atenerse a su plan.

-¿Puedo marcharme ya? -inquirió Sheridan con acento glacial.

-Desde luego -repuso Whitney. Y Victoria y miss Charity la miraron sorprendidas-. Miss Bromleigh añadió en un tono más amable cuando Sheridan se dirigía hacia la puerta-, creo que mi cuñado estaba enamorado de vos.

-¡No digáis eso! -estalló la joven, y se asió con fuerza al pomo de la puerta, de espaldas a ellas-. ¡No me hagáis creer tal cosa! El nunca fingió amarme, ni siquiera se molestó en mentirme a ese respecto cuando hablamos de matrimonio.

-Tal vez en aquel momento no reconocía sus sentimientos, ni siquiera para sí mismo. Acaso aún no lo comprenda, pero no es el mismo hombre desde que lo dejasteis.

Sherry se sintió desconcertada ante el estallido de esperanza, temor, negación y alegría que se producía en su cerebro.

-¡No me mintáis, por el amor de Dios!

-¡Sherry!

La joven se volvió ante el suave sonido de su voz.

-El día de vuestra boda, Stephen confiaba en que regresaríais. Aunque miss Lancaster vertió todo su veneno, él no le dio crédito y aguardaba a que volvierais para explicaros.

Sherry pensó que le estallaría el corazón.

-Hizo aguardar al párroco hasta bien entrada la noche -prosiguió la duquesa-. Se negaba a dejarlo marchar. ¿Os parece eso normal en un hombre que no os desea? ¿Os parece propio de alguien que sólo quiere casarse con vos porque se siente culpable y responsable? Puesto que por entonces ya sabía que no erais Charise Lancaster, ¿por qué iba a sentir culpabilidad ni responsabilidad hacia vos? La herida que teníais en la cabeza había sanado y habíais recobrado la memoria.

Sherry se sintió destrozada al pensar en lo que podía haber tenido... y que había perdido.

-El no creía que hubierais huido y no permitió que el párroco se fuera -recalcó Whitney-. El hombre se mostraba inflexible en que la boda debía celebrarse a la luz del día, antes de mediodía, según lo acostumbrado, pero la opinión de Stephen prevaleció.

Sherry desvió la cabeza porque tenía los ojos llenos de lágrimas.

-Yo nunca hubiera pensado... Nunca hubiera imaginado... Él no podía pensar claramente -repuso con más entereza, y se volvió a mirar a Whitney-. Nunca se le hubiera ocurrido casarse con una simple institutriz.

-¡Oh, sí que lo hubiera hecho! -repuso Whitney con risa desgarrada-. Os lo puedo asegurar por experiencia personal y por cuanto sé acerca de la historia de la familia. Los varones Westmoreland hacen lo que les place, y siempre lo han hecho. Me permito recordaros que cuando Stephen trajo al párroco a su casa ya sabía que habíais estado empleada como señorita de compañía de Charise Lancaster y no le importó. Estaba decidido a casarse con vos y nada lo hubiera detenido. Salvo vos misma.

Hizo una pausa para observar cómo se reflejaban la alegría y la angustia en el rostro de Sheridan... y, por fin, la esperanza. Vacilante y frágil, pero presente. Y aunque ello la complacía en sumo grado, se sintió asimismo obligada a hacerle una advertencia.

-Por desdicha -prosiguió--, los varones Westmoreland son muy difíciles de manejar cuando creen que han sido provocados más de lo razonable, y me temo que Stephen supera, incluso, tan desdichado extremo.

-¿Provocado de modo irrazonable? -inquirió Sherry con cautela.

Whitney asintió:

Librodot

-Me temo que sí.

Aguardó, con la esperanza de advertir algún indicio del valor que Sheridan necesitaría si deseaba enmendar la situación.

-Mucho me temo que para solucionar las cosas entre vosotros, toda la carga recaerá completamente sobre vos. En realidad, lo mejor que podéis esperar recibir de Stephen es franca oposición, una oposición fría e implacable y, en el peor de los casos, que descargue sobre vos parte de su ira.

-Comprendo.

-No quiere saber nada de vos, ni siquiera permite que mencionemos vuestro nombre delante de él.

-¿Tanto me odia?

Le temblaba la voz ante la angustiosa seguridad de que así era y al comprender que podía haberlo evitado.

-Muchísimo.

-Pero él... ¿Queréis decir que antes no me odiaba?

-Creo que os amaba. En una ocasión os dije que nunca había visto tratar a Stephen a una mujer como a vos. Entre otras cosas, se mostraba posesivo, lo que no es habitual en él.

Sheridan inclinó la cabeza y se contempló las manos: temía no poder reavivar aquellos sentimientos en él. Incapaz de perder tal confianza, alzó su mirada hacia Whitney y dijo:

-¿Qué puedo hacer?

-Luchar por él.

-Pero ¿cómo?

-Esa es la parte delicada del problema -respondió Whitney, y se mordió el labio para disimular una sonrisa ante la alarmada expresión de Sherry-. Él, desde luego, os evitará. En realidad, se marcharía en cuanto supiera que estáis aquí, pero no lo hará porque es el cumpleaños de Noel y porque, con su marcha, quedaría mal con los invitados.

-Entonces supongo que debería estar agradecida de que las cosas se hayan presentado de este modo.

-En realidad no se han «presentado de este modo». Estabais en lo cierto cuando supusisteis que todo había sido planeado intencionadamente, pero no con el propósito de avergonzaros, sino para obligar a Stephen a estar en vuestra compañía todo lo posible durante el fin de semana. Asimismo contamos con la intervención de otras dos institutrices para que se hagan cargo de los niños de los Skeffington mientras estéis aquí. A tal fin, he sugerido a lady Skeffington que sería más útil que vigilaseis a Julianna... Desde lejos, como es natural. Eso os permitirá pasear por los jardines, cabalgar si lo deseáis y mostraros visible la mayor parte del tiempo.

-No sé..., no sé cómo agradecéroslo.

-Acaso no lleguéis a desearlo -repuso Whitney con nerviosa sonrisa.

Y luego, como ansiaba desesperadamente darle la seguridad necesaria para que pudiera enfrentarse a las reacciones de Stephen, le confió algo que sólo la familia conocía:

-Hace unos años, mi padre me prometió a mi esposo sin que yo lo supiera. Yo... abrigaba ciertas ilusiones infantiles de unirme a un muchacho local al que creía que amaría siempre, e... hice varias cosas para tratar de evitar ese matrimonio que provocaron la ruptura del compromiso por parte de mi esposo. Por desdicha, hasta entonces no comprendí que ya había dejado de estar ilusionada con el otro muchacho. En aquel momento Clayton incluso simulaba no conocerme.

-Sin embargo es evidente que cambió de opinión.

-No del todo -reconoció Whitney con un ligero sonrojo-. Yo lo hice cambiar. Estaba a punto de casarse con otra y yo... vine a verlo para tratar de disuadirlo. Stephen intervino y me obligó a quedarme. En realidad, sólo ideé esta fiesta porque entre mi marido y yo funcionó una estratagema similar.

-Pero ¿se olvidó de todo al veros?

Aquello provocó una cantarina carcajada en la duquesa y una enérgica negativa.

-Parecía odiar hasta mi misma presencia. Aquella noche pasé más vergüenza que en toda mi vida. Cuando todo concluyó, cuando lo logré, lo logramos los dos, ya no me quedaba orgullo, pero lo tenía a él.

-¿Me estáis advirtiendo que mi orgullo va a resentirse?

-Muchísimo, a menos que me equivoque.

-Gracias por confiar en mí. En cierto modo, conforta saber que otra mujer cometió un gran error y tuvo que rectificar.

-No lo he hecho por eso -repuso Whitney en tono amable-, no he confiado en vos para compartir mis tristezas. Tenía una razón mucho más importante. De no ser así, no lo hubiera hecho.

-Comprendo.

Sheridan pareció vacilar y luego se levantó con una sonrisa indecisa.

-¿Qué debo hacer? -repuso por fin con firmeza.

-En primer lugar, mostraros muy visible, de modo que no pueda evitar advertir vuestra presencia. Y, en cierto modo, muy disponible.

-¿Disponible... para él, queréis decir?

-Eso mismo. Después de haberlo engañado y abandonado, Stephen no querrá tener nada que ver con vos. Será necesaria una invitación por vuestra parte, una inconfundible e irresistible invitación, para atraerlo de nuevo.

Sheridan asintió. El corazón le latía de miedo, esperanza e inseguridad. Se volvió lentamente a las otras mujeres, a quienes antes había insultado y que la observaban con amable y afectuosa comprensión. En primer lugar se dirigió a la duquesa viuda y a miss Charity.

-Me comporté de un modo imperdonable -comenzó.

Pero la madre de Stephen negó con la cabeza para detenerla, al tiempo que alzaba la mano.

-Dadas las circunstancias, querida, estoy segura de que hubiera obrado igual que vos.

Sherry cogió la mano de la mujer entre las suyas y la estrechó con fuerza.

-Lo siento muchísimo...

Victoria Seaton, a fin de interrumpir posteriores efusiones y disculpas, se levantó y abrazó estrechamente a Sheridan. Después se echó hacia atrás y exclamó riendo:

-Estamos aquí para daros nuestro apoyo, seguro que lo necesitaréis cuando llegue Stephen.

-No la asustéis -intervino riendo Alexandra Townserde, que se levantó asimismo a estrechar las manos de Sheridan. Con un exagerado estremecimiento, añadió-: Dejad eso para Stephen.

Sheridan sonrió débilmente.

-¿Están vuestros esposos al corriente de todo?

Ante el asentimiento de las tres, a Sherry le pareció muy conmovedor saber que también ellos deseaban su felicidad.

Se le presentaba una tarea abrumadora. Era agradable comprender que Stephen la había querido hasta el punto de aguardar con el párroco cuatro horas después de su huida: jamás se había sentido más dichosa.

50

Cuando Sheridan, Alexandra y Victoria salieron del salón, las otras damas se esforzaron por aparentar normalidad. Pero al cabo de una hora, al distinguir el sonido de un carruaje, se sentían inquietas y en tensión.

-¡Debe de ser Stephen! -exclamó la duquesa viuda.

Y depositó su copa con tal energía que la valiosa porcelana de Sèvres tintineó y estuvo a punto de volcarse sobre el delicado platillo.

Durante toda la mañana habían ido llegando los invitados a la fiesta de cumpleaños, entre ellos el grupo formado por los Skeffington, pero Stephen aún no había hecho acto de presencia. Sin duda le habría surgido algún inconveniente e iba a perderse por completo la jornada.

-¡Si no ha sufrido un accidente ni lo ha entretenido la policía de carreteras, creo que lo castigaré yo misma! -prosiguió malhumorada-. ¡Tengo los nervios deshechos! ¡Soy demasiado vieja para sufrir tantas emociones!

Whitney estaba tan preocupada que no pudo aguardar a que el mayordomo anunciase al recién llegado y se acercó a las ventanas para echar una mirada.

-¿Es él, querida?

-¡Sí...! ¡Oh, no! -respondió.

Y se volvió en redondo, asiéndose a los cortinajes con aire frenético.

-¿Sí es él, o no lo es? -inquirió miss Charity.

-Sí, es Stephen.

-¡Magnífico!

-Acompañado de Monica Fitzwaring.

-¡Esto es horrible! -comentó la duquesa viuda al tiempo que entregaba a su nietecito de tres años a Charity.

Ésta, que había sido incluida en el complot por necesidad, lo acogió en sus brazos. Puesto que ella y Noel se habían encariñado muchísimo mutuamente, Whitney no se había sentido con ánimos para apartar a la anciana de su lado en su fiesta de cumpleaños ni podía permitir que permaneciera allí sin advertirla de la llegada de Sheridan e informarle de las razones y del plan establecido.

-También trae consigo a Georgette Porter.

-¡Esto ya es terrible! -exclamó la duquesa viuda en tono más preocupado.

-¡A mí me parece estupendo!

La opinión de miss Charity hizo que sus compañeras la miraran incrédulas mientras ella sonreía a lord Noel Westmoreland. Cogió al pequeño por las muñecas e hizo palmotear sus gordezuelas manitas, lo que provocó sus risas. A continuación, miró a las duquesas y advirtió que la observaban como si estuviera loca.

-Dos mujeres pueden ocuparse una de la otra y dejarlo en absoluta libertad para nuestra Sheridan.

-Por desdicha, Monica y Georgette no se soportan entre sí.

Miss Charity no consideró que aquello fuese un obstáculo.

-A fin de asegurarse una buena opinión de Langford, se pasarán el tiempo tratando de superarse mutuamente en amabilidades. O quizá se unan y concentren toda su maldad en nuestra pobre Sherry, en el caso de que Langford le dedique atención -añadió al tiempo que fruncía pensativa el entrecejo.

-¿Qué podemos hacer? -interrogó Whitney a su suegra, poco complacida con la segunda posibilidad.

Charity, poco dispuesta a que la excluyesen de aquellas emociones ni por un momento, exclamó con viveza:

-Deberíamos invitar a nuestro querido monsieur DuVille para nivelar los efectivos.

Los nervios de la duquesa viuda estaban en completa tensión. Se volvió en redondo en su silla y lanzó una mirada incendiaria a miss Charity.

-¡Una idea totalmente absurda! Como bien sabéis, Stephen abriga una absoluta aversión a la simple mención del nombre de DuVille desde el día en que ella desapareció.

Cansada del insólito mal humor de su suegra, Whitney se apresuró a interceder.

-¿Por qué no os lleváis un rato afuera a Noel, madame? -sugirió a Charity-. Ordené a las institutrices que condujeran a los niños junto al estanque para ver los cisnes y tomar unos dulces. Podríais vigilar a nuestra institutriz especial si aparece por allí.

Charity asintió al punto, se levantó y cogió a Noel de la mano.

-Bien, mi joven milord, ¿procuramos espiar a nuestra presa? -lo invitó.

Noel retrocedió unos pasos y negó con su morena y rizada cabeza.

-Primero debo dar un beso de despedida -explicó.

Y atravesó la sala corriendo con sus torpes y regordetas piernitas para besar a su abuela y a su madre, puesto que le constaba que con ello las complacía. Satisfecho, sonrió a miss Charity, le tendió la mano y le permitió que lo condujera al exterior, por las puertas cristaleras que daban a los jardines.

La duquesa viuda de Claymore consiguió mantener su sonrisa hasta que Noel hubo desaparecido, pero en el instante en que lo perdió de vista centró su airada mirada en la puerta que conducía a la sala del vestíbulo principal. La tensión había conseguido superar los límites de su resistencia. Se sentía enojada de modo irracional con Stephen por frustrar sus planes de reconciliación con Sherry al traer, no una, sino dos mujeres, y estaba enorme, aunque injustamente irritada con ambas por haberlo acompañado. Ignorante del mal humor de su madre, Stephen entró en el salón acompañado de sus invitadas y se dirigió hacia ella.

-Parecéis algo cansada -le dijo mientras se inclinaba a besarla en la mejilla.

Librodot

-No lo parecería si no insistieras en llegar con retraso y no tuviera que preocuparme por ti.

Stephen se quedó tan sorprendido por su tono que le fue imposible reaccionar con energía ante la inmerecida crítica.

-No sabía que la hora fuese esencial. Lamento haberos preocupado.

-Es una grosería hacer esperar a tus huéspedes -añadió enojada.

Stephen se irguió y la miró, asombrado y molesto.

-De nuevo os ruego que disculpéis mi retraso, vuestra gracia -repitió con una inclinación formal.

Restó importancia a su insólito comportamiento con un imperceptible encogimiento de hombros y se volvió para presentarle a sus acompañantes.

-Madre -dijo-, creo que ya conocéis a miss Fitzwaring...

-¿Cómo está vuestro padre, Monica? -inquirió la duquesa mientras la joven la saludaba con una cortés reverenda.

-Muy bien, gracias, señoría. Os envía sus más respetuosos saludos.

-Transmitidle, por favor, los míos. Y, puesto que sin duda estaréis agotada por vuestro viaje, os sugiero que subáis en seguida a vuestra habitación y descanséis allí hasta la hora de cenar para recuperar el color.

-¡No estoy en absoluto cansada, vuestra gracia! -repuso miss Fitzwaring al tiempo que se erguía altiva, ofendida ante aquella escueta alusión de no presentar su mejor aspecto.

La duquesa la ignoro y tendió su regia mano a la otra joven.

-Tengo entendido que habéis estado enferma recientemente, miss Porter -le dijo cuando la joven se inclinaba ante ella-. Deberíais pasar el fin de semana acostada.

-Oh, pero eso fue el año pasado, vuestra gracia! Ya estoy recuperada.

-Vale más prevenir que curar -insistió obstinada-. Eso dice siempre mi médico y por ello he vivido todos estos años con tan robusta salud y alegre disposición.

Whitney se adelantó y saludó a sus inesperadas invitadas sin darles tiempo a que pudieran cuestionarse las pretensiones de su suegra de disfrutar de tan «alegre disposición».

-Aunque vuestro aspecto es magnífico, estoy convencida de que os agradará disponer de unos momentos para refrescaros -dijo con una sonrisa.

Y acompañó a la avergonzada miss Porter y a la ofendida miss Fitzwaring a la puerta para que un lacayo las condujera a sus habitaciones.

-¿Dónde está mi sobrino? -preguntó Stephen mientras besaba ligeramente a Whitney en la mejilla-. ¿Y dónde está la «alegre disposición» de mi madre?

-Noel está con miss Charity... -comenzó Whitney cuando, de repente, comprendió que ya había llegado el tan temido momento y que no había modo de volver atrás-. Dentro de media hora nos reuniremos en el estanque, donde los niños van a disfrutar de una fiestecita. Noel estará allí entonces, junto con los otros pequeños.

51

Los cisnes se deslizaban elegantes por las tranquilas aguas, transparentes como un espejo, y Sheridan, con las otras institutrices, permanecía junto a un gracioso belvedere blanco y vigilaban a varios niños, invitados y residentes en la finca, que jugaban alegremente con unos patos en la parte delantera del jardín, junto a la orilla del lago. Sus animadas voces resonaban ruidosas mientras trataban de incitar a los arrogantes cisnes para que se aproximaran a ellos, y se confundían con las discretas conversaciones que sostenían los Fielding, los Townsend, los Skeffington y los Westmoreland.

Sheridan no perdía de vista a los niños, pero cuando por fin distinguió a Stephen que salía de la casa acompañado de dos damas, los latidos de su corazón fueron más intensos que los restantes sonidos que la rodeaban. Aunque Whitney, antes de reunirse con sus invitados, ya la había advertido con discreción de la presencia de las mujeres, Sheridan apenas había reparado en ello. En su fuero interno creía oír las anteriores palabras de Whitney: «Stephen obligó a esperar al párroco hasta última hora de la noche. No podía, no quería, creer que no regresaríais.»

Cada vez que pensaba en ello se debatía entre la ternura y el dolor, y se fortalecían sus ánimos y su decisión de enfrentarse a él y ofrecerle la «invitación» que fuese necesaria para recuperarlo.

En aquellos momentos él escuchaba lo que le decía Monica, con una sonrisa distraída y la mirada fija en los pequeños.

Cuanto más se aproximaba, más intensos eran los latidos de su corazón, hasta que le pareció que aquel estrépito retumbaba en sus oídos. Noel se acercó corriendo hacia ella, seguido muy de cerca por Charity, y se detuvo con timidez delante de ella.

-Os traigo una flor -dijo.

Y le tendió una florecilla silvestre, como Charity le había ordenado.

-Langford buscará a Noel y, si él está con vos, entonces todos nos veremos libres de nuestras tensiones sin tener que aguardar a que repare en las institutrices -le explicó Charity.

A Sherry no la preocupaba tal posibilidad, pero se agachó para aceptar la flor, sonriendo con dulzura al robusto muchachito de tres años que le recordaba a su padre y a Stephen a la vez.

-Gracias, amable señor -dijo observando de reojo a Stephen, que se aproximaba al belvedere.

Detrás de ella, bajo un robusto roble, los adultos, que observaban subrepticiamente la escena que comenzaba a representarse, interrumpieron sus risas, y sus charlas dejaron de ser tan animadas.

Noel observó el resplandor del sol que se reflejaba en sus radiantes cabellos y se dispuso a tocarlos, pero se interrumpió y dirigió a Charity una mirada inquisitiva.

-¿Quemará? -dijo.

-No -repuso Sheridan, que adoraba sus rasgos-. No quema.

El pequeño le sonrió y se disponía a acariciarlos, cuando Stephen atrajo su inmediata atención.

-¡Noel!

Su rostro se iluminó con una gran sonrisa y, sin dar tiempo a que Charity pudiera detenerlo, giró en redondo y echó a correr hacia su tío, que lo estrechó entre sus brazos.

-¡Has crecido un palmo! -exclamó. Lo cogió en brazos y contempló al grupo de adultos que estaban a la sombra del árbol-. ¿Me has echado de menos?

-¡Sí! -dijo el niño con simpatía, agitando con fuerza la cabeza.

Pero cuando pasaban a escasa distancia de Sheridan y advirtió que ella lo observaba con vacilante sonrisa, tomó una rápida decisión y se revolvió para bajar al suelo.

-¿Cómo? ¿Tan pronto me dejas? -se sorprendió Stephen, al parecer algo herido-. Deberé hacerle obsequios más generosos -bromeó dirigiéndose a los Townsend, los Fielding y a Monica mientras depositaba al pequeño en el suelo-. ¿Adónde vas, jovencito?

Noel le dirigió una mirada llena de adoración, pero señaló con su gordezuelo dedo a una mujer que se encontraba a pocos pasos, ataviada con un sencillo traje azul oscuro, y le explicó:

-¡Primero debo darle un beso de despedida!

Sin advertir que se había convertido en el centro de atención general, Stephen se irguió, miró en la dirección señalada por el niño y se quedó petrificado, fija su atención en Sheridan, que se inclinaba para recibir el beso, pero mirándolo a él con fijeza.

Whitney observó su reacción y advirtió que apretaba la mandíbula con fuerza y comenzaba a latirle un músculo en su mejilla. Había abrigado secretamente la esperanza de que él creería que los Skeffington eran amigos suyos y que la presencia de Sherry allí era pura coincidencia, mas había sido en vano. Stephen volvió con lentitud la cabeza y fijó en ella una mirada penetrante. Con un silencio glacial, en el que acusaba a su cuñada de complicidad y traición, se volvió decidido hacia la casa.

Temerosa de que se dispusiera a partir, Whitney dejó su copa de vino, se disculpó con sus invitados y fue tras él. Stephen daba grandes zancadas y no le preocupaba guardar las apariencias, por lo que llegó a la casa varios minutos antes que ella. El mayordomo le informó de que había ordenado que le trajesen su carruaje y que se había retirado a su habitación.

Whitney subió corriendo la escalera. Llamó y, al ver que no obtenía respuesta, llamó de nuevo a la puerta.

-¡Stephen, Stephen! ¡Sé que estás ahí!

Probo a abrir y, tras comprobar que no estaba cerrado con llave, entró en la habitación. Stephen salió del vestidor con una camisa limpia y cuando advirtió que estaba allí su expresión se tomó aún más fría.

-¡Escúchame, Stephen!

-¡Sal! -le advirtió sin dejar de abrocharse la camisa y dispuesto a recoger su chaqueta.

-No te irás, ¿verdad?

-¿Irme? -se mofó-. ¡No puedo irme! Eso también lo has preparado. Te felicito, vuestra gracia subrayó despectivo-, por falsedad, falta de honradez y deslealtad.

-¡Stephen, por favor! -imploró, y avanzó unos pasos vacilantes por la habitación-. ¡Escúchame! Sherry creyó que te casabas con ella por piedad. Pensé que si tenias la oportunidad de volver a verla...

Su cuñado se dirigió hacia ella con aire amenazador.

-Si hubiera deseado verla, se lo habría dicho a tu amigo DuVille -repuso con dureza-. Recurrió a él cuando decidió abandonarme.

-Si intentaras considerarlo desde su perspectiva... -Se apresuró a decirle Whitney mientras retrocedía poco a poco hacia la puerta.

-Si fueras inteligente -la interrumpió en un tono suave pero frío al tiempo que se inclinaba hacia ella, procurarías evitarme este fin de semana, Whitney. Y, cuando esto concluya, te comunicarás conmigo a través de tu esposo. Ahora, apártate de mi camino.

-¡Me consta que la amabas, y le dije...!

La asió con fuerza por los hombros para obligarla a apartarse y pasó de largo por su lado.

Whitney lo vio salir en atónito silencio, cruzar rápidamente el pasillo y bajar la escalera.

-¡Dios mío! -susurró.

Hacía más de cuatro años que conocía a Stephen Westmoreland y nunca hubiera sospechado ni imaginado que fuera capaz de albergar tan virulento odio como el que reflejaba su rostro al mirarla.

Bajó poco a poco la escalera, dispuesta a reunirse con sus invitados en una fiesta que se había iniciado de modo muy poco halagüeño. Cuando llegó, descubrió que Stephen se había llevado a Monica y a Georgette de excursión al pueblo próximo, lo que significaba que estaría ausente varias horas. Lady Skeffington se mostraba tan consternada como todos por su marcha aunque, desde luego, por distintas razones. En realidad, los dos únicos miembros de la fiesta que no parecían deprimidos por ello eran sir John, que disfrutaba de otra copa de madeira, lo que por fortuna parecía apaciguarlo en lugar de hacer que se mostrase efusivo, y Julianna Skeffington, que charlaba con Sheridan y la ayudaba con los niños. Cogió a Noel en brazos con una sonrisa y lo abrazó estrechamente, y luego se volvió a hablarle con expresión de clara simpatía.

La duquesa viuda, que observaba a la rubia muchacha desde lejos en un desmayado intento de apartar sus pensamientos de la violentísima reacción de Stephen ante la presencia de Sheridan, comentó ociosamente con Whitney:

-Julianna Skeffington ha captado algo en el ambiente. Observó la mirada asesina de Stephen al ver a Sheridan y, al cabo de unos momentos, estaba a su lado. Cuando hablé antes con ella me pareció una criatura encantadora, atractiva e inteligente.

Whitney apartó sus pensamientos de las alarmantes palabras que Stephen le había dirigido y reparó en los atractivos rasgos de Julianna.

-Y también hermosa.

-Son admirables los caprichos de la naturaleza que permiten a un hombre como ése... -señaló con desagrado a sir John- y a esa mujer... -hizo una mueca hacia lady Skeffington- engendrar una criatura tan angelical.

52

Generalmente siempre se hallaba disponible todo un equipo de lacayos para ayudar a apearse de sus carruajes a los invitados que llegaban y cuidar de que sus vehículos y caballos fueran conducidos a los establos, pero cuando Stephen regresó de su excursión, nadie salió a recibirlo. El único servidor visible era un solitario lacayo que estaba apostado en el camino y observaba con fijeza hacia las colinas que se ondulaban suavemente desde los establos, en la parte posterior de la finca. El hombre estaba tan concentrado en su objetivo que no pareció oír las ruedas del carruaje hasta que Stephen lo detuvo detrás de él. Entonces se volvió y con aire sorprendido y culpable corrió a recoger las riendas.

-¿Dónde están todos? -le preguntó Stephen al advertir que el mayordomo tampoco había enviado a otros servidores ni abierto la puerta principal, como solía.

-Están en las caballerizas, milord. Es todo un espectáculo, si me permitís decirlo. Para no perdérselo. Así lo he oído decir a quienes observan en la parte posterior de la casa.

Stephen le quitó las riendas al lacayo tras decidir que conduciría él mismo los caballos a los establos para comprobar lo que el hombre calificaba de «todo un espectáculo».

Librodot

Una larga extensión de verja rodeaba el recinto y la gran zona cubierta de hierba donde los caballos paseaban y se refrescaban antes de ser encerrados. A un lado de la verja, los pastos se extendían de modo continuo hasta el pie de las boscosas colinas salpicadas de los setos y muros de piedra destinados a entrenar a los corceles de Claymore para la caza. Cuando Stephen detuvo el carruaje, a lo largo de toda la verja se alineaban lacayos, cocheros y mozos de cuadra. Ayudó a apearse a Monica y a Georgette y advirtió que todos los invitados de la fiesta, menos su traidora cuñada, estaban al otro lado de la verja, tan absortos como los sirvientes con aquel desconocido espectáculo que tenía lugar en la colina.

Observó el inescrutable perfil de su hermano mientras que él y sus compañeras se unían al grupo, y se preguntó si Clayton habría colaborado en la estratagema de Whitney, aunque se sentía incapaz de creer que así fuera. Puesto que no estaba muy seguro de ello, se dirigió a Jason y Victoria Fielding.

-¿Qué estáis viendo?

A Victoria parecía costarle un gran esfuerzo mirarlo abiertamente y le sonrió con excesiva alegría.

-¡Es algo sorprendente! -exclamó.

Stephen pensó que tanto los Fielding como los Townsend se comportaban de un modo muy extraño. Las mujeres estaban nerviosas y los hombres incómodos. O los había sorprendido y disgustado la presencia de Sheridan, o en todo momento habían sabido que ella se encontraría allí y se sentían culpables. Observó a aquellas cuatro personas que consideraba sus amigos y trató de decidir si debía dar fin a su amistad de modo terminante. Llegó a la conclusión de que las mujeres lo habían sabido en todo momento al comprobar el sonrojo de Alexandra cuando lo miró. Durante las tres horas transcurridas desde que se había encontrado ante su antigua prometida, Stephen no se había permitido pensar en ella en ningún momento. Sólo resistiría permanecer allí si conseguía aislarse de la realidad de su presencia.

Ella había fingido ser otra persona y, cuando iba a ser descubierta, había acudido a refugiarse junto a DuVille y había permitido que Stephen la esperara como un idiota con el párroco y su familia.

Durante las semanas siguientes a su desaparición, había repasado mentalmente todo cuanto ella había dicho y hecho cuando se suponía que sufría amnesia, y sólo podía recordar el desliz que cometió al oponerse a contar con una señorita de compañía.

«No necesito una señorita de compañía -había balbucido-. Yo soy... »

Con una nueva oleada de desagrado ante su propia credulidad, Stephen pensó que era una actriz consumada para haber conseguido fingir de tal modo y a la perfección.

Una actriz estelar, decidió encolerizado, al recordar la dulce expresión de sus ojos durante los instantes en que se cruzaron sus miradas aquella mañana. Lo había mirado de un modo directo, con el corazón en la mano, sin pestañear. Salvo que no tenía corazón ni tampoco conciencia.

En aquel momento, tras contemplar la melancólica expresión de su rostro encantador y engañoso, había comprendido que pretendía acercarse a él de nuevo.

Librodot

Suponía que DuVille la habría mantenido oculta para su propio placer durante aquellas semanas, pero sin duda se había cansado y desembarazado de ella en un breve espacio de tiempo.

Al parecer, trabajaba como institutriz y era evidente que ansiaba mejorar su género de vida. A juzgar por la dulce e implorante mirada que le había dirigido, sin duda confiaba en que él fuese tan necio y susceptible a sus inexistentes atractivos como antes.

Dirigió su especulativa mirada a los hombres, pero lo distrajo la exclamación de Victoria Fielding.

-¡Ahí llegan!

Stephen alejó de su mente sus enfurecidos pensamientos acerca de Sheridan Bromleigh y dirigió su mirada hacia el borde de la colina boscosa donde ella señalaba.

Dos jinetes galopaban a toda velocidad. Encorvados sobre sus monturas, salvaban graciosamente los setos al unísono, uno junto a otro. Stephen reconoció al punto a Whitney: era una de las amazonas más expertas que conocía, e incluso montaba mejor que muchos hombres. El muchacho que la desafiaba era de mediana estatura, vestía camisa, pantalones y botas, y aun parecía más experto que ella. Se enfrentaba a cada obstáculo sin esfuerzo, a velocidad vertiginosa, con una despreocupación por su estilo jamás vista. Mantenía el rostro casi hundido entre las crines del animal y superaba con alegría y sencillez cada obstáculo, como si formase un solo cuerpo con su montura, confiado, despreocupado y con alborozo.

-Nunca hubiera imaginado que ese animal pudiera saltar así -exclamó Clayton con admiración.

Ignorante de las dudas que su hermano albergaba acerca de su integridad filial, añadió:

-Stephen, has cabalgado a Capitán yendo de cacería y te consta que es el más rápido en terreno llano, pero ¿le habías visto remontar alguna vez tales alturas?

Stephen parpadeó ante la postrera luz solar y reparó en cómo saltaban los jinetes en perfecta conjunción y galopaban luego veloces superando al unísono el siguiente seto. Puesto que, por el momento, no podía exigir a su hermano respuestas acerca de Sheridan, manifestó su opinión acerca del jinete desconocido.

-Parece que retenga a Capitán para que no avance a Khan... -murmuró con acento inexpresivo.

-Cuando éste suele saltar con más habilidad que Capitán -añadió Clayton dirigiéndose a sus amigos.

Los jinetes salvaron la última valla y, sin detenerse, obligaron a girar a sus monturas hacia la puerta abierta del recinto donde se habían reunido los espectadores. Puesto que Clayton había probado nuevos entrenadores durante el pasado año, Stephen supuso que se trataría de algún joven al que su hermano habría decidido dar una oportunidad para tal puesto. Mientras los corceles se aproximaban veloces, se disponía a sugerirle que lo contratara de modo permanente, pero sucedieron dos cosas que lo hicieron enmudecer: un mozo de cuadras se adelantó hasta el campo y echó un saco de grano en el suelo y, cuando el jinete de Capitán se inclinó a recogerlo, se le soltaron los cabellos.

Una cascada de bucles rojizos se desplegó a sus espaldas como un estandarte y enmarcó su rostro mientras que ella se ladeaba como si fuera a caer. Monica gritó aterrada, Stephen avanzó un paso, involuntariamente dispuesto a correr en su auxilio... Y Sheridan recogió el saco de grano del suelo mientras sirvientes e invitados prorrumpían en exclamaciones entusiastas.

En el espacio de un segundo, el temor sustituyó a la ira en Stephen. Estaba enfurecido con ella por haberlo asustado con su absurda treta y airado por haber despertado sentimientos en él. Y cuando aún se esforzaba por dominar tantas emociones, Sherry avanzó hacia él a medio galope. Monica y Georgette retrocedieron y gritaron alarmadas, pero Stephen cruzó los brazos en el pecho y se mantuvo firme en su puesto pues comprendía que ella dominaba su montura a la perfección. Al llegar a su lado obligó al animal a detenerse, le pasó la pierna sobre el lomo y se deslizó graciosamente en el suelo. Entre los vítores de los sirvientes y los aplausos de los invitados, Sherry aterrizó de pie frente a Stephen con dulce sonrisa y delicioso sonrojo. Stephen, que la contemplaba impasible, advirtió que aquellos ojos que le recordaban plata líquida le imploraban que se ablandase, que la obsequiara con una sonrisa.

En lugar de ello la repasó desde sus pies calzados con botas a sus flameantes cabellos, gloriosamente alborotados.

-¿No os ha enseñado nadie cómo debéis vestiros? -inquirió desdeñoso.

La vio parpadear mientras Georgette se echaba a reír, pero sin que vacilase su mirada.

-En tiempos antiguos el ganador de un torneo solía otorgar su favor a alguno de los asistentes como muestra de su... su espacialísima consideración y su más profundo respeto -le dijo risueña, con voz dulce e insinuante.

Stephen ignoraba a qué se refería hasta que Sherry, que se había convertido en centro de la atención general, le tendió el saco de grano vacío y le dijo quedamente:

-Mi favor, lord Westmoreland...

Stephen lo tomó sin darse cuenta de lo que hacía.

-¡Qué terrible descaro, qué escándalo...! -estalló Monica.

Y lady Skeffington, avergonzada, pareció que iba a prorrumpir en llanto.

-¡Miss Bromleigh! -exclamó irritada-. ¿Olvidáis quién sois? ¡Disculpaos ante estas personas e id arriba a preparar vuestro equipaje!...

-¡Dejadme a mí! -la interrumpió Julianna con brusquedad.

Se cogió del brazo de Sherry y la condujo hacia la casa.

-Tenéis que decirme cuándo aprendisteis a cabalgar de ese modo y cómo lo hicisteis...

Victoria se adelantó del grupo y se plantó ante los Skeffington.

Librodot

-Miss Bromleigh y yo somos americanas -explicó-. Deseaba poder charlar con alguien de mi país. ¿Me disculpáis hasta la hora de cenar? -añadió mirando a su marido.

Jason Fielding, que en otros tiempos había sido objeto de desagradables murmuraciones y se había visto marginado de la alta sociedad, sonrió a su esposa por el giro que había dado a la situación. Se inclinó ligeramente y, con tierna sonrisa, le dijo:

-Me sentiré desolado sin vuestra compañía, madame.

-A mí también me encantaría conocer algo más sobre América -anunció Alexandra Townsende, al tiempo que se separaba del grupo.

-¿Y vos, milord? -inquirió, volviéndose sonriente hacia su esposo-. ¿Puedo contar con que también os sintáis desolado sin mi compañía?

Jordan Townsende, que en otro tiempo había considerado su matrimonio con la necia Alexandra como un «enlace obligado por la conveniencia», la contempló con mal disimulada ternura.

-Os consta que siempre estoy desolado sin vos.

Whitney aguardó a que sus compañeras de conspiración estuvieran camino de la casa. Se disponía a formular un pretexto para marcharse, pero lady Skeffington se le anticipó.

-¡No puedo imaginar qué le ha sucedido a miss Bromleigh! -exclamó, con el rostro enrojecido por la ira-. Siempre le digo a sir John que es muy difícil encontrar sirvientes adecuados. ¿No es así? -le preguntó a su marido.

-Sí, querida -asintió sir John, que trataba de contener el hipo.

Satisfecha, se volvió hacia Whitney:

-Os ruego que me digáis cómo lo conseguís, vuestra gracia.

Whitney apartó sus pensamientos de Stephen, que conversaba con Monica y Georgette como si nada hubiera ocurrido mientras que el saco de grano que Sheridan le había ofrecido con tanto cariño yacía en el suelo, bajo sus talones.

-Lo siento, lady Skeffington, estaba distraída. ¿Me habíais preguntado algo?

-Cómo encontráis sirvientes adecuados. Si no resultara tan difícil, no habríamos contratado a esa desvergonzada americana. Siento graves recelos en conservarla por más tiempo en su puesto.

-Yo no considero a una institutriz como una sirvienta... -comenzó Whitney.

Pensaba que Stephen no la escuchaba, pero, al oír su observación, la miró torvamente y respondió a lady Skeffington con acritud:

-Mi cuñada las considera como parte de la familia. Incluso podría decirse que las tiene en más estima.

Librodot

Dirigió una acerada mirada a Whitney.

-¿No es cierto? -le dijo sarcástico.

Era la primera ocasión en que se dirigía a lady Skeffington desde que habían sido presentados, y la dama lo interpretó como un indicio muy revelador, aunque prescindiendo del sarcasmo de su voz. Olvidó al punto el tema de su institutriz y se apresuró a aproximarse a él.

-Como habréis advertido, a mi querida Julianna le sucede lo mismo -le dijo-. Siempre se apresura a acudir en defensa de Sheridan-Bromleigh. Es una muchacha maravillosa -prosiguió. Y de algún modo logró interponerse entre Stephen y Monica-, tan leal, tan dulce...

Y aunque Stephen trató de escabullirse hacia la casa, permaneció junto a él mientras su esposo les seguía los pasos.

-Casi me siento apenado por él -declaró Clayton ociosamente al observar que lady Skeffington proseguía su monólogo.

-A mí, me es imposible -repuso Whitney, aún herida por su cortante observación acerca de su mal dirigida lealtad. Con una rápida mirada de disculpa a los hombres, añadió-: Deseo hablar con Victoria y Alexandra.

Y la vieron partir, silenciosos y pensativos.

-Pese a lo que puedan pensar nuestras esposas, esto ha sido un error -dijo Jason Fielding haciéndose eco de sus pensamientos-. No funcionará.

Miró a Clayton y añadió:

-Vos que conocéis a Stephen mucho más que nosotros, ¿qué opináis?

-Creo que estáis en lo cierto -repuso Clayton torvamente al recordar la expresión de Stephen cuando Sherry le ofreció con tanta dulzura su «favor»-. Pienso que ha sido un enorme error y que Sheridan será quien resulte más herida con ello. Stephen la ha clasificado rotundamente como una intrigante y oportunista que huyó por temor a verse procesada, pero que ha ganado bastante confianza para intentar insinuarse de nuevo porque no presentó cargos contra ella. Nada de cuanto diga o haga le importará, porque tendrá que demostrarle que está equivocado y le será imposible.

Sus esposas, reunidas en el salón azul para comentar la situación, compartían la misma opinión.

Whitney se desplomo en su silla mirándose las manos con aire sombrío y, a continuación, observó a sus compañeras de conspiración, incluida la duquesa viuda.

-Ha sido un error -le dijo a su suegra, que había observado el «espectáculo» desde las ventanas de sus aposentos.

-Estuve a punto de echarme a llorar cuando él despreció su gesto -dijo Alexandra muy dolida-. ¡Sheridan se mostró tan valiente, tan franca y tan vulnerable!

Se volvió ligeramente, por cortesía, para incluir a miss Charity en la conversación, pero la anciana dama no tenía nada que decir. Estaba sentada junto a la ventana, fruncida la frente en intensa concentración, y miraba hacia adelante, de modo que podía escuchar con gran atención o hallarse abstraída.

-Aún nos queda un día entero y una velada -intervino la madre de Stephen-. Tal vez por entonces se haya ablandado.

Whitney negó con la cabeza.

-No lo hará. Yo contaba con la proximidad para hacer que la escuchara, pero aunque así fuera, no cambiaría de idea. Ahora lo comprendo. Sabe que recurrió a Nicki el día que dejó su casa, y ya sabéis lo que piensa de él.

Miss Charity volvió de repente la cabeza hacia ella, fruncida su frente en intensa concentración.

-El caso es que Stephen no creerá nada que Sheridan diga si no puede demostrarlo. Sus acciones son tan manifiestas para él que no importa otra cosa. Alguien tendría que ofrecerle otra razón verosímil acerca de su huida...

Se interrumpió al ver que miss Charity se levantaba y abandonaba silenciosa la estancia.

-Parece que miss Charity se siente indispuesta por las tensiones que sufrimos.

-Me ha dicho que todo esto le parece muy emocionante -anunció la duquesa viuda con un suspiro de irritación.

Según Sheridan, que desde la ventana de su habitación observaba las risas de Stephen ante las explicaciones de Monica, la situación aún era más sombría. No podía encontrarse a solas con él y hablarle, porque era evidente que no colaboraría en absoluto por complacerla, y tampoco podía abordarlo delante de los demás, porque ya lo había intentado cuando le obsequió con su «favor» y los efectos habían resultado desastrosos.

53

La decisión de Stephen de ignorar su existencia se había ido debilitando a medida que avanzaba el día y llegaba la noche y la veía deambular junto a la zona iluminada con antorchas, donde se habían instalado las mesas para la cena. La impresión que había recibido al encontrarse con Sherry había contribuido a fortalecer su postura durante las primeras horas, pero, a la sazón, ya no disfrutaba de aquella ventajosa protección. Se había apartado de los restantes invitados, y se recostaba en un árbol, desde donde podía verla sin ser visto, mientras los recuerdos desfilaban por su mente, impotente por reprimirlos.

La veía ante las puertas de su estudio hablando con el segundo mayordomo:

«-Buenos días, Hodgkin. Tenéis un aspecto espléndido. ¿Es nuevo ese traje?

»-Sí, miss Lancaster. Gracias, miss Lancaster.

»-Yo también llevo un vestido nuevo -le había confiado haciendo una pirueta para que el sirviente pudiera verlo-. ¿Verdad que es precioso?»

Y momentos después, cuando él se andaba con evasivas

tratando de ganar tiempo para proponerle que encontrase otro marido, le había preguntado si leía las revistas que había encargado para ella.

«Habéis llegado a ojear alguna de ellas -le había preguntado Sherry. Y él le había sonreído antes de que se embarcara en su descripción-. Bien, hay una con un nombre muy largo. Si no recuerdo mal, se llama Galería mensual femenina o Revista erudita para solaz e instrucción: un compendio de cuanto puede propiciar la fantasía, instruir la mente o exaltar la personalidad de las mujeres británicas -le había explicado-. El artículo explicaba cómo aplicar el colorete en las mejillas. Era absolutamente fascinante -había ironizado, con incontenible sonrisa-. ¿Suponéis que ello se incluye en el concepto de "instruir la mente" o "exaltar la personalidad"?»

Pero recordaba, sobre todo, lo que sentía cuando ella se fundía entre sus brazos y la generosa dulzura de su boca sensual. Decidió que era una seductora nata. La experiencia de que carecía la suplía con fácil pasión.

Sheridan había entrado en la casa hacía unos momentos para buscar a los hijos de los Skeffington, que, al parecer, cantarían para entretener a los invitados y, cuando salió, observó que transportaba un instrumento. Tuvo que esforzarse por dejar de mirarla y fijar su atención en la copa de coñac que sostenía para no encontrarse con su mirada y volver a desearla.

Pero ¿acaso la deseaba?, pensó con amarga indignación. Aquel sentimiento se había iniciado en el instante en que Sheridan abrió los ojos en su lecho de Londres y, a la sazón, pocas horas después de volver a verla, la deseaba con igual intensidad. Vestida con sencillez, con los cabellos que despejaban su frente y se recogían en austero moño en la nuca, le enardecía de lujuria.

Miró a Monica y a Georgette, que hablaban con su madre. Ambas eran hermosas, vestían con elegancia, una en amarillo y otra en rosa, iban artísticamente peinadas y se comportaban con suma corrección. A ninguna de ellas se les hubiera ocurrido ni por un instante vestirse como un mozo de cuadras y galopar sobre aquel maldito caballo.

Pero, por otra parte, tampoco habrían tenido un aspecto tan glorioso por mucho que lo hubieran intentado.

Ninguna de ellas le hubiera ofrecido un saco de grano con seductora sonrisa, con el pretexto de otorgarle un «favor».

Ni lo hubieran mirado con tanto descaro a los ojos de un modo que incitaba y provocaba a estrecharlas entre sus brazos.

En el pasado, había pensado que Sheridan Bromleigh era como una hechicera, y cuando comenzaron a difundirse los primeros acordes del instrumento que ella tañía, volvió a recordarlo. Los hipnotizaba a todos, en especial a él. Los invitados habían interrumpido por

completo sus conversaciones, e incluso los servidores se detenían para mirarla y la escuchaban sobrecogidos. Stephen miró enfurecido él coñac que contenía su copa y se esforzó por apartar de ella su mirada, pero sentía los ojos de Sherry fijos en él. Sheridan lo había mirado aquella noche con tanta frecuencia que no podía dejar de advertirlo. Su expresión era siempre dulce, sugestiva, suplicante a veces, e irritaba a Monica y a Georgette, que se mostraban confusas y desdeñosas ante su atrevimiento, pero Stephen aún no había posado las manos en sus cuerpos. Tan sólo Sheridan sabía cuánto podía desearla... y hacérselo recordar.

Furioso ante su debilidad, Stephen se apartó del árbol, depositó su copa en la mesa más próxima y, acto seguido, se despidió de los invitados y se encaminó a su habitación con la intención de aturdirse a solas en la bebida para ver si, de aquel modo, dejaba de ir en su busca.

54

Aturdida por las tensiones sufridas durante la jornada, Sheridan abrió la puerta de la sencilla habitación que le habían destinado, frente a la sala de juegos. Avanzó cautelosa por la oscura y poco familiar estancia, hasta que dio con la cómoda, y buscó a tientas la yesca para encender el candelero. Se disponía a prender la cuarta vela cuando el sonido de una voz masculina la obligó a sofocar una exclamación de sorpresa.

-No creo que necesitemos mucha luz.

Se volvió en redondo y apartó la mano de su boca mientras el corazón le latía jubiloso. Stephen Westmoreland ocupaba la única silla de la habitación, prototipo de descuidada elegancia, con la blanca camisa abierta por el cuello, y apoyaba el pie sobre su otra rodilla con expresión indiferente. A Sheridan le pareció demasiado indiferente. En algún rincón de sus agitados pensamientos advirtió que él se enfrentaba a aquel trascendental encuentro con una fría despreocupación que le parecía muy impropia, pero se sentía tan dichosa al verlo, estaba tan emocionada por tenerlo cerca y lo amaba tato, que nada importaba. Nada.

-Según creo recordar, la última vez que os aguardaba planeábamos una boda -dijo Stephen, con aquel acento cansino y sensual que le deshacía el corazón.

-Lo sé, y puedo explicároslo -repuso-; yo...

-No he venido a conversar -la interrumpió-. Antes, abajo, tuve la clara impresión de que me ofrecíais algo más que charlas. ¿O equivoqué el mensaje?

-No -susurró ella.

Stephen la contemplo, impasible y silencioso. Advertía con la mirada del experto -no del rematado necio que había sido- que era mucho más seductora y exótica de lo que recordaba... Salvo por su austero peinado. No le agradaba el aspecto que le daba, en especial, cuando pensaba dejarse llevar por el deseo y la venganza con aquella intrigante y ambiciosa ramera, que en aquellos momentos más bien parecía una inocente criatura.

-Quitaos las agujas del cabello -le ordenó con seca impaciencia.

Librodot

Sorprendida por la petición y por su tono autoritario, Sheridan obedeció y soltó el moño en el que recogía su densa mata de pelo. Se volvió para depositar las agujas en la cómoda y, cuando lo miró de nuevo, estaba de pie y se desabrochaba poco a poco la camisa.

-¿Qué hacéis? -balbució.

Se lo preguntó a sí mismo, a su vez, salvajemente. ¿Por qué diablos se encontraba allí, hubiese o no sido invitado, coqueteando con la misma mujer que lo dejó sin explicación alguna el día de su boda? A modo de respuesta, recogió su corbata.

-Me voy -repuso en tono seco, y avanzó los tres pasos que lo separaban de la puerta.

-¡No! -exclamó ella instintivamente-. ¡No os vayáis!

Stephen se volvió, dispuesto a darle la dura réplica que merecía, pero Sheridan se arrojó contra su pecho, dulce y suplicante, y embotó sus sentidos con su familiar perfume y contacto.

-¡No os vayáis, por favor! -Lloraba y hundía las uñas en sus hombros mientras él mantenía las manos a sus costados, aunque comprendía que estaba perdiendo la batalla-. ¡Dejad que me explique! ¡Os amo!

Elle cogió el rostro entre las manos para silenciarla y fijó los ojos en sus labios entreabiertos.

-Quiero que comprendáis esto: no podéis decir nada que yo crea. ¡Nada!

-¡Entonces os lo demostraré! -exclamó ella con fiereza.

Se aferró a su cuello al tiempo que se le abrazaba y lo besaba, con aquella extraña combinación de ingenua inexperiencia e instintiva sensualidad que solía enloquecerlo.

Y así fue. Hundió sus manos entre sus suaves cabellos, la asió por la nuca y le devolvió su beso hasta obligarla a demostrarle el sensual deseo que le hacía sentir. Con un último resto de cordura, mantuvo su boca a escasa distancia de la de ella y le dio una última oportunidad de detenerse.

-¿Estáis segura?

-Sé lo que hago.

Tomó lo que ella le ofrecía, lo que había deseado desde el primer momento en que la tocó. Lo tomó de modo irreflexivo, impulsado por el irrefrenable deseo de poseerla. Lo tomó con tal decisión, apremio y avidez que lo sorprendieron y excitaron. Fue un salvaje y primitivo apareamiento para él y, sin embargo, muy emocionante para ella. El orgullo lo impulsó a asegurarse de que Sherry lo deseaba con la misma desesperación que él sentía, y utilizó toda su experiencia sexual para derribar las defensas de una muchacha inexperta, sin la menor idea de cómo resistirse. Hundió sus dedos en su cálida humedad y chupó con avidez su erguido pezón hasta que ella se arqueó y se aferró a él llorando intensamente. Entonces, y sólo entonces, separó sus muslos con las manos y entró en ella, conteniéndose para evitar que se golpeara en el cabezal. Sintió cómo se agitaba su cuerpo de repente y le clavaba las uñas en la espalda, oyó su sofocado grito de dolor y sorpresa y se estremeció al recordar sus palabras: «Sé lo que hago.»

Temeroso y confuso, abrió los ojos y vio los de ella llenos de lágrimas, sin reflejar triunfo ni acusación por inducirlo a obrar de aquel modo, por sus propias motivaciones. La joven se expresaba de un modo sofocado y susurrante, con expresión aturdida, y apoyaba las manos en los tensos hombros de Stephen.

-¡Abrazadme! -murmuró, en un tono lleno de magia, como dulce bendición-. ¡Por favor!

Stephen obedeció y se abandonó de nuevo al placer instintivo que lo dominaba. La estrechó entre sus brazos y se adueñó de su boca con un beso apasionado y apremiante, mientras sentía las manos de ella deslizarse suavemente por sus hombros, acariciándolo, al tiempo que su cuerpo se fundía para acoger al suyo, lo envolvía y se le ofrecía en su mutua entrega... Se le ofrecía ininterrumpidamente...

Le vibraban los nervios por el deseo de entregarse y sus esfuerzos por contenerse. Entró en ella de un modo profundo, mientras los músculos de sus brazos se tensaban con el resto de su cuerpo, negándose a privarla del mismo placer que ella ya le estaba dando. Sheridan gemía y apretaba los ojos con fuerza, desesperada por algo que no comprendía y que temía alcanzar. En realidad, no lo temía. Sollozaba de deseo, necesitaba sus tranquilizadoras palabras.

-Ahora, dentro de un momento... -le dijo él, por fin, en ronco susurro.

La joven creyó estallar antes de que él concluyera su frase. Se estrechó contra él y Stephen gruñó ante las intensas sensaciones que le provocaba. Y, de pronto, se entregó por completo, cedió a sus sentidos, hasta que alcanzó un clímax en el que su cuerpo se agitó convulsivamente mientras se vertía en la mujer.

Los pensamientos de venganza y orgullo herido que hubieran podido inducirlo a seducirla habían quedado olvidados mientras sus brazos la rodeaban por la espalda y las caderas y la atraía a su lado. Era demasiado espléndida para ser utilizada como venganza, demasiado delicada y exquisita entre sus brazos para hallarse en otro lugar. Desde el momento en que la había besado, había sabido que ambos constituían una extraña e incendiaria combinación, pero aquél había sido el encuentro sexual más salvaje, erótico y satisfactorio de su vida. Allí tendido, mientras ella dormía entre sus brazos, se maravillaba ante su embriagadora y primitiva sensualidad. Fuese lo que fuese lo que sintiera durante su apareamiento, había sido real, era una de las pocas cosas de las que no podía dudar. Eso, por lo menos, había sido cierto y espontáneo en ella. Ninguna mujer podía fingir aquellas respuestas si no tenía una enorme práctica y, como ya le constaba, ella carecía de experiencia.

Sheridan despertó sola en el lecho, lo que le pareció, en cierto modo, normal. Abrió bruscamente los ojos y, al descubrirlo sentado junto al lecho, la inundó una dulce sensación de alivio. Stephen estaba vestido, de nuevo tenía desabrochado el cuello de la camisa y mostraba una expresión inescrutable en su hermoso rostro. Cohibida, se cubrió los senos con las sábanas y se incorporó, apoyándose en las almohadas, al tiempo que se preguntaba con estupor cómo podía él mostrarse tan despreocupado después de lo sucedido. Desde algún lugar recóndito de su mente comenzaba a comprender que eran cosas vergonzosas, pero bloqueó aquellos pensamientos. Stephen fijó su mirada en la sábana que apretaba contra el pecho y después la miró al rostro en una expresión implícita de que le divertía su modestia. Sheridan no podía censurarlo por ello, pero hubiera deseado que no se mostrara tan indiferente, tan divertido, ni tan distante..., mientras que ella se esforzaba por aparentar normalidad después de lo que había ocurrido entre ellos. Por otra parte, advirtió que ya no

parecía frío, cínico ni enojado, un maravilloso cambio que la sorprendió. Sujetó la sábana bajo los brazos, alzó las rodillas y entrelazó los dedos en ellas.

-¿Podemos hablar ahora? -empezó.

-¿Por qué no me dejáis comenzar? -sugirió Stephen en tono afable.

Sheridan asintió, no muy deseosa de abordar el tema de Charise Lancaster cuando la situación parecía aliviarse.

-Tengo que haceros una oferta -dijo. Observó que sus ojos se encendían ante la palabra «oferta» y le pareció increíble que lo imaginara tan necio como para sugerirle el matrimonio-. Una propuesta de negocios -recalco-. En cuanto hayáis tenido tiempo de considerarla, creo que os parecerá razonable para ambos. Desde luego, os resultará preferible que trabajar para los Skeffington.

Una sensación de incomodidad apagó la momentánea ráfaga de dicha que había experimentado ante sus palabras.

-¿Qué clase de propuesta?

-Es evidente que, pese a nuestras múltiples diferencias, somos muy compatibles sexualmente.

Ella no podía creer que él pudiera describir con una calma tan clínica las tempestuosas intimidades que acababan de compartir.

-¿Cuál es vuestra propuesta? -inquirió temblorosa.

-Compartiréis mi lecho cuando yo lo desee. A cambio de ello, tendréis una casa, sirvientes, vestidos, un carruaje y la libertad de hacer lo que gustéis, mientras que no permitáis a ningún otro hombre utilizar aquello que yo estaré pagando.

-Me sugerís que me convierta en vuestra amante -repuso ella con torpeza.

-¿Por qué no? Sois ambiciosa e inteligente y estaríais mucho mejor que ahora. -Al ver que no respondía, añadió con acento aburrido-: Por favor, no esperaríais que me casara con vos por lo que acaba de suceder. No me creeréis tan ingenuo o tan necio.

Sheridan se estremeció ante su sarcasmo y, al contemplar la dura expresión de su rostro, advirtió por primera vez el cinismo que reflejaban sus ojos. Tragó saliva convulsivamente, agitó la cabeza en señal negativa y le respondió con sinceridad:

-Ignoro qué esperaba por lo que hemos hecho, pero no pensaba que os impulsara al matrimonio.

-Bien, ya ha habido bastantes engaños e incomprensiones entre nosotros. No me agradaría imaginar que os engañáis a vos misma.

Le pareció distinguir el brillo de lágrimas de decepción en sus grandes ojos grises mientras se levantaba y depositaba un beso superficial en su frente.

-Por lo menos sois bastante inteligente para no permitiros un acceso de ira ante mi oferta. Pensad en ello -dijo.

Sherry lo miró, triste y silenciosa.

-Antes de decidiros, me siento obligado a haceros una advertencia -prosiguió él, frío y mordaz-. Si volvéis a mentirme acerca de algo, aunque sólo sea una vez, os arrojaré a la calle. -Fue hacia la puerta y, sin volverse, añadió-: Aún hay otra cosa... No volváis a repetirme que me amáis. No deseo oíros decir esas palabras.

Y tras aquellas palabras, salió de la estancia. Sherry apoyó la frente en las rodillas y dio rienda suelta a su llanto, pero lloraba por su propia falta de resistencia y de autodominio cuando él la había tomado en sus brazos y porque, aunque por unos momentos, se había sentido realmente tentada a aceptar su indecente y despiadada propuesta.

55

A la mañana siguiente, mucho antes de abandonar el lecho y vestirse, Sheridan había comprendido cuanto había hecho la noche anterior. A la radiante luz del día le era imposible negar la espantosa realidad: había sacrificado su virtud, sus principios y su moral, y tendría que vivir con aquella vergüenza hasta el fin de sus días.

Lo había hecho en un intento desesperado de recuperar su amor, si en realidad la había amado. ¿Y cómo había reaccionado él ante tal desprendimiento? La angustiosa respuesta a esa pregunta se encontraba bajo la ventana de su habitación, junto al jardín, donde los invitados se habían reunido a desayunar, allí se encontraba para que ella pudiese comprobarla con todos sus humillantes detalles: el hombre que había yacido con ella la noche anterior, comía ahora con Monica, que se volcaba para entretenerlo, y aquella mañana él parecía muy dispuesto a dejarse entretener. Mientras Sheridan observaba desde su ventana, Stephen se recostó en la silla con la mirada fija en el rostro de la mujer y, luego, echó atrás la cabeza riéndose por algo que ella le contaba.

Aunque Sheridan sentía una mezcla de vergüenza y ansiedad, él parecía más satisfecho y relajado que nunca. La noche anterior había tomado todo cuanto ella le entregó y le había arrojado a la cara la propuesta de convertirla en su amante, que prolongaba su humillación. En aquellos momentos alternaba con una mujer que nunca hubiera sido tan necia para obrar corno ella..., una mujer digna de la pomposa opinión que él tenía de sí mismo, pensó con amargura. Una dama a la que propondría el matrimonio, no una vergonzosa unión, a cambio de su virtud.

Todos aquellos pensamientos y muchos más cruzaban por la atormentada mente de Sheridan mientras permanecía junto a la ventana, lo observaba y se negaba a llorar. Deseaba recordar aquella escena, deseaba recordarla todos los momentos de su vida, para que nunca, jamás, se dulcificara su actitud hacia él. Permanecía inmóvil y acogía el frío embotamiento que barría su angustia y destruía los tiernos sentimientos que abrigara hacia él.

-¡Bastardo! -susurró a media voz.

-¿Puedo pasar?

Librodot

Sheridan se sobresaltó y giró en redondo al oír a Julianna.

-Sí, desde luego -repuso.

Y se esforzó por esbozar una alegre sonrisa, que percibió tan tensa como el sonido de su propia voz.

-Os vi cuando desayunaba. ¿Queréis que os traiga algo?

-No, no tengo hambre. Pero gracias por pensar en mí -repuso vacilante.

Comprendía que debía darle alguna explicación por su comportamiento del día anterior, cuando le había ofrecido a Stephen su «favor», pero le había sido imposible imaginar un pretexto razonable.

-Me preguntaba si os gustaría marcharos de aquí.

-¿Marcharme? -exclamó Sheridan, que no quería demostrar tales deseos-. No podemos irnos hasta mañana.

Julianna fue hacia la ventana y observó en silencio el mismo cuadro que había atormentado a Sheridan.

-Julianna, creo que debería explicaros lo sucedido ayer, cuando ofrecí mi «favor» al conde de Langford.

-No necesitáis explicaros -repuso la muchacha con una sonrisa tranquilizadora que hizo que Sheridan se sintiera como una ingenua jovencita en lugar de como su señorita de compañía.

-Sí, debo hacerlo -insistió con obstinación-. Me consta cuánto confiaba vuestra madre en que congeniarais con lord Westmoreland y sé que debéis preguntaros por qué... me comporté con él con tanto atrevimiento y familiaridad.

-Hace varias semanas, mi madre estaba muy desanimada -repuso Julianna, que, al parecer, obviaba el tema-. En realidad recuerdo que fue, más o menos, una semana antes de que vos vinierais a casa.

Sheridan aprovechó, cobardemente, aquella tregua en la conversación.

-¿Qué disgustaba a vuestra madre? -inquirió con viveza.

-Ver anunciado en los periódicos el compromiso de Langford.

-¡Ah!

-Sí. Su prometida era americana.

Incómoda ante la firme mirada de aquellos ojos violeta, Sherry se mantuvo en silencio.

-Así pues, sabed que contáis con mi ayuda si es necesario, máxime puesto que sois la única razón de que nos invitaran. Comprendí que algo raro sucedía por la reacción que ayer

tuvo lord Westmoreland al veros junto al lago. Me sorprendió que mi madre no lo imaginara también.

-No hay nada que imaginar -repuso Sheridan con energía-. Este asunto ha concluido, está terminado.

Y señaló con la cabeza a Monica y Georgette.

-¿Saben ellas quién sois?

-No, no llegué a conocerlas cuando era...

Se interrumpió en el instante en que se disponía a decir: «cuando era Charise Lancaster»

-¿Cuando estabais prometida a él?

Sheridan respiró profundamente y asintió de mala gana.

-¿Queréis que volvamos a casa?

La joven prorrumpió en una histérica carcajada.

-Si pudiera, lo haría en un abrir y cerrar de ojos.

Julianna giró sobre sus talones y se dispuso a salir de la habitación.

-Comenzad a hacer el equipaje -le dijo.

Se había vuelto ligeramente y le sonreía con aire de complicidad.

-Aguardad... ¿Qué pensáis hacer?

-Me propongo hablar un momento a solas con mi padre para decirle que me siento indispuesta y que debéis acompañarme a casa. Antes nos sería imposible arrancar de aquí a mamá, pero no deseará que me quede y dar a Langford el disgusto de yerme enfermar ante sus propios ojos. ¿Queréis creer -dijo, sin perder su incorregible sonrisa- que aún abriga esperanzas de que en cualquier momento me mire y se enamore perdidamente de mí, pese a cuanto debería ser tan evidente para ella?

Se disponía a cerrar la puerta cuando Sherry la llamó. Asomó de nuevo la cabeza.

-¿Querréis decir a la duquesa que deseo verla antes de nuestra marcha?

-Las damas se han ido al pueblo hace unos momentos, salvo las invitadas de Langford y miss Charity.

La última vez que Sheridan las vio, se había sentido culpable e ingrata. En aquella ocasión, no quería huir en secreto: simplemente se marchaba.

-¿Le pediréis a miss Charity que suba a yerme? -Ante el asentimiento de Julianna, añadió-: Y no digáis una palabra de nuestra marcha a nadie, salvo a vuestro padre. Me propongo informar yo misma al conde, frente a frente.

56

El rostro de miss Charity se ensombreció cuando Sheridan le anunció su partida.

-¡Aún no habéis tenido la oportunidad de hablar con Langford a solas y hacerle comprender por qué desaparecisteis! -protestó.

-Anoche tuve ocasión de ello -repuso Jierry con amargura. Miró por la ventana de su habitación mientras guardaba sus escasas pertenencias en una maleta-. Ahí están los resultados.

Charity se acercó y distinguió a las dos damas charlando con el conde.

-Cuán enojosos son los hombres! Os consta que no le importa lo más mínimo ninguna de ellas.

-Yo tampoco le importo.

La anciana se sentó y Sheridan pensó, patética, que la primera vez que la había visto le había recordado a una muñeca de porcelana. Ahora le dio esa misma sensación y también le pareció perpleja y desdichada.

-¿Le explicasteis la razón de vuestra huida?

-No.

-¿Por qué no lo hicisteis?

La pregunta surgió con tanta espontaneidad que cogió a Sheridan por sorpresa.

-Ayer os lo conté casi todo. Yo creía ser Charise Lancaster y, de repente, Charise apareció ante mí y me acusó de hacerme pasar por ella deliberadamente y amenazó con decírselo a Stephen. Huí, presa de pánico, pero sin poder recuperarme de la impresión de conocer mi verdadera identidad; comprendí que todos me habían mentido acerca de su propia personalidad. Entre otras cosas, recordaba que Charise había estado prometida a un barón, no un conde, llamado Burleton en lugar de Westmoreland. Deseaba respuestas, las necesitaba, y por eso fui a ver a Nicholas DuVille. Por lo menos, él fue sincero y me contó la verdad.

-¿Qué verdad os contó, querida?

Aún disgustada por cuanto sabía, Sheridan desvió la mirada y simuló comprobar la pulcritud de su peinado en el espejo, al tiempo que proseguía:

-Todo: hasta el último y vergonzoso detalle. Comenzó con la muerte de lord Burleton y las razones de que Stephen se sintiera obligado a encontrarme otro prometido. A Charise Lancaster, quiero decir. Me lo contó todo -concluyó.

Librodot

Y se interrumpió para aliviar el nudo que las lágrimas de humillación formaban en su garganta, mientras pensaba en cuán crédula había sido al pensar que Stephen deseaba casarse con ella. El mismo arrebato de ingenuidad que la había inducido a sacrificarle su virginidad y su orgullo la noche anterior.

-Incluso me explicó el mayor misterio de todos, aunque yo me permití creer otra cosa cuando os lo conté ayer.

-¿Qué misterio era ése?

Sheridan rió entrecortada y amargamente.

-La repentina propuesta de matrimonio de Stephen, la noche que fuimos a Almack's, coincidió con la noticia recibida de la muerte del padre de Charise. Me propuso en matrimonio por piedad y sentido de la responsabilidad, no porque yo le importase ni porque deseara casarse conmigo.

-Estuvo muy mal por parte de Nicholas expresarlo de este modo.

-No tenía por qué hacerlo. Pero soy una necia en cuanto se refiere a ese hombre.

-¿Y todo esto lo hablasteis anoche con Langford?

-Lo intenté, pero dijo que no le interesaba conversar -repuso, afligida, mientras recogía su maleta.

-¿En qué estaba interesado? -inquirió Charity, ladeando inquisitiva la cabeza.

Sheridan se volvió rápidamente hacia ella, sorprendida ante su repentina pregunta. En ocasiones no estaba segura de si la hermana del duque de Stanhope era tan cándida como parecía, como en aquellos momentos en que observaba con manifiesta complicidad el rubor que encendía sus mejillas.

-Supongo que si se hubiera interesado por mí, habría procurado obtener pruebas de mi inocencia, y no fue así -eludió con apresuramiento-. Si lo consideráis desde su punto de vista, como intenté hacer ayer, huí y me oculté porque era culpable. ¿Qué otras razones podía haber tenido?

Charity se levantó y Sheridan comprendió que jamás volvería a verla y le escocieron las lágrimas en los ojos mientras estrechaba a la menuda anciana en un rápido abrazo.

-Despedidme de todas y decidles que les agradezco que trataran de ayudarme.

-Ha de haber algo más que yo pueda hacer -dijo Charity con expresión compungida.

-Así es -repuso Sheridan, que sonreía segura de sí misma-. Por favor, decid a su señoría que me gustaría verlo un momento en privado. Rogadle que se reúna conmigo en el saloncito anexo al vestíbulo principal.

Mientras Charity partía a cumplir sus deseos, Sheridan, con un profundo suspiro, se acercó a la ventana y la observó cuando se aproximaba a él al cabo de unos momentos y le transmitía su mensaje. Stephen se levantó y fue hacia la casa con tal rapidez y ligereza que

Sheridan sintió el aguijón de la esperanza de que quizá, sólo quizá, no permitiría marcharse, que tal vez le pediría perdón por su cruel comportamiento de la noche anterior y le rogaría que se quedase.

Mientras descendía la escalera, no podía evitar permitirse aquella última y dulce fantasía. La frágil esperanza aceleró los latidos de su corazón al entrar en el salón y cerrar la puerta, pero aquel sentimiento se extinguió en cuanto él se volvió a mirarla. Con camisa y pantalones de montar y las manos hundidas en los bolsillos, la contemplaba no sólo con indiferencia sino con absoluta despreocupación.

-¿Deseabais verme? -sugirió con suavidad.

Estaba en medio del saloncito, a pocos pasos de ella, casi al alcance de su brazo. Sheridan asintió, haciendo gala de una calma de la que carecía por completo.

-Vine a informaros de que me voy -le anunció-. No quería desaparecer sin deciros nada, como en la otra ocasión.

Hizo una pausa y trató de descubrir en su sarcástico rostro algún asomo de los sentimientos que experimentaba hacia ella, por su marcha y porque le hubiese entregado su cuerpo. Pero Stephen enarcó las cejas como si la interrogase en silencio acerca de lo que esperaba de él.

-No acepto vuestra oferta -le aclaro Sheridan.

Le resultaba imposible creer que se mostrara tan poco interesado por una decisión que afectaba toda su vida, una decisión tomada tras pasar la noche en sus brazos y entregarle su virginidad.

Stephen alzó levemente los anchos hombros.

-Me parece estupendo -repuso con indiferencia.

Eso fue todo. Aquella simple frase la proyectó desde las profundidades de la humillación y el desespero hasta una furia casi incontenible. Giró sobre sus talones y se disponía a marcharse cuando, de pronto, se detuvo y se volvió hacia él.

-¿Hay algo más? -la apremio con cierta impaciencia.

Sheridan estaba tan enfurecida y tan complacida con sus propósitos que le dirigió una radiante y desconcertante sonrisa al tiempo que se le aproximaba.

-Sí -repuso en tono ligero-, hay algo más.

El enarcó una ceja en arrogante interrogación.

-¿Qué es?

-¡Esto!

Y lo abofeteó con tal fuerza que le volvió la cabeza. Retrocedió automáticamente ante la ira que reflejaba su rostro, pero mantuvo su firmeza.

-¡Sois un monstruo malvado y cruel y me parece increíble que anoche os permitiera tocarme! -añadió jadeante y furiosa-. ¡Me siento sucia y corrompida!...

Comenzaba a latir un nervio en la mandíbula de Stephen, pero Sheridan no había concluido y estaba demasiado irritada para que la preocupase su expresión asesina.

-Pequé al consentiros hacer cuanto quisisteis conmigo, pero rezaré para que me sea perdonado. ¡Sin embargo, nunca podré perdonarme mi estupidez por confiar en vos ni por amaros!

Stephen contempló boquiabierto la puerta por la que ella había salido enfurecida dando un portazo, incapaz de liberarse de la imagen de su tempestuosa belleza, su relampagueante mirada y de aquel rostro que rebosaba furia y desdén. La imagen se grabó indeleble en su mente, junto con su voz vibrante de emoción: «Nunca podré perdonarme mi estupidez por confiar en vos ni por amaros!»

Parecía como si se propusiera cumplir exactamente sus palabras. ¡Dios, era una actriz consumada! Mejor que Emily Lathrop. Aunque Emily no tenía aquella aura de virtuosa inocencia ni el tempestuoso genio de Sheridan. Ella era sofisticada y muy comedida, y no hubiera podido representar semejante escena.

Por otra parte, Emily tampoco le hubiera arrojado su propuesta a la cara...

En cierto modo, no había esperado que Sheridan lo hiciese. Había sido inteligente y ambiciosa para convertir una breve pérdida de memoria sufrida en su accidente en lo que parecía un caso de amnesia absoluta, que se prolongó durante varias semanas, hasta el punto de convertirla de institutriz en condesa. La propuesta que le hizo la noche anterior no la transformaría en condesa, pero le hubiera permitido rodearse de más lujos de los que podía aspirar.

O no era tan inteligente como Stephen creía...

Ni tan ambiciosa...

O no le interesaba el lujo...

O había sido inocente en todo momento y sin falsedades, tan inocente como en el aspecto sexual hasta la noche anterior.

Stephen vaciló, incómodo, y, por fin, rechazó la última posibilidad. Los inocentes no huían ni se escondían, y más cuando contaban con el valor y audacia que caracterizaban a Sheridan.

57

En consideración al cumpleaños de Noel y en un inútil intento de mantener una apariencia de ambiente festivo, Whitney declaró prohibido aludir a Sheridan Bromleigh durante el fin de semana, pero el fallido intento de reconciliación persistía como una nube

Librodot

sobre la mayoría de los huéspedes de los Claymore. Al cabo de unas horas de su marcha, nubes de tormenta cubrieron el cielo y comenzó a llover, lo que los obligó a refugiarse en el interior y ensombreció aún más la sensibilidad de las mujeres. Sólo Charity Thornton parecía inmune a aquel ambiente y con tantas energías que se negó a seguir el ejemplo de las restantes damas y de la mayoría de los caballeros de retirarse a sus habitaciones para echar una siesta antes de cenar. En realidad, su ausencia le convenía a la perfección.

Sentada en un muelle sofá de cuero de la sala de billares, con los tobillos cruzados y las manos entrelazadas en el regazo, contemplaba cómo jugaban el duque de Claymore, Jason Fielding y Stephen Westmoreland.

-El billar siempre me ha parecido muy intrigante -mintió mientras Clayton golpeaba las bolas y fallaba la tacada-. ¿Era una estrategia especial.., extender todas las bolas por la mesa para que Langford tenga ahora que enfrentarse a ellas? -inquirió con viveza.

-Un interesante modo de considerarlo -repuso Clayton con sequedad, conteniendo su enojo ante aquella intervención de la causante de su fallo.

-¿Y qué sucederá ahora?

Jason Fielding respondió con una risita:

-Ahora intervendrá Stephen y ninguno de nosotros tendremos más oportunidades en esta jugada.

-¡Ah, comprendo! -comentó Charity con inocente sonrisa dirigida a su supuesta víctima, mientras ésta frotaba algo en el extremo de su taco y se inclinaba sobre la mesa-. ¿Significa eso que sois el jugador más experto, Langford?

Aunque el conde alzó la mirada al oír su nombre, Charity tuvo la sensación de que no la escuchaba ni se concentraba en el juego. Desde que Sheridan se había marchado, su talante era casi lúgubre. A pesar de ello, cuando tiró, las bolas chocaron entre sí, se estrellaron seguidamente a los lados de la mesa y tres de ellas desaparecieron por los agujeros.

-¡Buen tiro, Stephen! -exclamó Jason.

Charity aprovechó aquella oportunidad que estaba esperando.

-Por eso disfruto de la compañía de los caballeros -declaró de repente. Y observó a Clayton, que servía madeira en las copas de sus invitados.

-¿Por qué? -inquirió él cortésmente.

-Las mujeres suelen ser mezquinas e incluso vengativas sin motivación aparente -observó, mientras Stephen apuntaba y acertaba de nuevo-, pero los caballeros son muy leales entre sí. Fijos en Wakefield, por ejemplo -dijo, obsequiando con una sonrisa de aprobación a Jason, marqués de Wakefield-. Si hubierais sido mujer, Wakefield, habríais sentido celos del superior dominio del juego mostrado por Langford hace unos momentos. Pero ¿ha sido así?

-Sí -bromeó Jason. Pero, ante su desmayada expresión, añadió al punto-: No, desde luego que no, madame.

Librodot

-¡Exactamente lo que os decía! -aplaudió Charity mientras Stephen rodeaba la mesa y se disponía a tirar de nuevo-. Pero siempre que pienso en la lealtad y amistad entre varones, ¿sabéis de quién me acuerdo en seguida?

-No, ¿de quién? -inquirió Clayton, que no perdía de vista a Stephen, el cual se preparaba para su siguiente tiro.

-¡De Nicholas DuVille y de Langford!

La bola se desvió lateralmente del taco de Stephen y rodó a un lado de la mesa, donde rozó con suavidad a aquella contra la que iba dirigida. Esta avanzó poco a poco hacia el agujero, fluctuó un instante en el borde y, por último, se internó en él.

-Eso no ha sido habilidad sino pura suerte -comentó Jason. Con la intención de cambiar de tema, añadió-: ¿Os habéis detenido a calcular cuántas veces se gana una partida con suerte en lugar de habilidad? Yo me propongo hacerlo.

Charity hizo caso omiso del intento de Wakefield de cambiar de tema y siguió urdiendo su trama, de modo que dirigía con toda intención su animada charla a Jason y a Clayton y evitaba mirar al conde, que rodeaba la mesa para su siguiente intervención.

-Si Nicholas no hubiera sido tan leal amigo de Langford, habría obligado a Sheridan Bromleigh a regresar a su casa inmediatamente cuando ella huyó y aterrizó en su puerta deshecha en llanto. ¿Y por qué no lo hizo? ¡Ciertamente que no lo hizo!

Por el espejo que tenía enfrente observó que Stephen interrumpía su juego y fijaba en ella la mirada entornando los ojos.

-Sheridan le rogó que le contase por qué Langford la había pedido en matrimonio. ¡Y aunque no era responsabilidad del pobre Nicholas, se lo contó todo y le destrozó el corazón! ¡Así lo hizo! ¡Le hubiera resultado mucho más fácil decirle una mentira o enviarla a casa para que interrogara a Langford, pero asumió esa responsabilidad para ayudar a su querido amigo Y compañero!

-¿Qué le dijo exactamente mi amigo DuVille a Sheridan? -preguntó Stephen en voz baja e intensa mientras se erguía poco a poco, sin consumar la tirada.

Charity se volvió hacia él y lo miró con expresión sorprendida e ingenua.

-¡Pues la verdad, desde luego! Como ella ya sabía que no era Charise Lancaster, Nicholas le explicó que Burleton había muerto y que vos os sentíais responsable de ello. Esa fue, a fin de cuentas, la razón por la que simulasteis ser su prometido.

Los tres hombres la contemplaron en silencio con una expresión de ira y sorpresa a la vez, y Charity les sonrió con animación.

-Puesto que Sheridan es una muchacha romántica, aún deseaba creer que podíais haber tenido alguna otra razón para pedirle que se casara con vos, pero el querido Nicholas le explicó, con gran firmeza, que sólo se lo propusisteis por piedad, naturalmente, al enteraros de la desdichada desaparición de mister Lancaster. Lo que resultó muy doloroso para la pobre muchacha. Pero Nicholas hizo lo que debía, por altruismo y lealtad hacia su propio sexo.

Librodot

Stephen arrojó el taco a la taquera con violencia.

-¡Ese hijo de perra! -exclamó con voz queda mientras salía a toda prisa de la estancia.

Charity pareció más sorprendida de que profiriese una palabrota en su presencia que de su marcha.

-¿Adónde creéis que se dirige? -le preguntó a Fielding con aire inocente.

Jason apartó lentamente la mirada de la puerta por la que había desaparecido el conde y observó a Clayton.

-Adónde creéis vos que va? -inquirió a su vez.

-Diría que se dispone a tener una «conversación» con un viejo «amigo» -repuso el duque con sequedad.

-¡Magnífico! -exclamó Charity animada-. ¿Qué os parece si me permitís jugar al billar con vosotros puesto que Langford se ha ido? Creo que no tardaría en aprender las normas.

El duque de Claymore la observó largo rato, divertido y en silencio. Tanto, en realidad, que Charity se sintió algo incómoda.

-¿Y si en lugar de ello jugáramos al ajedrez? Tengo la sensación de que sois especialista en estrategia.

Charity meditó unos momentos y asintió.

-Creo que tenéis razón -dijo.

58

Aunque la temporada tocaba a su fin, las selectas salas de juego de White's estaban repletas de un público opulento, deseoso de arriesgar enormes sumas ante una carta o el giro de una rueda. White's era el club más antiguo y más elegante de St. James's Street, más bullicioso y mejor iluminado que The Strathmore, aunque también poseía sus sacrosantas tradiciones. En un amplio mirador de la fachada, en otros tiempos, Beau Brummel había exhibido entre su corte de amigos al duque de Argyli, a los caballeros Sefton, Alvanley y Worcester y, en ocasiones, al príncipe regente.

Sin embargo, más famoso que su mirador era su libro de apuestas, en el que distinguidos miembros habían consignado durante muchos años sus pronósticos sobre acontecimientos que oscilaban desde lo solemne y lo sórdido a lo absurdo. En dichos registros figuraban posturas sobre el resultado de una guerra, la probable fecha de d función de un pariente rico, el candidato que conseguiría la mano de alguna dama, e incluso el resultado de una carrera entre cerdos selectos, propiedad de dos miembros del club.

En una mesa cercana al fondo de la sala jugaban a whist William Baskerville, el duque de Stanhope y Nicholas DuVille. Por espíritu de camaradería, los tres caballeros habían

Librodot

permitido que se unieran a ellos dos jóvenes de excelentes familias, unos licenciosos en ciernes, obsesionados por el deporte y ansiosos de crearse un nombre en la ciudad y destacar en los varoniles vicios del juego y la bebida. Las conversaciones eran tímidas y escasas; las apuestas, rápidas y considerables.

-A propósito de los ausentes -dijo uno de los jóvenes caballeros, que apenas había hablado de otra cosa-, no he visto a Langford por Hyde Park en toda la semana.

Baskerville lo informó mientras contaba sus fichas.

-Según creo, es el cumpleaños de su sobrino, y la duquesa de Claymore ha decidido celebrar una pequeña fiesta. Una mujer encantadora, la duquesa -añadió-. No me canso de repetírselo a Claymore cada vez que lo veo.

Miró de reojo a DuVille, que se hallaba a su izquierda, y añadió:

-Vos erais amigo de su gracia en Francia, antes de que viniese a Inglaterra, ¿no es cierto?

Nicki asintió sin levantar la mirada de sus cartas. Luego, automáticamente, anticipó una advertencia a cualquier posible murmuración:

-Me considero afortunado por contar con la amistad de la familia Westmoreland.

Uno de los jóvenes, que había bebido en exceso, oyó aquellas palabras con cierta sorpresa y demostró su falta de refinamiento, así como su escasa habilidad para encajar el alcohol, al expresar verbalmente sus pensamientos:

-¡No digáis eso! Circulan rumores de que Langford y vos estuvisteis a punto de llegar a los puños en Almack's por cierta pelirroja que os gustaba a ambos.

Baskerville resopló ante semejante ocurrencia:

-Jovencito, cuando tengáis más experiencia en sociedad, aprenderéis a separar los chismes de la verdad. Y para que eso ocurra, deberéis estar mejor informado acerca de los individuos afectados. He oído la misma historia, pero como también conozco a DuVille y a Langford, me consta que todo es pura cháchara. Lo comprendí al instante.

-¡Y yo también! -anunció el más sobrio de los jóvenes.

-Un lamentable absurdo que pronto será olvidado -confirmó Nicki, puesto que todos parecían aguardar su respuesta.

-Lo comprendí en seguida -intervino el hermano de miss Charity, el distinguido duque de Stanhope, que depositaba sus fichas en el creciente montón del centro de la mesa-. No me sorprende en absoluto descubrir que Langford y vos mantenéis excelente amistad: sois las personas más agradables que conozco.

-No lo dudo -repuso el joven sobrio, y miró a Nicki con malévola sonrisa-, pero si Langford y vos alguna vez llegáis a las manos, me gustaría estar presente.

-¿Por qué? -se interesó el duque de Stanhope.

Librodot

-Porque he visto a Langford y a DuVille luchar en Gentleman Jackson's. No uno contra el otro, desde luego, pero eran los mejores que he visto en mi vida con los puños. Un enfrentamiento entre ambos incluso me hubiera atraído hasta Almack's.

-¡Y a mí! -exclamó su compañero entre accesos de hipo.

Baskerville, que se sentía abrumado por aquel erróneo concepto juvenil de la virilidad civilizada, se sintió obligado a señalar su enorme falta de comprensión:

-Langford y DuVille jamás se rebajarán a dirimir cuestiones con los puños, amigos míos. Esa es la diferencia entre vosotros, cachorros irreflexivos, y caballeros como ellos. Deberíais observar los excelentes modales de vuestros mayores y adquirir más refinamiento, ¿sabéis? En lugar de admirar a DuVille por su habilidad en la lucha, sería más inteligente que imitarais sus excelentes modales y su elegancia con la corbata.

-Gracias, Baskerville -se sintió obligado a responder Nicki, porque su compañero parecía aguardar que corroborara sus palabras.

-De nada, DuVille. Me limitaba a exponer un hecho. En cuanto a Langford -prosiguió mientras aguardaba su turno para apostar-, no podríais encontrar mejor ejemplo de refinamiento y caballerosidad. ¡Puñetazos para zanjar una diferencia! -se burló-. ¡Sólo pensar en ello resulta ofensivo para un hombre civilizado!

-E incluso ridículo comentarlo -convino el duque de Stanhope, que observaba el rostro de los restantes jugadores antes de decidirse a apostar por su poco favorable mano.

-Disculpadme señores si... -comenzó el joven sobrio, pero se interrumpió de repente-. ¡Creí que dijisteis que Langford se encontraba en el campo! -exclamó sorprendido, como si sugiriera que había pruebas que demostraran lo contrario.

Los cinco hombres alzaron la mirada y vieron que Stephen Westmoreland se dirigía hacia ellos con expresión amenazadora. Sin molestarse siquiera en devolver los saludos a sus conocidos, el conde de Langford avanzaba con decisión, sorteaba mesas, sillas y jugadores y se dirigía claramente hacia los cinco hombres de la mesa de Baskerville, cuyos asientos rodeó a continuación.

Cuatro de ellos se quedaron tensos, observándolo con la recelosa incredulidad de los inocentes que, de pronto y de modo inexplicable, se enfrentan a una amenaza que no comprenden ni merecen.

Sólo Nicholas DuVille permanecía indiferente al peligro que emanaba tangible de Langford. En realidad, ante el público de White's, que se volvía fascinado a observarlos, Nicholas parecía invitarlo decididamente a un enfrentamiento con su intencionada y exagerada despreocupación. Cuando el conde se detuvo junto a su silla, DuVille se reclinó hacia atrás, hundió las manos en sus bolsillos y, con un cigarrillo entre los dientes, saludó al conde, sarcástico:

-¿Venís a reuniros con nosotros, Langford?

-¡Levantaos! -masculló su interlocutor.

Librodot

El desafío era inminente e inconfundible.

Aquello ocasionó una pequeña conmoción, durante la cual varios jóvenes corrieron en busca del libro de apuestas de White's para inscribir sus pronósticos acerca del resultado. Ello provocó que se difundiera una indolente e inexpresiva sonrisa por el rostro de DuVille, que se apoltronó aún más en su sillón mientras mordisqueaba pensativo el extremo de su cigarro y consideraba la invitación con cierto deleite. Como si deseara asegurarse de que sus esperanzas' no eran infundadas, enarcó una ceja al tiempo que le preguntaba, divertido:

-¿Aquí?

-¡Levantaos de ese sillón! -masculló el conde con voz peligrosamente queda-. ¡Hijo de...!

-En definitiva, aquí -le interrumpió DuVille.

Con expresión endurecida, se levantó y señaló con la cabeza hacia una de las habitaciones traseras.

Al cabo de unos momentos las noticias de la inminente lucha llegaban al director de White's, que se apresuró a salir de la cocina.

-¡Vamos, vamos, caballeros! -suplicó al tiempo que se internaba entre aquellos que salían con cortés apresuramiento de la habitación del fondo-. ¡Jamás en la historia de White's se ha producido...!

En aquel momento le dieron con la puerta en las narices.

-¡Pensad en vuestra integridad, caballeros! ¡Tened consideración del mobiliario! -gritó.

Abrió un instante la puerta, a tiempo de percibir el salvaje sonido de un puño que se estrellaba contra un hueso y de ver cómo giraba bruscamente la cabeza de DuVille.

El director cerró con rapidez y se volvió en redondo, palidísimo, sin soltar el pomo de la puerta. Un centenar de rostros masculinos lo observaban llenos de expectación, interesados por obtener idéntica información.

-¿Y bien? -dijo uno de ellos.

El rostro del hombre se retorció de dolor mientras consideraba el posible perjuicio que sufrirían las costosas mesas de verdes tapetes destinadas al juego, pero logró balbucir una temblorosa respuesta:

-En estos momentos... sugeriría que están... tres a dos.

-¿A favor de quién, amigo mío? -inquirió, impaciente, un caballero elegantemente vestido que aguardaba en una larga hilera para inscribir su apuesta en el libro.

El director vaciló, alzó su mirada al cielo como si rogara que le inspirase valor y, por fin, se volvió de nuevo y entreabrió la puerta y curioseó por la rendija en el preciso instante en que un cuerpo chocaba contra una pared con estrépito atronador.

Librodot

-¡A favor de Langford! -gritó ladeando la cabeza.

Pero cuando se disponía a cerrar, otra explosión igual que la anterior hizo vibrar las vigas e inspeccionó de nuevo la situación.

-¡No... DuVille! ¡No, Langford! ¡No...! -cerró bruscamente, sin poder evitar golpearse la cabeza mientras un par de pesados hombros arremetían contra la puerta.

Mucho después de que concluyeran por fin los sonidos producidos por aquel enfrentamiento, el director aún permanecía con la espalda apoyada contra los batientes que, de pronto, cedieron tras él y lo enviaron tambaleándose por la desierta habitación de la que salían el conde de Langford y Nicholas DuVille.

A solas en la habitación y aturdido, aunque aliviado, el hombre inspeccionó con detenimiento su entorno que, a primera vista, parecía milagrosamente ordenado. Se disponía a proferir una ferviente oración de gratitud cuando reparó en una mesita auxiliar que se apoyaba sobre tres patas firmes y una cuarta muy astillada, y se llevó la mano al corazón, como si también se le hubiese astillado. Con pasos indecisos se aproximó a una mesa de juego, retiró de tan improcedente lugar una jarra y descubrió que ocultaba un espantoso agujero en el paño verde que la cubría. Entornó los párpados e inspección la estancia con mayor detenimiento. En un extremo se veían cuatro sillas pulcramente dispuestas en torno a una mesa redonda. Pero, de pronto, advirtió que todas ellas tan sólo tenían tres patas.

Un reloj dorado de delicada orfebrería que solía adornar el centro del aparador de taracea se encontraba en aquellos momentos en un extremo. Con manos temblorosas, el director se apresuró a restituirlo a su lugar y lanzó una exclamación de horror al ver cómo se desplomaba y pendían lánguidas sus manecillas a ambos lados.

Agitado por la ira y la angustia, el hombre se apoyó en el respaldo de la silla más próxima y el reloj se le cayó de las manos.

En la estancia contigua, el salón principal de White's, estallaron de repente insólitas y ruidosas conversaciones ante la presencia de DuVille y Langford, táctica de diversión propia de los varones cuando pretenden simular que centran su atención en alguna cuestión por completo ajena a la que los ocupa.

Los recientes rivales, indiferentes o inconscientes del forzado ambiente y de las miradas vigilantes que los observaban, se separaron al llegar al centro de la sala: Langford en busca de un camarero que le sirviera algo de beber, y DuVille para ocupar de nuevo su puesto en la mesa de juego.

-¿Me tocaba barajar a mí? -pregunto mientras se acomodaba en su asiento y se disponía a coger la baraja.

Los dos jóvenes asintieron al unísono y el duque de Stanhope repuso con suma cortesía que no estaba muy seguro, pero Baskerville, encolerizado por haber quedado en ridículo ante sus jóvenes compañeros, abordó el tema que todos tenían en la mente.

-Deberíais explicar a estos dos jóvenes lo que ha sucedido ahí adentro puesto que no podrán concentrarse ni siquiera dormir si no conocen el resultado -dijo malhumorado-. ¡Un comportamiento vergonzoso, no siento reparos en decíroslo, DuVille! ¡Y por ambas partes!

-No hay nada que decir -repuso Nicki con aire inocente. Cogió las cartas del centro de la mesa y las barajó como un experto-. Discutíamos acerca de una boda.

Baskerville pareció tranquilizado, pero poco convencido; los dos jóvenes se mostraban divertidos, aunque el que había bebido tuvo la temeridad y malos modales de mofarse de la explicación recibida.

-¿Una boda? -Se carcajeó tras lanzar una intencionada mirada al desgarrado cuello de Nicki-. ¿Qué pueden discutir dos hombres acerca de una boda?

-Quién será el novio -repuso Nicki imperturbable.

-¿Y os habéis decidido, señor? -se interesó el más educado de ambos, al tiempo que dirigía una mirada de advertencia a su compañero y se esforzaba por simular que creía aquella historia.

-Sí -repuso Nicki, que se inclinaba para echar sus fichas en el centro de la mesa-. Yo seré el padrino.

El despreocupado joven tomó un trago largo y profirió una carcajada.

-¡Una boda! -se burló.

DuVille..alzó con lentitud la cabeza y le dirigió una intensa y especulativa mirada.

-¿Preferiríais que fuese un funeral? -preguntó.

Temiendo que aún pudiera producirse lo peor, Baskerville medió en la cuestión:

-¿Qué más habéis discutido Langford y vos? La polémica ha durado mucho rato.

-Hablamos de ancianas con memorias defectuosas -repuso Nicki irónico-. Y nos maravillamos de la sabiduría divina que, por razones incomprensibles, permite de vez en cuando que sus lenguas aún funcionen cuando sus cerebros ya han dejado de estar en activo.

El duque de Stanhope lo observó con dureza.

-Confío en que no os refiráis a alguien que yo conozca.

-¿Conocéis a alguien con el poco apropiado nombre de «Charity» en lugar de «Pájaro loco»?

El duque sofocó una carcajada de horror ante aquella intencionada e inconfundible descripción de su anciana hermana.

-Tal vez -repuso.

La llegada de otro jugador, que saludó con una informal, aunque amistosa, inclinación de cabeza a Baskerville mientras ocupaba la silla contigua a DuVille, impidió que se prolongara aquella conversación tan embarazosa.

Librodot

El recién llegado extendió sus largas piernas bajo la mesa y observó con fijeza a los desconocidos jóvenes, en espera, al parecer, de que le fueran presentados. Sin duda, DuVille fue el único que se dio cuenta de ello.

-Estos dos caballeros boquiabiertos y con las manos en los bolsillos son lord Banbraten y lord Isley comunicó al recién llegado.

Y, a continuación, indicó a los jóvenes:

-Creo que el conde de Langford resultará familiar para vosotros, ¿no es cierto?

Ante el asentimiento de ambos, Nicki acabó de barajar las cartas.

-Bien, puesto que se ha zanjado la cuestión, el conde y yo nos esforzaremos por despojaros del dinero de vuestros padres.

Recogió las cartas que se había adjudicado con una mueca de dolor provocado por un pinchazo en las costillas.

-¡Mala mano!, ¿verdad? -rió entre dientes el duque de Stanhope, en una errónea interpretación de su visaje.

Stephen, con la equívoca creencia de que la frase iba dirigida a él, contempló sus nudillos hinchados y flexionó los dedos.

-No demasiado.

Se volvió hacia un camarero que se aproximaba a ellos con una bandeja y cogió sendas copas de excelente coñac, una para sí y la otra para DuVille.

-Con mis respetos -dijo inexpresivo.

Y dirigió una mirada reprobatoria a uno de los jóvenes que había volcado el vino al coger la copa.

-No sabe aguantar la bebida -le explicó Nicki, que seguía la dirección de su mirada.

Stephen cruzó los tobillos y miró con desaprobación al rubicundo)oven de turbia expresión.

-Deberían enseñarles a comportarse antes de que alternen en sociedad -comentó.

-Opino lo mismo -convino Nicki.

59

Los Skeffington habían renunciado a su casa de alquiler en la ciudad y habían regresado al pueblo de Blintonfleid. De resultas de ello, Nicki tardó tres horas más de las previstas en encontrar a Sheridan y poner en práctica un plan romántico que Langford consideraba el

mejor y único sistema de conducirla a su lado, así como de convencerla de lo honorable de sus intenciones.

A Nicki no le resultaba en absoluto extraño haberse convertido en el emisario de Stephen Westmoreland en lugar de en su adversario. En primer lugar, tan sólo hacía todo lo posible por reparar una relación que, de modo involuntario, había contribuido a perjudicar. Por otra parte, disfrutaba enormemente con su papel, que consistía en convencer a Sheridan de que abandonase su empleo en casa de los Skeffington y lo acompañase en seguida para someterse a una entrevista, en una finca situada a varias horas de camino, donde le ofrecían un «mejor empleo».

Para tal fin lo acompañaban dos institutrices de impecable calificación, destinadas a reemplazarla.

Puesto que lady Skeffington se había marchado a Devon con su hija, donde, según había oído, pasaría el mes de julio el futuro duque de Norringham, Nicki sólo tuvo que convencer a sir John para que aceptara a dos institutrices en lugar de una, fácil hazaña teniendo en cuenta que Stephen les pagaría en secreto más de la mitad de sus honorarios durante el primer año.

Una vez conseguido todo ello, Nicki intentó convencer a Sheridan de la lógica, y la necesidad, de hacer su equipaje al punto y acompañarlo a reunirse con un desconocido noble que tenía un «empleo mejor» que ofrecerle. A tal fin, le facilitó toda la verdad que le era posible, e improvisaba cuando la ocasión, o su sentido del humor, lo exigían.

-El vizconde Largrove es algo temperamental, en ocasione incluso desagradable -le dijo-, pero adora a su sobrino, que es su heredero en estos momentos, y sólo desea lo mejor para él.

-Comprendo -repuso Sheridan, que se preguntaba cuán temperamental y desagradable sería el vizconde.

-Los honorarios son excelentes, a fin de compensar los defectos personales del vizconde.

-¿A cuánto ascienden?

La cifra que mencionó dejó sorprendida y embelesada a Sheridan.

-Existen, además, otros gajes en este empleo.

-¿Qué clase de gajes?

-Una gran suite para vos, una doncella para atenderos, un caballo para vuestro uso...

Se le abrían los ojos de asombro ante sus palabras.

-¿Aún hay más?

-Sí. A decir verdad, una de las características más atractivas del cargo podría calificarse como... posesión.

-¿Qué significa eso?

-Significa que si aceptáis el empleo, será vuestro, con todas sus prerrogativas, mientras viváis.

-Sólo pensaba permanecer unos meses en Inglaterra.

-Una pequeña complicación, pero quizá podáis convencer al vizconde para que os lo conceda a pesar de todo.

Sheridan vaciló mientras se esforzaba por obtener una imagen más clara del personaje.

-¿Es un caballero anciano?

-Relativamente -le confirmó Nicki.

Y pensó, divertido, que Langford era un año mayor que él.

-¿Ha tenido otras institutrices anteriormente?

Nicki imaginó varias respuestas del todo impropias acerca de semejante probabilidad, pero finalmente le dio la que ella esperaba.

-Sí.

-¿Por qué lo dejaron?

Se le ocurrió otra serie de divertidas especulaciones, y se decidió por una de ellas.

-Tal vez porque esperaban la posesión y no se la ofreció -sugirió sin alterarse. Luego, para evitar más preguntas, añadió-: Como os he dicho hace unos momentos, es una cuestión de suma urgencia para el vizconde. Si os interesa el cargo, haced el equipaje cuanto antes y pongámonos en marcha. Le prometí presentaros a él a las dos y ya llevamos tres horas de retraso.

Sin poder dar crédito a la buena suerte que por primera vez le sonreía desde su llegada a Inglaterra, Sheridan vaciló un instante y luego se levantó decidida.

-No entiendo por qué le interesa emplear a alguien como yo, cuando sin duda podría escoger institutrices inglesas mejor calificadas.

-Está empeñado en que sea americana -repuso con divertida certeza.

-Muy bien. Iremos a verlo y, si somos compatibles, me quedare con él.

-En eso confía -repuso Nicki.

Cuando se disponía a subir a su habitación para hacer el equipaje, Nicki añadió:

-Os he traído un vestido mejor para presentaros, uno que no es tan... -trató de hallar algún defecto en su atavío, oscuro y sencillo, mas perfectamente limpio-, tan sombrío –concluyó-. Al vizconde Hargrove no le agrada rodearse de cosas lúgubres.

60

-¿Sucede algo, chérie? -le preguntó cuando el sol comenzaba su lento descenso.

Sherry apartó la mirada del verde paisaje que se deslizaba por la ventanilla del carruaje y negó con la cabeza.

-Sólo aguardo ansiosa el cambio... Un empleo nuevo, magníficos honorarios, disponer de una hermosa habitación, caballos para cabalgar... Se diría que es demasiado bueno para ser cierto.

-¿Por qué, entonces, esa expresión tan solemne?

-No me parece bien haber dejado a los Skeffington así, de repente -admitió.

-Ahora tendrán dos institutrices en lugar de una. Skeffington estaba tan entusiasmado que os hubiera ayudado a hacer el equipaje.

-Si conocierais a su hija comprenderíais la razón. Le dejé una nota, pero me disgusta no haberme despedido de ella. En realidad, odio dejarla sola con ellos. De todos modos -añadió, y trató de superar su inquietud con una sonrisa-, os estoy muy agradecida por cuanto habéis hecho por mí.

-Confío en que así os lo parezca dentro de un rato -repuso Nicki con ironía. Consultó su reloj y frunció el entrecejo-. Llegaremos muy tarde. Acaso, después de todo, crea que no nos presentamos.

-¿Por qué iba a pensar eso?

Se demoro unos instantes más de lo necesario en responderle, pero Sherry hizo caso omiso de ello.

-No pude garantizar al vizconde que lograría convenceros para dejar vuestro actual empleo.

Ella estalló en carcajadas.

-¿Quién estaría tan loco para dejar pasar una oferta como ésta? -repuso. De pronto se le ocurrió otra posibilidad que ensombreció su expresión-. ¿No trataréis de decirme que acaso haya dado el empleo a otra persona a causa de nuestro retraso?

De pronto, aquella pregunta pareció divertirle. Se removió en su asiento, colocándose de modo que apoyaba la espalda contra la ventanilla lateral y extendía su larga pierna en el asiento contiguo.

-Estoy convencido de que el empleo sigue siendo vuestro si lo deseáis -repuso con absoluta seguridad al advertir su preocupada expresión.

-Hace un día tan hermoso... -comenzó Sherry al cabo de media hora.

Librodot

Se interrumpió para asirse a fin de no perder el equilibrio mientras los caballos reducían de repente su marcha y el carruaje giraba bruscamente a la izquierda abandonando la carretera principal.

-Debemos de estar llegando a la casa -dijo.

Se arregló los anchos y ajustados puños y las amplias mangas del encantador vestido azul pálido con bordados que Nicki le había traído, y se pasó la mano por los cabellos para asegurarse de que estaban bien recogidos.

Nicki se acercó a la ventanilla a contemplar los antiguos edificios de piedra que se levantaban a un lado del angosto sendero cubierto de hierbas y sonrió satisfecho.

-La residencia campestre del vizconde aún se halla a cierta distancia. Sin embargo, a estas horas debería encontrarse aquí- Según me dijo éste era el lugar más adecuado para que afl10s tratarais del empleo que desea ofreceros.

Sheridan se ladeo, curiosa, para mirar a su vez por el cristal y enarcó las delicadas cejas, confusa y sorprendida.

-¿Es una iglesia?

-Tengo entendido que es una capilla que formaba parte de un priorato escocés durante el siglo dieciséis. Posteriormente fue desmantelada, previa autorización, y trasladad aquí. Tiene gran significado en la ancestral historia del vizconde.

-¿Qué significado puede tener una capilla en la historia familiar? -inquirió Sherry sorprendida.

-Según creo, el antepasado más antiguo del vizconde obligó a un fraile a casarlo con una novia reacia entre esos muros. .&l advertir cómo se estremecía, añadió secamente_: Aunque pensándolo bien, se diría que es una costumbre familiar.

-Parece ancestral y nada divertido ni atractivo. He visto otros dos carruajes en el otro lado, pero están vacíos. ¿A qué clase de servicio pueden asistir a esta hora y en un lugar tan apartado del camino?

-Se trata de algo privado, muy privado -repuso Nicki. Acto seguido, cambió de tema-: Dejadme comprobar vuestro aspecto.

Ella se lo quedó mirando y Nicki frunció el entrecejo.

-Parece que se os han escapado unos mechones -comentó.

Sherry, sorprendida porque sentía sus cabellos sujetos, se disponía a llevarse las manos a la cabeza, pero él se le adelantó.

-Dejadme a mí. No tenéis espejo.

Sin darle tiempo a protestar ni advertirla, sacó las largas agujas en lugar de asegurarlas y toda su cabellera se le desparramó por los hombros en absoluto desorden.

-¡Oh, no! -exclamó Sherry.

-¿Tenéis un cepillo?

-Sí, desde luego. Pero preferiría que no hubierais...

-No os preocupéis. Os sentiréis mejor para expresar vuestras objeciones si sabéis que vuestro aspecto es más... festivo -mintió con escasa convicción.

-¿Qué objeciones podría poner a su oferta?

Nicki aguardó a que el cochero dispusiera la escalera, luego se apeó y le ofreció la mano a ella y, por fin, respondió con vaguedad:

-¡Oh, acaso tengáis alguna objeción que formular! Por lo menos, al principio.

-¿Me ocultáis algo? -inquirió Sherry retrocediendo ligeramente.

Se apartó a un lado, intrigada, mientras el cochero adelantaba con brusquedad los caballos. La brisa ondeó su falda, la agitó con suavidad y jugueteó con sus cabellos mientras avanzaban uno junto al otro. Sherry escudriñaba de reojo el patio lateral de la pintoresca capillita, a fin de descubrir algún indicio de aquel hombre dispuesto a pagar una fortuna a su institutriz.

Creyó percibir un movimiento a su izquierda y se llevó la mano al corazón al tiempo que Nicki la miraba con fijeza.

-¿Sucede algo? -le preguntó.

-Nada. Creí haber visto a alguien.

-Probablemente seria él. Dijo que os aguardaría por aquí.

-¿Por aquí? ¿Qué hace aquí?

-Imagino que meditar sobre sus pecados -respondió Nicki de modo sucinto-. Ahora apresuraos a escuchar lo que tenga que deciros. Y... ¿chérie?

Ella se detuvo un instante cuando ya se disponía a internarse por el sendero.

-¿Sí? -repuso ladeando ligeramente la cabeza.

-Si no deseáis aceptar el cargo que os ofrece, os marcharéis de aquí conmigo. No os sintáis obligada a quedaros si no es vuestro deseo. Recibiréis otras ofertas, aunque quizá no tan... divertidas, en algunos aspectos, como resultaría ésta. Recordadlo -insistió con firmeza-, si deseáis declinar, podéis venir conmigo y contar con mi protección.

Sherry hizo una señal de asentimiento y se internó por el camino al otro lado de la carretera, con sumo cuidado de no ensuciarse los zapatos. A continuación se dirigió hacia la pequeña verja blanca y la abrió, mientras parpadeaba para ajustar su visión a la zona más oscura de la arboleda. Frente a ella, a la sombra de un árbol, se encontraba un hombre con los

brazos cruzados en el pecho, las piernas algo separadas y los guantes en la mano, con los que se golpeaba, distraído, la cadera. Avanzó hacia él con la confusa sensación de que había algo familiar en su aspecto. El corazón le latía tumultuoso de impaciencia y nerviosismo ante la próxima entrevista.

Avanzó unos pasos y él también. De pronto se detuvo bruscamente ante el sonido de su voz.

-Temía que no vinierais -dijo el hombre en tono solemne.

Por una décima de segundo sintió como si sus pies se pegaran en el suelo; luego dio media vuelta y echó a correr, a impulsos de la ira y la impresión, con insólita velocidad, pero sin lograr dejarlo atrás. Stephen la alcanzó cuando casi llegaba a la entrada y la asió por los hombros para obligarla a girar en redondo.

-¡Soltadme! -le advirtió con respiración trabajosa.

-¿Queréis escuchar lo que tengo que deciros? -inquirió él con aparente tranquilidad.

La soltó ante su señal de asentimiento y entonces Sherry intentó golpearlo, pero en esta ocasión no lo cogió por sorpresa y volvió a asirla por los brazos.

-No me obliguéis a sujetaros -exclamó con expresión afligida.

-¡No pienso obligaros a nada! ¡Sois odioso, despreciable, lujurioso!... -exclamó iracunda mientras se esforzaba en vano por liberarse-. ¡Y pensar que Nicki ha sido partícipe de este engaño! El me ha traído aquí tras convencerme de que dejase mi empleo! ¡Me ha hecho creer que ibais a ofrecerme un trabajo!...

-Tengo un empleo que ofreceros.

-¡No me interesa ninguna de vuestras ofertas! -replicó. Había renunciado a su fútil resistencia física y se le enfrentaba, furiosa e indefensa-. ¡Aún estoy ofendida por la última que me hicisteis!

El hizo una mueca de dolor ante aquella alusión, pero, como si no la hubiese oído, prosiguió:

-El nuevo empleo incluye una casa..., varias casas.

-¡Eso ya lo he oído antes!

-¡No, no lo habéis oído jamás! -repuso-. Incluye criados para cumplir vuestros menores deseos, todo el dinero que queráis gastar, joyas, pieles. Y yo también estoy incluido.

-¡No os quiero! -exclamó-. ¡Ya me utilizasteis como una... como una vulgar ramera; ahora alejaos de mí! ¡Dios! -dijo con la voz quebrada-. Me siento tan avergonzada, todo es tan trillado: la institutriz que se enamora del señor de la casa, sólo que, en las novelas, él no se comporta como hicisteis conmigo. ¡Fue tan horrible...!

-¡No digáis eso! -la interrumpió con sequedad-. ¡Por favor, no digáis eso! ¡No fue horrible, fue...!

Librodot

-¡Sórdido! -gritó Sherry.

-El nuevo empleo me incluye a mí -prosiguió, pálido y tenso-. Y también mi nombre, mi mano y todo cuanto poseo.

-¡No quiero...!

-Sí queréis -dijo, de un modo que provocó en Sherry un temblor al comprender lo que aquello significaba.

La invadió una breve oleada de alegría, pero en seguida adivinó que tan sólo sufría otro acceso de remordimiento y sentido del deber, en esta ocasión, sin duda, por haberla seducido.

-¡Maldito seáis! -exclamó--. ¡No soy una inclusera con la que estéis obligado a casaros cada vez que os sentís culpable! ¡La primera vez que lo hicisteis, ni siquiera era yo la persona adecuada para merecerlo!

-¡Culpable! -repitió con seca y amarga risa-. La única ocasión en que me he sentido culpable, en lo que a vos concierne, fue cuando os deseé para mí en el instante en que recobrasteis el conocimiento. ¡Por Dios, miradme y comprenderéis que os digo la verdad! -La cogió por la barbilla y ella no se resistió ni cedió, pero dirigió la mirada por encima de su hombro-. Le quité la vida a un joven y luego, al ver a su prometida, deseé arrebatársela también. ¿Podéis comprender, aunque sólo sea un momento, cómo me sentía por ello? Lo maté y luego deseaba a la mujer que él no podría poseer porque estaba muerto. Deseaba casarme con vos desde el principio, Sheridan.

-¡No, no es cierto! ¡No fue así hasta que os informaron de que mister Lancaster había fallecido y que su pobre e indefensa hija se quedaba sola en el mundo, sin nadie más que vos!

-Si no hubiera deseado contar con un pretexto para casarme con su «pobre e indefensa hija» habría hecho cuanto hubiese podido por ella, pero sin pensar en el matrimonio. Que Dios me perdone, pero una hora después de recibir la carta, bebía champán con mi hermano para brindar por nuestra boda. Si no hubiera querido casarme con vos, habría bebido cicuta.

Sheridan se esforzó por contener una sonrisa entre sus lágrimas ante aquella ocurrencia porque temía creerlo, temía confiar en él, pero no podía evitarlo porque lo amaba.

-¡Miradme! -dijo Stephen. Y alzó de nuevo su barbilla, mas en esta ocasión Sheridan le dirigió una dulce mirada-. Tengo varias razones para pediros que entréis en esa capilla, donde nos aguarda un párroco, pero el remordimiento no tiene nada que ver con ellas. También debo pediros varias cosas antes de que accedáis a casaros conmigo.

-¿Qué cosas?

-Quiero que me deis hijas con vuestros cabellos y vuestro carácter -comenzó a enumerar sus razones y peticiones-. Me gustaría que mis hijos tuvieran vuestros ojos y vuestro valor. Pero si no lo deseáis así, entonces buscad la combinación que gustéis y humildemente os daré las gracias por toda nuestra descendencia.

Una expresión de felicidad se extendía por el rostro de Sheridan hasta ser tan intensa que le causó dolor.

-Deseo cambiar vuestro nombre -prosiguió con tierna sonrisa-, de modo que no vuelva a haber duda de quién sois o a quién pertenecéis. -Le acarició los brazos y la miró directamente a los ojos-. Deseo tener el derecho de compartir vuestro lecho esta noche y todas las noches a partir de este momento. Y que gimáis en mis brazos de nuevo y despertar envuelto en los vuestros. -Le acarició las mejillas y enjugó dos lágrimas que despuntaban en sus ojos-. Y, por último, deseo oíros decir que me amáis todos los días de mi vida. Si no estáis dispuesta a acceder a esta última petición ahora mismo, accedo a esperar hasta la noche, en que supongo que será así. A cambio de todas estas concesiones, satisfaré todos vuestros deseos que estén a mi alcance.

»En cuanto a lo que sucedió entre nosotros en el lecho en Claymore, no hubo nada sórdido en ello...

-¡Fuimos amantes! -replicó ella con culpable sonrojo.

-Sheridan -dijo en tono quedo-, hemos sido amantes desde el primer momento que vuestros labios rozaron los míos.

Deseaba que ella se sintiera orgullosa, no avergonzada, de aquello, y que lo aceptara como un don especial del destino, y de pronto comprendió que esperaba lo imposible de una joven inexperta. Se disponía a absolverla por completo y asumir toda la culpabilidad del deseo que habían compartido, pero al cabo de unos momentos la mujer que amaba volvió su rostro hacia él y rozó con un suave beso su palma.

-Lo sé -susurró con sencillez.

Aquellas dos palabras le llenaron de tanto orgullo que creyó que iba a estallar. «Lo sé.» Ya no habría más recriminaciones, más simulaciones ni rechazos. En lugar de ello, Sheridan alzó sus ojos hacia él y en sus insondables profundidades sólo leyó dulce aceptación y serena alegría.

-¿Queréis que entremos ahora?

-Sí.

61

Su flamante esposa se removió de mala gana mientras el carruaje se detenía bruscamente y, con igual desgana, apartó Stephen su boca de la de ella.

-¿Dónde estamos? -preguntó Sherry con voz lánguida, tenue como un suspiro.

-En casa -repuso él, algo sorprendido ante el ronco timbre de su voz.

-¿Vuestra?

-Nuestra -rectificó.

Y Sherry se estremeció de dicha al oírlo.

Un sirviente acudió a abrir la portezuela del carruaje y preparar la escalera. Sherry hizo un esfuerzo poco entusiasta para ordenarse los cabellos, se los alisó con los dedos y los apartó de su frente. Mientras lo hacía, advirtió que él la observaba de un modo singular, como si acariciara su melena hasta sus hombros, al tiempo que se intensificaban las arruguitas de su boca en pensativa sonrisa.

-¿En qué pensáis? -se interesó ella.

Stephen acentuó su sonrisa.

-En algo que he recordado desde que salisteis del vestidor en Londres quitándoos una toalla de la cabeza y manifestándome con la mayor gravedad que vuestros cabellos eran «llamativos».

-¿Qué os lo ha hecho recordar? -insistió mientras él se apeaba y le ofrecía la mano.

-Os lo diré más tarde. Mejor aún, os lo demostraré -le prometió Stephen.

-Parece muy misterioso -bromeó Sherry.

Durante cuatro años, las mujeres se habían arrojado a los brazos de Stephen con la esperanza de llegar a ser algún día dueñas de Montclair, la residencia palaciega por él proyectada y construida. En aquellos momentos aguardó la reacción que despertaba en la mujer que por fin había escogido como esposa.

Sherry se cogió de su brazo, sonrió, cordial, a los lacayos que acudían a ayudarlos y, tras avanzar un paso, se detuvo a contemplar la majestuosa e imponente mansión que tenía frente a ella. Se detuvo en seco y contempló, incrédula, las ventanas intensamente iluminadas que se extendían por toda la fachada. Luego se volvió a observar el largo y serpenteante camino, a cuyos lados se alineaban lujosos carruajes hasta donde alcanzaba la vista, miró a Stephen y exclamó con evidente sorpresa:

-¿Celebráis una fiesta?

El conde echó atrás la cabeza y prorrumpió en alegres carcajadas. A continuación la abrazó y hundió su jubiloso rostro en sus cabellos.

-Estoy loco por vos, lady Westmoreland.

A ella no le impresionaba aquel palacio, pero sí la complacía y agradaba el sonido de su nuevo nombre.

-Sheridan Westmoreland -dijo en voz alta-. Me encanta.

El carruaje de Nicholas DuVille se detuvo a sus espaldas y Sherry recordó su antigua preocupación.

-¿Celebráis una fiesta?

Stephen asintió y aguardó a que DuVille llegase junto a ellos.

-Mi madre celebra su sexagésimo aniversario. He organizado un baile para tal ocasión, por cuya razón no estuvieron presentes en la capilla mi hermano y mi cuñada, puesto que me sustituían como anfitriones en mi ausencia. -Como ella parecía algo consternada, le explicó-: Las invitaciones habían sido enviadas hacía algunas semanas, pero no quise aguardar hasta después del baile para celebrar nuestra boda. Para ser exactos -rectificó con cierta sequedad-, no podía resistir la incertidumbre de aguardar un día más para enterarme de si iba a haber una boda.

-No es eso -repuso Sherry, desesperada, mientras subían la escalera de la terraza-, es que no visto de manera adecuada...

Al oír sus palabras, Nicki la miró con expresión herida.

-Yo mismo escogí vuestro vestido en Londres.

-Sí, pero no es apropiado para una fiesta -le explicó Sheridan.

El mayordomo les abrió la puerta y les llegó, por doquier, una explosión de risas y música. Frente a ellos se remontaba una escalera de estilo palladiano que formaba una graciosa u a ambos lados del inmenso vestíbulo y en uno de ellos montaba guardia un mayordomo de rostro familiar y radiante sonrisa, que confiaba ser visto por ella. Sherry olvidó el problema del vestido.

-¡Colfax! -exclamó jubilosa.

El hombre se inclinó muy formal.

-Bien venida a casa, lady Westmoreland.

-¿Están todos aquí? -se interesó Stephen, en un esfuerzo de olvidar el enorme lecho que los aguardaba, ante el problema más inmediato que suponía cambiarse de ropa.

-Sí, señor.

Stephen hizo una señal de asentimiento y se dirigió a su padrino de boda.

-¿Por qué no os adelantáis al salón de baile y Sherry y yo subiremos a cambiarnos?.

-Ni hablar. Deseo presenciar su reacción.

-Muy bien, entonces nos cambiaremos y nos reuniremos con vos en...

Stephen consideraba la posibilidad de estar a solas con su esposa antes de asistir a un baile que se prolongaría hasta primeras horas de la mañana.

-Dentro de veinte minutos -recalcó DuVille, y le dirigió una mirada de complicidad.

Sherry los escuchaba a medias y se preguntaba cómo esperaban que se cambiase. Y así se lo hizo saber a Stephen mientras subían, pero su respuesta se vio interrumpida por DuVille, que gritaba desde el pie de la escalera:

-¡Veinte minutos o subo a buscaros!

Aquel inocente recordatorio provocó un murmullo apenas audible en su flamante esposo.

-¿Qué acabáis de llamar a Nicki?

-«Espíritu de la puntualidad» -mintió Stephen con una incontenible sonrisa ante la dudosa expresión de Sherry.

-No me lo había parecido.

-Era bastante aproximado -dijo. Y se detuvo ante una serie de habitaciones que se encontraban al final del pasillo-. Como no había tiempo para prepararos un vestido, Whitney os ha traído uno que consideraba muy apropiado para la ocasión... En el caso de que regresarais conmigo.

Y con estas palabras, abrió la puerta. Sheridan miró a su alrededor y se encontró con tres doncellas dispuestas para su servicio, pero atrajo al punto su atención un impresionante vestido de satén, de color marfil, delicadamente extendido sobre el enorme lecho, cuya larga cola pendía sobre el cubrecama y se arrastraba hasta el suelo. Avanzó un paso como hipnotizada, se detuvo y desvió su mirada del suntuoso vestido al afectuoso rostro de su marido.

-¿Qué es esto? -inquirió.

A modo de respuesta, Stephen le puso la mano en la nuca y oprimió su mejilla con fuerza contra su pecho al tiempo que le susurraba:

-El traje de boda de Whitney. Deseaba que lo llevarais si regresabais conmigo.

Sheridan pensó que sería absurdo llorar por sentirse dichosa.

-¿Cuánto tardaréis en estar preparada?

-Si debo hacer algo complicado con mi cabello, por lo menos una hora -repuso apesadumbrada.

Stephen inclinó la cabeza por segunda vez y le susurró unas palabras para que no pudieran oírlas las doncellas:

-Cepilladlo, si es preciso, y dejadlo suelto.

-¡Oh, pero...!

-Siento especial predilección por vuestros largos, radiantes y rojos cabellos.

-En ese caso, creo que los llevaré así esta noche -repuso algo temblorosa, mientras él la soltaba.

-Bien, porque sólo nos quedan quince minutos.

La duquesa viuda miró a Hugh Whitticomb cuando el segundo mayordomo, que estaba apostado en el balcón, anunció los nombres del duque y la duquesa de Hawthorne, que pasaron por su lado y entraron en el atestado salón de baile.

-¿Qué hora es, Hugh? -le preguntó.

-Más de las diez -repuso Clayton en su lugar, que acababa de consultar su reloj.

Ante aquella respuesta, los componentes de aquel pequeño grupo se miraron entre sí descorazonados. Whitney expresó los pensamientos de todos con su voz preñada de triste resignación:

-Sherry se ha negado a volver con él. De no ser así, habrían llegado hace tres horas.

-Estaba tan segura... -comenzó miss Charity, pero se interrumpió de repente y hundió los hombros apenada.

-Tal vez DuVille no logró convencerla para que fuese a la capilla -sugirió Jason Fielding.

-Si Nicki DuVille deseaba que lo acompañase, hubiera encontrado el medio de convencerla -aseguró con rotundidad su esposa.

Sin advertir su posible implicación de que ninguna mujer podía resistirse a Nicki, alzó la mirada y vio que su marido observaba a Clayton Westmoreland con el entrecejo fruncido.

-¿Tiene algo DuVille que yo no haya advertido? -inquirió el duque-. ¿Algo que lo haga irresistible?

-Yo no he tenido problemas para resistirlo -repuso Clayton con sequedad.

Pero se interrumpió al ver acercarse a una tía abuela para felicitar a su madre.

-¡Es una fiesta encantadora, Alicia! ¡Debes sentirte muy dichosa esta noche!

-Podría serlo más -suspiró la duquesa viuda.

Y volvió a mezclarse con los invitados del salón.

En el balcón superior, el segundo mayordomo anunciaba a los recién llegados:

-Sir Roderick Carstairs; mister Nicholas DuVille...

La duquesa se volvió en redondo y levantó la mirada junto con sus restantes compañeros que aguardaban noticias sobre el resultado de la jornada. Nicki avanzaba lentamente y con aire solemne por el balcón, en dirección a la escalera que conducía' al salón.

-No ha sido posible! -susurró, apenada, Whitney al observar SU expresión.

Su marido la cogió por la cintura y la atrajo hacia sí.

-Lo intentaste, querida. Hiciste todo lo posible.

-Todos lo hicimos -convino Charity Thornton, a quien empezaba a temblarle la barbilla. Dirigió una triste mirada a Hugh Whitticomb y luego a Nicholas DuVille.

-¡El conde y la condesa de Langford!

Aquella frase provocó una inmediata reacción entre los invitados, que cruzaron miradas de sorpresa y después centraron 5u atención en el balcón. Pero nada podía compararse a la impresión que se produjo entre las siete personas que habían aguardados vigilantes y esperanzadas. Una oleada de excitación las conmovió, se estrechaban las manos entre ellas y alzaban el rostro hacia el balcón, con los ojos humedecidos por las lágrimas, si bien expresaban felices sonrisas.

El conde de Langford avanzaba por el balcón con traje de etiqueta negro y chaleco Y camisa blanca con volantes, y llevaba de su brazo a una princesa que lucía un vestido de satén de color marfileño, con perlas incrustadas y corpiño muy escotado, que se definía formando una profunda uve en la cintura. Una cadena de oro con racimos de diamailtes y perlas que pendía" de cada eslabón se apoyaba en sus caderas y oscilaba a su paso y los cabellos le caían en llameantes ondas y densos rizos por los hombros y la espalda.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó Charity impresionada.

Pero su exclamación quedó sofocada por los estrepitosos aplausos que se extendieron por el salón y que crecieron en intensidad hasta que parecieron agitar las propias vigas.

62

Era su noche de bodas.

Stephen, con la camisa abierta y remangado hasta los codos, permanecía sentado en sus aposentos, en un sillón de orejeras, con los pies apoyados en una mesita, y se entretenía con

una copa de coñac, para dar tiempo a que su novia se desvistiera y despidiese a sus doncellas.

Su noche de bodas...

Su novia...

Se volvió en redondo, sorprendido ante la aparición de su ayuda de cámara.

-¿Puedo ayudaros en algo? -sugirió Damson, ante la gran sorpresa de su amo por su comparecencia rutinaria de todas las noches.

¿Ayuda? Stephen sofocó una sonrisa y se resistió a apartar sus incorregibles pensamientos de la grata tarea que le aguardaba ante el ofrecimiento de Damson. Se representó en su mente la cómica imagen de su respetable ayuda de cámara merodeando por la habitación con el cepillo de la ropa, a la espera de que él le tendiera sus pantalones para

Librodot

colgarlos de modo adecuado y, luego, precipitándose junto al lecho a recoger las restantes prendas a medida que Stephen se las quitara.

-¿Señor? -insistió Damson.

Y Stephen respondió con un leve movimiento de cabeza al comprender que miraba más allá del sirviente con la que sin duda parecía una sonrisa imbécil.

-No -respondió cortés, pero firme-. Gracias.

Damson miró desaprobador su camisa abierta y remangada.

-¿Tal vez vuestra bata, milord, la de brocado negro?

Stephen se esforzó por imaginar qué posible utilización tendría una bata en aquellos momentos y esbozó de nuevo una sonrisa.

-No, creo que no.

-¿La de color vino, entonces? -insistió Damson con obstinación-. ¿O acaso la verde oscura?

A Stephen le sorprendió que a su ayuda de cámara, soltero y de mediana edad, le preocupase hasta tal punto la impresión que pudiera causar a su flamante esposa si aparecía despreocupadamente en la habitación con pantalones y en mangas de camisa.

-Nada de eso.

-Entonces...

-Retiraos, Damson -dijo Stephen para interrumpir cualquier posible sugerencia acerca de corbatas de seda y gemelos apropiados, convencido de que constituiría el siguiente objeto de la preocupación del criado-. Y gracias -concluyó con una breve sonrisa para suavizar de algún modo su despedida.

Damson obedeció con una inclinación, no sin antes dirigir una angustiada mirada a la camisa de Stephen por la que exhibía el cuello y el pecho desnudos.

Medio convencido de que el hombre intentaría una vez más salvarlo de la indecible indignidad de aparecer vestido de modo inadecuado en su noche de bodas, Stephen depositó su copa de coñac sobre una mesa, se levantó y fue hacia la puerta a correr el cerrojo.

Pensó que Damson ignoraba que él ya había anticipado su noche de bodas con Sherry, y mientras abría la puerta que comunicaba ambas suites, sintió una intensa punzada de culpabilidad al lamentar el modo en que había comenzado y concluido aquella noche, pero no por lo que hicieron en ella. Decidido a reparar todo aquello de lo que adoleció su anterior encuentro, entró en el dormitorio conyugal. Se detuvo, sorprendido, al ver que ella no lo aguardaba en el lecho, puesto que había tenido tiempo sobrado para desvestirse. Avanzó lentamente hacia el baño contiguo. Se encontraba a medio camino cuando la puerta de la antecámara se abrió y por ella apareció una doncella que transportaba un montón de esponjosas toallas.

Comprendió que su esposa estaba en el baño.

Su esposa... Complacido con aquel pensamiento y cuanto ello implicaba, cogió las toallas de la escandalizada doncella y la despidió dándole las buenas noches.

-¡Pero... milady necesitará mi ayuda para ponerse el camisón! -protestó la sirvienta.

Stephen comenzaba a preguntarse si todos los esposos y esposas, con la sola excepción de Sherry y él mismo, se acostarían vestidos o con bata, en una especie de pudoroso ardid para evitar que los sirvientes comprendieran que se verían desnudos. Entró sonriendo en el cuarto de baño, abstraído en tales pensamientos, y vio a su esposa en la bañera de mármol. Estaba casi de espaldas a él, con los cabellos recogidos de modo descuidado en lo alto de la cabeza, aunque escapaban por su nuca algunos encantadores mechones, y se hallaba rodeada de burbujas hasta por encima de los senos.

El espectáculo era delicioso y sugestivo. ¡Su esposa! El aroma a lavanda que despedía el baño le trajo de pronto a la memoria el audaz ultimátum de Sherry acerca de Helene, un ultimátum que él ya había acatado. Aquello le recordó a su vez su airada diatriba acerca de las restantes aventuras que le habían atribuido los chismosos. Sonrió para sí y decidió que, aunque ella no aprobase sus devaneos prematrimoniales, sin duda aquella noche se beneficiaría de ellos. En realidad, estaba decidido a asegurarse de que así fuera, y para ello utilizaría toda su habilidad y conocimientos y la obsequiaría con la noche de bodas que merecía, una noche que jamás olvidaría.

Se sentó en el borde de la bañera, haciendo las veces de su doncella, hundió las manos en la cálida y perfumada agua, y las posó en los hombros de Sherry, masajeando ligeramente la húmeda y resbaladiza piel.

-Quisiera salir -dijo ella sin volverse.

Sonrió levemente ante la broma que le estaba gastando, se levantó y' extendió la toalla ante ella y, cuando Sherry salió del agua, la envolvió por detrás y la abrazó al mismo tiempo. La joven se quedó tensa al verse rodeada por sus desnudos antebrazos en lugar de las manos de la doncella y, a continuación, se reclinó contra él y puso en contacto su espalda, caderas y piernas con su cuerpo al tiempo que lo envolvía asimismo con sus brazos. Volvió el rostro y frotó la mejilla contra su pecho. Era un gesto silencioso de deseo, ternura y amor y, sin embargo, cuando él la volvió por completo, temblaba ligeramente y lo miraba nerviosa e insegura.

-¿Puedo ponerme la bata? -inquirió.

Era una súplica que lo sorprendió de un modo singular e indefinible, pero, puesto que ya había decidido tomarse el tiempo necesario, repuso sin vacilar y con una sonrisa:

-Podéis hacer lo que gustéis, lady Westmoreland.

Al ver que vacilaba y mantenía la toalla en su cuerpo, Stephen se volvió cortésmente de espaldas y entró en el dormitorio, algo sorprendido ante su repentino e inesperado pudor.

Cuando Sherry apareció al cabo de unos momentos, su visión contribuyó aún más a desestabilizar su equilibrio. Llevaba una bata de pronunciado escote, confeccionada en suave encaje, tan leve como una telaraña, que permitía vislumbrar atisbos de su cuerpo, desde la

parte superior de sus senos hasta sus tobillos. Era la obsesionante tentación de los sueños de un hombre... Etérea, incitante, no totalmente desnuda, pero tampoco cubierta por completo, como una sirena o un ángel.

Sherry advirtió cómo se encendían en sus ojos destellos de fuego mientras recorrían su cuerpo, y puesto que sólo contaba con la noche de Claymore como punto de referencia clave sobre lo que debía suceder, aguardó a que él le ordenase que se soltase la cabellera. Permanecía inmóvil y se sentía torpe e indefensa, consciente de modo instintivo de su ignorancia, una situación que sin duda se había producido al perfumar la doncella su baño con lavanda. El recuerdo de Helene Devernay habría sido menos nefasto si Sherry no hubiera tenido ocasión de examinar a la perfección a la amante de Stephen hacía dos semanas, cuando paseaba por Bond Street en un carruaje lacado en plata, con cojines de terciopelo color lavanda. Julianna Skeffington le había indicado de quién se trataba y le había facilitado su identidad, pero Sheridan ya había sospechado quién era. La amante de Stephen, su antigua amante, si Sheridan había conseguido sus propósitos, era capaz de hacer sentirse torpe y vulgar a cualquier mujer. Y así había sucedido con ella.

Aquella sensación no le agradaba en absoluto. Deseaba que Stephen le dijera que la amaba, que le asegurase que no volvería a ver más a Helene. Ahora que podía recordar, retornaba vívida a su mente una imagen de su infancia del equivalente americano de Helene Devernay, una dama ataviada con un vestido rojo de pronunciado escote y con plumas en los cabellos, a la que había visto sentada en las rodillas de Rafa una noche cuando curioseaba por la ventana de una casa de juego. La mujer le acariciaba la cabeza con la mano y Sheridan sintió el repentino aguijón de celos, insignificantes en comparación con los que sufría en aquel instante al imaginar a Helene Devernay sentada en las rodillas de Stephen.

En aquellos momentos hubiera deseado tener el valor necesario para exigirle que rompiese su relación con la hermosa rubia, si aún no lo había hecho. Por otra parte, su sentido común le aconsejaba que tal ultimátum sería mucho más efectivo si primero lograba que Stephen desease más a su esposa que a su imponente chérie arnie. Lo único que se interponía en su camino por el momento era que, sin alguna orientación por su parte, no tenía la menor idea de cómo lograr que él la desease. Al recordar que en aquella ocasión le había ordenado que se soltase los cabellos, se llevó las manos a la cabeza y le preguntó:

-¿Debo hacerlo?

Stephen observó cómo sus senos amenazaban desbordar sobre el escote cuadrado del corpiño de su bata de encaje.

-¿Si debéis qué? -inquirió en tono quedo al tiempo que avanzaba hacia ella.

-¿Debo soltarme los cabellos?

De nuevo le pedía permiso. Con un nuevo acceso de pesar comprendió que ella recordaba su cruel exigencia de que lo hiciera la noche de Claymore. Le puso las manos en los hombros y se esforzó por apartar su mirada de las sonrosadas curvas de sus senos.

-Lo haré yo -dijo con dulzura.

Ella retrocedió ligeramente.

-No; si de verdad preferís que lo haga yo, lo haré.

-¿Qué sucede, Sheridan? ¿Qué os preocupa?

Pensó que la preocupaba Helene Devernay.

-No comprendo qué se espera que haga. No conozco las normas.

-¿Qué normas?

-Me gustaría saber cómo puedo complaceros -se vio por fin obligada a explicarle. Ante la impresión de que él se esforzaba por mantenerse serio, añadió, en tono implorante-: ¡Oh, por favor, no os riáis! ¡No...!

Stephen se quedó mirando a aquella tentadora mujer que tenía entre los brazos y en tono reverente susurró:

-¡Dios mío...!

¡Ella hablaba en serio! Era gloriosa, sensual, dulce y valerosa. Y hablaba muy en serio. Tanto que tuvo la clara sensación de que una respuesta errónea, una reacción indebida en aquellos momentos podía herirla de manera inimaginable.

-No me reía, querida -dijo con gravedad.

Satisfecha de que él la comprendiera y no tuviera nada que objetar, prosiguió su interrogatorio con una mirada inquisitiva.

-¿Qué está permitido?

Stephen le acarició la mejilla y le alisó los cabellos.

-Todo está permitido.

-¿Hay algún... objetivo?

La confianza que Stephen tenía de que sus experiencias sexuales previas le hubiesen preparado para aquella noche especial flaquearon ligeramente.

-Sí -dijo-, lo hay.

-¿Cuál es?

El la rodeo con sus brazos y apoyó con suavidad las manos en su espalda.

-El objetivo es que ambos estemos lo más unidos posible y que disfrutemos de esa intimidad en todos los aspectos.

-¿Y cómo sabré que vos disfrutáis?

Comenzaba a sentir una erección tan sólo al mantener aquella conversación.

-En general, si vos disfrutáis con algo, yo también disfrutaré.

-Ignoro con qué puedo disfrutar.

-Comprendo. Entonces creo que será conveniente que tengáis tiempo para descubrirlo.

-¿Cuándo? -se interesó Sheridan, temerosa de que él respondiera «algún día».

Él alzó su barbilla y ella observó cómo modulaban la palabra sus sensuales labios:

-Ahora.

Aguardó, con una mezcla de vergüenza y expectación, a recibir alguna especie de orientación por parte de él, pero Stephen se limitaba a mirarla a los ojos. Inclinó la cabeza para besarla con un lento roce en los labios, le deslizó la mano por la garganta y el cuerpo desnudo y sintió que se aproximaba más a él para devolverle su caricia. Entendió que a ella le había agradado, y también comprendió que le agradaba algo más, al advertir que pasaba indecisa los dedos por el estrecho escote de su camisa.

-¿Queréis que me la quite? -la interrogó.

Sheridan intuyó que aquella pregunta era un preludio para que ella se despojara, a su vez, de la bata, aunque, de todos modos, tenía la certeza de que aquello iba a suceder. Respondió con una señal de asentimiento y Stephen se dispuso a complacerla. La joven retrocedió para observarlo mientras se desabrochaba los botones y se quitaba seguidamente la prenda, sorprendido al descubrir cuán erótico era ser observado por una mujer mientras se desnudaba.

Sheridan contempló admirada sus fuertes y musculosos hombros y el ancho pecho cubierto de vello moreno y rizado. Alzó la mano y la detuvo muy próxima a su pecho, al tiempo que le dirigía una rápida e inquisitiva mirada. Stephen asintió levemente, con una sonrisa ante la manifiesta alegría que ella reflejaba. La joven le pasó la mano poco a poco por el pecho, deslizó los dedos hacia el pezón y, luego, apoyó su otra mano al lado. Pensó que era hermoso como la estatua de un dios griego, formado por planos angulosos y recia musculatura. Se interrumpió de repente al advertir cómo se tensaban sus músculos de modo reflejo mientras le acariciaba los pezones.

-¿Os agrada? -indagó, y escudriñó sus ardientes ojos.

-Me gusta -repuso con voz ronca.

-A mí también-confesó ella, sonriente e instintiva.

-Estupendo -dijo.

La cogió de la mano y la condujo al lecho. Se sentó y, cuando ella se disponía a seguir su ejemplo, la cogió por la cintura y la instaló en sus rodillas al tiempo que sofocaba la risa.

-¡Adelante! -la invitó.

Y Sheridan reanudó la exploración de su cuerpo y de sus brazos, algo asombrada ante su comentario aprobatorio acerca de aquel contacto. Al cabo de unos momentos comprendió lo que había querido decir. «Si os agrada a vos, me agradará a mí», había dicho. Sin duda se

suponía que debía funcionar recíprocamente, porque él también le cubrió el seno con la mano, sobre la bata, y Sheridan sintió que se le aceleraba el pulso. Observó cómo deslizaba los largos dedos por su pezón mientras ella acariciaba el suyo y se preguntó si sus aceleradas pulsaciones equivaldrían a la tensión que advertía en los músculos de Stephen. Respiró agitada y aguardó, pero él había desplazado la mano hacia los cierres de su corpiño.

Stephen aguardó a que decidiera si deseaba soltarlos por sí misma, si esperaba que lo hiciera él o si deseaba dejarlo como estaba. Aguardó semiconfiado a que se decidiera por lo segundo y, ante su infinito placer, ella solucionó el problema al rodearle el cuello con las manos y oprimir los senos contra su pecho desnudo. Comprendió que deseaba que él la desabrochase, pero que no quería pedírselo. En unos segundos, liberó los complicados cierres, introdujo la mano por el abierto corpiño y sostuvo sus senos, jugueteando con sus pezones, y sintió cómo se endurecían mientras el delicado globo parecía hincharse y llenar su mano.., al tiempo que aumentaba y se endurecía su erección.

Se sintió de nuevo al frente de la situación, en territorio donde su experiencia sería valiosa para ambos. Inclinó la cabeza para rozar el tenso pezón con la lengua y lo introdujo en su boca mientras ella contenía el aliento. Sheridan contemplaba la morena cabeza inclinada sobre su pecho y experimentaba fluidas sensaciones que se difundían rítmicamente desde su pecho a sus rodillas. Mientras le introducía los dedos entre sus densos y hermosos cabellos, él se dedicó a prodigar asimismo sus atenciones al seno opuesto. Luego aplicó sus labios en él y Sheridan aferró la cabeza de Stephen contra su pecho y contuvo la respiración, ansiosa de repente por transmitirle las vibrantes sensaciones que despertaba en ella.

Como si lo hubiese intuido, Stephen la depositó sobre el lecho con la cabeza apoyada en las almohadas y se tendió a su lado. Sheridan se volvió entre sus brazos, le rozó el pezón con la lengua, succionándolo a su vez, y hundió la mano en su cabeza mientras se entregaba a su abrazo.

La había trasladado a la cama porque era más cómodo y porque le permitía más libre acceso a todo su cuerpo, pero no había esperado que ella lo acariciase de aquel modo. Se sentía estallar de deseo. Tragó saliva y la abrazó con más fuerza al tiempo que Sheridan intensificaba sus caricias y lo besaba. Incapaz de resistir por más tiempo, la hizo rodar de espaldas, desabrochó el resto del corpiño y apartó el encaje con los dedos. Por último cerró los ojos y respiró profundamente, para tranquilizarse. El resto de la bata carecía de sujeciones: estaba abierta por completo. No sabía cómo había podido pasarle por alto. Pensó que debería habérsele ocurrido, puesto que era un regalo de Whitney. En Claymore, la habitación había estado casi a oscuras y, por ello, no había advertido que su esposa tenía largas y exquisitas piernas, hermosas caderas, cintura estrecha y magníficos senos. Su proyecto de pasar una noche romántica y tranquila sufrió otro duro golpe al comprobar que su cuerpo respondía con alarmante apremio.

Sheridan tragó saliva. Le observó cómo se apoyaba en el codo para mirarla y que cerraba los ojos y le dio un vuelco el corazón. Pensó que sería preferible conocer sus fallos para poder disimularlos u ocultarlos.

-¿Sucede algo malo? -preguntó con voz temblorosa.

-¿Algo malo? -repitió incrédulo. Apartó la mirada de la magnificencia que tenía ante sí y se inclinó sobre ella para besarla-. Lo malo -susurró con acento doloroso, y deslizó la mano por su cintura para atraerla más hacia sí- es que eres exquisita y que te deseo muchísimo...

Librodot

Las palabras eran tan seductoras como el beso que las selló. Sheridan abrió la boca al unísono con él, apretó los labios de modo casi brutal y, entonces, él introdujo la lengua en su boca y la separó en un beso de salvaje erotismo, de modo que se retiraba y sumergía una y otra vez y el deseo agito el cuerpo de Sheridan como un relámpago. Se inclinó sobre ella y la besó, oyéndola gemir quedamente, y luego poso de nuevo los labios en sus doloridos senos y deslizó su mano por su estómago y aún más abajo, y cubrió el suave montículo que tenía entre sus piernas. Jugueteó con los dedos y la atormentó hasta que Sheridan se aferró a él y separó las piernas para darle acceso.

Estaba húmeda y muy dispuesta a recibirlo. Stephen se levanto y el lecho se removió al tiempo que ella se sentía fría y sola. Al abrir los ojos lo vio: estaba de pie junto al lecho y, tras soltarse el cinturón volvió a su lado y la magia comenzó de nuevo, aunque con más intensidad en esta ocasión, y Sheridan se entregó por completo. Se volvió hacia él, temblorosa y expectante, se aferró a sus hombros y arqueó el cuerpo contra su mano.

Stephen estaba como enloquecido por el deseo. La cogió por las nalgas y la atrajo con fuerza hacia sí. Después introdujo la rodilla entre las de Sherry, tanteó su cuerpo y encontró, por fin, su objetivo. Removió las caderas y entró en ella, que se abrió para recibirlo y acogerlo en su interior mientras hundía las uñas en sus hombros. Levantó la rodilla para que accediera más profundamente y él intentó por última vez demorar aquel momento. La abrazó por las caderas, hundió el rostro de la joven contra su pecho y se removió con suavidad en su interior, mientras aumentaba de modo imperceptible la profundidad y el ritmo de cada impulso, pero cuando ella aplastó su suave boca en la de él y comenzó a mover las caderas al unísono, Stephen se creyó perdido.

Sheridan sentía los latidos del corazón de Stephen junto a su oído y la fuerza de sus poderosas acometidas en lo más profundo de su ser, y advirtió que su cuerpo comenzaba a remontarse mientras lo abrazaba con más fuerza.

-¡Te amo! -exclamó con la voz quebrada al tiempo que el universo comenzaba a desmoronarse.

Stephen la hizo rodar con rapidez sobre su espalda para penetrarla con mayor intensidad y la besó con desesperado apremio. Su mano buscó la de Sherry en la almohada, junto a su cabeza, mientras sus caderas arremetían con fuerza y entrelazaba sus dedos con los de ella.

Aún sostenía su mano cuando el universo pareció resquebrajarse en un estallido de placer que provocó un gemido sollozante en la muchacha al sentir como él inyectaba en ella su propia vida, mientras el cuerpo de Stephen se estremecía una y otra vez con la fuerza de aquella explosión y apretaba su mano con más intensidad.

En un esfuerzo por volver a la realidad, Stephen se apoyo en el antebrazo para liberarla de su peso y abrió los ojos. Su satinada cabellera se extendía por la almohada en salvaje desorden, tal como él la imaginara en otro tiempo, y sus manos estaban unidas.

Su mano sostenía la de ella...

Invadido por una sensación, mezcla de alegría, temor y reverencia, contempló a la mujer que acababa de conducirlo a incomparables niveles de deseo y profundas simas de satisfacción. Ella parpadeó y abrió asimismo los ojos mientras Stephen trataba de sonreír y decirle que la amaba, pero sentía una opresión en el pecho y un nudo desconocido en la garganta al contemplar sus manos entrelazadas.

Era la primera vez que sostenía una mano femenina entre las suyas en un momento como aquél. Nunca había pensado en ello porque jamás lo había deseado hasta entonces.

Sheridan sintió la presión de su mano e intuyó lo que él pensaba con tan singular expresión de ternura en su hermoso rostro. Debilitada por la pasión que habían compartido, apartó con gran esfuerzo su diestra de la nuca de Stephen y la dejó en la almohada, junto a su rostro, para que él pudiera alcanzarla. Stephen deslizó los largos dedos por su palma y los entrelazó con fuerza.

Se inclinó a besarla en los labios, unidos sus cuerpos y las manos. Cerró los ojos, tragó saliva e intentó de nuevo decirle lo que sentía, explicarle que jamás había imaginado que existieran sentimientos como aquél, pero las emociones eran aún demasiado recientes y seguía sin respiración. Lo único que consiguió decirle fue:

-Hasta que llegaste...

Ella lo comprendió. Y Stephen supo que lo había comprendido porque le estrechó, emocionada, las manos y volvió el rostro para besarle los dedos.

EPÍLOGO

Sentado en el salón de Montclair, entre el exquisito mobiliario que en otros tiempos decorara residencias palaciegas, y rodeado por todos los atributos de su riqueza y posición, Stephen Westmoreland contemplaba los retratos con marcos dorados de sus antepasados, alineados en las paredes tapizadas de seda, y se preguntaba si habrían tenido tantas dificultades para conseguir estar a solas con su esposa como le sucedía a él durante los dos días que llevaba casado.

Sobre la repisa de la chimenea, el primer conde de Langford lo contemplaba a lomos de un magnífico alazán negro de batalla, con casco de visera bajo el brazo y airosa capa a la espalda. Parecía un hombre capaz de arrojar a sus caballeros al foso para librarse de ellos, si no hubieran sido bastante prudentes para dejarlo a solas en su castillo con su flamante esposa.

En la pared de enfrente se encontraba el segundo conde de Langford reclinado frente al hogar con dos caballeros. Próxima a él, su esposa, acompañada de varias damas, bordaba un tapiz. Decidió que el segundo conde tenía una expresión más civilizada que su antecesor. Aquel antepasado suyo probablemente habría enviado a sus caballeros a una imaginaria misión y habría ordenado después que subieran el puente levadizo.

Cansado de examinar a sus antepasados, Stephen ladeó la cabeza y se permitió la ocupación más grata de observar a su esposa, que se sentaba frente a él rodeada de su madre, su hermano, Whitney y Nicholas DuVille. Imaginó que alzaba su barbilla para besarla y que, al mismo tiempo, le deslizaba la hombrera de su vestido de color amarillo pálido por el brazo y le acariciaba un seno. Deslizaba sus labios a un lado del cuello y ya se aproximaba lentamente hacia el pezón que deseaba besar cuando comprobó que Nicholas DuVille lo observaba, a un tiempo divertido y con aire de complicidad. Stephen se libró de sonrojarse

como un ingenuo colegial gracias a la llegada de Hodgkin, al que había salvado de su exilio el día anterior.

-Disculpadme, milord -dijo-, pero tenéis visitas.

-¿Quiénes son? -repuso irritado.

Contuvo el impulso de ordenar al anciano que arrojase al lago a los recién llegados -puesto que no tenía ningún foso profundo adecuado para deshacerse de ellos- y que, luego, atrancase las verjas de acceso a la finca.

A medida que Hodgkin le susurraba unas palabras y se hacía cargo de la situación, el enojo de Stephen dio paso a la resignación y se dispuso a recibir a Matthew Bennet, que acababa de regresar de América, y luego se asombró al enterarse de que Bennett, al parecer, había llegado acompañado.

-Disculpadme -dijo a sus invitados.

Pero estaban tan absortos en una discusión sobre las decisiones domésticas de Sherry que no advirtieron su marcha. Sin embargo, su esposa sí reparó en ello. Dejó de atender a los consejos que le daban acerca de cómo dirigir una gran mansión y lo miró con una sonrisa significativa de que también deseaba estar a solas con él.

Matthew Bennet se apresuró a explicarse en cuanto Stephen entró en su estudio.

-Me disculpo por mi inoportuna llegada, milord -comenzó el abogado-. Vuestro mayordomo me explicó que estáis recién casado y que no recibís visitas, pero vuestras instrucciones cuando partí hacia América fueron que debía localizar a los parientes de miss Lancaster y acompañarlos a Inglaterra al punto. Por desdicha, el único pariente vivo de miss Lancaster, su padre, falleció antes de que yo llegase a las colonias.

-Lo sé -repuso Stephen-. Recibí una carta dirigida a Burleton que contenía tal información. Puesto que ella no tenía otros parientes, ¿a quién habéis traído con vos?

El abogado, algo agobiado, pareció ponerse a la defensiva.

-Veréis, miss Lancaster viajaba con una señorita de compañía, una joven llamada Sheridan Bromleigh, que esperaban que regresase en seguida a América. Puesto que no se han recibido noticias de miss Bromleigh, su tía, miss Cornelia Faraday, se mostró muy insistente en que debía efectuarse una investigación en Inglaterra para descubrir su paradero. Por desdicha, miss Faraday no creía poder confiar en vos ni tampoco en mí para llevar a cabo tal búsqueda e insistió en acompañarme de regreso a Inglaterra a fin de supervisarla en persona.

Una de las dos noches que habían pasado juntos, Sheridan le había hablado de la tía que había contribuido en parte a criarla, y de su padre, del que no tenía noticias desde hacía varios años. Le parecía que podría dar a Sherry un inesperado «regalo de bodas». El hecho de que, sin duda, contaría con otro huésped lo resentía, pero se sentiría bastante compensado al saber 1 feliz que la haría.

-¡Excelente! -exclamó con una sonrisa.

-Confío en que así os lo parezca cuando conozcáis a la dama -dijo, precavido, Bennett-. Está muy... decidida... a localizar a su sobrina.

-Creo que podré solucionarlo con sorprendente rapidez -repuso Stephen con una sonrisa de expectación al imaginar la escena que tendría lugar en el salón dentro de unos momentos-. Sé exactamente dónde se encuentra miss Bromleigh.

-¡Gracias a Dios! -repuso Bennett agotado-, porque el padre de miss Bromleigh, que no la ve desde hace cuatro años, regresó mientras yo estaba en América. El y sus amigos estaban muy preocupados por ella y decididos a rogaros que hagáis todo lo necesario para aseguraros de que regresaba sana y salva.

-Miss Bromleigh está a salvo -le aseguró Stephen con una sonrisa-. Sin embargo no les será «devuelta».

-¿Por qué?

Hacía diez minutos que Stephen deseaba como nunca estar a solas con Sherry: ahora ardía en deseos de ver su reacción cuando comprendiera quién aguardaba para verla, y disfrutaba por anticipado al imaginar asimismo la expresión de Matthew Bennet cuando presenciara el curso de los acontecimientos. Con gran animación invitó al abogado a pasar al salón, envió a Hodgkin en busca de sus visitantes y, por último, se instaló junto a la chimenea, desde donde disfrutaría de mejor perspectiva, mientras el abogado se acomodaba en un sillón.

-Sherry -le dijo, e interrumpió con dulzura la jocosa descripción de DuVille de las estratagemas utilizadas para conseguir que ella lo acompañase a la capilla donde Stephen la había aguardado-. Tienes visita.

-¿Quién es? -repuso con una mirada significativa de la contrariedad que ello le causaba.

Pasaba su mirada de Stephen a Hodgkin cuando irrumpió en el salón un hombre atractivo, de mediana edad, que parecía arder de impaciencia. Detrás de él, una mujer con un sencillo vestido de cuello alto se detuvo vacilando en el umbral, sin adentrarse en la estancia.

-Lamentamos entrometernos en vuestra intimidad -dijo el hombre sin rodeos a Stephen-, pero mi hija ha desaparecido.

Stephen dirigió una mirada a Sherry, que se había vuelto en redondo en su asiento al oír aquella voz y que se levantaba lentamente.

-¡Papá! -susurró.

Y su padre volvió con rapidez la cabeza hacia ella.

Sheridan estaba inmóvil, como petrificada, y envolvía con cariñosa mirada al hombre, como si se tratara de una aparición que fuera a desvanecerse.

-¡Papá!

A modo de respuesta, él abrió los brazos y Sherry corrió a refugiarse en ellos.

Librodot

Stephen desvió su mirada para dejarlos en libertad de entregarse a aquellas efusiones sentimentales y advirtió que el resto de su familia y DuVille habían seguido su ejemplo.

-¿Dónde has estado? -exclamaba ella. Lloraba y le cogía el rostro entre las manos-. ¿Por qué no nos escribiste? ¡Temimos que hubieras muerto!

-Estaba en prisión -confesó, más disgustado que avergonzado, mientras dirigía una mirada de disculpa a los silenciosos ocupantes de la estancia-. Tu amigo Rafa y yo creímos, ingenuos, que un caballo que ganamos a las cartas era legítima propiedad del ladrón que lo perdió. Pudimos considerarnos afortunados de que no nos colgasen al descubrirnos con él. Tía Cornelia siempre me advirtió que el juego me traería problemas.

-Y tenía razón -dijo la mujer que estaba en la puerta.

-Por fortuna, no le ha importado casarse con un jugador arrepentido que aún se acuerda de cultivar la tierra y que, por ella, está dispuesto a hacer las paces con el caballero Faraday -añadió, aunque nadie le escuchaba.

Sherry había descubierto a la mujer que estaba en la puerta y se precipitaba hacia ella, jubilosa, para abrazarla.

De pronto recordó que debía comportarse y condujo a los recién llegados hacia Stephen para presentárselos, pero su padre, sin darle tiempo, le anunció:

-Aún queda alguien que desea verte, Sherry, aunque dudo que pueda reconocerte -añadió, y la contemplo orgulloso.

A sus oídos llegó la voz de Rafa, que aparecía tranquilamente en el salón, más atractivo que nunca y, al parecer, tan cómodo en aquella mansión inglesa como ante un fuego de campamento, cuando rasgueaba su guitarra.

-¡Hola, querida! -dijo con su voz grave y acariciante.

Stephen, que seguía junto al hogar, se puso en tensión, y aún más al ver que su esposa se precipitaba a los brazos de aquel hombre, que la levantó del suelo y la hizo girar por los aires, al tiempo que la estrechaba en escandalosa proximidad junto a su esbelto cuerpo.

-¡Vengo a cumplir mi promesa de casarme contigo! -bromeó.

-¡Dios mío! -exclamó miss Charity, asustada ante la amenazadora expresión de Stephen.

-¡Jesús! -exclamó la duquesa viuda al distinguir la siniestra mirada de su hijo.

-¿Qué quiere decir? -se sorprendió Whitney en un susurro.

Nicholas DuVille se arrellanó en su asiento sin decir palabra, divertido y receloso al parecer.

-¿Cuándo vamos a casarnos, querida? -bromeó Rafa. La dejó en el suelo y la observó de pies a cabeza. He pasado muchos días en prisión pensando en mi pequeña zanahoria...

Ante la sorpresa de todos, el objeto de su franca admiración hizo caso omiso de lo que parecía una seria exposición de honorables intenciones, se puso las manos en las caderas y exclamó, enojada, al oír aquel apodo:

-Te agradeceré que no utilices tan indecorosa palabra en presencia de mi marido. Además -le confió con una dulce sonrisa a Stephen al tiempo que cogía al desconocido de la mano y lo acompañaba hasta él-, mi esposo opina que mis cabellos son muy especiales.

Aquella observación hizo que su padre, su tía y Rafa se volvieran de repente hacia el personaje que estaba junto al hogar mientras Sheridan se apresuraba a presentarlos.

En cuanto concluyó, Stephen se vio convertido en objeto de detenida inspección por parte de aquellas tres personas a quienes no parecía importarles lo más mínimo que fuera el propietario de la mansión donde se encontraban, hallarse en presencia del conde de Langford, ni siquiera que él aún dudase de la necesidad o conveniencia de causar algún daño físico al tal Rafael Benavente, que, a su parecer, prodigaba con demasiada libertad sus atenciones a Sherry, y cuyo aspecto era demasiado varonil para dejarlo a solas con cualquier mujer menor de sesenta años, y en exceso atractivo para que se pudiera confiar en él.

Decidido a aplazar la decisión, pasó la mano por la cintura de Sherry, la atrajo hacia sí con aire posesivo y se dejó observar por todos ellos.

-¿Eres dichosa, cariño? -le preguntó su padre al cabo de un momento-. Prometí a «Durmiendo con perros» que te encontraría y te devolvería a casa, y deseará saber si eres feliz.

-Soy muy feliz -respondió ella con dulzura.

-¿Estás segura? -insistió su tía.

-Segurísima -la tranquilizó Sherry.

Rafael Benavente se reservó su opinión unos momentos y, luego, tendió la mano a Stephen.

-Debéis de ser un hombre magnífico y excepcional para que Sherry os ame.

Stephen decidió ofrecer al hombre una copa de su mejor coñac en lugar de pedirle que escogiera su arma favorita. Rafael era, sin duda, un hombre refinado y de excepcional criterio. Sería un placer tenerle como invitado un día bajo su techo.

Así se lo dijo a Sheridan aquella noche cuando la estrechaba entre sus brazos, saciado su cuerpo y tranquilo y sereno el espíritu.

Su esposa alzó su rostro hacia él y le acarició el pecho desnudo en una soñolienta exploración que comenzó a producir dramáticos efectos en el resto de su cuerpo.

-Te amo -susurró---. Te amo por tu fuerza y tu dulzura. Te amo por ser tan amable con mi familia y con Rafa.

Stephen decidió que podían quedarse todo el tiempo que quisieran. Y así se lo hizo saber a Sherry con un gruñido mientras ella intensificaba sus caricias.

Librodot